

6

CHAIGNON

HERITAGES

SACERDOTALES

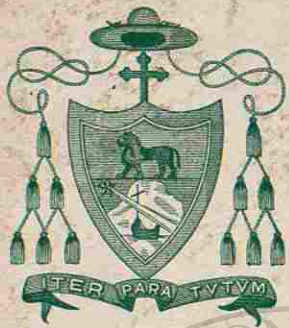
5

BX2186

Ch3

v.5

009425



1080016376

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



NUEVO CURSO

DE

MEDITACIONES SACERDOTALES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUEVO CURSO
DE
MEDITACIONES SACERDOTALES

Ó SEA

EL SACERDOTE SANTIFICADO MEDIANTE

LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN

POR

EL R. P. CHAIGNON S. J.

Quomodo dilexi legem tuam, Domine? Tota die meditatio mea est.
(Ps. 118. 97.)

Traducción hecha de la décima tercera
edición francesa

TOMO V



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



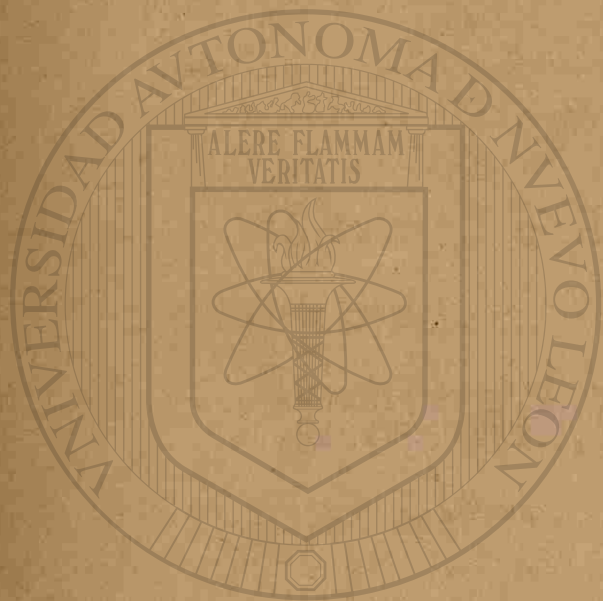
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

SEVILLA

ESCUELA TIPOGRÁFICA Y LIBRERÍA SALESIANAS

1901

45929



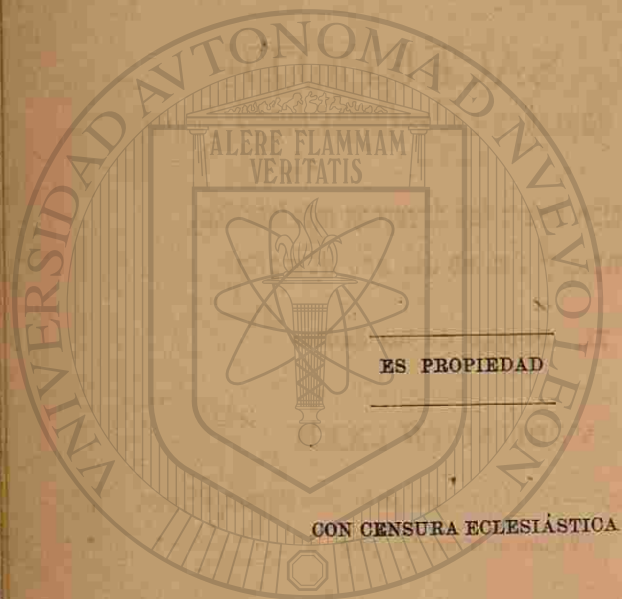
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX 2186

Ch 3

v. 5



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EL SACERDOTE

SANTIFICADO MEDIANTE LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN

Meditación sobre los diversos ministerios,
tiempos y fiestas del año litúrgico

II. Propio de los santos

MEDITACIÓN LXXII

2 DE FEBRERO.—*Purificación de la Santísima Virgen*

(Véase el tomo IV, pág. 83).

MEDITACIÓN LXXIII

10 DE FEBRERO.—*Santa Escolástica*

Hermana de San Benito, y como él fecundada por el rocío de la gracia, desde su más tierna edad se entregó esta ilustre virgen en las manos del Señor. Cuando llegó á la edad de poder disponer de sí misma, se retiró al monte Casino y fundó un convento de religiosas, á cinco millas del monasterio de su hermano. Todos los años se visitaban estos dos hermanos para edificarse mutuamente con piadosas conversaciones. La última vez que tuvo lugar la ordinaria entrevista, después que pasaron todo el día

009425

cantando salmos y hablando de Dios, á la tarde tomaron juntos su refección. La Santa, conociendo que su postrer instante se acercaba, rogó á su hermano que no la abandonara á fin de continuar juntos durante la noche una conversación de la cual sacaba tanto provecho. Habiendo rechazado Benito semejante demanda por ser una grande infracción de la disciplina religiosa, Escolástica se puso en oración; y al momento, no obstante que el Cielo estaba sereno, se ve brillar el rayo, rugir el trueno, y una lluvia torrencial hace imposible la vuelta del Santo á su monasterio, pasando por consiguiente la noche hablando de Dios y de la gloria de sus elegidos. Tres días después Escolástica murió y su hermano vió cómo su alma subió al Cielo bajo la figura de una paloma. Aprendamos de esta Santa.

- I. Cuánto debemos amar la soledad.
- II. Las ventajas de los coloquios espirituales.
- III. El poder de la inocencia.

PUNTO I

Amor á la soledad

Apenas tuvo noticia Escolástica del retiro de su hermano San Benito, cuando sintió vehemente deseo de imitarle. Ya había ella ejercitado la vida solitaria en casa de sus padres; pero Dios había formado sobre la santa mayores designios: multitud de vírgenes debían, á ejemplo suyo, entregarse al divino Rey (1). Había hallado á su Dios y sólo podía gustar de Dios. Su alma tenía sed de Aquél que es manantial de la fuerza y de la vida (2). ¡Qué día tan hermoso para ella aquel en que pudo decir con toda verdad: «Emprendí la fuga y me alejé de las pompas y vanidades del mundo, hé ahí que la soledad será mi

- (1) Ps., XLIV, 15.
- (2) *Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum.* (Ps., XLI, 3.)

morada (1). Dice San Lorenzo Justiniano que el buscar la soledad con ardor, y perseverar en ella con constancia es el medio más eficaz para aprovechar en la oración y en la vida interior. En efecto, si para conversar con Dios es menester tener el espíritu tranquilo, la soledad es un puerto bonancible. Si es menester tener un corazón puro para acercarse al centro de la misma pureza (2), la soledad es la tumba de las pasiones que nos asaltan; ella nos inicia en cierto modo en la vida de los ángeles. Si para bien orar es necesaria la gracia ¿dónde la podremos ir á buscar tan abundante como en la soledad, pues que ella es el lugar de cita que el Espíritu Santo nos da cuando quiere hablarnos al corazón? (3). «¿Queréis saber, dice el Padre Nouet, por qué Dios no os hace más frecuentes y familiares visitas? Porque os encuentra en el mundo, ó porque encuentra al mundo en vos. El gusta de hablar en secreto y casi nunca encuentra á vuestra alma sola.

PUNTO II

Ventajas que se originan de los coloquios espirituales

Tan sólo una vez al año podía gustar Santa Escolástica el placer de conversar con su hermano, exponerle sus dudas y escuchar sus consejos y amonestaciones; y esta conversacion le bastaba para inflamar su alma y guiarla por el camino de la perfección. La última vez que el Señor le concedió este favor, le sirvió de preparación próxima para la muerte. ¡Oh! ¡qué frutos tan preciosos producen estas piadosas conversaciones! Júzguese sino por las de San Ignacio con San Francisco Javier, de San Francisco de Sales con la señora de Chantal, de San Pablo con Tito y Timoteo; añádanse á todas estas las de Jesucristo con sus

- (1) *Eccē elongavi fugiens, et mansi in solitudine.* (Ps., LIV, 8.)
- (2) *Incorruptio facit esse proximum Deo.* (Sap., VI, 10.)
- (3) Osee, II, 14.

apóstoles, con la Samaritana, con Zaqueo y María Magdalena, etc. ¿Qué cosa puede darse más conmovedora que lo que refiere San Agustín á este respecto? «Había llegado la época en que mi madre tenía que abandonar este mundo. Cierta día, ella y yo, asomados á una ventana y mirando al mar, conversábamos con una dulzura inexplicable (1). Olvidándonos de lo pasado para pensar tan sólo en lo porvenir, nos preguntábamos delante de Vos ¡oh Dios mío!, que sois la Verdad inmutable, cuál sería aquella felicidad que el ojo humano jamás vió, ni el espíritu es capaz de comprender. Las bocas de nuestros corazones se abrían con avidez pensando en esa suprema felicidad cuyo manantial sois Vos (2). Nos remontábamos hasta Vos, hablando de Vos y admirando vuestras obras; gustábamos en cierto modo de las delicias de la vida futura por la vehemencia de nuestros deseos.... (3). Vos sabéis, ¡oh Señor!, cuán viles y despreciables parecían á nuestros ojos los objetos, aun los más seductores de este mundo.»

La conversación de los santos está en el Cielo (4): y, ¡ay! ¿dónde está la mía? Ellos no se cansan nunca de hablar y oír hablar de Dios: ¿tienen para mí ese atractivo las conversaciones piadosas?

PUNTO III

Poder de la inocencia

El Profeta David exclamaba: «¡Cuán bueno es Dios para con aquellos que tienen un corazón recto!» (5). Y en otro lugar: «¿Quién subirá al monte del Señor, ó quién permanecerá en el lugar santo?

(1) *Colloquebamur ergo soli valde dulciter.*

(2) *Inhiabimus ore cordis nostri in superna fluenta fontis tui, fontis vite, qui est apud te.*

(3) *Ascendebamus interim cogitando et loquendo de te, et mirando opera tua, &c.*

(4) Philip., III, 2.

(5) Ps. LXXII, 1.

El que conserve sus manos inmaculadas y es limpio de corazón.» (1).

Un alma pura y libre de todo remordimiento, está en íntima unión con Dios: todo lo puede esperar de Él. Aquél que está en el corazón de Dios, participa, por decirlo así, de su poder. Escolástica quiere prolongar toda la noche un coloquio que tanto aumenta su fervor; si para ello es menester un milagro, ¡con qué candor lo demanda! ¡con qué facilidad lo obtiene! Reclina su cabeza sobre la mesa, bañándola con sus lágrimas, y cuando la levanta cae la lluvia con tanta abundancia, que impide á San Benito salir de casa. ¡Qué ingenuidad en la respuesta que le da cuando, queriendo reprocharla la infracción de la disciplina religiosa, cuya causa había sido ella, le dice: «Que Dios te lo perdone, hermana mía: ¿qué es lo que has hecho!»—«A la verdad, hermano mío, tú eres bueno; pero Dios es mejor que tú. Te pedí una cosa y me la rehusaste; he recurrido á Dios, y me ha escuchado. Máchate ahora si puedes.» Pero ¿cómo es, tímida virgen, que osasteis resistir á un hermano á quien oíais como á un oráculo? ¿Quién os había dicho que había otra cosa mejor que su austera exactitud en la observancia de una regla que él había dado y que debía sostener con su ejemplo? ¡Oh cuántas luces se encuentran en una alma pura; y qué influencia ejerce sobre el corazón de Dios!

Meditemos y recitemos á menudo la oración de la Iglesia en el oficio de este día: «Oh Dios, que para enseñarnos el camino de la inocencia habéis querido hacer que el alma de vuestra bienaventurada virgen Escolástica subiera al Cielo en figura de paloma; concedednos, por su intercesión, una vida inocente y pura, para que podamos alcanzar también la gloria eterna.»

(1) Ps. XXIII, 3, 4.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Amor á la soledad.*—Escolástica había hallado á Dios, y sólo podía gustar de Dios. ¡Qué día tan hermoso para ella aquél en que pudo exclamar: «Emprendí la fuga; y fijé mi nido en el desierto!» Buscar la soledad, permanecer constantemente en ella, es el medio más eficaz para aprovechar en la vida interior. La soledad es un puesto tranquilo, tumba de las pasiones y cuna de las virtudes. Facilita la oración y nos inicia en la vida de los ángeles.

PUNTO SEGUNDO.—*Grandes ventajas de los coloquios espirituales.*—¿Qué fruto sacará nuestra Santa de los que tuvo con su hermano? Acordémonos de los de San Ignacio con San Francisco Javier, de los de San Pablo con Tito y Timoteo, y de los de San Agustín con Santa Mónica. La conversación de los santos está en el Cielo; ¿dónde está la mía?

PUNTO TERCERO.—*Poder de la inocencia.*—El alma pura se encuentra en el gozo de su Señor y de él puede esperar lo todo. El que posee el corazón de Dios, participa también de su poder. ¡Con qué candor pide Escolástica lo que desea, y con cuánta facilidad lo alcanza!

MEDITACIÓN LXXIV

ELECCIÓN DE SAN MATÍAS.—*Contemplación*

PRIMER PRELUDIO.—Habiendo vuelto los apóstoles á Jerusalén, después de la Ascensión, se retiraron todos á un mismo lugar para esperar allí la venida del Espíritu Santo, según les había ordenado Jesucristo. Los discípulos, entre los cuales se contaba San Matías, se reunieron allí también. Entonces fué cuando San Pedro, levantándose en medio de la Asamblea, propuso reemplazar á Judas. Dos discípulos fueron presentados; se pusieron todos en oración y la suerte recayó en Matías, el cual quedó asociado á los once apóstoles.

SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse el Cenáculo, lugar de esta reunión, consagrado ya por la institución de la Eucaristía, por la aparición de Jesús resucitado y que pronto lo será de nuevo por la venida del Espíritu Santo.

TERCER PRELUDIO.—¡Oh Dios, á quien sólo pertenece escoger vuestros embajadores y ministros! hacedme comprender bien la excelencia de esta vocación y concededme la gracia, como á San Matías, de cumplir fielmente todos mis deberes.

PUNTO I

Contemplar las personas

Todos los que componen esta Asamblea, son discípulos y apóstoles. La Iglesia entera está representada en este santo lugar donde vemos al Jefe visible, al cuerpo docente y á una parte de los fieles... ¡Qué tranquilidad, cuánta caridad reina en esta reunión de hermanos! No hay siquiera la apariencia de desunión: ni una petición, ni una señal que revele la menor ambición, ni aun miras humanas, que por desgracia vemos hoy alguna vez mezclarse en ciertas deliberaciones en las cuales todo tendría que venir del Cielo. Penetrad en el interior de los que van á presentar para la elección, y en el de aquellos sobre quienes puede recaer la suerte; y veréis en todos tranquila humildad, santa indiferencia, y temor más bien que deseo de ser elevado á un empleo que de sí exige tantas virtudes y encierra tanta responsabilidad. Sólo buscan la gloria de Dios y el bien de su Iglesia. ¡Oh! ¡Qué idea tan alta se han formado de la misión de un apóstol, y en especial de aquella que va á ser confiada al sucesor de Judas! ¡Qué santidad no requiere para reparar su escándalo y hacer olvidar su espantosa caída! Bendigamos al Señor si no hallamos nada de qué reprocharnos sobre nuestra vocación, si ha sido realmente obra del Espíritu Santo; pero recordemos á menudo el aviso que hemos recibido: *Perfecti esse debent qui divinis manciantur officiis.*

PUNTOS II y III

Considerar las acciones y escuchar las palabras

Pedro se siente inspirado y hace por primera vez uso del poder supremo que Jesús le ha dado. Se levanta, pues, en medio de sus hermanos, y habla con autoridad, interpreta y explica la Escritura con inteligencia, y determina las reglas para la elección. Todos lo escuchan y ejecutan á ciegas lo que él propone. ¿De dónde le viene esa firmeza de carácter, esa sagrada ciencia, ese arte de gobernar, esa supremacía de poder y jurisdicción, que nadie se atreve á disputarle? ¿No es él acaso el pescador del lago de Tiberiades, aquél que no ha conocido hasta entonces otra cosa que sus redes y su barquilla? Sí, pero también sabemos de quién ha recibido el poder que ejerce; y parecemos oír todavía al Señor que le dice: «*Pasce agnos meos, pasce oves meas.*» La Iglesia naciente le mira como á quien hace las veces del Hijo de Dios, subido á los Cielos. Ya comienza á manifestarse maravillosamente en los apóstoles y sus jefes, el espíritu que les comunicara Jesús, soplando en ellos el día de su Resurrección (1).

Comienza Pedro por recordarles el crimen de Judas, *qui fuit dux eorum qui comprehenderunt Jesum.* Estaba destinado para guiar y conducir á los adoradores del Hijo de Dios; y se pone á la cabeza de los que le han de crucificar. No es que le haya faltado la vocación: *Connumeratus erat in nobis et sortitus est sortem ministerii hujus.* Al punto recibe su castigo: *Suspensus crepuit medius.* Pedro propone la elección, y determina el objeto de ella; es decir, elegir un nuevo apóstol que complete la docena, que reciba la plenitud del Espíritu Santo, y dé testimonio

(1) *Insufflavit, et dixit eis: Accipite Spiritum sanctum.* (Joan., XX, 22.)

por la predicación y el sacrificio de su vida, no sólo de la Resurrección del Señor, sino de la verdad de todo lo que El enseñó y dejó confirmado con su Resurrección. Pedro quiere que la asamblea entera, que toda la Iglesia tome parte en esa elección: tan á pecho le está el que se elijan buenos pastores! *Et statuerunt Joseph... qui cognominatus est justus, et Mathiam.* Después de esta elección á la que concurren todos, elevan á Dios esta oración: *Tu, Domine, qui corda nosti omnium, ostende quem elegeris ex his duobus unum, accipere locum ministerii hujus et apostolatus, de quo prævaricatus est Judas, ut abiret in locum suum.* Estas últimas palabras debieron helar los miembros de aquella piadosa asamblea, pero sobre todo de aquél sobre quien recayó la suerte: *Ut abiret in locum suum.* ¿Cuál es este lugar donde ha ido Judas, y dónde ha fijado su morada por toda la eternidad? ¿Cuál es ese abismo del cual no nos puede preservar el santo ministerio, y á donde, él mismo hace precipitar á los que se atreven á profanarlo? ¿Qué motivos de reflexión para San Matías! *Cecidit sors super Mathiam, et annumeratus est cum undecim apostolis.* Si por una parte, debía bendecir á Dios que por un rasgo de gratuita misericordia, le ponía entre los que debían sentarse á su derecha, destinados á la conquista del universo entero, ¿no tenía por otra parte motivos para temer, pensando en aquél cuyo lugar ocupaba? Probablemente su imagen no se borraría nunca de su memoria, y esto lo animaría á una humilde desconfianza de sí mismo, á la vigilancia, al celo, y á una fidelidad constante á los deberes del apostolado. Judas cayó cuando todo contribuía á formar en él una virtud inquebrantable, cuando le era tan fácil alcanzar un grado muy eminente de santidad! ¿Y hasta dónde se precipitó? *In locum suum...* ¿Y dónde está ese lugar? Si este pensamiento no es parte para curarme de mi orgullo, es porque en mí ya es incurable. *Nusquam est securitus, exclama San Bernardo, neque in caelo, neque in paradiso, multo minus in mundo; in caelo enim cecidit Angelus, sub præsentia divinitatis; Adam in paradiso,*

de loco voluptatis; Judas in mundo, de schola Salvatoris (1).

No nos limitemos á dar gracias á Dios por nuestra vocación, y considerar cómo hemos correspondido á ella: la elección de San Matías debe reanimar en nosotros el deseo de contribuir con todos los medios posibles, á la santificación del clero, principal objeto de la solicitud de la Iglesia. Con el fin de obtener Sacerdotes santos ha establecido el ayuno de las cuatro Témporas. Para invocar sobre sus ministros los dones del Espíritu Santo, eleva á Dios tantas y tan conmovedoras súplicas en las ordenaciones. Todos los días los recomienda á la intercesión de la Virgen: *Sancta María...., interveni pro clero*; Ella apresura nuestra entrada en la gloria con una especial oración en la misa *pro Defunctis*. La obra de la Iglesia estriba toda en los Sacerdotes; de ellos espera la glorificación de su adorable Esposo y la salvación de sus hijos. Roguemos pues y hagamos rogar por los Sacerdotes. Santa Teresa decía á sus hijas: «Dos cosas debéis pedir á Dios: la primera que dé á los jefes de la Iglesia un valor á toda prueba; la segunda que los aliente en el combate y cierre sus oídos á los encantos de la sirena. No creáis que sea cosa inútil el estar continuamente ocupados en rogar á Dios por los defensores de su Iglesia. Creedme, ninguna oración es más provechosa que ésta» (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas*.—Discípulos y apóstoles; toda la Iglesia se halla representada en el Cenáculo con su Jefe visible. ¡Cuánta caridad, qué tranquilidad de hermanos! No hay nada que revele la menor ambición.

(1) De div. serv. 30.

(2) Camino de perfección, c. III.

Lo que preocupa á todos los espíritus y corazones es la gloria de Dios y el bien general de su Iglesia.

PUNTO SEGUNDO Y TERCERO.—*Considerar las acciones y escuchar las palabras*.—Pedro ha dado comienzo al ejercicio del supremo poder que ha recibido. Toma la palabra; todos escuchan en silencio y ejecutan sin vacilar lo que él manda. Trae á la memoria el crimen de Judas y su terrible castigo. Propone la elección y determina su objeto. Toda la asamblea, se pone en oración, después de la cual se procede á la elección. Pidamos á Dios que envíe santos pastores á su Iglesia y oremos á menudo por el clero.

MEDITACIÓN LXXV

7 DE MARZO.—*Santo Tomás de Aquino*
Estudios eclesiásticos

Santo Tomás, descendiente de una ilustre familia del reino de Nápoles, nació á principios del año 1225. Desde su más tierna edad reveló extraordinaria inclinación al estudio. A los 17 años entró en la orden de Santo Domingo, no obstante la oposición y medios diabólicos de que se valieron para disuadirle. La penetración de su ingenio, lo mucho que abarcaban sus conocimientos, unidos á una admirable pureza y á una ferviente piedad, le merecieron el nombre de Doctor Angélico. Habiéndole dicho un día Jesucristo: *Bien has escrito de Mí, Tomás; ¿qué recompensa quieres? Sólo á Vos Señor*, respondió. Por orden de Urbano IV compuso el oficio de la Iglesia para la fiesta del Santísimo Sacramento; este misterio era el gran objeto de su devoción. Rehusó constantemente las dignidades que se le ofrecieron, y murió en 1274.

En el curso de esta obra hemos hablado sólo accidentalmente sobre la importancia del estudio eclesiástico; meditemos pues hoy:

- I. Su necesidad.
- II. Sus grandes ventajas.
- III. Disposiciones con que tenemos que dedicarnos á El.

PUNTO I

El Sacerdote necesita estudiar continuamente; ya sea para ir adquiriendo nuevos conocimientos, ya sea para conservar los conocimientos adquiridos.

1.º Estudiar para aprender. ¿Cuál es el Sacerdote, por instruido que sea, que no sienta la necesidad de aumentar todos los días el círculo de sus conocimientos? La ciencia eclesiástica es inmensa. Cuanto más avanza uno en este campo, tanto más le parece que sus límites se alejan. La primera de nuestras obligaciones es enseñar, *docete*; he ahí nuestra misión. Para enseñar la religión es menester ser maestros en ella. San Pablo quiere que seamos capaces de exhortar según la sana doctrina, y de convencer á los que nos arguyen (1). ¿Cómo podemos aprender esa precisión de lenguaje, esa exactitud en la exposición de los dogmas de la ley y de los principios de moral, sino mediante un estudio profundo y continuado? ¿No estamos obligados, al salir del seminario, á darnos á nosotros mismos, después de la educación clerical que allí hemos recibido, una buena educación sacerdotal y pastoral, tanto más que de nuestra primera educación puede que hayamos sacado más palabras que conocimientos verdaderos?

Además, debemos ser los Sacerdotes de nuestra época; y mientras las ciencias humanas caminan por la vía del progreso; cuando la emulación, que cada día se está generalizando, dirige los ánimos á la instrucción, ¿puede el clero dispensarse de aquel género de ilustración que le es de todo punto necesaria, para hacer el bien....?

2.º Estudiar para conservar los conocimientos adquiridos: las facultades de nuestro espíritu se desgastan lo mismo que las del cuerpo, cuando uno no las cultiva; y, fácilmente se olvida aún lo que mejor ha-

(1) *Ut potens sit exhortari in doctrina sana, et eos qui contradicunt arguere.* (Tit., I, 9.)

bía sido aprendido. Citaremos dos autoridades competentes: *Præpara opus tuum, monet Spiritus sanctus, et cum id minime sufficiat, statim subdit: et diligenter exerce agrum tuum. Utinam non contingeret, quod tamen frequentissime videmus, aliquot nempe sacerdotes, qui initio præclarissime confessarii munus susceperunt, inde.... omni studiorum cura neglecta, pristinam moralis theologiæ scientiam amittere, ita ut, qui in ejusmodi arte peritissimi fuerant, tandem exigua solum confusaque ipsius artis scientia, primisque rudimentis instructi, vix inter tyrones adnumerentur* (1). *Nullus confessarius intermittere debet theologiæ moralis studium; quia ex tot diversis quæ ad hanc pertinent, multa, quamvis lecta, temporis progressu decedunt e mente* (2). La experiencia nos lo enseña. El temor de olvidar los conocimientos adquiridos sobre la moral, fué lo que obligó al célebre obispo de Amiens á leer todos los días un número determinado de páginas de la Teología de Poitiers. Por mucho que hagamos, nos veremos siempre en la necesidad de decir al Señor: *Ignorantias meas ne memineras* (3); pero no tendremos de qué sonrojarnos si hemos sido diligentes en aprender lo que debíamos saber, y en retener lo que habíamos aprendido.

PUNTO II

Grandes ventajas del estudio eclesiástico

Es una ayuda poderosa para la santidad sacerdotal al par que la protege y defiende.

1.º La vida seria y retirada, el recogimiento, el espíritu de sacrificio, el continuo y legítimo ejercicio de nuestras facultades intelectuales, es lo que nos hace progresar en el camino de la santidad y lo que nos hace también asiduos en el estudio eclesiástico. El alejamiento del mundo y de sus frivolidades es la

(1) *Bened. XIX. Instruc. de Sacram. Pæn.*

(2) *S. Alf. de Ligor., Prac. conf.*

(3) *Ps., XXIV, 7.*

primera necesidad del Sacerdote estudioso; el gabinete de estudio y su Iglesia: hé aquí lo que más le debe agradar. El gusta de la meditación, y de estar delante de sus libros y delante de sí mismo: toma la costumbre de dejarse guiar sólo por la razón y la reflexión. En su voluntad hay no sé que firmeza y constancia que le hace marchar sin tropiezos ni flojedad por el camino que le conduce al objeto que se propone alcanzar. Decir un Sacerdote estudioso, es decir un hombre lleno de energías; porque la ciencia no se puede adquirir sin grandes esfuerzos. Su espíritu se halla siempre vigoroso, y presta siempre nuevos bríos á su natural actividad.... ¿Qué otra cosa puede darse más á propósito para hacernos progresar en el camino de la santificación sacerdotal?

2.º Además de santificarnos, el estudio eclesiástico nos defiende de muchas tempestades morales que sin él, no dejarían de asaltarnos. No es que con el estudio podamos librarnos de todo género de tentaciones; sino que con él son menos peligrosas. El estudio ha sido dado al Sacerdote como una arma poderosa para defenderse de la tiranía de los sentidos. El estudio encadena la imaginación, enemigo temible cuando uno la permite entregarse á sus desvarios. ¿Por dónde hallará entrada la tentación para llegar hasta nuestra alma, cuando el espíritu, ocupado en pensamientos serios, reduce al cuerpo á actos puramente pasivos? El estudio purifica al hombre, lo espiritualiza, quita en cierto modo el tupido velo que cubre sus ojos, y lo desata de todo lo que es terreno. Cuando se trata de la ciencia divina, el corazón y el espíritu vienen á ser como los dos platillos de una balanza: sumerjamos el espíritu en el estudio, y nuestro corazón se remontará hasta el Cielo.

PUNTO III

Disposiciones que se requieren para este estudio

La ciencia tiene también sus inconvenientes. *Scientia inflat*. Sin hablar de una temeraria curiosidad, é hinchada presunción, es de temer que familiarizán-

donos con lo que nuestros misterios tienen de más augusto, salgan estas verdades de nuestro corazón á medida que entran en nuestro entendimiento. Puede suceder que uno vaya gustando menos de ellas, á medida que más las profundiza: *Utilis lectio*, dice San Bernardo, *utilis eruditio, sed multo magis unctio necessaria*. San Paulino escribía á un amigo suyo: *Sazonad vuestros conocimientos con sentimientos de fe* (1). Acostumbraba decir Santo Tomás que más había aprendido á los pies del Crucifijo, que en los libros. Para adquirir la ciencia divina, la oración es el auxiliar indispensable del estudio: *Si sapientiam invocaveris, scientiam Dei invenies* (2). Estudiemos con orden, con asiduidad; pero libres de toda pasión.

Lo más importante es preguntarnos á menudo cuáles son las miras que nos mueven á estudiar. Oigamos otra vez lo que dice San Bernardo: *Sunt qui scire volunt eo fine tantum ut sciant, et turpis curiositas est; sunt qui scire volunt ut sciatur, et turpis vanitas est; sunt qui scire volunt ut scientiam vendant, et turpis quæstus est; sunt quoque qui scire volunt ut edificentur, et charitas est; et item qui scire volunt ut edificentur, et prudentia est*. Estas dos últimas intenciones, santificarse y santificar al prójimo son las únicas que debe proponerse el buen Sacerdote.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El Sacerdote tiene siempre necesidad de estudiar*.—1.º Para adquirir nuevos conocimientos la ciencia eclesiástica es inmensa. San Pablo quiere que seamos capaces de exhortar según la sana doctrina y confutar á nuestros adversarios. Tan sólo un estudio continuo y profundo es lo que nos puede poner en condiciones de exponer con exactitud y precisión los dogmas de la Fe y los principios de la moral. El clero necesita ser estimado, y en nuestros días desgraciadamente más se aprecia la ciencia que la virtud.

(1) *Philosophiam fide condias*. (Epist. ad Jovin.)
(2) Prov., II.

Sería de desear que el clero fuera á la cabeza de ese movimiento que impele los ánimos á la instrucción. 2.º Para conservar los conocimientos adquiridos; fácilmente se olvida lo que se sabe; nos lo recuerda Benedicto XIV y San Alfonso de Ligorio; y nos lo demuestra la experiencia.

PUNTO SEGUNDO.—*Ventajas grandes del estudio eclesiástico.* Favorece y protege la virtud sacerdotal. La favorece por medio de la vida retirada, por el recogimiento, por el espíritu de sacrificio y por el ejercicio legítimo de las facultades intelectuales. La protege. El estudio encadena la imaginación, espiritualiza al hombre y lo libra de la tiranía de los sentidos. Cuando se trata de la ciencia divina, sumergir el espíritu en el estudio, es elevar nuestro corazón al Cielo.

PUNTO TERCERO.—*Disposiciones necesarias para este estudio.* La ciencia tiene también sus inconvenientes. *Scientia inflat.* Puede que alimentando nuestro orgullo, debilite y destruya en nosotros la piedad. Sazonemos y santifiquemos el estudio por la oración á ejemplo de los santos y en modo especial, de Santo Tomás. Según la recomendación de San Bernardo, no debemos proponernos otra cosa en nuestros estudios más que nuestra propia santificación y la del prójimo.

MEDITACIÓN LXXVI

19 de Marzo.—SAN JOSÉ.—*Sus privilegios y grandezas.*

- I. Como esposo de María.
- II. Como padre nutricio de Jesús

Nuestra devoción á un santo cuyo nombre asociado á los dulces nombres de Jesús y María, y como una tercera gota de miel en la boca de sus devotos, exige que le rindamos un triple homenaje: el de nuestra veneración por sus grandezas, el de nuestra imitación por sus virtudes, y el de nuestra confianza por el poder y la voluntad que tiene de asistirnos eficazmente. Ese postrer culto se refiere directamente á su patrocinio; meditaremos sobre ello el día en que la Iglesia celebra su fiesta. Meditemos hoy y mañana

sobre los privilegios y virtudes del esposo de María, padre adoptivo de Jesús: *Jacob autem genuit Joseph, virum Mariæ, de qua natus est Jesus* (1).

PUNTO I

Privilegios de San José como esposo de María: *Virum Mariæ*

Hé aquí el primer privilegio que le da derecho á nuestra profunda veneración y á nuestras felicitaciones. El mismo fulgor con que brilla la Santísima Virgen á los ojos de la fe, se refleja en aquél que Dios le ha dado por esposo. ¿Pudo nunca haber unión más perfecta? ¿Quién tenía que ser el dichoso mortal escogido por el Señor entre todos los hombres para compartir los destinos de su Madre? Esta sola preferencia eleva á San José á una dignidad casi tan gloriosa para él como lo fué para la Santísima Virgen su maternidad. Lo mismo que Ella puede exclamar en medio de los sentimientos de admiración y reconocimiento: *Fecit mihi magna qui potens est.* ¡Oh! ¡Cuánta honra y felicidad encierran estos dos solos vocablos: *Virum Mariæ!* María, la criatura del todo divina, ensalzada por encima de todas por tantos privilegios: Concepción Inmaculada, parto virginal, muerte de amor, anticipada resurrección, triunfante Asunción... María, adornada de todas las virtudes, de todas las perfecciones compatibles con la naturaleza humana: María, á quien todos los doctores, todos los santos, todas las lenguas, todas las generaciones han alabado y alabarán continuamente.... María ha recibido de la mano del mismo Dios un esposo digno de Ella; y este esposo es José: ¿no es eso bastante para que podamos decir que no ha tenido semejante en gloria y honor? *Non est inventus similis illi* (2).

¡Oh afortunado José! así me explico el que no hayáis echado de menos el trono de David, el cetro de Judá.... la cualidad de esposo de María vale mucho

(1) Matth., I, 46.
(2) Eccli., XLIV, 20.

Sería de desear que el clero fuera á la cabeza de ese movimiento que impele los ánimos á la instrucción. 2.º Para conservar los conocimientos adquiridos; fácilmente se olvida lo que se sabe; nos lo recuerda Benedicto XIV y San Alfonso de Ligorio; y nos lo demuestra la experiencia.

PUNTO SEGUNDO.—*Ventajas grandes del estudio eclesiástico.* Favorece y protege la virtud sacerdotal. La favorece por medio de la vida retirada, por el recogimiento, por el espíritu de sacrificio y por el ejercicio legítimo de las facultades intelectuales. La protege. El estudio encadena la imaginación, espiritualiza al hombre y lo libra de la tiranía de los sentidos. Cuando se trata de la ciencia divina, sumergir el espíritu en el estudio, es elevar nuestro corazón al Cielo.

PUNTO TERCERO.—*Disposiciones necesarias para este estudio.* La ciencia tiene también sus inconvenientes. *Scientia inflat.* Puede que alimentando nuestro orgullo, debilite y destruya en nosotros la piedad. Sazonemos y santifiquemos el estudio por la oración á ejemplo de los santos y en modo especial, de Santo Tomás. Según la recomendación de San Bernardo, no debemos proponernos otra cosa en nuestros estudios más que nuestra propia santificación y la del prójimo.

MEDITACIÓN LXXVI

19 de Marzo.—SAN JOSÉ.—*Sus privilegios y grandezas.*

- I. Como esposo de María.
- II. Como padre nutricio de Jesús

Nuestra devoción á un santo cuyo nombre asociado á los dulces nombres de Jesús y María, y como una tercera gota de miel en la boca de sus devotos, exige que le rindamos un triple homenaje: el de nuestra veneración por sus grandezas, el de nuestra imitación por sus virtudes, y el de nuestra confianza por el poder y la voluntad que tiene de asistirnos eficazmente. Ese postrer culto se refiere directamente á su patrocinio; meditaremos sobre ello el día en que la Iglesia celebra su fiesta. Meditemos hoy y mañana

sobre los privilegios y virtudes del esposo de María, padre adoptivo de Jesús: *Jacob autem genuit Joseph, virum Mariæ, de qua natus est Jesus* (1).

PUNTO I

Privilegios de San José como esposo de María: *Virum Mariæ*

Hé aquí el primer privilegio que le da derecho á nuestra profunda veneración y á nuestras felicitaciones. El mismo fulgor con que brilla la Santísima Virgen á los ojos de la fe, se refleja en aquél que Dios le ha dado por esposo. ¿Pudo nunca haber unión más perfecta? ¿Quién tenía que ser el dichoso mortal escogido por el Señor entre todos los hombres para compartir los destinos de su Madre? Esta sola preferencia eleva á San José á una dignidad casi tan gloriosa para él como lo fué para la Santísima Virgen su maternidad. Lo mismo que Ella puede exclamar en medio de los sentimientos de admiración y reconocimiento: *Fecit mihi magna qui potens est.* ¡Oh! ¡Cuánta honra y felicidad encierran estos dos solos vocablos: *Virum Mariæ!* María, la criatura del todo divina, ensalzada por encima de todas por tantos privilegios: Concepción Inmaculada, parto virginal, muerte de amor, anticipada resurrección, triunfante Asunción... María, adornada de todas las virtudes, de todas las perfecciones compatibles con la naturaleza humana: María, á quien todos los doctores, todos los santos, todas las lenguas, todas las generaciones han alabado y alabarán continuamente.... María ha recibido de la mano del mismo Dios un esposo digno de Ella; y este esposo es José: ¿no es eso bastante para que podamos decir que no ha tenido semejante en gloria y honor? *Non est inventus similis illi* (2).

¡Oh afortunado José! así me explico el que no hayáis echado de menos el trono de David, el cetro de Judá.... la cualidad de esposo de María vale mucho

(1) Matth., I, 46.

(2) Eccli., XLIV, 20.

más que todos los tronos del universo. Decidnos, si podéis, el dote que os ha traído esta admirable Esposa, y los frutos que habéis recogido de esta divina unión. Decidnos los tesoros espirituales con que os enriqueció la presencia continua durante treinta años, la conversación, la oración, la caridad ardiente de Aquella en quien Dios había derramado la plenitud de sus gracias, y que amándoos como jamás esposa alguna amó á su esposo, ningún beneficio gozaba que no compartiera con vos. Encendida en los sentimientos de su Hijo cómo lo abrasaría todo con el fuego sagrado de su divino amor! (1) ¡Con qué centellas inflamaría el corazón de José, tan bien dispuesto para los celestiales favores!

¡Oh Sacerdote! felicita á San José, admira su vocación; pero piensa en la tuya. Como esposo de María, San José es el jefe de la Sagrada Familia. Nada se ejecuta allí sino por orden suya y bajo su dirección. A él se dirigen los ángeles, ora cuando se trata de huir á Egipto, ora cuando hay que volver á la Judea; á él lo mismo que á la augusta Virgen le es revelado el nombre adorable del Niño. Dios lo ha constituido jefe de su casa, dueño y señor de María, la cual guarda con fidelidad respecto á él la ley impuesta á todas las esposas: *Mulieres subdite sint viris suis* (2). Le ha confiado lo que tiene de más querido; *Constituit eum dominum domus sue, et principem omnis possessionis sue*. Lo hace su agente, su ministro en el asunto de un misterio que todavía no es tiempo de manifestar al mundo..... ¡Oh Sacerdotes! ¿No es por ventura eso mismo lo que representáis vosotros en la Iglesia, en esta casa de Dios, donde ejercéis tan sublimes misterios, donde cooperáis á sus misericordiosos designios?

Como esposo de María José fué su insigne bienhechor; salvó su honor y su vida. Adquirió grandes derechos á su gratitud por todo lo que hizo y sufrió por su Hijo y por Ella..... ¡Virgen Santa, cuánto de-

(1) Luc., XII, 49.

(2) I Pet., III, 1.

béis también á los buenos Sacerdotes! Sin ellos, ¿podrían estar vuestros altares tan adornados? ¿Se celebrarían vuestras fiestas? ¿Tendríais culto y altares? Les debéis más que vuestra gloria, pues ellos procuran la de vuestro Hijo. ¿No es su celo el que le da á conocer y le hace adorar? ¡Oh Dios mío! ¡Me habéis llamado á regocijar el corazón de vuestra Madre; estoy en un estado en el que tengo mil medios para asegurarme su ternura: seáis por siempre bendecido! ¡Y no ceséis jamás, os lo suplico, de aumentarme el amor hacia Ella! Cuando ese amor sea perfecto, ya no tendré otra cosa que desear, ni en el Cielo donde todo contribuirá á mi felicidad, ni en este mundo, porque el amor de María despega el corazón de él, y también porque nada mundano puede agrandar ni perjudicar á sus fieles servidores.

PUNTO II

Privilegios de San José como padre de Jesús

De qua natus est Jesus. Este título es consecuencia del primero: *Si vir Mariæ*, dice San Jerónimo, *et pater Dei est*. El espíritu queda confundido contemplando las grandezas de San José. Vedlo asociado, por decirlo así, á la divina paternidad puesto que él es el padre de un Hijo que es también Hijo único del mismo Dios; padre no sólo por simple denominación sino por delegación del mismo Padre Eterno, el cual le da sobre el Verbo Encarnado los mismos derechos que tiene un padre sobre su hijo; padre por obra del Espíritu Santo el cual ha creado en él un corazón paternal en toda su perfección, y le ha dado para Jesús todos los sentimientos, todas las emociones, todo el desprendimiento de un padre. Lo que no era por naturaleza vino á serlo por gracia. Lo mismo que María él queda lleno de admiración y de gozo cuando le predicen las grandes cosas que hará el divino Infante. *Erat pater ejus et mater mirantes super his que dicebantur de illo*. Lo mismo que Ella queda

traspasado de dolor cuando cree haber perdido al objeto de su amor. ¡Con qué ansiedad, con cuántas lágrimas lo buscan en Jerusalén! *Regressi sunt in Jerusalem, requirentes eum!* «¿Dónde está? ¿Qué ha sido del depósito precioso que el Cielo nos ha confiado?» ¡Qué profunda aficción; y cuán bien conocía María el corazón de José, cuando le dijo á Jesús después que lo hubo hallado: *Ecce pater tuus et ego dolentes querebamus te!*

¡Admirable paternidad tan consoladora para nosotros como gloriosa para San José! ¿Pudo acaso llegar á ser padre del Hijo de Dios sin serlo de sus hijos adoptivos? ¿No es verdad que el padre de Jesús debe mirar como hijos á los que Jesús mira como hermanos? Sí, gran Santo, tenéis corazón de padre para el Verbo hecho Carne, y entrañas también paternales para aquellos que en El y por El han sido hecho hijos de Dios. Queremos compartir con Jesús los sentimientos que tuvo para con vos, su ternura filial, su respeto, su abandono lleno de confianza.

No dejemos de meditar tampoco las inapreciables prerrogativas que obtuvo San José por esta celestial paternidad, y de las cuales participan todos los buenos Sacerdotes. Como padre de Jesús está encargado de alimentarlo. Aquél que da de comer al que tiene hambre (1) se humilla hasta recibir la comida cotidiana de un pobre artesano que no tiene más recursos que su trabajo. José sostiene la vida de Jesús con el sudor de su frente; pero ¡qué llevaderas resultan sus fatigas! ¡Sostiene una vida que ha de ser la salvación del mundo! ¿Qué es lo que alienta al buen Sacerdote en sus sacrificios? Este pensamiento: me fatigo; abrevio quizás mis días; pero Jesús vivirá y reinará en los corazones; contribuyo á la salvación de las almas.

Como padre de Jesús, José está encargado de guiarlo. Guía exteriormente á Aquél que todo lo rige en el universo con sabiduría infinita; manda sobre Aquél cuyas órdenes ejecutan los Cielos y la tie-

(1) *Qui... dat escam esurientibus.* (Ps. CXLV, 7.)

rra: *Et erat subditus illis.* ¡Cosa asombrosa! Los historiadores de la vida del Señor no tienen otra cosa que decir de los diez y ocho años de una vida que fué una serie no interrumpida de prodigios, sino esas tres palabras. Quisieron sin duda llamar nuestra atención sobre la gran maravilla de un Dios por tanto tiempo y tan perfectamente sumiso á un hombre, maravilla que vemos perpetuarse en medio de nosotros por el ministerio sacerdotal: ¿pensamos en ello bastante? ¡Oh Sacerdotes! ¿Qué es lo que hacéis en el altar? ¿No ejercéis por ventura sobre el mismo Dios una autoridad todavía más sorprendente? José mandaba á Jesús en los días de su vida mortal y humillada; y vosotros disponéis de El á vuestro antojo, estando El en su trono de gloria.

Como padre de Jesús José está encargado de protegerle, defenderle y cuando haga falta, salvarle. Lo salva en efecto cuando lo sustrae del furor de Herodes... Este insigne honor ¿será para él solo? no; que también lo encuentro en el buen Sacerdote. También él es el protector y en cierto modo el Salvador de Jesús. Protege su gloria contra los ultrajes de la incredulidad, de la impiedad y del libertinaje. Protege su adorable presencia en la Eucaristía contra las irreverencias y profanaciones sacrilegas; protege su vida en las almas contra el pecado mortal que lo destierra. Si con mi celo impido una grave infracción de la divina ley, en términos de San Pablo, yo libro á Jesús de una nueva crucifixión (1).

Como padre de Jesús, en fin, recibe José el testimonio del tierno afecto que tanto contribuye al consuelo y dicha de los padres. Penetremos si queremos hacernos cargo de una escena verdaderamente conmovedora en el interior de la Santa Familia; contemplemos á José: él que tiene en sus brazos al Niño que le llama padre, que le prodiga las más tiernas caricias y provoca las suyas. ¡Oh! ¡Cuánta dicha inundaría entonces el corazón de aquel venturoso

(1) *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.* (Hebr., VI, 6.)

padre! Y el Sacerdote comulgando todos los días, ¿puede decirse menos privilegiado que San José? Posee el mismo bien y aun de una manera más íntima... Dios mío, dadme la pureza, dadme la caridad de ese gran Santo y nada tendré ya que envidiarle.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Privilegio de San José como esposo de María.*—Todo el resplandor que despide la Santísima Virgen á los ojos de la fe se refleja en San José. ¿Cuál no debió ser aquél á quien Dios mismo se dignó escoger entre todos los hombres para compartir los destinos de su Madre, para ser su protector y su sostén! José es el jefe de la Sagrada Familia, nada se ejecuta allí sino por orden suya y bajo su dirección. A él se dirigen los ángeles. Dios lo hizo su agente en el asunto y ejecución de uno de sus más altos designios ¿y el Sacerdote?

PUNTO SEGUNDO.—*Privilegio de San José como padre de Jesús.*—Dios le otorgó sobre el Verbo Encarnado los mismos derechos que tiene un padre sobre su hijo. Lo que no era por naturaleza lo vino á ser por gracia. Como padre de Jesús está encargado de alimentarle: José sostuvo la vida de Jesús con el sudor de su frente. Está encargado de guiarle; manda á Aquél cuyas órdenes ejecuta toda criatura. Está encargado de defenderlo y salvarle; le sustrae del furor de Herodes, y viene á ser con eso el salvador del Salvador del mundo. Como padre de Jesús, en fin, recibe José el testimonio de sus más tiernas caricias que es lo que constituye la felicidad de los padres. ¡Oh! ¡Si yo pudiera también tomar parte en esos favores de que fué colmado San José! Dios mío, dadme su pureza, su desprendimiento, su caridad y nada tendré que envidiarle.

MEDITACIÓN LXXVII

Tres virtudes de San José propuestas particularmente á la imitación de los Sacerdotes

- I. Su fe viva.
- II. Su profunda humildad.
- III. Su esperanza inquebrantable.

PUNTO I

Fe viva de San José

Quando Dios tiene predestinado á un hombre para grandes cosas lo adorna de todas las gracias que convienen á su vocación y le pone en condiciones de cumplirla dignamente. Antes de elevar á San José á la dignidad de esposo de María y á los ministerios que con ello estaban enlazados, lo preparó con el don de una fe viva. La dicha de María consistió en haber creído: *Beata quæ credidisti*. Esto mismo fué lo que formó la felicidad de San José. Cree que por poder divino la más fecunda maternidad no es incompatible con la virginidad más pura, y que María ha sido llamada á realizar esta maravilla. Cree que este pobre Niño que ha nacido en un portal desprovisto de todo es el Rey de los reyes, el Criador del universo, la alegría de los ángeles, el terror de los demonios. Cree que el Hijo de Dios, venido al mundo para salvar á los hombres, se ha humillado hasta querer en cierto modo ser salvado por un hombre; y que él, José, habiendo sido elegido para un fin tan sublime, debe llevarle á Egipto á través de los desiertos aunque parezca que semejante huida está no sólo llena de peligros, sino que es hasta impracticable. Pero él cree no obstante estas aparentes imposibilidades. La simplicidad de su fe que es lo que constituye su mérito le alcanza esta luz sobrenatural que vendrá á ser su recompensa. Ella se alimenta

de todo lo que ve, de todo lo que comprende; se fortifica por los obstáculos, y Dios pronto se mostrará casi sin velo á su fiel servidor, le revelará sus secretos, le comunicará sus designios... le hará penetrar en las profundidades del misterio del Verbo Encarnado.

De ahí procede ese profundo respeto que no pierde nunca aun en el trato más familiar con el niño Jesús, ni en medio de la autoridad que ejerce sobre El: al par que le manda le adora. De ahí esa dulce y continua contemplación de las delicias de la vida futura que ya comienza á gustar en esta vida.

La santidad y la bienaventuranza son los frutos de la fe viva. Por la fe creemos en lo que no vemos; por la fe viva vemos en cierto modo aquello en que creemos. La fe, dice San Agustín, es el ojo del corazón. Si su mirada es penetrante, si atraviesa las nubes, si llega á entrever los divinos resplandores, entonces el amor de Dios se inflama; y el amor de Dios en la plenitud de su elevación ¿no constituye acaso la perfección en esta tierra y la felicidad en el Cielo? ¡Oh! ¡Cuántas ventajas trae consigo para el Sacerdote esta fe, lumbrera resplandeciente, encendida en los ardores del divino amor! El sacerdocio, dice San León Papa, es una profesión de fe y caridad (1). Exige hombres sobrenaturales y divinos. ¿Dónde encontraríamos esos arranques generosos, ese celo desprendido, esa paciencia, esa tierna compasión, necesario todo ello á los que deben salvar las almas, si la fe no nos enseñara lo que ellas valen? ¿Cómo podríamos estar en el altar con esa profunda piedad y sagrado recogimiento que nos debe inspirar la presencia de Jesucristo, si no sintiéramos, por decirlo así, los rasgos de su gloria á través de las apariencias que lo ocultan á los ojos de la carne?

(1) Epist. 28.

PUNTO II

Humildad de San José

Dos cosas hay que en una alma menos iluminada ó menos fiel, hubieran servido de escollo á esta virtud; y en él sirvieron para consolidarla más y darle mayor grado de esplendor: las humillaciones á las cuales Dios le sometió y las gracias de que le colmó.

Era San José oriundo de la más ilustre familia del universo; era ella la que debía dar al mundo el Redentor; veintitrés reyes son sus ilustres antepasados; y sin embargo se halla el Santo reducido á la indigencia; y para no sucumbir bajo el peso de la miseria se ve obligado á ejercer un oscuro oficio en aquellos mismos lugares donde sus antepasados habían empuñado el cetro. Es necesario que se abandone en manos de la suerte, que se exponga á los caprichos, á las burlas y desprecios de los últimos de su nación, y que les agradezca el que quieran servirse de sus brazos, pagar sus sudores: ¡tal es el estado en que le ha colocado la Providencia! Y sin embargo, lejos de quejarse se regocija de ello y acepta las humillaciones de este estado. Jamás se le oye hablar de su abolengo. Quiere mejor pasar por un hombre del pueblo y ser conocido como hijo de uno de los artesanos más vulgares: *Nonne hic est fabri filius?* No busca otra gloria ni tiene otras ambiciones que ocultarse á los ojos del mundo para ser más fiel á su Dios. Pero las gracias que de él recibió fueron quizás para su humildad una prueba más peligrosa aún. José es depositario de un secreto en el que está interesado el género humano entero. Si el manifestara el misterio de un Dios Encarnado, confiado á sus cuidados, ¡cuántas consideraciones podría conquistarse con ello al mismo tiempo que obtendría para Jesucristo los más justos homenajes! ¿Por qué no lo manifiesta al menos á sus amigos de confianza? Parece que así debía hacerlo para la mayor gloria de Dios y el cumplimiento de sus desig-

nios. El Mesías deseado por tantas generaciones no había por cierto bajado á la tierra para permanecer ignorado; era menester que tarde ó temprano se diera á conocer: ¿podía serlo demasiado pronto...? ¡Cuántos motivos para hablar! ¡Qué de pretextos le hubiera sugerido un amor propio ingenioso en ocasión tan delicada...! Pero José calla. El no está encargado de publicar la venida del Mesías; al contrario, está encargado de ocultarle con su propia oscuridad hasta el día fijado para su manifestación. El se encierra en el misterio que le ha sido confiado y se contenta con gozar en silencio de su felicidad.

¡Oh José! yo reverencio en vos las tinieblas en las cuales se oculta la Divina Majestad: *Posuisti tenebras latibulum tuum*. Vuestra gloria tan sólo es patente á los ojos del Señor y de sus ángeles; porque los hombres no son dignos de apreciarla. Obtenedme la gracia de comprender y gustar aquella máxima que Vos habéis practicado con tanta perfección, y que yo no puedo leer sin que tiemble mi orgullo: *Ama nesciri et pro nihilo reputari*. Obtenedme aquella humildad que es el más bello ornamento del sacerdocio, el principio de todas las gracias, la fuente de todos los bienes: *Humilitas sacerdotum gemma* (1).— *Nulla splendidior gemma..... humilitate* (2)— *Sancta humilitas exhibet præsulem possessorem sui, acceptum Deo, hominibus charum, dignum caelo, angelorum socium, præditum sanctitate, receptaculum paraclæti, contemptorem mundi, diaboli victorem* (3).

PUNTO III

Esperanza de San José

Las contradicciones y reveses sólo sirven para afirmarla y hacerla más inquebrantable. De él se puede decir como del padre de los creyentes que esperó con-

(1) S. Laur. Just.

(2) S. Bern.

(3) S. Laur. Just. *De inst. et regim. præl. c. 21.*

tra toda esperanza (1). La pobreza de su condición fué la menor de las pruebas, tanto lo había elevado su fe viva por encima de las cosas de la tierra. Sólo la sentía por las privaciones y sufrimientos que le era forzoso imponer á Jesús y á María. ¡Oh cuánto sentiría en Belén no poder ofrecer otro alojamiento que un establo abandonado á Aquella á la cual el Mesías había escogido por Madre suya y que estaba á punto de darle á luz. Tampoco en este caso le faltó su confianza en Dios, y jamás quedó mejor justificada: esta noche tan tristemente comenzada inundará de inefable consuelo el corazón de María y de José.

Cuando le mandó el ángel partir para Egipto, ¿se cuidó por ventura de preguntar quién le serviría de guía, quién proveería para los gastos del viaje, quién le proporcionaría los medios para alimentar al Niño y á su Madre en un lugar donde se encontraría sin recurso alguno? Ni tampoco preguntó cuánto había de durar este destierro: le basta saber que Dios lo manda.

Pero la más dolorosa de todas las pruebas fué sin duda alguna la cruel perplejidad en que le pusieron las consecuencias de un misterio que él todavía ignoraba. ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? Recorre á la oración; se vuelve á Dios.... No, no será abandonado en una aflicción tan justificada. ¡Qué instante tan dichoso aquel en que el ángel del Señor vino á decirle: *Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in ea natum est, de Spiritu sancto est!*

¡Oh, santa esperanza, virtud de las almas grandes! tú eres en modo particular la virtud de los hombres apostólicos: *Magna audent quia magni sunt*, dice San Bernardo. Cuando por orden de Dios hemos emprendido alguna cosa, no son los peligros ni las contradicciones lo que debemos temer, sino nuestra propia pusilanimidad. *Omnia possum in eo qui me confortat*: ¡hé ahí al Sacerdote guiado por la fe! Seguro de que hace la voluntad de Dios se sobrepone á

(1) *Contra spem in spem credidit.* (Rom., IV, 18.)

todas las contrariedades y á todas las pretendidas imposibilidades. Goza de un secreto placer cuando se ve despojado de todo apoyo humano, porque entonces se entrega por completo en los brazos de la Providencia. Acordémonos de un San Francisco Javier, de un San Vicente de Paúl y de tantos otros. Nada honra tanto á la omnipotencia de Dios como la omnipotencia que da á los que en El confían. *Nihil omnipotentiam Dei clariorem reddit, quam quod omnipotentes facit omnes qui in se sperant* (1). ¿Por qué habré, pues, rehusado por tanto tiempo el mérito y las dulzuras de una virtud que infunde en el alma del que la goza tanta paz, tanto vigor y tantos consuelos? *Qui omnem sollicitudinem suam in Deum jactat, habet ipsum Dominum in provisorem* (2).—*Cujus est fortitudo Dominus, tam non cadit quam non cadit Dominus* (3). *O spes, tu omnia portare facis dulciter et suaviter* (4). San Lorenzo Justiniano dice de la esperanza: *Ipsa est in labore requies, in æstu temperies, in fletu solatium* (5).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Fe viva de San José*.—El haber creído formó la felicidad de María; lo mismo se puede decir de San José. El cree á pesar de las obscuridades, á pesar de las aparentes imposibilidades. Dios recompensa su fe con íntimas comunicaciones que le hacen avanzar en el conocimiento de los misterios. De ahí procede esa profunda piedad con que adora al niño Jesús, al mismo tiempo que manda en El; de ahí esa dulce y continua contemplación.

PUNTO SEGUNDO.—*Humildad de San José*.—Hubo de luchar contra las humillaciones á que fué sometido, y contra los favores celestiales de que fué colmado. Oriundo de

- (1) S. Bern., LXXXV. *Serm. in Cant.*
- (2) S. Bonav.
- (3) S. Aug. in p. CXVII.
- (4) Id.. *Serm. X ad fratres erem.*
- (5) *Trac. de spe. c. II.*

la más ilustre familia del universo; y en lugar de tener centro como muchos de sus antepasados, se veía reducido á ganarse el sustento con el sudor de su frente, como el último de los artesanos. Pero José acepta con gusto esta oscura condición. Más resplandeció todavía su humildad en las insignes gracias de que Dios le colmó. Ni su augusta unión con la Madre de Dios, ni los sublimes oficios que fueron consecuencia de ella, fueron parte para hacerle olvidar su nada. ¿De qué consideraciones no hubiera sido objeto, si hubiera revelado el glorioso misterio que le había sido confiado! Pero se guardó bien de hablar de ello.

PUNTO TERCERO.—*Esperanza de San José*.—Las contrariedades le fortifican lejos de desanimarle. Y en Belén, donde no encuentra alojamiento, y en la huida á Egipto, y á la vuelta, José espera contra toda esperanza. Por eso su confianza quedó siempre justificada. ¡Oh! ¡qué alegría no hubo de causarle el ángel cuando le dijo: No titubees en tomar á María por Esposa!

MEDITACIÓN LXXVIII

21 de Marzo.—SAN BENITO

Si la fiesta de este día es en modo especial querida para el estado religioso, por haber sido el santo que se festeja el encargado de formar las reglas y comunicarles su espíritu, no lo es menos para el sacerdocio encargado de formar y dirigir á almas religiosas y á todas aquellas que son llamadas á la perfección. Nació este Santo hacia el año 480, en el ducado de Espoleto, de padres distinguidos por su nobleza y por sus muchas riquezas. Enviado á Roma á la edad de siete años, hizo rápidos progresos en las ciencias humanas, y mayores aún en la ciencia de la salvación. Cuando llegó á la edad de quince años, vió una gruta semejante á una tumba: moró en ella por tres años, sin otro testigo de su apartamiento, que un hombre caritativo que todas las semanas le llevaba algunos pedazos de pan. Mientras tanto, otros monjes de los lugares vecinos llegaron á descubrirle, y

todas las contrariedades y á todas las pretendidas imposibilidades. Goza de un secreto placer cuando se ve despojado de todo apoyo humano, porque entonces se entrega por completo en los brazos de la Providencia. Acordémonos de un San Francisco Javier, de un San Vicente de Paúl y de tantos otros. Nada honra tanto á la omnipotencia de Dios como la omnipotencia que da á los que en El confían. *Nihil omnipotentiam Dei clariorem reddit, quam quod omnipotentes facit omnes qui in se sperant* (1). ¿Por qué habré, pues, rehusado por tanto tiempo el mérito y las dulzuras de una virtud que infunde en el alma del que la goza tanta paz, tanto vigor y tantos consuelos? *Qui omnem sollicitudinem suam in Deum jactat, habet ipsum Dominum in provisorem* (2).—*Cujus est fortitudo Dominus, tam non cadit quam non cadit Dominus* (3). *O spes, tu omnia portare facis dulciter et suaviter* (4). San Lorenzo Justiniano dice de la esperanza: *Ipsa est in labore requies, in æstu temperies, in fletu solatium* (5).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Fe viva de San José*.—El haber creído formó la felicidad de María; lo mismo se puede decir de San José. El cree á pesar de las obscuridades, á pesar de las aparentes imposibilidades. Dios recompensa su fe con íntimas comunicaciones que le hacen avanzar en el conocimiento de los misterios. De ahí procede esa profunda piedad con que adora al niño Jesús, al mismo tiempo que manda en El; de ahí esa dulce y continua contemplación.

PUNTO SEGUNDO.—*Humildad de San José*.—Hubo de luchar contra las humillaciones á que fué sometido, y contra los favores celestiales de que fué colmado. Oriundo de

- (1) S. Bern., LXXXV. *Serm. in Cant.*
- (2) S. Bonav.
- (3) S. Aug. in p. CXVII.
- (4) Id.. *Serm. X ad fratres erem.*
- (5) *Trac. de spe. c. II.*

la más ilustre familia del universo; y en lugar de tener centro como muchos de sus antepasados, se veía reducido á ganarse el sustento con el sudor de su frente, como el último de los artesanos. Pero José acepta con gusto esta oscura condición. Más resplandeció todavía su humildad en las insignes gracias de que Dios le colmó. Ni su augusta unión con la Madre de Dios, ni los sublimes oficios que fueron consecuencia de ella, fueron parte para hacerle olvidar su nada. ¿De qué consideraciones no hubiera sido objeto, si hubiera revelado el glorioso misterio que le había sido confiado! Pero se guardó bien de hablar de ello.

PUNTO TERCERO.—*Esperanza de San José*.—Las contrariedades le fortifican lejos de desanimarle. Y en Belén, donde no encuentra alojamiento, y en la huida á Egipto, y á la vuelta, José espera contra toda esperanza. Por eso su confianza quedó siempre justificada. ¡Oh! ¡qué alegría no hubo de causarle el ángel cuando le dijo: No titubees en tomar á María por Esposa!

MEDITACIÓN LXXVIII

21 de Marzo.—SAN BENITO

Si la fiesta de este día es en modo especial querida para el estado religioso, por haber sido el santo que se festeja el encargado de formar las reglas y comunicarles su espíritu, no lo es menos para el sacerdocio encargado de formar y dirigir á almas religiosas y á todas aquellas que son llamadas á la perfección. Nació este Santo hacia el año 480, en el ducado de Espoleto, de padres distinguidos por su nobleza y por sus muchas riquezas. Enviado á Roma á la edad de siete años, hizo rápidos progresos en las ciencias humanas, y mayores aún en la ciencia de la salvación. Cuando llegó á la edad de quince años, vió una gruta semejante á una tumba: moró en ella por tres años, sin otro testigo de su apartamiento, que un hombre caritativo que todas las semanas le llevaba algunos pedazos de pan. Mientras tanto, otros monjes de los lugares vecinos llegaron á descubrirle, y

después de repetidas instancias, obtuvieron que fuera á dirigirlos. Pero apenas probó hacerles entrar por los estrechos senderos de su profesión, rehusaron obedecerle y resolvieron deshacerse de él. El Santo, habiendo bendecido, según su costumbre, el vaso que se le presentó en el refectorio y que contenía veneno, dicho vaso estalló en el acto, y Benito volvió á su soledad.

Tan gran número de discípulos le siguieron que llegó á fundar en aquel desierto hasta doce monasterios. Más tarde fundó el de Monte Cassino, que vino á ser cabeza de toda la orden. Allí fué donde redactó sus reglas, código perfecto de la vida religiosa. Y allí murió el 21 de Marzo del año 543. En el momento de expirar, dos de sus religiosos, de monasterios diversos y muy lejanos, vieron un camino luminoso que partía de la celda del santo y se remontaba hasta las nubes; y oyeron una voz que decía: *Por este camino, Benito, el muy amado de Dios, ha subido al Cielo.* No conocemos á otro Santo en el que se haya mostrado tan visiblemente la bendición del Señor, por la que promete el céntuplo á los que lo abandonan todo por seguirle. La gracia hizo que San Benito encontrara de una manera prodigiosa:

- I. La vida en la muerte.
- II. Las riquezas en la pobreza.
- III. La gloria en el mayor alejamiento del mundo

PUNTO I

Prodigios de la gracia para con San Benito que halla la vida en la muerte

Si San Benito hubiera dejado el mundo tan sólo para librarse de los peligros que en él corre la virtud y trabajar con mayor seguridad para su eterna salvación, hubiera podido escoger un desierto menos salvaje, y entregarse á mortificaciones menos dolorosas; pero cuando vemos á un joven de quince años,

rodeado de los cuidados que suelen prodigarse á la infancia, sin consultar á nadie más que á Dios, retirarse á una caverna donde no tendrá más compañía que las bestias feroces, más lecho que una dura roca, más vestido que un rudo cilicio, ni más alimento que raíces, debemos deducir que de tales providenciales preparaciones, Dios quiere sacar un prodigio de santidad y darle en cambio de la vida mortal sacrificada por él, una vida sobrenatural y extraordinaria.

¿Qué sucedió, en efecto? Que no solamente las excesivas austeridades, que hubieran debido consumir sus fuerzas á los pocos días, sirvieron para conservárselas y aumentárselas, sino que se puede también decir en cierto modo de esta tumba donde se sepultó vivo, lo que se dijo de la del Salvador: «La morada de la muerte fué para él mansión de vida. La abertura de una roca es el seno de una madre milagrosa que concibe un muerto y da á luz un vivo (1).» El valeroso joven lleva á cabo el proyecto de morir á todo y aún á sí mismo, para no vivir sino en Dios; y Dios le devuelve con creces todo lo que ha dejado por Él: con la santidad le da mayor ciencia, y una ciencia más preciosa de la que hubiera podido adquirir en todas las academias del universo. Lo hace maestro de un pueblo de santos y de sabios. ¿Podemos pensar en los hijos de San Benito y en sus obras sin admirar la savia que brota de la cepa de donde salen tales racimos y que producen tan maravillosos frutos?

¿Qué es lo que nos mantiene en nuestro tedio y flojedad? Casi siempre el solo temor de darnos demasiado á Dios para merecer que nos eleve á la dicha de la santidad. Tememos perder en un cambio donde todo resulta en ventaja nuestra... Fíjate, pues, oh alma mía, en lo que es la muerte que conduce á la vida; que cuanto más te desapegues de tus intereses humanos, tanto más merecerás las celestiales bendiciones.

(1) *Domus mortis mansio fit vitalis; uteri nova forma mortuum concepit, parit vivum.* (S. Petr. Chrys.)

PUNTO II

Prodigios de la gracia para con San Benito el cual halla la riqueza en la pobreza

Podía Benito prometerse todo lo que los hombres buscan en la fortuna, en la cultura del espíritu y en el ejercicio del poder; á todo renunció por amor á Jesucristo ¿y qué hizo el Salvador para recompensarle? Le trató como á los apóstoles, y pareció decirle como á ellos: «¡Ven, oh pobre muy amado, ven y sígueme; no teniendo nada, estás muy bien dispuesto para ser enriquecido con mis dones!» Cuanto más fecundo es el manantial, tanto más vacío debe estar el vaso que va á llenarse en él (1).

Porque despreció la herencia paterna, y quiso, á imitación del Salvador, no tener donde reposar su cabeza, los ricos le abren sus tesoros; pero, así como los apóstoles, mientras los fieles ponían á sus pies el precio de sus dominios sólo lo empleaban en bien de sus hermanos; de la misma manera San Benito recibía con una mano para dar con la otra; y quedaba para sí tan pobre, como si nada hubiera recibido. Envidiámosle mientras tanto el céntuplo de los bienes espirituales de que fué tan abundantemente colmado.

San Gregorio dijo de él que estaba lleno del espíritu de todos los justos (2); es decir, que el Señor reunió en él todos los bienes que suele repartir entre los demás; y lo que causa mayor admiración, es que Benito salió de su caverna adornado con todas las riquezas de la gracia, por una especie de nueva creación; sabio, sin haber estudiado; doctor, sin haber aprendido; legislador, sin haber jamás conocido otra ley que la del Evangelio; director consumado, sin que nadie le haya dirigido á él. La gracia le concedió el espíritu de gobierno, lo mismo que á Moisés; de profecía, como á Elías y Eliseo; de celo, como á los apóstoles.

(1) *Tam largo fonti vas inane admoventum est.* (S. Aug.)

(2) *Spiritu omnium justorum plenus fuit.*

Para ser verdadero siervo de Dios, desdeñó el poder y las dignidades á las cuales por su nacimiento había sido llamado; y hé ahí que Dios lo revistió de una autoridad casi absoluta sobre todas las criaturas. Los animales, los elementos, los demonios le obedecían, los muertos resucitaban á su voz: hizo milagros y comunicó el poder de hacerlos. ¡Oh! ¡qué bueno es el Señor á quien servimos! Arrojemos todos nuestros cuidados en su seno; y para dejar obrar en plena libertad á la gracia, no nos apeguemos á nada y despojémonos aún de nosotros mismos.

PUNTO III

Prodigios de la gracia para con San Benito, el cual encuentra gloria incomparable en la más profunda oscuridad

Lleno de desdén para consigo mismo, San Benito se había puesto en la imposibilidad de emprender alguna cosa en que pudiera lucirse en el orden de las cosas humanas; y Dios lo escogió para llevar á cabo los más altos y magníficos designios. Cuanto más se oculta, tanto más la Providencia procura darlo á conocer. Se oculta á las miradas de su siglo, y llega á ser la admiración de todos los siglos. Huye del mundo, y los más distinguidos personajes van á buscarle en su mismo desierto. Los príncipes y obispos le consultan como á un oráculo. Respetado de los mayores, amado de los pequeños, se hace temer aun de aquellos mismos que llevan á todas partes el terror: mirad, si no á un Totila á los pies del humilde solitario (1). Pero nada honra tanto á San Benito como la fundación de una orden célebre, extendida con admirable rapidez por todas las partes de Europa, sirviendo á la Iglesia por medio de sus escrito-

(1) Queriendo este príncipe tener una prueba del don de profecía de San Benito, fué á él disfrazado para conocer cuál había de ser su destino; pero el Santo le reconoció, le predijo lo que llegaría á ser y el fin de sus conquistas y de su vida después de nueve años.

res, apóstoles, mártires y una larga serie de romanos pontífices y santos obispos (1).

Honremos á este ilustre maestro de la vida monástica y religiosa. Recurramos también, cuando lo invoquemos, á esa innumerable multitud de Bienaventurados, llegados después de él al reino de la gloria por el camino luminoso que les trazara. Como San Benito y todos sus discípulos levantemos el edificio de nuestra santificación sobre estas cuatro inquebrantables columnas: oración, trabajo, mortificación de los sentidos y silencio.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Prodigio de la gracia para con San Benito haciéndole hallar la vida en la muerte.*—El valeroso joven lleva á cabo el proyecto de morir á todas las cosas y aún á sí mismo para no vivir sino á Dios; y en cambio de la vida corporal que sacrifica, Dios le da una vida sobrenatural extraordinaria. Comprende, pues, ¡oh alma mía! que el Señor jamás se deja vencer en generosidad; comprende cómo la muerte nos eleva á la vida: cuanto más despojado estés de las cosas humanas, tanto más te revestirás de las divinas.

PUNTO SEGUNDO.—*Prodigio de la gracia para con San Benito haciéndole hallar la riqueza en la pobreza.*—Porque ha rehusado la herencia paterna y, como el Salvador, quiso no tener donde reposar su cabeza, los ricos le abren sus tesoros. Envidiemos en él el céntuplo de los bienes espirituales de que fué con tanta largueza colmado. *Fué colmado del espíritu de todos los justos.* ¡Oh! ¡Qué bueno es el maestro á quien servimos! Descarguemos todos nuestros cuidados en su seno.

PUNTO TERCERO.—*Prodigio de la gracia para con San Benito que brilla en medio de la más profunda obscuridad.*—Cuanto más se oculta tanto más la Providencia le da á conocer. Huye

(1) En 1780, según Godescard, la orden de San Benito contaba 37,000 casas. Suponiendo sólo 10 monjes en cada casa, resultarían cerca de 400,000 personas que vivían bajo su regla.

del mundo, y los más distinguidos personajes del mundo lo buscan en el desierto. Pero lo que más honra á este Santo es la fundación de su orden. Lo mismo que San Benito, levantemos el edificio de nuestra santificación sobre estas cuatro columnas: oración, trabajo, silencio y mortificación.

MEDITACIÓN LXXIX

25 de Marzo (1).—LA ANUNCIACIÓN

- I. Embajador que el Cielo envía á María.
- II. Cómo recibe la Santísima Virgen este honor.
- III. Grandeza de ánimo que revela en este misterio.

PRIMER PRELUDIO.—Transportémonos en espíritu á la morada de la Santísima Virgen en Nazaret. Consideremos detalladamente la pobreza de su vivienda; sus dimensiones; su mueblaje. Este es el templo donde va á tener lugar la obra del inefable misterio de la Encarnación. María está en oración.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pidamos por intercesión de la Santísima Virgen la gracia de participar de sus santas disposiciones nosotros los Sacerdotes, que tanta parte tomamos en sus grandezas.

PUNTO I

El Cielo envía una embajada á la Virgen

Solemnidad, objeto, término de esta embajada.—*San Gabriel, la fuerza de Dios*, es el mensajero celeste. Viene en nombre y de parte del Señor: *Missus a Deo*. Todo el Cielo está atento al suceso que va á tener lugar, por más que él esté menos interesado que

(1) La fiesta de este día tiene doble objeto: La Encarnación del Verbo y la Anunciación de la Santísima Virgen. Bajo el primer aspecto la hemos incluido ya en la contemplación del II volumen página 213, ahora vamos á considerarla bajo el segundo punto de vista.

la tierra. ¿De qué se trata? De levantar al género humano caído en Adán, de reconciliar al hombre con Dios. No dice ya como otra vez la Santísima Trinidad: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza» sino que dice: «Hagamos á Dios á semejanza del hombre; Hagamos al Hombre-Dios y por él sea reparada la gran ruina de la humanidad culpable. Brilló la justicia en el castigo de los ángeles rebeldes; tenga ahora la misericordia su gloriosa manifestación en la salvación de los hombres!...» ¡Oh prodigio de amor! ¡Oh beneficio inestimable! ¡Y será necesario recordar á los hombres tan excelsos acontecimientos? ¡La Persona del Verbo va á libraros del infierno y á elevar nuestra naturaleza hasta el trono de la Divinidad! ¿Cuál es el término de esta embajada? ¿Adónde va el príncipe del Cielo? ¿A quién ofrecerá el más insigne de los honores que Dios pueda ofrecer á la criatura? Había también entonces, lo mismo que ahora, nobles princesas vestidas de púrpura, cubiertas de oro y pedrería.... El Criador del universo busca una madre en este mundo; pero no la busca en los palacios, ni en medio de lo que brilla á los ojos de la carne. Hé ahí realizadas las palabras de Daniel que nos representan á Dios sobre los querubines dirigiendo su mirada á lo profundo (1). En un abismo de humildad y anonadamiento es donde la Santísima Trinidad pone los ojos á fin de escoger una morada para Dios humillado y anonadado.

¡Oh Sacerdotes! Atraeréis la atención bienhechora del Señor sobre vosotros y seréis dignos de concurrir á la obra de su misericordia; tan sólo en proporción de vuestras voluntarias humillaciones: *Excelsus super omnes gentes Dominus. Humilia respicit in caelo et in terra* (2). ¿A quién ha sido enviado el Arcángel? A una virgen que á los ojos de los hombres no es más que la esposa de un pobre artesano, y que en su propio concepto, es menos todavía, porque no es nada.

(1) Dan., III. 55.

(2) Ps. CXII.

En Ella, y á favor suyo, quiere el Todopoderoso obrar la más asombrosa maravilla. ¡Con cuánta consideración la trata! No le envía á Gabriel para significarle sus órdenes, sino para pedirle su consentimiento. Se digna negociar con María lo que hubiera podido ser objeto de un decreto absoluto. ¿Cómo podrá Ella soportar el peso de grandezas tan imprevisitas é incomprensibles como las que van á serle anunciadas?

PUNTO II

María recibe la embajada celestial y el honor de la divina maternidad

Meditemos las palabras del Angel y las respuestas de la Virgen á quien él saluda con tanto respeto. En las primeras encontraremos lo que el Cielo puede ofrecer de más grande, y en las segundas lo que la tierra puede producir de más santo.

Ingressus angelus ad eam dixit: Ave gratia plena: Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus. ¡Qué elogio tan magnífico en tres solas palabras! María debía creer en ello: era Dios él que le hablaba por boca de su embajador. Nosotros ciegos, llenos de miserias, separados quizás de Dios por el pecado y dignos de todas las maldiciones, prestamos fe de buen grado á toda palabra que nos halaga, de donde quiera que provenga. María se turba porque el Cielo le prodiga alabanzas que le son debidas. *Quæ cum audisset turbata est in sermone ejus;* y yo me turbo y entristezco si me rehusan unas alabanzas de que soy tanto más indigno cuanto más creo merecerlas.... Su turbación era indicio de humildad: ¿qué demuestra la mía sino mi orgullo? Ella examina en sí misma lo que significa esta situación que la sorprende: *Cogitabat qualis esset ista saluatio:* ¡Qué prudencia! Y yo me entrego sin desconfianza al contento y alegría, cuando una palabra, dictada muchas veces por la adulación, halaga mi amor propio... ¡Qué locura! Y muchas veces ¡qué peligro! El Angel

sin demora tranquiliza á la Virgen: *Ne timeas, Maria; invenisti enim gratiam apud Deum.* ¿Qué puede uno temer cuando halló gracia delante de Dios? ¿De qué podía espantarse la criatura amada del Señor entre todas las criaturas, aquella que conoce que es la predestinada á ser Madre del Altísimo; que su Hijo reinará, no solamente sobre la casa de Jacob, sino también sobre todo el universo, y que su reino no tendrá fin? Y sin embargo María no queda todavía libre de su turbación: es virgen y no quiere dejar de serlo. ¿Cómo podrán hermanarse las grandezas que se le ofrecen con el voto que ha hecho y que no romperá jamás? *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* En esa respuesta no se vislumbra desconfianza ni duda; Ella cree desde luego lo que el mensajero celestial le anuncia: *Non erit impossibile apud Deum omne verbum.* Es un sentimiento que, en cierta manera, se le escapa; es la improvisa expresión del amor que profesa á la santa pureza. ¡Oh Virgen santa! ¡Cuán agradable es á los ojos de Dios esta disposición de vuestro corazón, y cuán conforme con los designios que tiene sobre Vos! Ella es precisamente la que os mereciera esta gloriosa elección. Gabriel le explica esa inefable maravilla. *Spiritus sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* María presta entonces su consentimiento, en términos que nos dan á conocer todas las virtudes de que estaba adornada: su fe, su humildad, su amor á Dios, su ardiente deseo de contribuir á la salvación de los hombres; pero sobre todo su grandeza de alma: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.*

PUNTO III

Grandeza de alma de María en el misterio de la Anunciación

Lo mismo mostró que estaba dispuesta á ser Madre de Dios cuando rehusó este honor, que cuando lo aceptó.

San Ambrosio, San Agustín, San Bernardo y otros muchos doctores de la Iglesia nos enseñan que María consideró como una gran desdicha el que su pureza virginal tuviera que sufrir detrimento por la Concepción que el Angel le anunciaba; y que si Ella no hubiera podido ser á la par virgen y madre, hubiera preferido quedar como estaba: *Angelus partum nuntiat; at illa virginitati inhæret; et integritatem angelicæ demonstratione anteponendum judicat* (1). Ella juzgaba, y con razón, que la gracia que nos santifica y nos hace agradables á los ojos de Dios es en sí preferible á todo favor que no haga otra cosa más que honrarnos y enaltecernos. Pero ¡qué grandeza de sentimiento suponía semejante determinación! Más esclarecida que los ángeles, María conocía el valor de la maternidad que estaba dispuesta á sacrificar. ¡Oh Reina de la virginidad, muchas otras jóvenes seguirán vuestros pasos y marcharán bajo el estandarte que habéis levantado! Pero si ellas merecen alabanzas por su valor, ¿podrán acaso sobrepasar á las que merecéis Vos? Ellas consentirán en permanecer vírgenes, para ser esposas del Hijo de Dios; pero Vos, para quedar virgen, renunciabais al incomparable honor de ser su Madre! ¡Cuánta grandeza de ánimo se necesita para rehusar semejante maternidad! Y no se necesitaba menos tampoco para aceptarla.

María no se hacía ilusiones sobre las consecuencias que se habían de originar de su consentimiento á la palabra del Ángel; sabía muy bien que accediendo á lo que se le pedía, sacrificaba su reposo, su vida..... y lo que es infinitamente más, sacrificaba al mismo Hijo de Dios de quien iba á ser Madre. Había leído en los profetas la historia de ese Hijo tan justamente amado; Ella había comprendido que tenía que ser inmolado. ¡Qué valor tan heroico necesitaba para aceptar la pesada carga de aflicciones que preveía! ¡Oh Virgen, vos seréis la Madre del más cariñoso de

(1) S. Greg. Nyss.

los hijos, pero sus mismas caricias han de ser vuestro suplicio! ¡Qué dicha experimentaréis al estar en su presencia! Pero nunca le miraréis sin que se presente ante vuestra imaginación la Cruz y todos los horrores de la pasión. ¡Cuánto os aterra este pensamiento! Cuando os oigo responder: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra,» me parece ver á Jesús en el Huerto de los Olivos, aceptando el amargo cáliz, sacrificándose por amor á su Padre y á nosotros. Recibir el más incomprendible de los honores, es para Vos el más generoso desprendimiento.

¡Oh María cuán lejos estoy de vuestras virtudes, no obstante que mi dignidad tiene tanta semejanza con la vuestra! ¡Qué inquebrantable pureza, qué fuerza de espíritu, cuánta santidad puedo admirar en Vos, sin dejar por eso de admirarme con la Iglesia de que el Verbo se haya dignado encarnarse en vuestro seno! Pero ¡cuánto no debe asombrarme ver todos los días á ese mismo Verbo encarnarse entre mis manos! (1). ¡Oh Madre mía; dadme siquiera una centella de esa humildad profunda, en la cual reconocéis la causa de vuestra mayor dicha! *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ... beatam me dicent omnes generationes.* Sí, quiero, como Vos humillarme, anonadarme cada día más, á fin de atraer sobre mí las bendiciones del Señor: *Qui in altis habitat, et humilia respicit in cælo et in terra.* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El Cielo envía una embajada á María.*—¿Cuál es su objeto? Se trata de reparar la gran ruina de la humanidad culpable. ¿Cuál es el fin de esta embajada? ¿A quién va á ser concedido el mayor de los honores que el mismo

(1) *Vere veneranda sacerdotum dignitas, in quorum manibus Dei Filius, velut in utero Virginis incarnatur!* (S. Aug. apud. Molina, de dig. sacerdot.)

(2) Ps. CXII.

Dios puede conceder? ¡Oh, alma mía! ¿Quieres atraerte las bendiciones del Altísimo? Humíllate.

PUNTO SEGUNDO.—*María recibe la celestial embajada.*—Meditemos las palabras del Angel y su respuesta: *Dios te salve, llena de gracia, etc.* ¡Magnífico elogio! Es Dios quien lo dirige á María por boca del Angel... María se turba; lo examina... ¡cuánta humildad! ¡qué prudencia! Gabriel la anima: ¿qué puede Ella temer habiendo hallado gracia delante del Señor? El Angel le explica cómo se cumplirá este misterio, y María consiente: *Hágase en mí según tu palabra.*

PUNTO TERCERO.—*Grandeza de alma de María en el misterio de la Anunciación.*—Se ve esta grandeza de María tanto en haber aceptado el honor de ser Madre de Dios, como en la disposición en que estaba de rechazarlo. Más bien que dejar de ser virgen, hubiera renunciado á la Divina Maternidad. Para ser esposas del Verbo Encarnado muchas consentirán en quedar vírgenes, pero María para quedar virgen renuncia á la dicha de ser su Madre!.. Aceptando el honor de ser Madre de Dios, no muestra María menos grandeza de ánimo. Este Dios hecho Hombre deberá expiar los pecados de todos los hombres; ¡ah, cuántos sufrimientos prevé María para el Hijo y para Ella misma! Recibir la mayor de las dignidades era para Ella el más generoso sacrificio.

MEDITACIÓN LXXX

El mismo día.—El Ave María

La salutación angélica contiene dos partes distintas: la primera es un cántico de alabanzas compuesto por las palabras que el Espíritu Santo mismo pone en boca del Arcángel y de Santa Isabel en honor de la bienaventurada Virgen; la segunda es una corta súplica añadida por la Iglesia. Las dos juntas son un resumen de nuestros deberes para con María, porque estos deberes consisten especialmente en honorarla como á nuestra Reina é invocarla como á mediadora y Madre. Pero es menester que nuestra fe vivifique esta fórmula, y que cuando la recitemos nos

los hijos, pero sus mismas caricias han de ser vuestro suplicio! ¡Qué dicha experimentaréis al estar en su presencia! Pero nunca le miraréis sin que se presente ante vuestra imaginación la Cruz y todos los horrores de la pasión. ¡Cuánto os aterra este pensamiento! Cuando os oigo responder: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra,» me parece ver á Jesús en el Huerto de los Olivos, aceptando el amargo cáliz, sacrificándose por amor á su Padre y á nosotros. Recibir el más incomprendible de los honores, es para Vos el más generoso desprendimiento.

¡Oh María cuán lejos estoy de vuestras virtudes, no obstante que mi dignidad tiene tanta semejanza con la vuestra! ¡Qué inquebrantable pureza, qué fuerza de espíritu, cuánta santidad puedo admirar en Vos, sin dejar por eso de admirarme con la Iglesia de que el Verbo se haya dignado encarnarse en vuestro seno! Pero ¡cuánto no debe asombrarme ver todos los días á ese mismo Verbo encarnarse entre mis manos! (1). ¡Oh Madre mía; dadme siquiera una centella de esa humildad profunda, en la cual reconocéis la causa de vuestra mayor dicha! *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ... beatam me dicent omnes generationes.* Sí, quiero, como Vos humillarme, anonadarme cada día más, á fin de atraer sobre mí las bendiciones del Señor: *Qui in altis habitat, et humilia respicit in cælo et in terra.* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El Cielo envía una embajada á María.*—¿Cuál es su objeto? Se trata de reparar la gran ruina de la humanidad culpable. ¿Cuál es el fin de esta embajada? ¿A quién va á ser concedido el mayor de los honores que el mismo

(1) *Vere veneranda sacerdotum dignitas, in quorum manibus Dei Filius, velut in utero Virginis incarnatur!* (S. Aug. apud. Molina, de dig. sacerdot.)

(2) Ps. CXII.

Dios puede conceder? ¡Oh, alma mía! ¿Quieres atraerte las bendiciones del Altísimo? Humíllate.

PUNTO SEGUNDO.—*María recibe la celestial embajada.*—Meditemos las palabras del Angel y su respuesta: *Dios te salve, llena de gracia, etc.* ¡Magnífico elogio! Es Dios quien lo dirige á María por boca del Angel... María se turba; lo examina... ¡cuánta humildad! ¡qué prudencia! Gabriel la anima: ¿qué puede Ella temer habiendo hallado gracia delante del Señor? El Angel le explica cómo se cumplirá este misterio, y María consiente: *Hágase en mí según tu palabra.*

PUNTO TERCERO.—*Grandeza de alma de María en el misterio de la Anunciación.*—Se ve esta grandeza de María tanto en haber aceptado el honor de ser Madre de Dios, como en la disposición en que estaba de rechazarlo. Más bien que dejar de ser virgen, hubiera renunciado á la Divina Maternidad. Para ser esposas del Verbo Encarnado muchas consentirán en quedar vírgenes, pero María para quedar virgen renuncia á la dicha de ser su Madre!.. Aceptando el honor de ser Madre de Dios, no muestra María menos grandeza de ánimo. Este Dios hecho Hombre deberá expiar los pecados de todos los hombres; ¡ah, cuántos sufrimientos prevé María para el Hijo y para Ella misma! Recibir la mayor de las dignidades era para Ella el más generoso sacrificio.

MEDITACIÓN LXXX

El mismo día.—El Ave María

La salutación angélica contiene dos partes distintas: la primera es un cántico de alabanzas compuesto por las palabras que el Espíritu Santo mismo pone en boca del Arcángel y de Santa Isabel en honor de la bienaventurada Virgen; la segunda es una corta súplica añadida por la Iglesia. Las dos juntas son un resumen de nuestros deberes para con María, porque estos deberes consisten especialmente en honrarla como á nuestra Reina é invocarla como á mediadora y Madre. Pero es menester que nuestra fe vivifique esta fórmula, y que cuando la recitemos nos

inspiremos en los sentimientos del Espíritu Santo y de la Iglesia.

I. El Espíritu Santo nos enseña por boca del Arcángel y de Isabel cómo debemos honrar á María.

II. La Iglesia nos enseña, por las palabras que añade, cómo debemos invocarla.

PUNTO I

Aprendamos del Espíritu Santo cómo debemos alabar y honrar á María

Cuando meditamos las palabras del Angel y de Santa Isabel, encontramos en ellas un fondo inagotable de luces y piadosos sentimientos.

1.º *Ave, María.* Consideremos en primer lugar á quien se dirigen nuestros homenajes. ¿Cómo se llama esta criatura á quien saludamos con el arcángel Gabriel? ¿Acaso habrá nombre más dulce después del nombre adorable de Jesús? «¡Qué grande, qué misericordiosa, cuán digna sois de alabanza, ¡oh María! No se puede pronunciar vuestro nombre sin sentirse encendido el corazón. Para los que os aman, basta pensar en vuestro nombre santísimo para llenarse de gozo y consuelo (1).»

2.º *Gratia plena.* María es llena de gracias y de bondad. Salomón la vió levantarse como la aurora naciente: *Sicut aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol.* Pero estas gracias exteriores no son sino un reflejo de la bondad de su alma: *Omnis gloria filiae regis ab intus.* Se halla colmada de dones celestiales: *Gratia plena.* A nosotros se nos da la gracia con medida, pero en aquel tabernáculo del Señor entró abundante como un río, para santificarle y hacerle canal de toda santificación (2). María es llena de gracia por el privilegio de su Inmaculada Concepción

(1) *O magna, o pia, o multum laudabilis, Maria! Tu nec nominari potes, quin accendas, nec cogitari quin recrees affectus diligentium te.* (S. Bern. ap. S. Bonav. Specul. B. M. V.)

(2) *Fluminis impetus laetificat civitatem Dei; sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.* (Ps. XLV, 5.)

y por su perfecta cooperación á todos los favores divinos que ha venido recibiendo desde este primer momento; Ella tiene gracias para sí, para nosotros todos y para todas nuestras miserias, dice Santo Tomás (1).

3.º *Dominus tecum.* El Señor está con María, la asiste, la protege, y se comunica á su espíritu y á su Corazón con una plenitud proporcionada á sus méritos y al sublime estado á que ha sido elevada por su santidad y sus virtudes. Ya estaba con Ella de una manera inefable antes de la Encarnación; ¿qué diremos de su presencia en Ella cuando habitó por nueve meses en su seno más puro que el mismo sol? ¡Oh Dios mío! Cuando yo bajo del altar, ¿soy acaso menos favorecido que vuestra Madre? ¿Dónde estáis Señor en ese precioso momento? ¿No me dice también el ángel de mi guarda, para hacerme apreciar mi dicha, *Dominus tecum?* ¡Ah! ¡qué pronto me olvido de ello! Madre querida, asistidme, rogad conmigo y por mí, cuando estando á punto de hacer con Jesús el contrato de esa unión tan íntima le haga esta petición; *Et anumquam separari permittas.* Sí, que esté conmigo, que esté con mi espíritu para iluminarlo, con mi corazón para abrasarlo de amor; que esté siempre conmigo en mis trabajos, en mis intenciones y en mis pruebas.... para que yo esté siempre con El y con Vos en su Reino.

4.º *Benedicta tu in mulieribus.* ¡María! ¿Quién no la bendecirá tanto en el Cielo como en la tierra? ¿Quién no la exaltará, no solamente sobre todas las mujeres, sino también sobre todos los santos, ángeles y criaturas? ¿Hay acaso otra que haya sido escogida para ser Madre del Criador? ¿Otra cuya concepción virginal haya librado á los hijos de todas las demás madres de la maldición de nuestra madre primera? (2). ¡Seáis pues bendita, oh Virgen santa, por

(1) *Plena gratia quoad refusionem in omnes homines.* (Opuscul. in Salut. Ang.)

(2) *Benedicta tu inter mulieres, per cujus partum virginum a natis mulierum maledictio primæ matris exclusa est.* (Bed. ap. S. Bonav. Specul. B. V. M.)

la abundancia de privilegios y bienes espirituales que admiramos en Vos; bendita seáis por la muchedumbre de vuestras misericordias para con nosotros; bendita seáis por la dignidad infinita á que os ha elevado el Hijo de Dios Encarnado en vuestro seno; bendita seáis por la inmensa gloria de que sois coronada en los Cielos! (1). ¡Pastores de las almas! Poned esas alabanzas de María en los labios todavía puros de vuestros niños; enseñadles á bendecirla y amarla; nada podéis hacer que sea tan agradable al Cielo, ni que tantas ventajas reporte, tanto para vuestro pueblo como para vosotros mismos.

5.º *Et benedictus fructus ventris tui Jesus.* Estas palabras de Santa Isabel, son al par que una felicitación dirigida á la Santísima Virgen, un himno á la gloria de Jesucristo. María lo es todo por Jesús, y en consideración á Jesús. Su maternidad divina es el foco de donde parten los rayos de esplendor que la coronan. El Hijo, pues, es el término de todos los honores que tributamos á la Madre, así como es también su principio. A El solo se refiere el culto que damos á los santos y á la Reina de los Santos. *Beata Virginis honor et gloria laus et gratiarum actio est Redemptoris* (2).—*Totus honor impensus matri sine dubio redundat in gloriam filii* (3). María no acepta nuestras alabanzas sino para referirlas á Jesús. Lo que hace que el Sacerdocio le sea tan querido es que por nuestro ministerio, en todo tiempo y lugar, es bendecido Jesús, fruto de sus entrañas.

(1) *Dicat ergo Gabriel: Benedicta tu in mulieribus, benedicta, inquam, propter plenitudinem gratiae in te veneranda; benedicta propter multitudinem misericordiae per te praestanda; benedicta propter celsitudinem personae ex te incarnandae; benedicta propter magnitudinem gloriae super te cumulandae.* (S. Bonav. Specul. B. M. V.)

(2) S. Ildef. Tolet. *Serm. 8. de Assumpt.*

(3) Rupert., l. VI, 8, *in Cant.*

PUNTO II

Aprendamos de la Iglesia cómo debemos invocar á María

Hemos celebrado sus grandezas, nos hemos regocijado con ella por su gloria; imploramos ahora su asistencia (1).

1.º *Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus.* María Madre de Dios; primer motivo sobre el cual debe apoyarse nuestra confianza. Ella tiene sobre Jesús todos los derechos que una madre tiene sobre su hijo. ¿Qué podrá pues, rehusarle Jesucristo? Ella ha recibido de El una verdadera omnipotencia, no de mandato, sino de súplica: *Omnipotentia supplex.* Su poder pues, no tiene límites; pero ¿querrá servirse de él á favor nuestro? Sí, porque Ella es también Madre nuestra. ¡Oh María la más tierna de todas las madres, rogad por estos hijos que tantos dolores os han costado! Si necesitamos otro título para merecer vuestra compasión, lo tenemos, ¡oh buena Madre! somos pecadores (2). Nuestra miseria es un derecho á vuestra misericordia. ¿Existe mayor miseria que el pecado? Si Vos sois la Reina de la misericordia, el más miserable de los pecadores debe ser el primero de vuestros súbditos: *Tu regina misericordiae, et ego miserrimus peccator subditorum maximus* (3).

2.º *Nunc, et in hora mortis nostrae.* Este ahora, para el cual imploramos la piedad de María y su poderosa intercesión, es el momento presente de nuestra vida. El pasado ya no es nuestro, y no nos ha legado otra cosa que pecados para expiar; el porvenir

(1) Se cree que esta segunda parte de la Salutación Angélica se remonta hasta el concilio de Efeso, y que fué obra de San Cirilo de Alejandría.

(2) *Totum quod habes, si fas est dicere, peccatoribus debes: omnia enim propter peccatores tibi collata sunt.* (S. Germ. De rhet. div., c. XVIII.)

(3) S. Bern., *in Salve.*

no nos pertenece todavía; sólo podemos contar con el presente; y ¡con cuánta rapidez lo vemos resbalar! ¡Oh fragilidad de la existencia humana! Pero este momento, *nunc*, es tiempo de prueba y de lucha. ¡Ay! ¡Cuántos peligros nos rodean; cuántos enemigos han jurado nuestra perdición!.... ¡Oh María! ¿Quién nos salvará si Vos nos abandonáis? *Sicut pulli, volantibus desuper milvis, ad gallinæ alas occurrunt, ita nos sub velamento alarum tuarum abscondimur. Nescimus aliud refugium nisi te: tu sola es unica spes nostra; tu sola unica patrona nostra, ad quam omnes aspiciamus* (1).

Rogad pues ¡oh Virgen santa! rogad por nosotros ahora; porque de este día, de esta hora, de este momento puede depender nuestra eternidad! Pero hay una hora más crítica todavía; la hora suprema que determinará irrevocablemente nuestra suerte; hora de tinieblas y de angustia, aún para las almas más santas, y en la cual puede uno perderlo todo ó ganarlo todo. Entonces será cuando necesitaremos un auxilio tanto más poderoso cuanto que tendremos que librar combates más terribles con nuestros enemigos. ¡Oh María, en la hora de la muerte *in hora mortis nostræ* asistidnos, defendednos y rogad por nosotros!.... ¡Dichoso del que espira en vuestros brazos maternales, con los ojos fijos en vuestra imagen y con vuestro nombre bendito sobre sus labios! Ese se duerme aquí en la tierra para despertar en el Cielo... *María, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et mortis hora suscipe* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Aprendamos del Espíritu Santo cómo debemos honrar á María. Ave María.* ¿Cuál es el nombre de esta criatura venerable que saludamos con el príncipe del

(1) S. Tom. de Villanov. Serm. 3, de Nat. Virg.
 (2) *Morientibus beata Virgo, non tantum succurrit, sed etiam occurrat.* (S. Hier. Ep. 2 ad Eustach.)—*Beata Virgo animas morientium suscipit.* (S. Vinc. Ferr. Serm. de Assumpt.)

Cielo? Es el nombre más grande después del de Jesús. *Gratia plena.* A nosotros la gracia se nos da con medida, pero ha entrado como un río en el corazón de María, tabernáculo del Altísimo. *Dominus tecum.* El Señor está con Ella con perfección proporcionada á sus méritos. *Benedicta tu.* ¿Quién no bendecirá á María por los privilegios que ha recibido y por las misericordias que derrama sobre nosotros? *Et benedictus, etc.* El Hijo es el término de los honores que tributamos á la Madre.

PUNTO SEGUNDO.—*Aprendamos de la Iglesia cómo debemos invocar á María. Sancta Maria, etc.* María Madre de Dios; primer motivo de nuestra confianza. Su poder es sin límites, y se servirá de él en nuestro favor, porque es también Madre nuestra. Y además ¿no somos nosotros pecadores? Si ella es Madre de la Misericordia, el más miserable pecador será el primero de sus hijos. *Nunc et in hora, etc.* Este ahora es la vida presente, es el tiempo de prueba y de combates. Pero ¡cuánto más necesaria nos será su intercesión en la hora de nuestra muerte; hora de la cual depende nuestra eternidad!

MEDITACIÓN LXXXI

1.º de Mayo.—*El mes de María del buen Pastor*

- I. Este mes es para él un mes de esperanzas.
- II. Lo que debe hacer para verlas realizadas.

PUNTO I

El mes de María es para el buen Sacerdote un mes lleno de esperanzas

La Pascua ha terminado; el mes consagrado á María, con sus ejercicios tan simpáticos, seguirá dando animación al movimiento religioso de la parroquia. Para las ovejas fieles y para las que han vuelto al redil, será el mes de acción de gracias y de perseverancia; será también una ocasión propicia para la vuelta de aquellas ovejas que todavía no han cumplido

con ese gran deber. La devoción á la Madre del *Amor hermoso*, sobre todo con las graciosas formas que reviste en este bello mes, tiene poderosos atractivos aún para los hombres más indiferentes y más alejados de Dios. ¿No vemos acaso todos los años á algunos para quienes la palabra evangélica durante la cuaresma cayó lo mismo que el martillo sobre el yunque, sin causar en ellos otra cosa que un inútil temor, ó también á algunos que desdijeron escucharla, ¿no los vemos ahora, digo, dejarse arrastrar por una fuerza secreta hacia el altar de María, conmovirse y convertirse, por las gracias que acompañan esos cánticos tan suaves, esas ceremonias tan sencillas, esas exhortaciones paternales que se hacen en honor de María? ¿Puede por ventura uno amar á la Virgen y permanecer por mucho tiempo en desgracia de su Hijo? ¿Puede uno dejar de amarla cuando tiene bajo los ojos el espectáculo del gozo que inspiran sus beneficios, cuando todo habla de su misericordia á favor de los que han sido más indignos de ella? Los pecadores por quienes María rogara, ¿podrán continuar impenitentes ó rehusará Ella rogar cuando se vea solicitada por aquellas almas que le son tan queridas viéndolas tan preocupadas con el solo deseo de ganar corazones para Dios?

Dice San Epifanio que el Verbo Encarnado es el anzuelo espiritual donde quedan presos los elegidos, y que María es el cebo que las atrae: *Ave, esca spiritalis hamis; in te siquidem hamus divinitas* (1). Jamás los pescadores de hombres echan con tanta eficacia las redes de la divina palabra como cuando exhortan á invocar á la Madre del Redentor. Buen Sacerdote, ¿cuándo predicáis con más unción sino cuando ensalzáis las bondades de María? ¿Seríais buen Sacerdote si María que os ha sacado del mundo, que os ha preparado para el sacerdocio, que os ha ofrecido al Señor en el día de vuestra ordenación, no fuera después de Dios, el primero y más dulce objeto de vuestro amor? En el mes que le está consagrado mu-

(1) *De laudibus Deiparæ.*

chas solemnidades vendrán en ayuda de vuestro celo pastoral; quizás en este tiempo celebraréis la fiesta tan conmovedora de la primera Comunión. ¡Cuánta influencia obtendréis de la Reina de los ángeles, cuando le presentéis á las almas de los niños purificadas en la Sangre de Jesús, radiantes de los esplendores de su gracia! Entrad, pues, con mucha confianza en una época en la que todo promete consuelos para vuestros trabajos apostólicos.

PUNTO II

¿Qué es lo que debe hacer el buen pastor para ver realizadas las esperanzas que acaricia en este mes?

El buen pastor llama á los feligreses al santuario de María; les habla de María y renueva con ellos su consagración al culto de María.

1.º Las reuniones de la tarde, alrededor de un altar de la Virgen adornado con toda la magnificencia posible, son aquí un punto de capital importancia: si se llega á obtener que estas reuniones sean numerosas y edificantes, este primer éxito traerá consigo muchos otros. Ponedlo todo en juego para alcanzar este fin, excitando una piadosa curiosidad. El celo industrioso estudia los gustos, varía los medios..... lo importante es que todos acudan *al mes de María*; y que oigan con satisfacción la campana que llama á esta reunión; conviene á todo trance desplegar suma actividad para hacer estos ejercicios atractivos é interesantes.

2.º Los cantos sencillos y bien ejecutados disponen al alma para muy saludables impresiones; pero la palabra de Dios es lo más esencial (1). Si es corta, adaptada al auditorio, y preparada mediante la

(1) Muchos buenos Sacerdotes se limitan á dos ó tres exhortaciones por semana y las leen los demás días; otros leen todos los días. Es muy de desear sin embargo que siempre que puedan, y con la mayor frecuencia posible, aprovechen la ocasión de hablar con libertad y de viva voz.

oración mejor que por el estudio, si se habla en ella el lenguaje del corazón, se pueden esperar preciosos frutos; con tal que se ponga sumo empeño en poner de relieve el poder y la bondad de María; y aun más su bondad que su poder. La conversión de los pecadores empieza cuando comienzan á gustar de oír los prodigios de la gracia obrados todos los días por intercesión de la que es Madre de misericordia; y se halla muy adelantada, cuando se ha logrado inspirar en ellos confianza en invocarla y en ofrecerle algún homenaje. Nunca meditemos bastante las enseñanzas que sobre esto nos dan los doctores y la práctica de los santos.

San Juan Crisóstomo llega á decir á la Madre de Dios que Ella ha sido predestinada á esa dignidad incomparable á fin de salvar mediante su tierna compasión á aquellos á quienes no podía salvar la justicia de su Hijo (1). «No, divina María, exclama San Bernardo, Vos no desecháis al pecador aunque esté manchado de todos los crímenes; nunca lo despreciáis, cuando clama á Vos como cuando en su arrepentimiento implora vuestra clemencia; siempre le tendéis vuestra mano caritativa, lo arrancáis del abismo de la desesperación y le devolvéis la esperanza y la vida. Vos recibís y abrazáis en vuestro seno al que es rechazado por todos; lo abrazáis, lo calentáis sobre vuestro corazón con afecto de madre; y no cesáis de prodigarle vuestros cuidados hasta que lo habéis reconciliado con su juez (2).

El padre Segneri no daba nunca una misión sin predicar sobre la misericordia de María; era su argumento predilecto. San Alfonso de Ligorio adoptó

(1) *Ideo Mater Dei prædicta es ab æterno, ut quos justitia Dei salvare non potest, tu per tuam salves pietatem.* (Hom. de Præcon. Virg.)

(2) *Peccatorem quantumcumque fetidum non horres, non despicias, si ad te suspiraverit, tuumque interventum penitenti corde flagitaverit. Tu illum desperationis barathro pia manu retrahis, spei medicamen aspiras, ac toti mundo despectum materno affectu amplecteris, foves, nec deseris quousque judici miserum reconcilies.*

el mismo uso. Después de haber citado las palabras dichas por la Santísima Virgen á Santa Brígida: *Así como el imán atrae el hierro, de igual manera yo atraigo á las almas, aun las más duras* (1). «Es un prodigio de la gracia, añade el Santo Obispo; un prodigio que vemos renovarse todos los días en nuestras misiones.... Pecadores endurecidos insensibles á todo otro sermón, se enternecen y vuelven á Dios al oír celebrar las misericordias de María. Hé ahí la razón que da otro santo: Alabamos, dice, y gustamos de oír alabar la bondad de la Madre de Dios; admiramos su virginidad; pero como somos pecadores, y aplastados bajo el peso de nuestras miserias, su misericordia es la que nos mueve con mayor eficacia; á Ella nos acogemos; á Ella es á quien nos es más dulce recordar é invocar» (2). La misericordia, en efecto, ni supone méritos ni derechos en aquél que es objeto de ella; no supone sino miserias; y á medida que éstas son más grandes, tanto más excitan la conmiseración.

3.º Llegado el último día de Mayo, la Reina del Cielo ve á sus hijos coronar los homenajes que le han ofrecido cada día, con otro más excelente aún y más solemne. El buen Sacerdote emplea, para la conclusión de los ejercicios, todos los recursos de su celo. Por la mañana, una comunión numerosa y ferviente; por la tarde, una reunión que sobrepuja á todas las otras en solemnidad, y que es como el adiós de los hijos á su madre; una exhortación patética, terminada con una consagración por la cual el pastor se descarga en cierto modo de la responsabilidad que tiene hacia su rebaño, poniéndolo en manos de la Virgen y confiándolo á su amor, ahora que ha venido á ser para él más agradable todavía de lo que era antes. Esta ceremonia bien hecha puede producir impresiones indelebles, conservar y multiplicar los frutos de las gracias traídas por el mes de María.

(1) Sta. Brígida, l. III c. XXXII.

(2) *Laudamus humilitatem, miramur virginitatem; sed misericordia miseris sapit dulcius; misericordiam amplectimur carius, recordamur sapius, crebrius invocamus.* (S. Bern. Sen.)

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El mes de María es para el buen pastor un mes lleno de esperanzas.*—1.º El tiempo no puede ser más oportuno. 2.º La devoción á la Santísima Virgen tiene grandes atractivos, aun para los grandes pecadores. María es llamada *esca spiritualis hami*. El buen Sacerdote nunca habla con tanta unción como al predicar las bondades de María: ¡lo ha experimentado tantas veces!

PUNTO SEGUNDO.—*¿Qué es lo que hace el buen pastor para sacar provecho de ese hermoso mes?* 1.º Todo lo pone en juego para obtener numerosas y fervientes reuniones. Nada olvida de lo que pueda hacerlas interesantes, ni canto, ni decoro, etc. 2.º La palabra de Dios, sea cual fuere su forma, es el ejercicio esencial. Que sea corta, variada y adaptada al auditorio; pero sobre todo, que se hable el lenguaje del corazón. Que sin cesar, ponga en ella, de relieve el poder, y más especialmente la misericordia y compasión de María. *Laudamus humilitatem, miramur virginitatem; sed misericordia miseris sapit dulcius.* 3.º El buen pastor emplea para la conclusión del mes todos los recursos de su celo: comunión general y fervorosa, consagración solemne del pastor y del rebaño á la Divina Pastora.

MEDITACIÓN LXXXII

3 de Mayo.—*El Misterio de la Cruz considerado con relación á nosotros y á nuestra propia santificación*

- I. Meditándolo nos aseguramos el Corazón de Dios.
- II. Aseguramos á Dios nuestro corazón.

PUNTO I

La meditación de los sufrimientos de Jesucristo nos asegura el Corazón de Dios, porque este le agrada de una manera singular.

Este misterio, en efecto, es el gran objeto de sus divinos pensamientos. Todo el Antiguo Testamento está lleno de esta idea. La pasión del Mesías es lo que

los Profetas predicen con más detalles. Isaías, Jeremías, David no se contentan con anunciarla, sino que la narran como otros tantos Evangelistas: Isaac, José, la serpiente de bronce, el cordero pascual.... ¡qué imágenes tan conmovedoras de Jesucristo, sacrificado por su Padre; llevando El mismo sobre la montaña la leña que ha de servir para su inmolación; de Jesucristo vendido por uno de aquellos á quienes llamaba hermanos, enclavado en la Cruz y curando las heridas que el pecado hiciera á nuestras almas; de este Cordero divino cuya Sangre nos preserva de la espada del ángel exterminador!

Dios se complace evidentemente en esta reparación ofrecida á su gloria; su Corazón se halla en el Calvario, y allí llama á los nuestros. ¡Oh! ¡Cómo se complace en vernos medir, por decirlo así, en el don que nos hizo dándonos á su Hijo por víctima, lo ancho, largo, alto y profundo de su caridad para con nosotros! Más aún: ¡cuál no es el contento que damos á Jesús cuando meditamos el misterio de su Muerte! Ella ha sido el objeto constante de sus aspiraciones. No vino al mundo sino para rescatarnos de la esclavitud del pecado, sufriendo y muriendo por nosotros sobre la Cruz. Su aliento y su vida han sido para la cruz. El mismo compara su Muerte á un bautismo de sangre; ¡ah y cómo se angustia hasta no verlo cumplido! (1). Cuando ve acercarse este momento, no puede ya ocultar sus deseos; es necesario que esta llama de amor se escape de su Corazón: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum, antequam patiar*. Sobre la Cruz es donde realizó de la manera más completa, lo que los ángeles prometieron en su nombre el día de su Nacimiento: *Gloria á Dios; paz á los hombres!*

Dios, honrado como El merece; el hombre, preservado de la más horrible de todas las desgracias, elevado á la categoría de Hijo de Dios y asociado á su soberana felicidad....! Hé ahí los frutos de la Cruz.

(1) *Baptismo habeo baptizari; et quomodo coaretor usquedum perficiatur!* (Luc., XII, 50.)

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El mes de María es para el buen pastor un mes lleno de esperanzas.*—1.º El tiempo no puede ser más oportuno. 2.º La devoción á la Santísima Virgen tiene grandes atractivos, aun para los grandes pecadores. María es llamada *esca spiritualis hami*. El buen Sacerdote nunca habla con tanta unción como al predicar las bondades de María: ¡lo ha experimentado tantas veces!

PUNTO SEGUNDO.—*¿Qué es lo que hace el buen pastor para sacar provecho de ese hermoso mes?* 1.º Todo lo pone en juego para obtener numerosas y fervientes reuniones. Nada olvida de lo que pueda hacerlas interesantes, ni canto, ni decoro, etc. 2.º La palabra de Dios, sea cual fuere su forma, es el ejercicio esencial. Que sea corta, variada y adaptada al auditorio; pero sobre todo, que se hable el lenguaje del corazón. Que sin cesar, ponga en ella, de relieve el poder, y más especialmente la misericordia y compasión de María. *Laudamus humilitatem, miramur virginitatem; sed misericordia miseris sapit dulcius.* 3.º El buen pastor emplea para la conclusión del mes todos los recursos de su celo: comunión general y fervorosa, consagración solemne del pastor y del rebaño á la Divina Pastora.

MEDITACIÓN LXXXII

3 de Mayo.—*El Misterio de la Cruz considerado con relación á nosotros y á nuestra propia santificación*

- I. Meditándolo nos aseguramos el Corazón de Dios.
- II. Aseguramos á Dios nuestro corazón.

PUNTO I

La meditación de los sufrimientos de Jesucristo nos asegura el Corazón de Dios, porque este le agrada de una manera singular.

Este misterio, en efecto, es el gran objeto de sus divinos pensamientos. Todo el Antiguo Testamento está lleno de esta idea. La pasión del Mesías es lo que

los Profetas predicen con más detalles. Isaías, Jeremías, David no se contentan con anunciarla, sino que la narran como otros tantos Evangelistas: Isaac, José, la serpiente de bronce, el cordero pascual.... ¡qué imágenes tan conmovedoras de Jesucristo, sacrificado por su Padre; llevando El mismo sobre la montaña la leña que ha de servir para su inmolación; de Jesucristo vendido por uno de aquellos á quienes llamaba hermanos, enclavado en la Cruz y curando las heridas que el pecado hiciera á nuestras almas; de este Cordero divino cuya Sangre nos preserva de la espada del ángel exterminador!

Dios se complace evidentemente en esta reparación ofrecida á su gloria; su Corazón se halla en el Calvario, y allí llama á los nuestros. ¡Oh! ¡Cómo se complace en vernos medir, por decirlo así, en el don que nos hizo dándonos á su Hijo por víctima, lo ancho, largo, alto y profundo de su caridad para con nosotros! Más aún: ¡cuál no es el contento que damos á Jesús cuando meditamos el misterio de su Muerte! Ella ha sido el objeto constante de sus aspiraciones. No vino al mundo sino para rescatarnos de la esclavitud del pecado, sufriendo y muriendo por nosotros sobre la Cruz. Su aliento y su vida han sido para la cruz. El mismo compara su Muerte á un bautismo de sangre; ¡ah y cómo se angustia hasta no verlo cumplido! (1). Cuando ve acercarse este momento, no puede ya ocultar sus deseos; es necesario que esta llama de amor se escape de su Corazón: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum, antequam patiar*. Sobre la Cruz es donde realizó de la manera más completa, lo que los ángeles prometieron en su nombre el día de su Nacimiento: *Gloria á Dios; paz á los hombres!*

Dios, honrado como El merece; el hombre, preservado de la más horrible de todas las desgracias, elevado á la categoría de Hijo de Dios y asociado á su soberana felicidad....! Hé ahí los frutos de la Cruz.

(1) *Baptismo habeo baptizari; et quomodo coaretor usquedum perficiatur!* (Luc., XII, 50.)

¡Oh! con cuánta razón puede llamarse el árbol de la vida! Pero ¿lo será también para nosotros, si olvidamos alimentar nuestras almas con estas sagradas meditaciones?

Hé ahí por qué Jesucristo, á fin de que tengamos siempre presente el recuerdo de sus sufrimientos, no solamente inspira á su Iglesia el que en todas partes ponga la Cruz ante nuestros ojos, el que grabe la imagen de su Muerte sobre la madera, sobre la piedra, sobre el mármol, sobre el oro y sobre la plata; sino que ofreciéndose á Sí mismo en el sacrificio del altar, que es la viva representación y continuación del sacrificio del Calvario, hace de su propio Cuerpo glorificado, oculto bajo viles apariencias, un memorial perpetuo de una Pasión tan dolorosa para El y tan fructuosa para nosotros: *Unde et memores..... tam beatæ passionis.*

Quando pronunciamos estas palabras en la celebración de los santos misterios, nos conformamos á la conmovedora recomendación que nos hizo la víspera de su Muerte, *Hoc facite in meam commemorationem*, y que en el mismo instante se renueva: *Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis.* Como si nos dijera: «No os olvidéis de un Dios que muere para salvaros. En medio de mis dolores y agonías Yo pensaba en vosotros; pensad en Mí siquiera cuando estoy presente en el altar para recordaros mi muerte y aplicaros sus méritos.» ¡Oh alma mía! ¿Podrás rehusar semejante consuelo á tu Salvador? ¿Querrás privarte de un medio tan seguro de merecer su cariño?

PUNTO II

La meditación de los dolores de Jesucristo asegura á Dios nuestro corazón

¡Qué cariñosa condescendencia! Aquél que encierra en sí todos los bienes, dignarse pedirnos un corazón que El mismo nos ha dado: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi!* Pero nunca nos obliga á ello con tan poderoso

motivo, como al presentarnos, para obtenerlo, el abismo de oprobios y sufrimientos por El padecidos en el Calvario.

Amor con amor se paga. El misterio de la Cruz es el gran exceso de un Dios para nosotros (1). Si hubiera dejado á nuestra elección el testimonio del amor que nos profesa, y si nos hubiera dicho como al rey de Judá: *Pete tibi signum*, ¿quién hubiera osado pedirle la encarnación y más aún la muerte de su Hijo? Su bondad previno nuestros deseos, y sobrepujó infinitamente nuestras esperanzas. Oigamos lo que nos dice: «Oh hombres, ¿qué hubiérais hecho para renovar los lazos de la caridad que os unían á vuestro Criador, á vuestro Padre, y que tan indignamente habéis roto ofendiéndole? Ningún medio tenéis para ello; pero escuchad y comprended, si podéis, cuál es mi amor para con vosotros: Tengo un Hijo único, engendrado de mi sustancia desde toda la eternidad; es otro Yo; pues bien, Yo os lo doy, si El consiente en ello: por mi parte Yo estoy conforme en que se anonade para espiar vuestro orgullo, en que muera para salvaros.» *Sic Deus dilexit mundum*; mundo de pecadores ingratos, manchados con todos los crímenes; porque no había otro mundo cuando Dios nos dió á su Hijo.

Y este Hijo igual en todo á su Padre, no retrocedió ante un cáliz tan amargo. Del primer golpe de vista vió toda la serie de oprobios y dolores intolerables que tendría que sufrir por nosotros; nada le arredró. Se sometió á los golpes de la implacable justicia: «Heme aquí, oh Padre, le hace decir San Pablo; vengo á ofreceros la satisfacción que os es debida, y que no puede encontrarse en los sacrificios, porque no tienen proporción con vuestra infinita grandeza. Penitente por todos los hombres, me hago vuestra víctima; descargad sobre Mí el peso de vuestra venganza: herid, herid á vuestro Hijo, pero per-

(1) *Dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem.* (Luc., IX, 31.)—Así podemos interpretar la palabra *excessum*. V. Corn. á Lap.

donad á los hombres.» ¡Oh jardín de los olivos; ¡oh pretorio! ¡oh Calvario! ¡con cuánta elocuencia nos habláis del amor de Jesús para con nosotros! ¿No es tiempo ya de que los que viven cesen de vivir para sí mismos, y comiencen á vivir para Aquel que los ha rescatado de la muerte? (1). ¿Qué otro beneficio aguardamos para entregarnos á Dios?

Recordemos el fuego celeste que abrasaba el corazón de los santos al solo recuerdo de los sufrimientos de Jesús. Santa Magdalena de Pazzis exclamaba mirando al crucifijo: «¡Oh amor, oh amor; cuán poco conocido sois!, y ¡cuán poco amado! ¡Oh almas criadas para el amor y por el amor! ¿por qué no amáis al amor?» San Francisco de Asís, afligido por la insensibilidad de los hombres, suplicaba á las rocas que llorasen con él la muerte del Hijo de Dios. San Buenaventura decía que las llagas de Jesucristo eran capaces de herir los corazones de piedra, de inflamar á las almas de hielo, de llenar de amor aun las entrañas más duras que el diamante.

Cruz de Jesús, Sangre de mi Dios, que me dáis á conocer toda la fuerza de su amor, ¡ah, qué reproche para la debilidad del mío! ¿Es por ventura amar á un Dios crucificado, buscar las comodidades y huir los sufrimientos? ¿Es amar á un Dios humillado, escupido... buscar los honores y temer hasta la apariencia del menosprecio? Acabad, oh Señor, vuestra conquista; servíos de vuestra belleza, de aquella belleza que os dan, á mis ojos, vuestros oprobios y heridas; servíos de ella como de un arco tendido, para conquistar á Vos todo lo que está dentro de mí y todo lo que de mí depende: *Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede, et regna* (2). Aseguraos de un corazón que está en peligro de abandonaros en el mismo instante en que está protestando de querer unirse á Vos.

La hora de subir al altar se aproxima; hoy al me-

(1) *Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est.* (II Cor., V, 15.)

(2) Ps. XLIV, 5.

nos, me acercaré á él con un alma ocupada solamente en la Pasión de mi Salvador. ¡Oh! venid, Jesús moribundo, venid á enseñarme á morir á todo lo que os desagrada. Quiero amar á un Dios cuya cruz me abrió el Cielo, cuya Sangre lavó mis iniquidades, cuya muerte me devolvió la vida, cuyos méritos me dan derecho á pretender la dicha de amarle eternamente. *Super omnia te mihi amabilem reddit, o bone Jesu, calix quem bibisti, opus nostræ redemptionis. Hoc enim omnino amorem nostrum sibi vindicat, hoc devotionem nostram blandius allicit, justius exigit* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La meditación de los sufrimientos de Jesucristo nos asegura el corazón de Dios.*—El Antiguo Testamento, y más aún el nuevo, están llenos de este conmovedor misterio. Este es el gran objeto de los divinos pensamientos. El Señor se complace en esta admirable reparación ofrecida á su gloria ultrajada. Su corazón está en el Calvario y llama también á los nuestros. Cuando meditamos el exceso de su amor hacia nosotros en el misterio de su muerte, es cuando causamos el mayor placer á Jesucristo. La Iglesia sabe esto; y hé ahí por qué en todo lugar pone la cruz ante nuestros ojos. Hé ahí por qué el Salvador se ofrece á sí mismo en el sacrificio de nuestros altares, viva representación del sacrificio del Calvario. *Haced esto en memoria mía:* no os olvidéis de un Dios que os ama hasta morir por vosotros, amadle también á El. ¡Oh alma mía! ¿no sabrás aprovecharte de un medio tan fácil para ganar el afecto de tu juez?

PUNTO SEGUNDO.—*La meditación de los sufrimientos de Jesucristo asegura á Dios nuestro corazón.*—Amo al que me ama. Sobre la Cruz es donde el amor de Jesús hacia nosotros ha llegado hasta el exceso. Sabemos muy bien de qué fuego celestial abrasaba el corazón de los santos el recuerdo de la pasión; uno de ellos decía que las llagas de Jesucristo eran capaces de herir aún los corazones de piedra, de inflamar á las almas de hielo, de llenar de amor las entrañas más duras que el diamante.

(1) S. Bern.

SECCIÓN TERCERA

DESDE PENTECOSTÉS HASTA EL ADVIENTO

I. Propio del tiempo

MEDITACIÓN LXXXIII

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

I. Cómo se ocupa el buen Sacerdote en honrar este misterio.

II. Cómo se esfuerza en hacerlo honrar por los demás.

PUNTO I

El buen Sacerdote honra el misterio de la Santísima Trinidad ofreciéndole el triple homenaje de su espíritu, de su corazón y de su imitación

1.º Homenaje del espíritu. El sujeta su inteligencia y la somete al yugo de la fe: ¿hay algo más razonable que esto? Posee la afirmación del Hijo único que está en el seno del Padre (1): ¿qué otra cosa puede desear para creer lo que hay de más inaccesible para el entendimiento humano? Se alegra de hacer á Dios el sacrificio de la parte más noble de sí mismo diciéndole: «Yo creo, Señor, lo que habéis revelado acerca de este profundo misterio. Parece que mi razón quisiera oponérsele, pero yo la humillo y la inmolo á vuestra gloria. Me place reconocer mi ignorancia para honrar vuestra soberana ciencia y esclamo con uno de vuestros siervos que sois un Dios cuya grandeza excede infinitamente á nuestro saber:

(1) *Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit.* (Joan., 1, 18.)

Ecce Deus magnus vincens scientiam nostram (1). Sería temeridad de mi parte el escudriñar este misterio; admitirlo fiándome en vuestra palabra, obra es de mi piedad; conocerlo plenamente, verlo descubierto, será la dicha de mi eternidad (2). Daría mi vida por la defensa de mi fe; y como sois tres en el Cielo de quienes recibo el testimonio: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, así quisiera daros también en la tierra el triple testimonio de mi fe, de mis obras y de mi sangre.»

2.º Homenaje del Corazón. Este misterio que impone tanto sacrificio al espíritu está lleno de consuelo para el corazón; el Sacerdote santo tiene en ellos sus delicias. Halla imponderable suavidad en contemplar en él todos los divinos beneficios como en su principio. La Creación, la Encarnación, la Iglesia, los sacramentos, los favores personales que ha recibido, todo lo ve en la Santísima Trinidad. Se estremece de alegría al oír á cada una de las adorables Personas que le dirigen esta palabra de amor: *In charitate perpetua dilexi te.*

No es, pues, sino con mucha razón que la Iglesia nos conduce en la fiesta de este día á la fuente cuyos diversos raudales nos ha señalado en el decurso del año litúrgico: nos descubre el océano inmenso de donde dimanar todas las bendiciones que se derraman sobre nosotros. Quiere que seamos agradecidos á esta adorable Trinidad, que hallando toda su dicha en sí misma, se ocupa eternamente de la nuestra; porque, dice San Pablo, Dios nos ha escogido desde antes del principio de los siglos (3). El Padre para hijos suyos, el Hijo para hermanos suyos y el Espíritu Santo para mantener en nosotros las riquezas de su gracia (4).

(1) Job., XXXVI, 26.

(2) *Scrutari temeritas, credere pietas, nosse eterna felicitas.* (S. Bern.)

(3) *Elegit nos.... ante mundi constitutionem.* (Eph., 1, 4.)

(4) *Ut ostenderet in seculis supervenientibus abundantes divitias gratie suae, in bonitate super nos, in Christo Jesu.* (Eph., II, 7.)

Por eso nos propone constantemente la Iglesia el recuerdo de la Santísima Trinidad. Al principio y al fin, como durante sus oficios, en las peticiones que hace no cesa de acreditar su fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. No canta un salmo, un himno, un cántico, sin terminarlos glorificando á la Santísima Trinidad; quiere que sus ministros repitan cien veces al día: *Gloria Patri et Filio et Spiritui sancto*; ¡de tal modo se halla convencida de que no pueden dirigir á Dios una alabanza que le sea más agradable, y una oración más adecuada para alcanzarnos todos los dones de su gracia! ¡Oh! y ¡cuánto se complace en repetirla el buen Sacerdote! Se cuenta que algunos piadosos solitarios no han tenido durante muchos años otros ejercicios más que este (1).

3.º Homenaje de imitación. Dos cosas adoramos en este misterio, la unidad de naturaleza y la trinidad de Personas; el Sacerdote que lleva vida interior se empeña en imitar una y otra: la unidad, por la unión, amando sinceramente á todos los hombres; la trinidad, por la comunicación, haciéndoles todo el bien que le es posible.

Es cosa cierta que uno de los fines de la Encarnación fué el formar sobre la tierra una imagen de la unidad que existe en Dios, como que es esa una de las gracias especiales que Jesús pidió para sus discípulos la víspera de su Pasión: *Ut sint unum sicut et nos unum sumus* (2). ¿Y sería posible ¡oh Sacerdotes! que no participarais vosotros de esta solitud que San Pablo quería ver en todos los cristianos, y que es mucho más necesaria aún á sus ejemplares y guías? *Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis?* (3). Pero como en Dios no subsiste la Trinidad sino por inefables comunicaciones, el Padre derramando todos los tesoros de su esencia en el seno de su Hijo, el Padre y el Hijo dando al Espíritu Santo toda su

(1) Bourdal. Serm. sobre la Trin. II par.

(2) Joan., XVII, 22.

(3) Eph., IV, 3.

divinidad; así debemos hacer perfecta nuestra unión feundándola por las obras de la caridad. ¡Tantos favores nos prodiga esa Trinidad beatísima á nosotros sus ministros, más para nuestros hermanos que que para nosotros mismos! Cuanto más generosos seamos para santificarlos, más generoso se mostrará Dios con nosotros: *Date et dabitur vobis*. Oigamos al Salvador, que nos exhorta hoy mismo á esta caridad comunicativa, lo que nos dice en el Evangelio que leemos al fin del Sacrificio: *Estote misericordes, sicut et Pater vester misericors est* (1).

PUNTO II

El buen Sacerdote procura hacer honrar el misterio de la Santísima Trinidad

Esto hace mediante el celo prudente y constante con que instruye á los fieles sobre este punto fundamental de nuestra fe, y con las consecuencias que de él deduce para formarlos en la piedad.

1.º San Jerónimo admira el mandato lleno de sabiduría que Jesucristo dió á los apóstoles, para que enseñaran primero la doctrina de la fe y después pudieran conferir su sacramento: *Ordo præcipuus: jussit apostolis ut primum docerent universas gentes, deinde fidei intingerent sacramento* (2). Es muy de temer que aun en los países católicos muchas almas se hallen fuera del camino de la salvación porque no conocen suficientemente este que es el primero de nuestros misterios. ¿No hay acaso muchos que no tienen de las tres divinas Personas otra idea que la de tres personas humanas? ¡Oh pastores, insistid con frecuencia en este importante objeto de nuestra creencias! Pero al tratar de él, servíos escrupulosamente de los términos consagrados por la Iglesia. No han faltado catequistas y predicadores que por hacer más clara esta verdad, que de por sí está rodeada de

(1) Evang. sobre la Dom. 1 después de Pent.

(2) *Comm. in Matth.*, l. IV.

cierta oscuridad veneranda, se empeñaban en hacer desaparecer el misterio.

Cuando instruyamos sobre esta materia declaremos llanamente que no hay cosa más impenetrable á la razón; pero nada tampoco más evidente á las miradas de la fe (1). Consolémonos con un santo doctor de no comprender lo que Dios no quiere que comprendamos. Los arcángeles con toda su luz no pueden penetrar en las profundidades de este dogma; no ha sido enseñado á los ángeles; los siglos de mayor sabiduría no lo sospecharon, los profetas sólo tuvieron de él un conocimiento imperfecto; el Apóstol no pidió su explicación; Jesucristo no la ha dado: no nos quejemos, pues, de nuestra ignorancia» (2).

2.º Al ilustrar las inteligencias con la verdad, infiltremos la piedad en los corazones. El buen Sacerdote debe enseñar á los fieles que todo se hace en la Iglesia en nombre de la Santísima Trinidad; en su nombre se cumplen todos los misterios, y se distribuyen todos los dones espirituales. Es en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que ellos han sido regenerados por el Bautismo, fortalecidos por la gracia de la Confirmación, y reciben el perdón de sus pecados, la bendición de los Sacerdotes y todos los auxilios de la religión. Ha de enseñarles á santificar todos sus trabajos, todas sus acciones comenzándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Debe mostrarles á esta sagrada Trinidad, no sólo en el Cielo y en nuestros templos, sino en ellos mismos y en todas partes; inspirarles, en fin, el respeto á su presencia.

Recogeos, vosotros mismos en este instante ante la Majestad suprema. Preguntaos cómo habéis honrado este misterio y cómo lo habéis hecho honrar. ¿Habéis hablado de él frecuentemente? ¿No habéis mirado como indiferente para las costumbres la predicación

(1) En un sermón del P. De la Colombière.

(2) *Ego nescio, non requiro, et consolabor me tamen. Archangeli nesciunt, angeli non audiunt, sæcula non tenent, apostolus non investigavit. Filius ipse non edidit; cesset dolor querelarum.* (S. Hil.)

de un dogma que es la base de toda la moral cristiana, puesto que es el principio de la caridad que nos une con Dios y con nuestros hermanos? Consagrad de nuevo á las tres divinas Personas las tres potencias de vuestra alma; la memoria al Padre, al Hijo el entendimiento y la voluntad al Espíritu Santo. ¡Oh Jesús, por quien pertenecemos de un modo más especial á la Santísima Trinidad, como que imprimiéndonos los sagrados caracteres del Bautismo, de la Confirmación y del sacerdocio, nos marcasteis con su sello; dignaos asociarnos á los homenajes que le tributáis perpetuamente en el Cielo y en nuestros tabernáculos! Conceded á vuestros Sacerdotes que lleven una vida tan perfecta que sea alabanza continua, y preparación de todos los instantes para la eterna alabanza del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: *Benedicamus Patrem et filium cum sancto Spiritu; laudemus et superexaltemus eum in sæcula. Amen.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El buen Sacerdote honra el misterio de la Santísima Trinidad.*—1.º Le ofrece por la fe, el homenaje de su espíritu. Creencia tanto más gloriosa para Dios, cuanto impone mayor sacrificio á mi razón. ¡Oh Dios mío! yo gusto de reconocer mi ignorancia para honrar vuestra infinita ciencia: *Scrutari temeritas, credere pietas, nosse æterna felicitas.* 2.º Le ofrece el homenaje de su corazón por la esperanza y el amor. Se estima feliz contemplando en este misterio la fuente de todos los divinos beneficios. Se estremece de alegría oyendo que cada una de las tres divinas Personas le dice: *Yo te he amado con amor eterno.* 3.º Le ofrece el homenaje de su imitación. Adorando dos cosas en este misterio, la unidad de naturaleza y la trinidad de personas, imita él una y otra del mejor modo posible: la unidad por la unión, amando sinceramente á todos los hombres; la trinidad por la comunicación haciéndoles todo el bien que puede hacerles.

PUNTO SEGUNDO.—*El buen Sacerdote se consagra á hacer honrar el misterio de la Santísima Trinidad.*—Por el celo asiduo y prudente con el cual instruye sobre este punto fundamental

de la fe y por las consecuencias que de ella deduce para formar á las almas en la piedad. No hay punto ninguno de la enseñanza católica que deba ser más cuidadosamente inculcado y tratado con mayor prudencia. El buen Sacerdote se aprovecha poderosamente de este misterio no sólo para instruir sino para despertar la piedad en las almas.

MEDITACIÓN LXXXIV

La fiesta del Santísimo Sacramento

- I. Por qué ha instituido la Iglesia esta fiesta.
- II. Deberes del Sacerdote para penetrarse de las intenciones de la Iglesia.

PUNTO I

Los fines que se propuso la Iglesia al instituir la solemnidad del Santísimo Sacramento

Lo que más tiene que asombrar nuestro espíritu en este *memorial de las divinas maravillas* (1) son las humillaciones á que el Hijo de Dios se ha sometido en él; y el amor que con él nos muestra, es lo que más ha de mover nuestro corazón. Y sin embargo ¡cuántas veces sólo pagamos sus beneficios con nuestra ingratitud! ¡Cuántas veces á sus voluntarias humillaciones que tantos bienes nos procuran, nosotros criminales, agregamos otras que nos acarrearán terribles desgracias! ¿qué hace la Iglesia? Toda preocupada de esas humillaciones, se esfuerza hoy día en hacernos honrar las unas con el amor de agradecimiento y con el de penitencia nos hace reparar las otras.

1.º En ninguno de sus misterios se humilló tanto Jesucristo como en la Eucaristía. Si en los otros oculta constantemente su divinidad, la revela en ellos de algún modo; aún sobre el Calvario, á través

(1) Ps., CX, 4.

de los oprobios del hombre que agoniza, se conoce al Hijo de Dios: *Vere hic homo Filius Dei erat* (1). En la Eucaristía, por el contrario, lejos de mostrarse Dios, no deja entrever siquiera indicio alguno de semejanza con el hombre. Y no es que haya escatimado en él los milagros; Santo Tomás llama á este misterio, *Maximum miraculum Christi* (2). Pero en tanto que los prodigios que brillaron en su Nacimiento, durante su vida, y en la hora de su muerte fueron destinados á pregonar sus grandezas; los que multiplica en este sacramento sirven sólo para rodearle de una oscuridad impenetrable. ¡Ah! si nos confundien estos anonadamientos, ¡cómo debe movernos el amor que los inspira!

Para realizar los propósitos de su generosa ternura era menester que el Salvador, se impusiese todas estas humillaciones por más que sean incomprendibles. ¿Qué es lo que El deseaba y qué es lo que ha hecho? Quería permanecer con nosotros, comunicárenos con toda la expansión de la más confiada amistad, renovar incesantemente su inmolación por nosotros, identificarse, por así decirlo, con nosotros, dándonos su propia Carne por alimento y su Sangre por bebida: *Caro mea vere est cibus, sanguis meus vere est potus*. Pero cada uno de estos favores, el último especialmente, le obliga á bajar hasta ese abismo de humillación en el cual sólo puede reconocerle la fe. Este misterio, según el decir de San Bernardo, es la humillación de las humillaciones porque es el amor de los amores. Pero, ¿qué consecuencia se deduce de esto?

Cuanto más humilla por nosotros el Hijo de Dios su grandeza en la Eucaristía, tanto más debemos, como si dijéramos, levantarla con nuestros homenajes. Es lo que ha hecho la Iglesia al instituir una fiesta que es el triunfo de Jesús humillado en el Santísimo Sacramento. Triunfo público: ya no es sólo en sus templos en donde se le adora; se ve conducido so-

(1) Marc., XV, 39.

(2) Opusc. 57.

lemnemente en medio de su pueblo, y á su paso se dobla toda rodilla. Triunfo universal; sea cualquiera la nación que el sol alumbre, se ve en ella á los hijos de la Iglesia postrados á los pies del Salvador presente y vivo en la Eucaristía. Triunfo espléndido por el aparato de las ceremonias, el piadoso afán y el alborozo de los fieles. De esta suerte nuestro amor agradecido hace gloriosos para Jesucristo los profundos abatimientos que El había buscado para acercárenos y unírseos. Este es el primer designio de la Iglesia en esta solemnidad; veamos el segundo.

2.º A las voluntarias humillaciones del Salvador en este misterio, añaden los hombres otras que son del todo opuestas á sus deseos, á las humillaciones que aplacan al Cielo, humillaciones que provocan su cólera; debemos, pues, agregar al amor de reconocimiento, el amor de penitencia.

Hay tres objetos que atraen nuestras miradas en el santuario y nos hablan con elocuencia de la excesiva caridad de Jesucristo para con nosotros y de la ingratitud con que pagamos sus más preciosos beneficios: el tabernáculo en que El habita; el altar en que se inmola; y la sagrada mesa en la cual se da como alimento de sus discípulos. Sin hablar de los más grandes atentados de la herejía y de la impiedad, ¿cuál de estos tres divinos lugares no nos recuerda á Jesucristo indignamente abandonado, y ultrajado más indignamente aún?

¿En dónde se encuentra la premura de los fieles para honrar su presencia visitándole, su sacrificio asistiendo á El, y su banquete celestial participando de El? Se desprecian los favores de un Dios. Sobran, si se trata de los hombres, la finura y las atenciones; más aún, cuando se los estima necesarios; sólo para Jesucristo no hay miramiento ninguno, que El es el único de quien nada se espera ni se teme nada. Aun entre los cristianos que aparentan tener alguna devoción para el Santísimo Sacramento ¡qué tibieza en las visitas que se le hacen, y en los pretendidos honores que se le rinden! Aun no hemos pasado algunos instantes en su presencia cuando ya

se apodera de nosotros el hastío. En cualquiera otra parte se harían esfuerzos; pero sólo en la compañía del Señor no es fácil resolverse: *Solius Dei impatientes sumus*, dice con energía Tertuliano. Y sin embargo, Vos, ¡oh Jesús, sufrís paciente tan criminal impaciencia y sufrís con inefable misericordia á esos corazones que con incalificable disgusto no pueden sufriros!... No, los judíos mismos no merecieron tanto como nosotros los reproches que les dirigiais. *O generatio incredula et perversa, quousque ero vobiscum? Usquequo patiar vos?* (1).

Con todo, aun no es éste sino el menor de nuestros delitos contra el Dios Eucarístico. Como si no fuera bastante el olvidarle y abandonarle, se le ultraja. ¡Quién podrá contar todas las irreverencias, todas las sacrílegas profanaciones de que ha sido objeto en el decurso de mil novecientos años!... ¡Ah! ¿y acaso no lo es todavía? *Cor Jesu, etiam nunc ab ingratis hominibus in sanctissimo amoris sacramento dilaceratum, miserere nobis!* Esto es lo que dicen gimiendo las almas fervorosas; pero como no basta esta solitaria reparación, la Iglesia quiere hacerla muy solemne. Según su pensamiento, la fiesta de este día no es sólo un triunfo decretado á su divino Esposo, es también la pública penitencia de sus hijos. Como ella no ignora que están guardadas las más terribles venganzas para los que han ultrajado al mismo Hijo de Dios menospreciando su Sangre (2), se sirve de esta extraordinaria pompa á fin de reanimar nuestra fe, haciendo aparecer ante nosotros en cierto modo esa Majestad temible y santa, para obligarnos á desagraviarle humillándonos delante de Ella.

(1) Matth., XVII, 16.

(2) *Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia, qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit in quo sanctificatus est?* (Hebr., X, 29.)

PUNTO II

¿Qué debe hacer el Sacerdote para conformarse con el espíritu de esta solemnidad?

Ya le está señalada su conducta por los dos fines que se propuso la Iglesia al instituir esta fiesta.

El amor á la Eucaristía ha de ser la primera de sus devociones, así como este misterio es la gloria mayor de su sacerdocio y el manantial más abundante de sus consuelos. Se aprovecha, pues, con fervor de la ocasión que se le brinda para honrar y hacer honrar al Santísimo Sacramento. ¡Ah que no pueda arrastrar consigo á todos los hombres ante los pies de un Dios que los ama con tan inmensa ternura! Nada descuida la Iglesia en esta circunstancia para excitar en los fieles el deseo de contribuir al aparato religioso del triunfo de Jesús. Instruye de antemano á sus feligreses acerca del objeto de esta fiesta y el significado de su solemnidad, y cuando lleve ya en medio de ellos al Triunfador divino, su fe se animará por tan imponente espectáculo. Creerán ver al Salvador recorriendo todavía las ciudades y las aldeas, lanzando á los demonios, curando á los enfermos..... le suplicarán que bendiga sus moradas, sus empresas, sus trabajos, y podrá decirse una vez más que ha pasado haciendo el bien: *Pertransiit benefaciendo*. Pero lo que trae principalmente las gracias sobre el rebaño, es la oración del pastor; su modestia, su profundo recogimiento en el ejercicio de tan santo ministerio, es lo que alegra á los ángeles y edifica á los fieles: *Quia spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus* (1).

El buen Sacerdote junta el culto que honra á Jesús presente en el Sacramento de nuestros altares, con el culto que repara los ultrajes que en él recibe. ¡Ah! ¡y cuán poco nos conmueven ellos! Acaso porque la santa Humanidad del Hijo de Dios no puede

(1) I Cor., IV, 9.

ya ser herida por la audacia y la perversidad, como en los días de su vida mortal, ¿hemos de mostrarnos insensibles ante los atentados de que es objeto? Ved á este propósito el pensamiento de Bourdaloue: «Ponderad bien lo que digo: sí, la Carne del Salvador sufre mil veces más de nuestra parte en la Eucaristía, que no sufrió de los judíos en su Pasión, pues entonces sólo sufrió por determinado tiempo, mientras que aquí está expuesta á sufrir hasta la consumación de los siglos; en su Pasión Ella sufrió sólo en tanto que Jesucristo lo quiso y porque El lo quiso; pero aquí sufre hasta cierto punto por fuerza y por violencia. Sufrió, sí, en su Pasión, pero en el estado de una naturaleza pasible y mortal; aquí sufre aun en el estado de impassibilidad. Cuanto sufrió en su Pasión fué glorioso para Dios y saludable para los hombres; lo que sufre aquí es perjudicial para los hombres é injurioso para Dios» (1). Renovemos la resolución tantas veces formada de ser más fervorosos por la honra de tan gran Sacramento: *Tantum ergo sacramentum veneremur cernui. Jesu quem velatum nunc aspicio, oro, fiat illud quod tam sitio, ut te relata cernens facie, visu sim beatus tua gloria!*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*Lo que la Iglesia se propuso al instituir esta fiesta.*—Honrar las humillaciones á que se sometió Jesús voluntariamente en la Eucaristía y reparar las que á ellas agrega la ingratitud de los hombres.—En ninguno de los demás misterios se ha humillado tan profundamente el Salvador, humillaciones necesarias al cumplimiento de los propósitos de su ternura en favor nuestro. Cuanto más se humilla por nosotros su infinita grandeza, más debemos ensalzarla con nuestros homenajes. Por esto es este triunfo público, universal, espléndido que le ofrece la Iglesia en esta solemnidad. A estas humillaciones que son efecto de su amor, añadimos otras, resultado de nuestra ingratitud, que

(1) Sermón para la fiesta del Santísimo Sacramento.

es preciso reparar. En su tabernáculo, sobre su altar, en su mesa divina está *abandonado y ultrajado*. ¡Cuántos motivos de llorar para un buen Sacerdote!

PUNTO SEGUNDO.—*Lo que tengo que hacer para conformarme con el espíritu de la Iglesia al instituir esta fiesta.*—Aprovechar con celo la ocasión que se me ofrece para honrar á Jesucristo en la Eucaristía; contribuir á la pompa de su triunfo, alegrarme de los homenajes que recibe y esforzarme en reparar los ultrajes que se le hacen; instruir cuidadosamente á los fieles sobre el objeto de esta fiesta. Renovemos la resolución de tener más celo para honrar á tan gran Sacramento: *Tantum ergo Sacramentum veneremur cernui.*

MEDITACIÓN LXXXV

Preparación para la Santa Misa

- I. Cuán indispensable es.
- II. Jesús nos la enseña con su ejemplo.

PUNTO I

Necesidad de preparación al Divino Sacrificio

¿Puede un Sacerdote dudar de esto, por poco que conozca la excelencia del ministerio que desempeña en el altar? «Si es preciso confesar que no se realiza diariamente en la tierra ninguna obra tan santa, tan divina como este adorable Sacrificio, es evidente que se debe emplear todo el cuidado y la aplicación posible, para hacer esta acción con la más grande pureza de corazón y con la más perfecta piedad exterior (1). Es decir que es necesario prepararse para ella. Entrar bruscamente en este angélico ministerio, sin procurarse el tiempo de recoger su espíritu, ni de purificar su corazón, al punto de

(1) Conc. de Trento.

presentarse ante el trono de Dios en nombre y por los intereses de todas las criaturas, ¿no sería acaso cometer una gran irreverencia, trocar para nosotros en ocasión de pecado y de terrible castigo la más saludable y santificadora de nuestras funciones?

Nada hay para los sentidos en los misterios del sagrado altar. Si antes de comenzar su celebración, no despierto en mí aquella fe viva que disipa la nube, yo no tardaré en deshonrarlos por mi tibieza, y me expondré á la terrible desgracia de profanarlos. ¡Oh Sacerdotes! medita con frecuencia las palabras de un piadoso y sabio Cardenal, y penetraos de esas reflexiones.

Pauci sunt qui admirabiles hujus sacri convivii in se sentiant effectus, quia pauci sunt qui se ad illos recipiendos rite disponant, qui serio cogitent se ad Sancta sanctorum accedere, ad altare Dei, ad Deum ipsum. Ideo multi sunt infirmi et imbecilles, et dormiunt multi. Mortem olim summo sacerdoti minabatur Deus, si ausus fuisset introire in Sancta sanctorum sine strepitu tintinnabulorum, non radians gemmis, no fulgens auro, omnium virtutum varietate circumamictus: quam ergo pœnam merebitur novæ legi sacerdos, qui non ad arcam typicam, sed ad Deum ipsum accedit, ut Filium ejus Dominum Jesum Christum immolet, tangat, comedat, nisi id faciat ea sollicitudine, attentione, et apparatu, qui dignus sit tali convivio, dignus Deo? Instante itaque celebratione, totis viribus curare debet ut in ara cordis ignem divini amoris succendat actusque eliciat diversarum virtutum, qui heroici sint, et tanto sacrificio, quantum fieri poterit, convenientes (1). Es, pues, indispensable prepararse; pero ¿de qué manera?

PUNTO II

Jesucristo con su ejemplo nos enseña esta preparación

Toda la vida del Salvador fué una preparación á su inmolación sobre la Cruz; esta fué la ocupación continua de su espíritu y de su corazón: *Desiderio*

(1) Bona. *De miss. celebrat.* c. V.

es preciso reparar. En su tabernáculo, sobre su altar, en su mesa divina está abandonado y ultrajado. ¡Cuántos motivos de llorar para un buen Sacerdote!

PUNTO SEGUNDO.—*Lo que tengo que hacer para conformarme con el espíritu de la Iglesia al instituir esta fiesta.*—Aprovechar con celo la ocasión que se me ofrece para honrar á Jesucristo en la Eucaristía; contribuir á la pompa de su triunfo, alegrarme de los homenajes que recibe y esforzarme en reparar los ultrajes que se le hacen; instruir cuidadosamente á los fieles sobre el objeto de esta fiesta. Renovemos la resolución de tener más celo para honrar á tan gran Sacramento: *Tantum ergo Sacramentum veneremur cernui.*

MEDITACIÓN LXXXV

Preparación para la Santa Misa

- I. Cuán indispensable es.
- II. Jesús nos la enseña con su ejemplo.

PUNTO I

Necesidad de preparación al Divino Sacrificio

¿Puede un Sacerdote dudar de esto, por poco que conozca la excelencia del ministerio que desempeña en el altar? «Si es preciso confesar que no se realiza diariamente en la tierra ninguna obra tan santa, tan divina como este adorable Sacrificio, es evidente que se debe emplear todo el cuidado y la aplicación posible, para hacer esta acción con la más grande pureza de corazón y con la más perfecta piedad exterior (1). Es decir que es necesario prepararse para ella. Entrar bruscamente en este angélico ministerio, sin procurarse el tiempo de recoger su espíritu, ni de purificar su corazón, al punto de

(1) Conc. de Trento.

presentarse ante el trono de Dios en nombre y por los intereses de todas las criaturas, ¿no sería acaso cometer una gran irreverencia, trocar para nosotros en ocasión de pecado y de terrible castigo la más saludable y santificadora de nuestras funciones?

Nada hay para los sentidos en los misterios del sagrado altar. Si antes de comenzar su celebración, no despierto en mí aquella fe viva que disipa la nube, yo no tardaré en deshonrarlos por mi tibieza, y me expondré á la terrible desgracia de profanarlos. ¡Oh Sacerdotes! medita con frecuencia las palabras de un piadoso y sabio Cardenal, y penetraos de esas reflexiones.

Pauci sunt qui admirabiles hujus sacri convivii in se sentiant effectus, quia pauci sunt qui se ad illos recipiendos rite disponant, qui serio cogitent se ad Sancta sanctorum accedere, ad altare Dei, ad Deum ipsum. Ideo multi sunt infirmi et imbecilles, et dormiunt multi. Mortem olim summo sacerdoti minabatur Deus, si ausus fuisset introire in Sancta sanctorum sine strepitu tintinnabulorum, non radians gemmis, no fulgens auro, omnium virtutum varietate circumamictus: quam ergo pœnam merebitur novæ legi sacerdos, qui non ad arcam typicam, sed ad Deum ipsum accedit, ut Filium ejus Dominum Jesum Christum immolet, tangat, comedat, nisi id faciat ea sollicitudine, attentione, et apparatu, qui dignus sit tali convivio, dignus Deo? Instante itaque celebratione, totis viribus curare debet ut in ara cordis ignem divini amoris succendat actusque eliciat diversarum virtutum, qui heroici sint, et tanto sacrificio, quantum fieri poterit, convenientes (1). Es, pues, indispensable prepararse; pero ¿de qué manera?

PUNTO II

Jesucristo con su ejemplo nos enseña esta preparación

Toda la vida del Salvador fué una preparación á su inmolación sobre la Cruz; esta fué la ocupación continua de su espíritu y de su corazón: *Desiderio*

(1) Bona. *De miss. celebrat.* c. V.

desideravi..... A su ejemplo el buen Sacerdote hace de toda su vida una preparación para el elevado ministerio que desempeña en el altar. No sólo su breviario que tiene tan íntima relación con la misa, el examen de la noche, la oración de la mañana; sino todas sus acciones, buenas obras, mortificaciones, todo lo refiere á la misa y se sirve de todo como de medio para celebrarla dignamente. Sí, pensemos con frecuencia, pensemos habitualmente en la misa en especial al terminar el día. ¡Oh! cuánto bien hace al corazón el dormirse con este pensamiento: «*Mañana también me sentaré á la mesa del Gran Rey*» (1). Recojámoslo al despertarnos, alejando cualquiera otro pensamiento: *Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo* (2). Pero si queremos un verdadero modelo de preparación próxima, lo encontraremos en el Corazón de Jesucristo disponiéndose la víspera de su muerte á su doble inmolación mística sobre el Calvario: *Sciens Jesus quia omnia dedit ei Pater in manus, et quia a Deo exivit et ad Deum vadit, surgit a cœna..... et cepit lavare pedes discipulorum.*

Jesús conoce el poder que su Padre le ha dado: *Omnia dedit ei Pater in manus.* Conoce su propia dignidad; Dios de Dios, es en todo igual á su Padre: *A Deo exivit.* No ignora ni la sublimidad de su misión, ni los grandes intereses que le están unidos: glorificar á Dios por la salvación del mundo; tal fué el fin de la Encarnación y de su vida; tal es el fin de su muerte: *Ad Deum vadit.* Vosotros igualmente, ¡oh Sacerdotes! cuando váis ya á subir al altar, pensad en la inmensidad del poder que váis á ejercer, en la infinita dignidad de la Persona á quien váis á representar, en la suprema importancia de los negocios que váis á tratar y entregaos á los sentimientos que estas consideraciones despertarán en vosotros.

1.º Y desde luego, ¿cuál será vuestro poder? En breve podrá decirse de vos con alguna proporción, como del adorable Redentor: *Omnia dedit ei Pater*

(1) *Cras etiam cum rege pransurus sum.* (Esth., V, 12).

(2) Ps., LXII, 2.

in manus. ¡Cuán poderosos seréis, cuando todo un Dios esté, en cierto modo, sujeto á vuestro imperio! ¡Cuántas cadenas podréis romper, qué de lágrimas enjugar, de cuántas desgracias podréis preservar, y cuántas almas podréis salvar cuando os sean abiertos todos los tesoros de la divina misericordia! Igualad vuestra confianza á la extensión de esos poderes y cuidad de hacer valer santamente para vos, para vuestros hermanos, para el mundo entero el crédito sin límites que os dará cerca de Dios la Hostia sin mancha que váis á ofrecerle.

2.º Pero ¿quién es aquél á quien váis á representar continuando su sacrificio? Penetraos de este pensamiento: voy á prestar mi voz, mis manos, mi ministerio al único y gran sacrificador Jesucristo. Voy á mostrarlo al mundo; porque en mí estará El hablando y operando los más estupendos prodigios: *Ubi Christus est, ibi quoque modestia* (1). Arreglad pues, de tal modo vuestro semblante, vuestro porte y movimientos, todo vuestro exterior, conforme á la gravedad y modestia del Hijo de Dios; de suerte que alegrando al Cielo por vuestras disposiciones interiores, edifique á los fieles lo que exteriormente se vea en vosotros. Esforzaos en ser tan puros, tan religiosos, tan dignos del Sacerdote divino cuyo lugar ocupáis, que Aquél que conoce aún las cosas más escondidas, pueda decir de vosotros mirándoos en el altar: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui* (2).

3.º Preguntaos luego á quién y por quién váis á ofrecer el sacrificio. Le ofreceréis al Dios infinitamente grande en su poder, tierno en su misericordia, severo en su justicia..... á un Dios que no podría ser honrado tanto como El merece si no tuviese á su Dios por adorador y víctima. Le ofreceréis en nombre de toda la Iglesia y por los mismos fines que se propuso Jesucristo al inmolarse sobre el Calvario. Que estas cuatro sublimes intenciones llenen vuestro

(1) Greg. Naz.

(2) Matth., III, 18.

espíritu y levanten vuestra alma.—Sacrificio de *holocausto*. Dios va á ser glorificado como Dios, honrado tanto como merece serlo; podréis decirle con toda seguridad: *Secundum nomen tuum, Deus, sic et laus tua* (1). Sacrificio de *acción de gracias*. ¿No es el más espléndido testimonio de nuestro reconocimiento hacia Dios, el ofrecerle el más excelente de todos sus dones? Ofrecerle á Jesucristo ¿no es darle acaso tanto como El nos dió? Sacrificio de *propiciación*. ¿Hay acaso pecados por numerosos y enormes que se supongan, que no puedan quedar expiados con una sola misa es decir con la contrición, con las lágrimas y la muerte de una víctima que es Dios? Sacrificio de *impetración*, ó sea de *súplica*. La Oración es ya muy poderosa por sí sola. Pero lo es mucho más cuando quien ruega con nosotros es un Dios, que hace orar por nosotros á la sangre y á las heridas de que está cubierto y al abismo de oprobios en que está sumido.

Finalmente para dar la última manó á vuestras preparaciones, contemplad al Salvador que se levanta de la cena: *Surgit a cæna*. Ya no se humilla sólo delante de su Padre, lleva su abatimiento hasta ponerse á los pies de sus discípulos: *cepit lavare pedes discipulorum*. ¡Qué lección! ¡Qué modelo! Lección de pureza y de inocencia; ¡las tendremos alguna vez suficientemente para poder subir sin temor á ese altar de Dios que hace temblar á los santos? Modelo de humildad: ¡un Dios que se hace servidor de los hombres!... Modelo de caridad: ¡Jesús lavando los pies de sus apóstoles que van á abandonarle en breve, y aún de Judas!... Humillaos precisamente porque váis á ser elevados al puesto más honorífico: *Quanto magnus es, humiliat te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam* (2). Y preguntad á vuestro corazón si no tiene nada que perdonar.

¡Oh Dios mío; si yo me hubiera preparado siempre de esta manera antes de subir al altar, no tendría

(1) Ps. XLVII, 11.

(2) Eccli., III, 20

ocasión de turbarme con el recuerdo de tan gran número de sacrificios de que tendré que dar cuenta! Quiero, á partir de este día á lo menos, tratar con tanto respeto estos augustos misterios, que saque de ellos las gracias de la verdadera santificación; quiero comer en adelante el sagrado Pan, y beber el cáliz celestial con fe tan viva y profunda religiosidad, que sean realmente para mi alma el pan de vida que no se acaba nunca y el cáliz de eterna salvación: *Panem sanctum vitæ æternæ, et calicem salutis perpetuæ*.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Necesidad de la preparación para el divino Sacrificio*.—Entrar de repente en tan angelical celebración sin procurarse siquiera el tiempo de recoger el espíritu y purificar el corazón... ¿no es cometer una grave irreverencia y exponerse á un temible peligro? En los sagrados misterios nada hay para nuestros sentidos; si antes de comenzar su celebración yo no despierto en mí la fe que traspasa la nube, no tardaré en deshonrarlos por mi tibieza, y acaso no me preservaré de profanarlos.

PUNTO SEGUNDO.—*Manera de prepararse para el divino sacrificio*.—Toda la vida de Nuestro Señor fué una preparación constante para su sangrienta inmolación; toda la vida del Sacerdote debe ser una continua preparación para la inmolación del sacrificio incruento. ¡Hermoso modelo de preparación próxima en estas palabras de San Juan!: *Sciens Jesus quia omnia dedit ei Pater in manus, et quia a Deo exivit et ad eum vadit, surgit a cæna... et cepit lavare pedes discipulorum*. Reflexionaré sobre la grandeza de los oficios que voy á desempeñar: todo me será puesto entre las manos: sobre la infinita dignidad de Aquél á quien voy á representar: voy á mostrar á Jesús al mundo. Cumpliré en el altar los mismos fines que El cumplió sobre la Cruz. El Salvador se humilla: lava los pies á sus discípulos, también á Judas... ¡Qué lección de pureza! ¡qué modelo de caridad.

MEDITACIÓN LXXXVI

*La acción de gracias después de la Misa
Su obligación*

- I. Es un deber del más justo reconocimiento.
- II. Un deber cuyo fiel cumplimiento nos procura los más grandes bienes.
- III. Un deber cuya omisión encierra una irreverencia muy culpable.

PUNTO I

La acción de gracias después de la Misa es un deber del más justo reconocimiento

Dios se digna mostrarse sensible á nuestra gratitud y exige el tributo de ella. Las fiestas por El mismo establecidas en el Antiguo Testamento, y por su Iglesia en el Nuevo, deben casi todas su origen á algún insigne favor, cuya memoria quiso perpetuar: son como otros tantos reclamos al agradecimiento. Los judíos tenían su hostia pacífica ó sacrificio de acción de gracias; nosotros tenemos la misa, cuyo fin primario es el recordarnos los misterios de nuestra Redención: *Hoc facite in meam commemorationem*; es el sacrificio eucarístico por excelencia.

Nunca existió corazón más desinteresado que el del Salvador tocante á los favores que hacía, y con todo esto se quejaba y en términos conmovedores cuando sólo recibía ingratitud en cambio de sus beneficios. «He curado á diez leprosos: uno sólo me lo agradece; ¿en dónde están los otros nueve? (1). He hecho en medio de vosotros y por el amor que os tengo muchas buenas obras, ¿por cuál de ellas me apedreáis? (2).

(1) *Nonne decem mundati sunt? et novem ubi sunt?* (Luc. XVII, 17.)

(2) *Multa bona opera ostendi vobis... propter quod eorum opus me lapidatis?* (Joan., X, 32.)

Dar gracias al Señor es obligación de justicia, como lo proclamamos antes de entrar en la gran acción del sacrificio. *Vere dignum et justum est... nos tibi semper et ubique gratias agere*. Pero si en todo tiempo y en todo lugar, nuestros corazones han de abrigar reconocimiento porque siempre y en todas partes nos prodiga Dios sus beneficios, ¿cuánto más, luego que acabamos de recibir un don que es nada menos que el mismo Dios?

Tres cosas pide la gratitud á un beneficio: el valor del beneficio en sí mismo, el amor que supone en aquél de quien se le recibe, la preferencia de que ha sido objeto al recibirlo. ¡Oh Sacerdotes! Cuando descendéis del altar ¿qué tesoro lleváis? *Audeo dicere, quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit* (1). ¿Qué os falta cuando habéis recibido á Jesucristo y poseéis su Cuerpo, su Alma, su Divinidad, y cuando la más santa familiaridad os permite decirle lo que El decía á su Padre: Salvador mío, todo lo que es vuestro mío es también? (2). ¿No es para vos, la más consoladora verdad en este dichoso momento, la palabra que gustaba repetir San Francisco de Sales: *Quien tiene á Jesús lo tiene todo?* ¿Y no es el amor de Jesús á quien debéis este tesoro que contiene todos los demás? ¡Oh, Señor, nada tenéis que ganar Vos en esta unión tan íntima con vuestra indigna criatura; al entregaros así os aconsejasteis tan sólo con vuestra infinita bondad! Pero hay más en esta caridad respecto de mí; hay una preferencia capaz de mover el corazón más insensible. Cuando yo pienso que á ninguno de los grandes santos del Antiguo Testamento le fué concedido el tocar lo que yo toco, el comer lo que yo como, y el hacer lo que hago yo; ni á Moisés, ni á Abraham, ni á Jeremías, ni siquiera á ese admirable Precursor de quien dijisteis: *Non surrexit major inter natos mulierum*; cuando

(1) S. Ang., Tract. 84, in Joan.

(2) Joan., XVII, 10.

pienso que por la infidelidad ó la herejía tantos pueblos están privados de la divina Comunión, y que aun entre los hijos de nuestra Iglesia, la Sagrada Mesa es de fácil acceso sólo para un pequeño número; cuando considero que yo soy uno de los privilegiados que participan de ella todos los días, y á quien el pan de los ángeles pertenece, hasta cierto punto como propio, puesto que de sus manos lo reciben los demás..., entonces me pregunto, ¡oh Dios mío, de qué vivo reconocimiento debería yo estar penetrado! *Benedic, anima mea, Domino.*

PUNTO II

La acción de gracias después de la Misa es un deber del cual podemos sacar inapreciables frutos

La presencia de Jesucristo en nosotros, las disposiciones de su corazón en favor nuestro, su acción, el estado de inmolación en el cual se presenta á su Padre; todo contribuye á hacer de los instantes que siguen á la celebración de la misa, el tiempo más precioso de nuestra vida.

Antes de la misa adoráis al Hijo de Dios en el Cielo y en el Tabernáculo; durante la misa le adoráis sobre el altar y en vuestras manos...; ahora ¿en dónde le adoráis? ¿En dónde está El? *In me manet, et ego in eo.* ¡Hermoso momento aquel en que podéis llevar vuestros labios al costado abierto de Jesucristo, y beber en abundancia de ese manantial de todas las gracias!... ¿No le oís poner á vuestra disposición su omnipotencia y sus infinitas riquezas: *Quid tibi vis faciam?* El está en vos, y no en estado de inacción.

Muchos teólogos y muy graves convienen en que los actos de virtud practicados inmediatamente después de la Comunión tienen un mérito especial, por cuanto proceden de un alma substancialmente unida al Alma del Hijo de Dios. Todo cuanto hacéis entonces por el movimiento de su espíritu, lo hace con vosotros: si adoráis, adora El; y El da gracias, si dáis gracias vosotros... Vuestros actos identificados

con los suyos son, en cierto modo, teándricos como ellos, ó divinamente humanos. Nunca os miró Dios con tanta complacencia.

Porque ¿en qué estado contempla en vos á su Hijo? Le ve anonadado é inmolándose al mismo tiempo por vos y por su Iglesia. Mientras pasan los instantes, quizás sin que vos penséis en ello, los ángeles contemplan en vos inefables maravillas: por la alteración que sufren las especies de pan y vino, Jesús pierde insensiblemente en vos su ser sacramental; sobre vuestro corazón como sobre un altar vivo, se sacrifica actualmente á su Padre adorándole, agradeciéndole, rogándole por vos... ¿Qué podría rehusaros su Padre en tal momento si vos mismo no ponéis obstáculos á los designios de su amor?

PUNTO III

La acción de gracias después de la misa es un deber cuya omisión sería causa de una muy culpable irreverencia

El apóstol San Juan ha dicho del pérfido Judas: *Cum accepisset buccellam, exivit continuo.* ¡Cuánta es pues, la triste semejanza que se dan algunos Sacerdotes cuando, apenas retirados del altar, dejan precipitadamente los ornamentos sacerdotales, prestan oídos á quienquiera que les habla, á excepción sólo de Jesucristo que tiene tantas cosas que decirles y tanto bien que hacerles; y después de recitadas sin atención algunas fórmulas, llevan al adorable huésped al tráfago de los negocios ó de frívolas conversaciones, olvidado en su corazón como un muerto en su sepulcro!

¿En dónde está la fe? ¡Qué ceguedad en un Sacerdote! Antes de que hayáis recibido al Hijo de Dios, invitabais ya á todos los corazones para la acción de gracias: *Sursum corda...* *Gratias agamus Domino Deo nostro...* ¡y faltáis á esta obligación precisamente cuando ella se hace para vosotros imperiosísimo deber!... Hace un instante apenas protestabais hasta

tres veces, con todas las señales de profunda convicción que no merecáis ser la morada de un Dios tan santo: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum*; y tan luego como se os da con una bondad que llena á la Iglesia de admiración, *O res mirabilis...* ¡no pensáis ya en El, nada tenéis que decirle, ni gracia alguna que pedirle!... ¿No teméis cambiar en cólera terrible el amor más generoso, cuando faltáis de un modo tan ofensivo á los miramientos que son debidos á la primera de todas las majestades?

Meditad lo que dijo San Juan Crisóstomo á este propósito: *Audiamus, et sacerdotes et subditi... Durum fortasse videbitur quod sum dicturus; sed necesse est tamen ut, ob plerorumque negligentiam, dicatur. Quando ultimæ cenæ communicavit Judas... cæteris omnibus recumbentibus, ipse se proripiens excessit; illum imitantur et isti qui ante gratiarum actionem discedunt.* Tratar así al Hijo de Dios, prosigue el Santo Doctor, *non mediocrem contemptum habet*; y algunas líneas después añade: *Quid est aliud, quam extremo supplicio sese obnoxium reddere?* (1)

Examinaos seriamente sobre esta obligación; ¿cómo la habéis cumplido hasta ahora? Si vuestra conciencia os reprocha alguna negligencia culpable en esta materia, pedid perdón á Jesucristo antes de celebrar hoy los santos misterios. Haced el buen propósito de consagrar siempre siquiera un cuarto de hora para la acción de gracias después de la misa, y desconfiad de los pretextos con que trata de cubrirse la tibieza, para abreviar un tiempo que ya es demasiado corto: *Nullum certe pietatis sensum habere convincitur, qui non libenter cum Deo manet. Nec valent pretextus negotiorum, vel studii, quibus se tepidi excusant; quod enim gravius et utilius negotium, quam de animæ salute cum Deo tractare? vel quid possunt docere libri, quod non Deus præsens melius doceat?* (2).

(1) Hom. de baptism. Christ.

(2) Bona., c. VI.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La acción de gracias después de la misa es un deber del más justo reconocimiento.* Dios gusta de nuestra gratitud. Jesús se queja cuando se falta á ella respecto de El: «He curado á diez leprosos, uno solo me lo agradece, ¿en dónde están los otros nueve?» Si debemos dar gracias al Señor en todo tiempo y en todo lugar, *semper et ubique*, ¡cuánto más al pie del altar, en el cual acabamos de ejercer tan glorioso ministerio y de recibir un don que excede á todos los dones! *Quién tiene á Jesús lo tiene todo.* Y ¿cómo, por qué motivo se me ha dado? ¡Santos admirables del Antiguo Testamento, vosotros no habéis comulgado nunca, y aun en la nueva ley ¡cuán pocas almas son tan favorecidas como yo á este respecto!

PUNTO SEGUNDO.—*Frutos inapreciables que podemos sacar de la acción de gracias después de la misa.* Jesucristo no está ya únicamente en el Cielo, en el Tabernáculo, sobre el altar; está en vuestro corazón, y no inactivo; con vos y por vos, adora, da gracias y ruega..... Si os unís á El, vuestros actos identificados con los suyos tendrán un valor infinito. Pero además de esto, ¿en qué estado ve Dios á su Hijo en vos? Vuestro corazón es un altar vivo, sobre el cual Jesús se sacrifica actualmente por la alteración que sufren las especies sacramentales..... ¿Puede rehusaros Dios alguna cosa en un momento como ese?

PUNTO TERCERO.—*La acción de gracias después de la misa es un deber que no puede ser omitido sin grave irreverencia.* Apenas hubo comulgado Judas cuando ya se retiró..... Salir de la iglesia sin dar gracias, ¿no es incurrir en horrible semejanza con el primer profanador de la sagrada mesa? Antes de la misa protestabais que nada era más justo que el dar gracias al Señor nuestro Dios: *Vere dignum est.....* ¡y ahora faltáis á este deber cuando es de más estricta obligación! Os confesabais indigno de recibir á Jesucristo: *Domine, non sum dignus*, ¡y cuando lo habéis recibido ya no pensáis en El! ¡Nada tenéis que decirle! ¿No teméis las consecuencias de tan ofensiva falta de miramientos?

MEDITACION LXXXVII

La acción de gracias después de la misa: su práctica

Sería muy de desear que un Sacerdote no tuviese necesidad de prescribirse método ninguno, para emplear bien los preciosos momentos que siguen á la celebración del sacrificio; sino que, confiándose al atractivo de la gracia, ya contemplase en sí mismo al Salvador escuchándole en profundo silencio, ya le hablase bajo la sola inspiración de esta divina presencia. Pero puesto que, aun entonces, sentimos con frecuencia la necesidad de sujetar nuestra imaginación y de dirigir nuestras facultades interiores, vamos á ayudar á aquellos que encuentran tan difícil el entretenerse con Dios precisamente en un momento en que debiera ser imposible distraerse de su divina presencia. Podemos distinguir tres partes en este santo ejercicio, como en el de la oración.

- I. La entrada en la acción de gracias.
- II. Cuerpo de la acción de gracias.
- III. Conclusión de la acción de gracias.

PUNTO I

Se entra en el santo ejercicio de la acción de gracias

Por tres actos que produce una fe viva: la admiración, la adoración y el amor.

1.º Tan pronto como el Sacerdote ha dejado las vestiduras sacerdotales y recitado el cántico prescrito, *Benedicite*, se retira á lugar más apropiado para el recogimiento; y, encerrándose allí con Jesucristo en el Santuario de su corazón impone silencio á todas las criaturas y á sí mismo: *Domínus in templo sancto suo, sileat a facie ejus omnis terra* (1). Así per-

(1) Habac., II, 20.

manece tan largo tiempo como le es posible, en muda admiración, contemplando dentro de sí al Rey del universo. Contiene y suspende todos los movimientos de su alma delante de esta dulce y grande majestad, dejando que la adorable sustancia de Jesús penetre, transforme todas sus potencias y tome posesión de todo su ser, reemplazando por una vida divina la suya humana. Ninguna manera de honrar á Dios tiene más relación con su soberana grandeza y conviene mejor á nuestra nada, que esta momentánea cesación de todo acto, de todo razonamiento, y en cierto modo de toda vida propia en su presencia. Esto es declarar que El está muy por encima no sólo de todas nuestras alabanzas, sino de todos nuestros pensamientos; es hacer el homenaje de todo cuanto somos á su ser infinito; es decirle: *Señor, ¿quién hay semejante á Vos?* (1).

2.º Adorad con María en profunda calma al Verbo que se encarnó en su seno virginal y que habita en vosotros. Humillaos delante de El tanto más cuanto más abatido está. Adorad á ese Dios adorable que desaparece, que se aniquila por vos delante de su Padre. Convocad á todas las potencias de vuestra alma, á todos los sentidos de vuestro cuerpo y decidles: *Venite, adoremus, et procidamus ante Deum*, no de otra suerte que aquel que recibiendo en su casa á un príncipe, llama á sus servidores, allegados y parientes para que le rindan también sus homenajes. Unid vuestras adoraciones á las de los ángeles prosternados en torno de vos en este instante; invitadles á adorarle en vos y con vos: *Adorate eum, omnes Angeli ejus*.

3.º Pero el sentimiento que entonces ha de dominar á todos los demás, es el amor. ¿Qué hariais de vuestro corazón, si no lo entregaseis plenamente á Aquel que emplea tan poderosos atractivos para conseguirlo? ¿Qué bondad, qué ternura, qué olvido de sí mismo, si puede hablarse así, para pensar en vos únicamente!

(1) Ps. XXXIV, 10.

Si habéis puesto el fuego en vuestro seno ¿podrá dejar él de calentaros? En la acción de gracias del buen Sacerdote el amor lo hace todo; es el amor quien admira y adora; él es igualmente quien ha de producir todos los demás actos subsiguientes.

PUNTO II

El cuerpo de la acción de gracias

Consiste en tres actos principales: el agradecimiento, la oración y la ofrenda.

1.º Colmado personalmente de los divinos favores, sois delegado de la Iglesia, para pagar al bienhechor universal el reconocimiento que le es debido. Al subir al altar aceptasteis la misión de dar gracias á Dios por todo el bien que ha hecho al género humano, especialmente á los habitantes de la patria celestial. ¿Qué es lo que no os deben, ¡oh Dios pródigo de Vos mismo! apóstoles y mártires, confesores y virgenes, vos sobre todo, ¡oh Reina de todos los santos! la más privilegiada y la más agraciada de todas las criaturas? ¿Qué daréis al Señor por todo el bien que de El habéis recibido? Me invitáis á glorificarle con vosotros: *Magnificate Dominum mecum*: Yo lo hago; le doy gracias por vosotros y por mí. ¡Oh cuán dulce es para mí el ganarme derechos á vuestro reconocimiento ayudándoos á pagar el vuestro! Gracias á su infinita misericordia me encuentro en la capacidad de pagar vuestra deuda y la mía, por inmensas que ellas sean. Me ha dado á su Hijo, esplendor de su eterna complacencia. Es este Hijo muy amado quien en este instante le alaba y le agradece en mí, en nombre de toda la Iglesia, de la cual El es Cabeza. Iglesia de la tierra, Iglesia del Cielo, alabémosle, bendigámosle juntamente por un don que nos coloca en estado de reconocer dignamente todos sus dones: *Gratias Deo super inenarrabili dono ejus* (1).

(1) II Cor., VII, 15.

2.º Organo del reconocimiento del mundo entero, lo sois también de su oración. Desde que Jesucristo entró en vuestro corazón todo poder ha sido confiado á vuestras manos. Por el crédito ilimitado que tenéis sobre El y por El sobre su Padre, habéis llegado á ser, como si dijéramos, lo mismo que la incomparable Virgen: *Omnipotentia supplex*. Rogad, pues, por vos y por todas las almas, cuya salvación os es querida.

«Dilatad vuestros deseos, os dice Jesús, Yo puedo, Yo quiero satisfacerlos: *Dilata os tuum et implebo illud.*»

Rogad por los pecadores, justos y moribundos.... por todos; pero especialmente por el clero cuya santificación procura á Dios tanta gloria y tanta dicha á toda la humanidad. Podéis servir de la oración del Salvador después de la Cena: *Pater, venit hora; clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te* (1). ¡Palabras admirables en los labios de un Sacerdote que acaba de celebrar.

Pater, gustad por de pronto un nombre tan dulce, sin ningún recelo de deteneros demasiado en él: *Pater!* ¡Sí, Padre mío! porque Vos, Señor, lo sois: lo siento, lo comprendo ahora más que nunca. Deber de un Padre es el alimentar á sus hijos; y ¡qué alimento acabáis de darme! *Pater*, Padre mío, pues Jesucristo es vuestro Hijo y en este momento yo soy una misma persona con El: *El está en mí y yo estoy en El*; su sangre corre por mis venas, su corazón junta sus latidos con los del mío; viéndome, á El le veís. ¿Qué cosa no concederéis á las oraciones de Jesús que son las mías? *Venit hora*; ¡ha llegado la hora, Padre mío! la hora favorable para los designios de vuestro amor... Ha llegado ya, ó de otro modo no llegará jamás la hora de mostraros como sois, el mejor, el más tierno, el más generoso de los padres; de darme todas las luces, todos los socorros, todas las gracias que deseo, ó que debo desear; de prodigármelas, más allá aún de mis deseos y esperanzas; porque

(1) Joan., XVII, 1.

vuestro Hijo que está en mí, que ruega por mí y conmigo, merece infinitamente más de lo que yo puedo pedirlos.

«*Clarifica Filium tuum.* Jesús se ha encargado de cuidar de vuestra gloria; ¡oh Padre mío! cuidad Vos de la suya. Para honraros es, que El se humilló tanto, y que en este momento se aniquila delante de Vos sobre el altar de mi corazón. Dadle, ¡oh Señor! la gloria que El desea. Gloria es de un rico bienhechor el socorrer al indigente; la de un médico es curar; y salvar es la gloria de un Salvador..... Padre Santo, dadle esta gloria. No consentáis que pueda decirse de El que ha venido á visitar á un enfermo sin curarle, á un pobre sin aliviarle en su miseria, y sin santificar y salvar á un pecador arrepentido que se arrojó en sus brazos... *Ut Filius tuus clarificet te.* ¡Oh Padre de Jesús y Padre mío, si me otorgáis este favor Vos mismo seréis glorificado no tanto por mí como por vuestro Hijo en mí. Estará en mi corazón para abrasarme con el incendio de vuestro amor; en mi espíritu para inspirarme santos propósitos; en mis labios para alabaros, para anunciar vuestra palabra... en todo mi ministerio para bendecirlo. Se convertirán los pecadores, reanimaránse los tibios... y redundará en Vos la gloria de todo.»

3.º Ofreced; por de pronto, ofreceos vos á Jesucristo, y luego ofreced Jesucristo á su Padre. El Hijo de Dios se os ha dado, y pide que os entreguéis á El. Haced á tan generoso amigo la entrega incondicional de todo lo que sois, confiándole todos vuestros cuidados para el tiempo y la eternidad, ocupándoos sólo en agradecerle, dejándole operar y vivir en vos, como en una casa en la que todo le pertenece. Tenéis, en la oración *Suscipe, Domine* (1) un modelo acabadísimo de esta ofrenda. Pero como está Jesucristo en vos servíos de El, según su intención, ofreciéndole á su Padre. Os ha sido dado para suplir á todo lo que os falta; con El ¿qué puede faltaros, ni qué podéis temer?

(1) Véase el apéndice.

¿Acaso la insuficiencia de vuestros homenajes que de parte vuestra no valen nada?... Ved, pues, en vos á un Dios que desaparece en presencia de Dios, poniéndose á sus pies, por decirlo así: El le ofrece, y vos le ofrecéis por El, un homenaje tan grande como El mismo. ¿Es tal vez el recuerdo de vuestras faltas, la imperfección de vuestra penitencia, la ausencia de toda virtud lo que os inquieta y alarma? Ofreced á Dios la penitencia que Jesucristo ha hecho por vos, la contrición de su Corazón, la tristeza de su Alma, los dolores de su Cuerpo, pues todo esto os pertenece. Ofreced la santidad de su vida para reparar las manchas de la vuestra; sus virtudes, por vuestros vicios; su dulzura, por vuestras impaciencias; por vuestro orgullo, su humildad... Decidle: «Soy incapaz. ¡oh Dios mío! de honraros por mí mismo: las tinieblas de mi espíritu, los desvaríos de mi imaginación no me permiten tener un pensamiento digno de Vos; pero yo os ofrezco el divino pensamiento de Jesús y las alabanzas que ahora os da El en mí y las que os dará por toda la eternidad. Mi corazón es para con Vos de una insensibilidad que me aflige; pero yo os ofrezco el corazón de vuestro Hijo y todos los ardores de su ardiente caridad. Os amo con este Corazón divino que me habéis dado. No me hagáis pues la pregunta que entristecía al príncipe de vuestros apóstoles: *Diligis me?*, pues os responderé como él, lleno de seguridad: Si, Señor, yo os amo y debéis estar contento de mi amor, transformado en la infinita perfección del Corazón de Jesús que se halla en mí.»

PUNTO III

Conclusión de la acción de gracias

Es el propósito de traducir en obras el mismo día las protestas de reconocimiento y de entrega que se han hecho á Jesucristo. Cuando se ha recibido semejante prueba de amor, hay impaciencia de manifestar el suyo, y sólo se espera la ocasión: *Domine, quid me vis facere?* Se siente voluntad para empren-

derlo y sufrirlo todo por su gloria: trabajos, fatigas, humillaciones, todo linaje de contradicciones..... *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*. Una vida de recogimiento, de celo, de inmolación de sí mismo, debe ser una continuación de la acción de gracias después del divino sacrificio. Determinad en qué particularmente, y en qué circunstancias mostraréis á Dios que no olvidáis el incomparable favor que se ha dignado haceros.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Se comienza el ejercicio de acción de gracias por tres actos.*—1.º Retirado con Jesucristo en vuestro corazón, suspended todos los movimientos de vuestra alma, y quedaos en una muda admiración... No hay otro modo de honrar á Dios que mejor se adapte á su infinita grandeza... Es como decirle: ¿Quién hay, Señor, semejante á Vos? 2.º Adorad en profunda quietud al Verbo Encarnado. Unid vuestras adoraciones á las de María y de los ángeles; invitad á todas las criaturas á adorarle en vos y con vos. 3.º Pero el amor es el sentimiento que debe sobresalir y animar á todos los demás.

PUNTO SEGUNDO.—*El cuerpo de la acción de gracias contiene también tres actos: agradecer, orar, ofrecer.* 1.º Agradeced en nombre de todos los habitantes del Cielo: apóstoles y mártires, confesores... y Vos sobre todo, Reina de todos los santos, qué cosa no le debéis á Dios? Os ayudaré á pagar la deuda que os hicieron contraer sus beneficios... 2.º Pedid: todo poder ha sido puesto en vuestras manos. Dilatad vuestros deseos; orad por todos, pero especialmente por el clero. Haced la conmovedora oración después de la Cena: Padre mío ha llegado la hora; glorificad á vuestro Hijo á fin de que vuestro Hijo os glorifique en mí, conmigo y por mí. 3.º Ofreceos desde luego á Jesucristo: Recibid, Señor, toda mi libertad., cuanto yo tengo y todo lo que soy; pero además haced ofrenda de Jesucristo á su Padre. Os ha sido dado para suplir vuestra indignidad... Ofreced la santidad de su vida para borrar las manchas de la vuestra.

PUNTO TERCERO.—*La conclusión de la acción de gracias, con-*

siste en traducir á las obras las protestas de reconocimiento y de amor que habéis hecho á Jesucristo. Una vida de recogimiento y de inmolación de sí mismo debe ser la constante acción de gracias después de la celebración de los sagrados misterios.

MEDITACIÓN LXXXVIII

LUNES DE LA OCTAVA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.—*Las santas alegrías que procura la Comunión bien hecha*

- I. Es propio de la naturaleza de una buena Comunión el procurar alegrías espirituales.
- II. En qué consisten éstas santas alegrías del alma.

PUNTO I

Es propio de la Comunión producir alegrías espirituales

El Espíritu Santo dice, hablando del maná, que este era apenas la figura de la Eucaristía: *Panem de caelo praestitisti eis... omne delectamentum in se habentem, et omnis saporis suavitatem* (1). «Este Pan celestial, dice San Cipriano, contiene lo mismo que el maná, todos los gustos imaginables, y por una virtud maravillosa, hace sentir á aquellos que le reciben dignamente el placer que ellos desean, y excede en suavidad á todas las otras dulzuras» (2). San Macario asegura que el alma bien dispuesta encuentra en la Comunión alegrías inexplicables que ni el oído oyó, ni el ojo ha visto (3). San Buenaventura hace decir á Jesucristo: «¡Oh alma! ¿No has conocido por

- (1) Sap., XVI, 20.
- (2) Serm. de Cena Dom.
- (3) Hom., IV.

experiencia, al recibirme, que tú gustas la miel con el panal que la contiene, la dulzura de mi divinidad junto con mi Cuerpo y con mi Sangre? Todas las obras de los Padres expresan los mismos sentimientos. Cuanto á la Escritura, ella nos da á entender por los símbolos de que se sirve cuando habla de la Eucaristía, cuán delicioso es este sagrado alimento para los corazones bien dispuestos. Ya es un vino exquisito, ya delicada carne y pan de purísimo trigo. Ella nos presenta la Comunión bajo la imagen de un magnífico festín, tal como el de un rey que celebra las bodas de su hijo. Los intérpretes aplican á la Eucaristía los diversos pasajes de nuestros libros santos en que se ha hablado de vino, de leche y miel y de todo cuanto hay de más agradable en materia de comida y de bebida: *Suavitatem hujus sacramenti, dice Santo Tomás, nullus exprimere sufficit, per quod spiritualis dulcedo in suo fonte gustatur* (1). ¡Oh cómo entienden bien estas palabras de San Jerónimo las almas interiores y desapegadas del mundo: *Hoc solum habemus in presenti sæculo bonum, si vescamur carne Domini* (2)! San Juan Berchmans decía tiernamente á Nuestro Señor: «¡Oh querido Maestro mio! ¿Qué cosa hay fuera de la Divina Comunión, que pueda procurarme en el mundo dulzura y contentamiento?

PUNTO II

En qué consiste los santos placeres que produce la Eucaristía en las almas

La respuesta de Santo Tomás á esta pregunta debe tranquilizar á aquellos que se quejan de no probar ninguna alegría cuando comulgan, por más que se empeñan en hacerlo dignamente. Un objeto, dice él, puede causarnos placer, ó por sí mismo ó por la imagen que de él nos formamos: por sí mismo, cuando actualmente impresiona nuestros sentidos,

(1) Opusc. LVII.
(2) In cap. 3 Ezech.

como cuando lo vemos, ó lo gustamos... por su imagen, cuando el espíritu se ocupa de la idea ventajosa que de él ha concebido. Con efecto, el solo pensamiento de un bien, sobre todo cuando se posee ó se espera, produce en el alma un agradable sentimiento. Así un avaro que tiene encerrado su tesoro en sus cofres, sin verlo, sin tocarlo, siente alegría cuantas veces piensa en él. La Eucaristía es la delicia del alma fiel, ya de una ya de otra de estas dos maneras.

1.º Aunque yo no experimente al comulgar ningún consuelo sensible, ¿no es para mi alma un grande consuelo el saber con certeza que Jesucristo se me entrega y que poseyéndole poseo el soberano bien, la fuente de todos los bienes? Cuando el Hijo de Dios viene á nosotros, decía el P. Alvarez, no deja en el Cielo sus riquezas espirituales, sus gracias, sus favores; viene con las manos llenas de dones y con su Corazón lleno de amor. Pero aun cuando viniera solo, ¿no puede bastar El para mi dicha? ¿No es El mismo el más precioso de todos los tesoros? ¿Puedo acaso ignorar que los gustos y los consuelos sensibles son los frutos menores de la Comunión, y que este buen Maestro priva de ellos con frecuencia á sus más fieles servidores para enseñarles á estimarle más que á sus dones? ¡Ah, cuánta dulzura hay en contentarse con Dios, sin esperar de El ninguna otra dulcedumbre! ¡Si conocierais el bien que os hace Dios cuando se os da, y esto aun cuando os deje sin ningún sentimiento de devoción! Si pudieseis después de haber recibido la Eucaristía, penetrar el sentido de estas palabras del Salvador á sus apóstoles el día mismo de la Cena, cuando acababa de darles la Comunión con su propia mano: *Scitis quid fecerim vobis?* quedaríais más satisfechos sin tener otra alegría, que si tuvieseis todas las alegrías del mundo! Jesús acaba de daros su Cuerpo como alimento y su Sangre como bebida, su vida como rescate, para sostenimiento su divinidad, y su paraíso como herencia... El ilumina vuestro espíritu, aumenta vuestro amor, purifica vuestro Corazón,

mortifica y debilita vuestros sentidos y pasiones, os comunica sus virtudes y os santifica; ¿qué dulzura puede compararse con este exceso de su bondad respecto de vos? (1)» Es preciso convenir con San Francisco de Sales, en qué se muestra por demás avaro aquel á quien no basta Dios.

2.º Pero sucede también que la Comunión difunde en el alma alegrías sensibles, y esto es cuando Jesucristo hace gustar la dulzura de su gracia y la suavidad de la operación por la cual la produce El: entonces, dice San Lorenzo Justiniano, no hay corazón tan duro, que no quede penetrado de los más tiernos sentimientos: El alma embalsamada con celestiales perfumes, se inflama en los santos ardores del amor divino, canta las alabanzas de Aquel que es todo para ella: *Dilectus meus mihi*, y se entrega totalmente á El: *Et ego illi*. Se consagra á su servicio, espera sólo la ocasión de hacer un sacrificio para mostrarle cuánto le ama. Padece un disgusto completo de todas las satisfacciones de la tierra y llega á ser insensible á todas las desgracias de la vida; de modo, que ni le conmueven las injurias, ni le asustan las contradicciones y el abandono de las criaturas. Dos cosas producen en ella este feliz estado: la vista y el amor de Jesucristo: la vista de sus perfecciones y el amor de sus bondades.

Es cierto que estas grandes delicias de la Comunión no se conceden á todos, ni en el mismo grado, á los que la reciben: ¡hay tan pocas almas puras, desprendidas del mundo y de sí mismas, tan poco crucificadas con Jesucristo para saborear todas estas castas delicias! Por lo que mira á la alegría espiritual que produce el conocimiento de los grandes bienes contenidos en este Sacramento, no hay cristiano que no la pueda probar. Basta para esto estimar los bienes de la gracia, desear su salvación, suspirar por el Cielo y acordarse que la Eucaristía es el medio mejor para realizar estos santos deseos.

(1) P. Nouet.—Vida mística de Jesús en el Santísimo Sacramento.

Yo comprendo, Señor, el misericordioso designio que os propusisteis al instituir un sacramento llamado con razón: *Dulcedo dulcedinum, amor amorum*. Quisisteis uniros con el hombre, hacerle semejante á Vos; colmarle de delicias, é inspirarle así el amor perfecto, en el cual consiste la vida santa cuyo principio es este Pan celestial, así como es la prenda de la vida eterna. Oh Jesús, cumplid en nosotros, vuestros ministros, un designio tan digno de vuestro Corazón, y emplead luego nuestro celo para cumplirlo en todos vuestros discípulos. Haced que vuestro amor sea la vida de todos vuestros Sacerdotes. Amaros, ser amado de Vos y no ocuparse más que en ganaros corazones; ¡oh, qué vida más noble y dichosa!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Es propio de la comunión el procurar alegrías espirituales.*—El maná, simple figura de la Eucaristía, se llama en la Escritura *pan celestial en el cual se encuentran todas las delicias santas*. «No hay nadie, dice Santo Tomás, que pueda expresar la suavidad de este sacramento, en el cual se gusta de las dulzuras espirituales como en su fuente.» «Sólo una alegría verdadera tenemos en este mundo, dice San Jerónimo, la de comer la carne del Salvador; y hay un sólo dolor á que debemos mostrarnos sensibles, el de estar privados de ella.»

PUNTO SEGUNDO.—*En qué consisten los placeres santos que la Comunión procura.*—De dos maneras es la Eucaristía la delicia del alma. 1.º Aun cuando yo no experimentara ninguna alegría sensible al comulgar, ¿no es un consuelo inmenso para mí el saber con certeza que poseo á Jesucristo, y que poseyéndole, soy dueño del manantial de todos los bienes? El Salvador viene hacia nosotros con las manos llenas de dones y con su corazón lleno de amor. ¿No sé por ventura que los gustos sensibles son el fruto menor de la comunión? ¡Oh, cuán dulce cosa es el contentarse con Dios, sin esperar de El ninguna otra dulcedumbre! 2.º A veces Jesu-

cristo nos hace gustar la suavidad de la operación por la cual produce en nosotros su gracia, y entonces no hay corazón tan duro, que no quede penetrado de los sentimientos más tiernos. Dejemos que este buen Maestro opere en nosotros según su entender, y abandonémonos á su divino Corazón.

MEDITACIÓN LXXXIX

*Martes de la octava del Santísimo Sacramento.
Disposiciones necesarias para la Mesa Eucarística.*

Prescindiendo de la fe viva, de la humildad, y sobre todo, de la pureza de corazón la más perfecta posible, que son las disposiciones generales y necesarias para la Sagrada Comunión; hay otras dos muy excelentes cuya expresión encontramos en las palabras de la Esposa en el Libro de los Cantares: *Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo* (1). Las especies sacramentales que nos esconden los resplandores de Jesucristo en este misterio son como la sombra de este árbol de la vida cuyo fruto es tan dulce. *Desear* unirnos al Salvador, el cual por su parte desea ardientemente unirse á nosotros: establecernos, ó como dice el texto, *sentarnos* en el recogimiento y en la calma, cuando estamos á punto de contratar con El esta unión, ó acabamos de establecerlas: hé ahí dos disposiciones muy eficaces para alimentarnos, con utilidad y con placer, del Pan de los ángeles.

I. Desear vivamente la Comunión.

II. Recogerse profundamente en el momento de comulgar.

(1) Cant., II, 3.

PUNTO I

Ardiente deseo de comulgar

¿Es muy importante este deseo? ¿Cómo excitarlo en nosotros? A la manera que el hambre corporal indica, por vía ordinaria, que el cuerpo está bueno y que los alimentos le aprovecharán; así el deseo de recibir la Santísima Eucaristía es una excelente preparación para aprovechar en gran manera de ese alimento espiritual. El hombre que hace profesión de vida interior, dice San Agustín, debe tener hambre de ese Pan Celestial, para poderlo comer santamente (1). Es lo que expresa muy bien San Jerónimo comentando aquel versículo del Salmo 80: *Dilata os tuum, et implebo illud*. Dice este santo padre: «¿Queréis recibir el manjar de Dios y alimentaros de Dios mismo? Oid lo que os dice: abrid vuestra boca, y Yo la llenaré..... Abrid la boca de vuestro corazón, y recibiréis en proporción de cuanto la abráis. La medida de las gracias que se os darán, no depende de Mí, sino de vosotros: *Non est in meo potestate, sed in tua est; si volueris, me totum accipies*.» Medita, alma mía, sobre esas palabras: si tú deseas á Jesucristo, si le deseas ardientemente y con todo el ardor de que eres capaz, le recibirás todo entero juntamente con todos los bienes que quiere dispensar.

Igitur accedat nemo cum nausea, nemo resolutus, omnes accensi, omnes ferventes et excitati... Ne torpeamus tanta digni charitate et honore putati. Nonne videtis quanta promptitudine parvuli papillas capiunt, et quanto impetu labia uberibus infigunt? Accedimus cum tanta nos quoque alacritate ad hanc mensam, et ad ubera poculi spiritualis: quinimo cum longe majori trahamus, tamquam infantes, lactentes, spiritus gratiam, et unus sit nobis dolor hac esca privari (2). Nunca es-

(1) *Panis iste famem hominis interioris requirit.* (Trac. XXVI in Joan.)

(2) S. Joan Chrys. *ad pop. Antioch.*

cristo nos hace gustar la suavidad de la operación por la cual produce en nosotros su gracia, y entonces no hay corazón tan duro, que no quede penetrado de los sentimientos más tiernos. Dejemos que este buen Maestro opere en nosotros según su entender, y abandonémonos á su divino Corazón.

MEDITACIÓN LXXXIX

*Martes de la octava del Santísimo Sacramento.
Disposiciones necesarias para la Mesa Eucarística.*

Prescindiendo de la fe viva, de la humildad, y sobre todo, de la pureza de corazón la más perfecta posible, que son las disposiciones generales y necesarias para la Sagrada Comunión; hay otras dos muy excelentes cuya expresión encontramos en las palabras de la Esposa en el Libro de los Cantares: *Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo* (1). Las especies sacramentales que nos esconden los resplandores de Jesucristo en este misterio son como la sombra de este árbol de la vida cuyo fruto es tan dulce. *Desear* unirnos al Salvador, el cual por su parte desea ardentemente unirse á nosotros: establecernos, ó como dice el texto, *sentarnos* en el recogimiento y en la calma, cuando estamos á punto de contratar con El esta unión, ó acabamos de establecerlas: hé ahí dos disposiciones muy eficaces para alimentarnos, con utilidad y con placer, del Pan de los ángeles.

I. Desear vivamente la Comunión.

II. Recogerse profundamente en el momento de comulgar.

(1) Cant., II, 3.

PUNTO I

Ardiente deseo de comulgar

¿Es muy importante este deseo? ¿Cómo excitarlo en nosotros? A la manera que el hambre corporal indica, por vía ordinaria, que el cuerpo está bueno y que los alimentos le aprovecharán; así el deseo de recibir la Santísima Eucaristía es una excelente preparación para aprovechar en gran manera de ese alimento espiritual. El hombre que hace profesión de vida interior, dice San Agustín, debe tener hambre de ese Pan Celestial, para poderlo comer santamente (1). Es lo que expresa muy bien San Jerónimo comentando aquel versículo del Salmo 80: *Dilata os tuum, et implebo illud*. Dice este santo padre: «¿Queréis recibir el manjar de Dios y alimentaros de Dios mismo? Oid lo que os dice: abrid vuestra boca, y Yo la llenaré..... Abrid la boca de vuestro corazón, y recibiréis en proporción de cuanto la abráis. La medida de las gracias que se os darán, no depende de Mí, sino de vosotros: *Non est in meo potestate, sed in tua est; si volueris, me totum accipies*.» Medita, alma mía, sobre esas palabras: si tú deseas á Jesucristo, si le deseas ardentemente y con todo el ardor de que eres capaz, le recibirás todo entero juntamente con todos los bienes que quiere dispensar.

Igitur accedat nemo cum nausea, nemo resolutus, omnes accensi, omnes ferventes et excitati... Ne torpeamus tanta digni charitate et honore putati. Nonne videtis quanta promptitudine parvuli papillas capiunt, et quanto impetu labia uberibus infigunt? Accedimus cum tanta nos quoque alacritate ad hanc mensam, et ad ubera poculi spiritalis: quinimo cum longe majori trahamus, tamquam infantes, lactentes, spiritus gratiam, et unus sit nobis dolor hac esca privari (2). Nunca es-

(1) *Panis iste famem hominis interioris requirit.* (Trac. XXVI in Joan.)

(2) S. Joan Chrys. *ad pop. Antioch.*

tamos mejor dispuestos para recibir las gracias de este sacramento como cuando podemos decir al Salvador: «Mi alma os ha deseado toda la noche; yo me despertaré al rayar el alba, para buscaros con todo mi espíritu y con todo mi corazón» (1). Los primeros cristianos llamaban á la Eucaristía *desiderata*; porque ella era el centro de todos sus deseos.

Dos cosas contribuyen principalmente á excitar en nosotros el deseo de la Comunión; á saber: la reflexión y la mortificación. El deseo es un movimiento del alma, por el cual, conociendo ésta el valor de un bien que no posee, aspira á poseerlo. Por tanto es necesario reflexionar sobre los frutos maravillosos del sacramento de nuestros altares. Una alma que ama la santificación y que conoce la virtud de la Eucaristía tanto en orden á destruir el pecado hasta su raíz, como para elevar á la más sublime perfección, arde naturalmente en deseos de acercarse á ella.

Pero á la oración hace falta añadir el ayuno; es decir, la mortificación de los sentidos: ésta ha de ir unida á la meditación de los bienes infinitos que nos procura la ferviente Comunión. La fruición de los placeres terrenales disminuye las fuerzas del alma, y la hace menos apta para desear los favores del Cielo. Los placeres sobrenaturales poco atractivo tienen para un corazón enteramente ocupado en satisfacciones tan sólo humanas: pero si se le priva de estos goces materiales, como le es imposible vivir sin placeres, entonces él se lanza á buscar los celestes; entonces corre con todas sus fuerzas por el camino que se le abre al enseñarle la dulzura del banquete eucarístico. Los Hebreos debían ceñirse la cintura para comer el cordero pascual; debían mezclar á ese alimento lechugas silvestres y amargas: esto se hizo para enseñarnos, con esos símbolos de mortificación, cuán ventajoso es prepararnos á la Comunión mediante el ejercicio de la penitencia. Dios no promete

(1) *Anima mea desideravit te in nocte, sed et spiritu meo in precordiis meis de mane vigilabo ad te.* (Is., XXVI, 9.)

el maná y su dulzura, más que al vencedor de sí mismo, al hombre que sabe reprimir sus pasiones: *Vincti dabo manna absconditum* (1). La Eucaristía es manantial de inefables delicias: pero ¿para quién? Para los que reinan sobre sí mismos; y no ya para los esclavos de sus inclinaciones sensuales: *Præbebit delicias regibus* (2).

PUNTO II

Recogerse en profunda calma

Si hay algún tiempo en que el alma deba poner atención á lo que hace, es ciertamente cuando se trata de cumplir un acto tan divino. ¿No es cosa deplorable que, aun en esos momentos, nuestro espíritu necesite hacer un esfuerzo para estar atento á sí mismo? Entre las comuniones que se hacen en estado de gracia y con disposiciones, absolutamente hablando, suficientes, Santo Tomás distingue dos clases: es decir, comunión *habitualmente* espiritual; y comunión *actualmente* espiritual. En la primera se toma el Pan eucarístico con el simple hábito de la fe, de la caridad, etc., porque se está distraído: en la otra, se ejercen los actos de dichas virtudes porque se está enteramente aplicado y atento á la gran acción que se cumple. La primera basta para aumentar la gracia santificante, porque se supone que nunca se consiente á tales distracciones: pero en la segunda tiene lugar la verdadera refección espiritual; y, como se expresa el Santo Doctor, se gusta la dulzura del Sacramento y se obtienen todos sus frutos. Jesucristo nos mandó comulgar en el primero de estos dos modos cuando dijo: «Tomad y comed; este es mi cuerpo.» y parece recomendarnos el segundo modo al decir: «Haced esto en mi memoria;» puesto que esto equivale á decirnos: pensad en Mí, creed; esperad en Mí,

(1) Apoc., II, 17.

(2) Gen., XLIX, 20.

amadme. Este postrer modo de recibir la Comunión, es decir con atención respetuosa, y haciendo todos aquellos actos interiores que la bondad y grandeza del Hijo de Dios nos debe inspirar, es el único modo de comulgar, verdaderamente digno de El y de nosotros. De esto nos hablan los doctores de la Iglesia cuando nos exortan á que adoremos á Jesucristo que se da todo á nosotros, cuando nos dicen que nos humillemos en su presencia, que nos entretengamos con El, que le pidamos todas las gracias necesarias, porque en esto consiste esta manducación espiritual que siempre debe ir unida á la manducación sacramental. «Cuando el Salvador entra en una alma bien dispuesta, dice San Juan Crisóstomo, derrama en ella los rayos de su luz y la llena de su santa unción. La solicita á que le ame, que le abraze, que se complazca en El; y por la fiel correspondencia á la gracia el alma se une á El de espíritu y de corazón, y progresa rápidamente en la virtud.»

Pongamos el mayor cuidado para apartarnos, en tan dulces momentos, de todas las cosas del mundo, y estar únicamente con Jesucristo. Imitemos á Abraham que para ofrecer el sacrificio, dejó todo su séquito al pie de la montaña; imitemos á Moisés, que subió él solo al Sinaí, mandando á todo el pueblo que le esperase abajo: *Ingemisce et dole quod adhuc ita carnalis sis...., tam immortificatus a passionibus...., tam cito distractus, tam raro tibi plene collectus* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Ardiente deseo de comulgar: nada hay que tanto nos disponga á comulgar santamente.*—¿Queréis, dice San Jerónimo, comer con fruto el Cuerpo del Señor? Escuchad lo que Él mismo os dice: «abrid vuestra boca, y yo la llenaré.» Abrid la boca de vuestro corazón; cuanto más la abráis, más recibiréis. La medida de las gracias que Dios nos da es, por vía ordinaria, nuestro deseo. *Esurientes implevit bonis.* Dos cosas

(1) Imit., l. IV, c. VII.

hay que excitan en nosotros estos santos deseos: la reflexión, que nos ilumina sobre el valor inestimable de una buena comunión, y la mortificación: el goce de los placeres terrenales inhabilita el alma para gozar de los placeres celestes. Para saborear este maná escondido, es necesario ser vencedor de sí mismo.

PUNTO SEGUNDO.—*Recogimiento y calma profunda, en los momentos que preceden y siguen á la Comunión.*—Es especialmente en esos momentos que una alma debe estar sobre sí misma, y prestar atención á lo que ella hace. Dejemos que la fe hable en nosotros: adoraremos á Jesucristo que se da todo á nosotros; nos humillaremos en su presencia, le hablaremos de nuestras miserias, le pediremos las gracias que necesitamos, y no pondremos límites á nuestra confianza... porque en esto consiste la manducación espiritual que debemos unir á la manducación sacramental.

MEDITACIÓN XC

MIÉRCOLES DE LA OCTAVA

Visitas al Santísimo Sacramento

- I. El buen Sacerdote es constante en visitar á Jesucristo en su Santuario.
- II. Cómo emplea el precioso tiempo de estas visitas.

PUNTO I

El buen Sacerdote desea ardientemente visitar á Nuestro Señor en el santuario

¿Qué ocupación podría parecerle más razonable, más suave ó útil? 1.º Una reflexión muy sencilla persuade la conveniencia de nuestro empeño en visitar á Jesucristo en el Sacramento de su amor. Supongo yo que un monarca, sólo para honrarme, protegerme y mostrar el afecto que tiene por mí, viene á establecer su morada en el lugar en que habito, á fin de que pueda presentarme ante El y recurrir á su bondad con tanta frecuencia como yo

quiera, ¿me mostraría insensible á esa benevolencia? ¿A nada me obligaría ella? ¿Cómo debería ser juzgada mi conducta respecto de El, si yo descuidase el ir á verle y aprovecharme de tan generosa abnegación? Lo que no hizo jamás rey alguno por el súbdito más querido, lo ha hecho Jesucristo por nosotros. ¿Qué se propuso al fijar su residencia en medio de los hombres? Si hubiese querido únicamente servirles de víctima inmolándose por ellos, y entregárseles como alimento, le habría bastado el presentarse bajo las sagradas especies en el momento del sacrificio y de la comunión. Ha querido, al quedarse constantemente junto á nosotros, hallarse siempre á nuestro alcance y prestarnos á cada instante los buenos oficios de la más tierna y de la más conmovedora amistad... ¡Y le dejaremos nosotros abandonado en nuestras iglesias! ¡Y aun sus ministros no irán con frecuencia á ofrecerle sus homenajes y recoger sus beneficios! Asombrémonos de la conducta de los judíos, que ni le conocieron, ni le amaron, con todo de haber pasado sembrando el bien en medio de ellos y multiplicando los milagros; pero confesemos que la indiferencia de parte nuestra manifiesta una ceguera no menos ofensiva para su adorable Corazón. ¡Oh Sacerdote, id á visitarle, en vuestro nombre y en nombre de las almas que El mismo os ha confiado! ¿Hay acaso una ocupación más justa y conveniente para vos? ¿Existe alguna que pueda seros más agradable?

2.º ¿Quién es el buen hijo que no guste de ir junto á su padre y no se alegre de estar con él? ¿No es por ventura la mayor alegría de un amigo el conversar con un amigo fiel? ¡Ah! ¿Cómo debemos felicitarnos de tener á nuestro Salvador tan cerca de nosotros en el lugar de nuestro destierro de poder confiarle nuestras penas y verter nuestras lágrimas en su seno!... Refiere la Escritura, como insigne favor concedido á José, que la sabiduría bajó con él á su prisión, y que no le abandonó en sus cadenas(1). ¿Pero

(1) *Descendit cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum.* (Sap. X, 13).

no es un favor incomparablemente mayor, que el Verbo, hecho Hombre, la sabiduría encarnada esté con nosotros en la prisión de esta vida amarga, y que allí se quede todo el tiempo que dure nuestro cautiverio? El Sacerdote bueno no busca en otra parte sus consuelos; una visita al Santísimo Sacramento le restablece de sus fatigas, disipa sus hastíos y reanima sus esperanzas. ¡Oh! cuántas veces ha entrado en su iglesia con el corazón lleno de amargura y ha salido de ella inundado de alegría y fortaleza? David ¿expresó mi habitual disposición cuando dijo: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini?* (1).

3.º Pero hay que añadir el motivo de un interés inmenso al atractivo y á la conveniencia. Guiado por la fe, nunca se llega á visitar al Santísimo Sacramento en su tabernáculo, sin recibir de El alguna preciosa bendición. «No está El de día y de noche en nuestros santuarios para no decirnos ni darnos nada» (2). Allí están sus tesoros siempre abiertos para enriquecer á los que vienen á mostrarle sus miserias.... ¿Acaso Jesucristo no es en la Eucaristía lo que era durante su vida mortal, el amigo de los pecadores, el consolador de los afligidos, el Salvador de las almas? Aún opera allí los prodigios de poder y de bondad que hacía en la Judea, curando á los enfermos, alumbrando á los ciegos, resuscitando á los muertos.... Se complace en que sus ministros vayan á disponer con El las empresas de su celo, á pedirle consejo y á tomar de su corazón el fuego sagrado que deben encender en el de sus hermanos.

Ha sido notable esta devoción en todos los Sacerdotes de quienes se sirvió Dios para las grandes obras de su misericordia; baste recordar á San Vicente Ferrer, á San Antonio de Padua, á San Francisco Javier, á San Vicente de Paúl, á M. Olier y á tantos otros. El Apóstol de las Indias pasaba con frecuencia noches enteras delante de la Divina Eu-

(1) Ps. LXXXIII.

(2) P., Berthier., Réfl. t. II, p. 256.

caristía. San Vicente de Paúl no dejó jamás de saludar al Santísimo Sacramento cuantas veces salía, y de ir á darle cuenta á Jesucristo de lo que había hecho por su gloria, á su regreso. Decía M. Olier: «Un Sacerdote que sea constante en honrar al Salvador en este misterio y en rogarle por los pecadores, tarde ó temprano alcanzará la conversión de ellos. Es del todo imposible que, permaneciendo así delante del Santo de los santos y orándole, no participe de los sentimientos, del fervor y de la eficacia de Nuestro Señor, para mover, ilustrar y convertir á los pueblos.... Yo agonizo de dolor viendo que Jesucristo no es honrado en el Santísimo Sacramento ni por los Sacerdotes ni por los pueblos.»

En el siglo quinto, algunos piadosos cenobitas se dedicaron á formar una guardia de honor perpetua al Divino Rey. Divididos en varias tribus, como en otro tiempo los hijos de Israel, cantaban en el templo del Señor una salmodia que no se interrumpía jamás. Bendigamos á la Providencia porque ha suscitado en nuestros días comunidades religiosas cuya vocación es también el rendir continuos homenajes al Dios de nuestros santuarios. Hay más: este celo no se encuentra encerrado sólo en los claustros; hay seglares fervorosos que dan hermosísimos ejemplos: en muchas de nuestras ciudades se les ve adorar al Santísimo Sacramento á toda hora, tanto de día como de noche.... Sin embargo de tan loable emulación, ¿cuántos motivos tenemos aún para gemir, por el olvido casi universal en que se deja, á tan admirable y conmovedor misterio! Reconozcámoslo: «Hay millares de asociados en la obra de la Adoración Perpetua, y millones de corazones insensibles á la presencia del Hijo de Dios que vive en medio de nosotros (1).»

(1) P. Berthier, Refl., T. II.—Consignemos aquí dos observaciones del P. Saint Jure. 1.º No es siempre en el momento de la visita, ni inmediatamente después cuando cosechamos sus frutos, sino más tarde; cuando p. ej. superáis una tentación, cuando practicáis una obra buena; la gracia que necesitabais para alcanzar esa victoria y hacer aquel bien, os

PUNTO II

Lo que hace el buen Sacerdote en sus visitas al Santísimo Sacramento

Dice San Agustín que su madre iba diariamente dos veces á la iglesia para oír allí los discursos del Señor; y para que el Señor oyese sus peticiones. Escuchar á Jesucristo y hablarle; hé ahí lo que hará que sean nuestras visitas consoladoras al par que saludables.

1.º No escuchamos bastante á Nuestro Señor, sobre todo cuando le recibimos en la Comunión y cuando vamos á visitarle. Convendría, después de penetrarnos del sentimiento de su presencia por un acto de fe, quedarnos en profundo silencio. Silencio de admiración: ¿En dónde estoy yo? ¿en dónde estáis Vos, oh Dios mío? ¿Quién sois Vos y quién soy yo? Silencio de atención: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus* (1). Oigamos lo que El nos inspira, lo que espera de nosotros, lo que nos reprocha y lo que aprueba en nuestra conducta... Habla ordinariamente de una manera más luminosa después de la Comunión; pero habla también á las almas interiores en las visitas que le hacen; y tenemos una muestra casi infalible de su palabra, cuando nos comunica el gusto de su amor, el deseo de sufrir y de

será dada como resultado de esta visita. Hay que decir lo mismo de la Sagrada Comunión. 2.º Aun cuando al encontraros delante del Santísimo Sacramento no hiciérais ningún acto interior á causa de vuestra aridez, aunque sólo hiciérais el acto de presentaros á Jesucristo llevándole vuestro cuerpo con toda la buena voluntad de que sois capaz, esto basta ya para que no creáis perder vuestro tiempo, toda vez que esta será siempre una protesta actual de vuestra fe, un signo de vuestro respeto y prenda de vuestro amor; porque si no creyerais en la presencia real, si no tuvieseis intención de honrar al Salvador, si no le amaseis, es indudable que no vendríaís á ponerlos á sus pies, ya que no queda otro motivo para que lo hagáis.

(1) Ps. LXXXIV, 9.

trabajar mucho por El. ¡Oh Jesús! ¿qué cosas no habéis dicho á todos los santos predicadores de vuestra ley, á todos vuestros ministros fieles, cuando se han presentado á los pies de vuestro altar? Cuando estamos en la soledad del Santuario, os complacéis en hacernos oír esta palabra que penetra y que resuena en el fondo del corazón: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus* (1).

2.º Pero si quiere el Salvador que se le escuche, quiere también que se le hable. ¿Acaso no tenemos homenajes que tributarle ó súplicas que hacerle? Honremos su infinita grandeza reconociendo delante de El nuestra nada; su dominio soberano, ofreciéndole todo lo que hemos recibido de El; su santidad, avergonzándonos de vuestras manchas; su poder y su bondad, por la confianza que anima vuestras oraciones. Tenemos libros que contienen las fórmulas de coloquios con Jesucristo presente en este misterio; pero cuando nos domina el espíritu de fe, los sentimientos se multiplican sin arte y sin estudio, las aspiraciones brotan del corazón como las chispas de la hoguera: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum* (2); y entonces ¿qué cosa hay que no se pueda pedir á Jesucristo, para uno mismo, para sus hermanos, para la Iglesia?... ¡Con cuánta sencillez se le descubre sus miserias, se le expone sus penas, se le consulta en sus dificultades y dudas! «Jesús enseña en la Eucaristía sin el aparato y el sonido de palabras, procede con aquel que le escucha como el amigo que conversa con su amigo! Avivemos nuestra fe; presentémonos con frecuencia ante el tabernáculo de la nueva Alianza, y probaremos muy pronto que este ejercicio no sólo es uno de los más santos, sino uno de los más dulces, de los más consoladores é interesantes de la religión» (3).

(1) Os., II, 14.

(2) Ps. LXXXIII, 2.

(3) Berthier, t. V, p. 271.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El buen Sacerdote es constante en visitar al Santísimo Sacramento.*—No hay ocupación más razonable, más útil y suave. Comparación de un monarca, que para darme pruebas de su amor, llega á fijar su morada junto á mí. Si el Salvador sólo se hubiese propuesto el sacrificio y la comunión, habría bastado que estuviera presente bajo las santas especies en el momento de cumplirse estos grandes actos; pero El quiere algo más! ¿Y le dejamos en abandono? ¿Quién es el buen hijo que no guste de estar junto á su padre? Busquemos allí nuestros consuelos. ¡Oh Señor Dios de los ejércitos, cuán amable es vuestra morada! Allá nos reclaman igualmente nuestros intereses; podemos sacar inapreciables frutos de una sola de vuestras visitas.

PUNTO SEGUNDO.—*¿Qué hace el buen Sacerdote en sus visitas al Santísimo Sacramento?*—Adora, escucha y habla. Permanece en profunda calma, y presta luego el oído de su corazón á las inspiraciones de su adorable huésped. ¡Oh Jesús! ¿qué cosas no decís todos los días á las almas que se recogen silenciosas al pie de vuestro altar? Pero el Salvador quiere también que se le hable; ¿no tenemos, pues, ni homenajes que tributarle, ni peticiones que hacerle? Hagámosle presentes nuestras penas, consultémosle en nuestras dificultades y dudas. Siempre hicieron esto los Sacerdotes santos. Recuérdese, si no, á un San Vicente Ferrer, San Francisco de Borja, San Francisco Javier, San Antonio de Padua, San Vicente de Paúl, M. Olier.....

MEDITACIÓN XCI

Aplicaciones de los sentidos al misterio de la Eucaristía (1).

PRIMER PRELUDIO.—Si no hago este ejercicio en un santuario en que Jesucristo reside, me trasladaré con el pensamiento á la presencia del Santísimo Sa-

(1) Este ejercicio, cuyo método hemos expuesto al principio del primer volumen, Introd., pág. XXV puede ser prac-

trabajar mucho por El. ¡Oh Jesús! ¿qué cosas no habéis dicho á todos los santos predicadores de vuestra ley, á todos vuestros ministros fieles, cuando se han presentado á los pies de vuestro altar? Cuando estamos en la soledad del Santuario, os complacéis en hacernos oír esta palabra que penetra y que resuena en el fondo del corazón: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus* (1).

2.º Pero si quiere el Salvador que se le escuche, quiere también que se le hable. ¿Acaso no tenemos homenajes que tributarle ó súplicas que hacerle? Honremos su infinita grandeza reconociendo delante de El nuestra nada; su dominio soberano, ofreciéndole todo lo que hemos recibido de El; su santidad, avergonzándonos de vuestras manchas; su poder y su bondad, por la confianza que anima vuestras oraciones. Tenemos libros que contienen las fórmulas de coloquios con Jesucristo presente en este misterio; pero cuando nos domina el espíritu de fe, los sentimientos se multiplican sin arte y sin estudio, las aspiraciones brotan del corazón como las chispas de la hoguera: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum* (2); y entonces ¿qué cosa hay que no se pueda pedir á Jesucristo, para uno mismo, para sus hermanos, para la Iglesia?... ¡Con cuánta sencillez se le descubre sus miserias, se le expone sus penas, se le consulta en sus dificultades y dudas! «Jesús enseña en la Eucaristía sin el aparato y el sonido de palabras, procede con aquel que le escucha como el amigo que conversa con su amigo! Avivemos nuestra fe; presentémonos con frecuencia ante el tabernáculo de la nueva Alianza, y probaremos muy pronto que este ejercicio no sólo es uno de los más santos, sino uno de los más dulces, de los más consoladores é interesantes de la religión» (3).

(1) Os., II, 14.

(2) Ps. LXXXIII, 2.

(3) Berthier, t. V, p. 271.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El buen Sacerdote es constante en visitar al Santísimo Sacramento.*—No hay ocupación más razonable, más útil y suave. Comparación de un monarca, que para darme pruebas de su amor, llega á fijar su morada junto á mí. Si el Salvador sólo se hubiese propuesto el sacrificio y la comunión, habría bastado que estuviera presente bajo las santas especies en el momento de cumplirse estos grandes actos; pero El quiere algo más! ¿Y le dejamos en abandono? ¿Quién es el buen hijo que no guste de estar junto á su padre? Busquemos allí nuestros consuelos. ¡Oh Señor Dios de los ejércitos, cuán amable es vuestra morada! Allá nos reclaman igualmente nuestros intereses; podemos sacar inapreciables frutos de una sola de vuestras visitas.

PUNTO SEGUNDO.—*¿Qué hace el buen Sacerdote en sus visitas al Santísimo Sacramento?*—Adora, escucha y habla. Permanece en profunda calma, y presta luego el oído de su corazón á las inspiraciones de su adorable huésped. ¡Oh Jesús! ¿qué cosas no decís todos los días á las almas que se recogen silenciosas al pie de vuestro altar? Pero el Salvador quiere también que se le hable; ¿no tenemos, pues, ni homenajes que tributarle, ni peticiones que hacerle? Hagámosle presentes nuestras penas, consultémosle en nuestras dificultades y dudas. Siempre hicieron esto los Sacerdotes santos. Recuérdese, si no, á un San Vicente Ferrer, San Francisco de Borja, San Francisco Javier, San Antonio de Padua, San Vicente de Paúl, M. Olier.....

MEDITACIÓN XCI

Aplicaciones de los sentidos al misterio de la Eucaristía (1).

PRIMER PRELUDIO.—Si no hago este ejercicio en un santuario en que Jesucristo reside, me trasladaré con el pensamiento á la presencia del Santísimo Sa-

(1) Este ejercicio, cuyo método hemos expuesto al principio del primer volumen, Introd., pág. XXV puede ser prac-

cramento expuesto solemnemente; si lo hago después de la celebración de la Santa Misa, será mi alma el santuario en que me encerraré.

SEGUNDO PRELUDIO—Iluminadme, Señor, tened misericordia de mi ceguedad. Que vuestro Verbo, luz eterna, bajado á la tierra para alumbrar á todo hombre que viene á este mundo disipe las tinieblas de mi alma para que yo le conozca, tal como la fe me lo muestra en el sacramento de nuestros altares: *Illuminet vultum suum super nos, et misereatur nostri* (1).

PUNTO I

Aplicación de la vista

Mirad la Humanidad santa de Jesucristo. Jamás hubo un hombre que tuviese tanta belleza aun exterior: *Speciosus forma præ filiis hominum* (2). Todo en El es divino: el porte, las maneras, el proceder.... Viéndole las turbas en el desierto olvidaban hasta la necesidad de alimentarse. Consideradle en los distintos estados de su vida, pero sobre todo en su Pasión y en su Resurrección, á fin de excitaros al reconocimiento y al amor. Ved su cabeza antes coronada de espinas y coronada hoy día de gloria.... Sus pies y sus manos atravesados en otro tiempo de clavos, y brillantes ahora como los astros.... Pasad de su Cuerpo á su Alma; contemplad todas sus potencias; su memoria, ocupada sin cesar en los intereses de Dios y en los vuestros, en la gloria de su Padre y en la salvación de los hombres.... En su entendimiento, ¡qué tesoro de ciencia y de sabiduría! *In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi* (3). En su voluntad, ¡qué nobles inclinaciones! ¡qué tierna compasión por nuestras miserias!... Habéis visto ya

ticado muy útilmente después de la comunión ó en la visita al Santísimo Sacramento.

- (1) Ps., LXVI.
- (2) Ps., XLIV, 3.
- (3) Col., II, 3.

al hombre: ved ahora á Dios. Considerad á ese Verbo engendrado eternamente en los esplendores de los santos, infinitamente sabio, poderoso, bueno.... unido personalmente á la naturaleza humana.... Hé ahí al que está escondido bajo tan débiles apariencias; creed firmemente en él. Ved al Huésped, cuya morada sois vos mismo, cuando habéis comulgado; sólo viene á vos, para colmaros de sus favores. Admirad, adorad, alabad, agradeced: *Adoro te supplex*, etc.

PUNTO II

Aplicación del oído

Oid al Padre Eterno que os dice como á los discípulos del Tabor: *Hic est Filius meus dilectus; ipsum audite* (1). Sí, escuchadle. Rogad al Espíritu Santo que os conceda la gracia de comprender bien lo que va á enseñaros. Colocaos á sus pies con María Magdalena, y estad atento á cada una de sus palabras; porque acostumbra anunciaros su Evangelio en este misterio. ¡Oh! ¡cuán elocuentemente predica el desprecio del mundo, la estima de Dios sólo, la abnegación de sí mismo, la obediencia, la paciencia, la vida interior!... ¡Qué admirables secretos descubre en él á los Sacerdotes recogidos y fervorosos! ¡Cuántos reproches llenos de ternura á los Sacerdotes flojos, inmortificados, disipadores de su tiempo, sin compasión para las almas, sin reconocimiento para con El! Si merecéis estos reproches, humillaos y prometedle ser más fiel. Decidle con los deseos de vuestro corazón lo que vuestros labios repiten todos los días: *Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis*: Vuestras palabras, Señor, serán las reglas de todos mis juicios, la antorcha que dirija todos mis pasos; sólo seguiré vuestras máximas.

- (1) Luc., IX, 35.

PUNTO III

Aplicación del olfato

El nombre de Cristo que unimos al de Jesús, nos trae la idea del bálsamo y del perfume. San Lorenzo Justiniano llama á la Eucaristía, el santuario que contiene todos los más preciosos olores aromáticos: *Cellarium continens omnium aromatum pretiositatem et virtutem*. Estos aromas, de los que se habla tan á menudo en el libro de los Cantares, son los atractivos de las virtudes de Nuestro Señor: ejercitan ellas una influencia poderosa sobre las almas, para alejarlas de la corrupción del mundo, y hacerlas avanzar en seguimiento suyo por el camino de los mandamientos y de los consejos: *Trahe me post te; curremus in odorem unguentorum tuorum* (1). Representaos á Dios Padre que os dice como Isaac á Jacob: «El olor de mi Hijo es semejante al de un campo cubierto de flores y frutos» (2). Estas flores y estos frutos son la imagen de las virtudes ejemplares que Jesús practica en el Santísimo Sacramento: esa inalterable dulzura, esa caridad, ese desprendimiento, ese estado de víctima, á que se ha reducido para honrar á su Padre, moverle y alcanzarnos las gracias que necesitamos. Pensad en la alegría que recibe la Santísima Trinidad de este perpetuo sacrificio que embalsama el cielo y la tierra: *Odoratus est Dominus odorem suavitatis* (3). Acordaos de que, si los Sacerdotes que están más cerca de Jesucristo y que tienen con El más íntimas relaciones, respiran el buen olor de sus virtudes más que los simples fieles, también están más obligados á difundirlo en torno suyo; y no olvidéis jamás la recomendación que se os hizo el día de vuestra consagración al sacerdocio: *Sit odor vitæ vestræ delectamentum Ecclesie Chris-*

(1) Cant., I, 3.

(2) *Ecce odor filii mei, sicut odor agri pleni.* (Gen., XXVII, 27).

(3) Gen., VIII, 21,

ti (1). Pensad en fin que pasa con el buen ejemplo lo mismo que con el incienso, cuyo perfume no se difunde sino en tanto que el fuego lo consume; así nuestras edificantes virtudes ante los hombres, tienen todo su mérito delante de Dios de la caridad que les anima y que nos sacrifica á los intereses de su gloria.

PUNTO IV

Aplicación del gusto

Es de todos los sentidos, el que se aplica más naturalmente en la Eucaristía. Todo tiene relación con el gusto en este misterio: las figuras que le representan, los nombres que se le da, los símbolos bajo los cuales se oculta Jesús, las invitaciones que nos dirige para que nos acerquemos á El. Cuando nos llama á este Sacramento, nos convida á un festín: «Tomad, comed mi Cuerpo, bebed mi Sangre. Venid, amigos míos, bebed este Vino que causa en el alma una santa embriaguez, un sueño dulcísimo y amable reposo.» Según el lenguaje de la Iglesia la Eucaristía es un Pan celestial que contiene todas las delicias verdaderas: *Omne delectamentum in se habentem*. Pero así como el alimento, si ha de ser bien saboreado, necesita ser comido con cierta lentitud; cuanto con más detención meditéis la condescendencia, la ternura, la belleza, todas las cualidades de Jesús en la Eucaristía, más deliciosamente la gustaréis. Si vuestra alma se conmueve y se inflama por estas consideraciones, experimentaréis un placer celestial, que os inspirará el desprecio de todas las alegrías mundanas y carnales: *Gustato spiritu*, dice San Bernardo, *neesse est carnem despiciere*. Diréis entonces con el santo Job: «¿Cómo es posible probar manjares insípidos, comer lo que da la muerte, después de haber tomado el alimento que comunica la vida

(1) Pontif.

EL SACERDOTE, V.

más dichosa» (1)? Haced al Salvador esta hermosa oración de San Agustín: *Obsecro, Domine Jesu, omnia mihi amarescant, et tu solus dulcis appareas, quia tu es dulcedo inestimabilis, per quam omnia dulcorantur.*

PUNTO V

Aplicación del tacto

Apenas el fuego toca la leña, la calienta, la inflama y la convierte en fuego; las hierbas, el bálsamo, los licores medicinales curan las llagas por el contacto. ¿Buscáis el remedio para las enfermedades de vuestra alma? Aplicadles el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. En el decurso de su vida mortal salía de El una virtud secreta y devolvía la salud á los enfermos (2); hoy pasa todavía lo mismo en la Eucaristía. San Juan Crisóstomo, hablando de la Comunión con ocasión de aquella mujer que padecía flujo de sangre, dice: «Toquemos también esa fimbria del manto de Jesús, ó más bien toquémosle á El mismo..... Acerquémonos á El con fe viva y con firme esperanza, pues si aquellos que tocaron su vestidura recibieron perfecta curación, ¿cómo no seremos curados cuando le poseemos á El mismo?...» Unid, pues, no sólo vuestros sentidos á los sentidos del Salvador, sino vuestra alma á la suya. Unid al suyo vuestro entendimiento para libertaros de vuestra ceguedad, á su voluntad la vuestra para sólo querer con El lo que Dios quiere! Aplicad todo vuestro sér á su divinidad por la fe, la confianza y el amor. Allí encontraréis vuestro centro, el lugar de vuestro reposo, y el gusto anticipado de las delicias celestiales.

Al terminar esta octava formad como un ramillete

(1) *Numquid... poterit comedi insulsum, quod non est sale conditum? aut potest aliquis gustare quod gustatum affert mortem?* (VI, 6).

(2) Luc., VI, 19.

espiritual de todas las resoluciones que habéis tomado en honor del Santísimo Sacramento. ¡Ah, este misterio nos causará alegría ó espanto cuando comparezcamos ante el tribunal de Dios! ¡No se trata de alejarnos de El; no lo podemos, pues sería alejarnos de la vida; el empeño es tratarlo en adelante con la religiosidad que merece. Dirijamos á Nuestro Señor estas conmovedoras palabras de San Anselmo: *En igitur, misericordissime Jesu, fateor immensæ bonitatis tuæ me esse nimis audacem peccatorem, ac plurima quæ tibi displicent quotidie facientem, et tamen altaris tui servitium quotidie facere præsumentem, non enim possum de tua misericordia desperare... Fateor, ah! fateor, peccator sum, immundus sum, indignus sum; et tamen non recedo a te, dulcissime Jesu! non dimitto te; sed quotidie, etsi infirma et trepida manu, tenebo te. Non recedas a me, donec ab omni contagione peccati absolvas me; et sic corporis et sanguinis tui mysteria participantem, tuæque voluntati jugiter inhaerentem, et præcepta tua assidue facientem me perducas ad veram salutem, videlicet ad te verum sacerdotem; ubi cum beatis sacerdotibus tuis ego quoque, tunc non amplius peccator, sed dignus sacerdos et minister tuus, te glorificabo per æterna sæcula. Amen* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Aplicación de la vista.*—Mirad á la santa Humanidad de Jesucristo. Está allí en su estado glorioso: belleza del Cuerpo, belleza del Alma.... Visteis al hombre, ved ahora á Dios. ¡Qué majestad, qué grandeza, qué poder escondido bajo tan comunes apariencias!

PUNTO SEGUNDO.—*Aplicación del oído.*—Oid al Eterno Padre que os dice: *Este es mi Hijo muy amado, escuchadle.* ¡Oh con cuánta elocuencia predica en este misterio el desprecio del mundo, la estima de Dios únicamente, la abnegación, la obediencia! ¡Qué admirables secretos descubre en él á las almas puras é interiores!

(1) *Scut. fid.*, t. VI, p. 245.

PUNTO TERCERO.—*Aplicación del olfato.*—El nombre de Cristo que unimos al de Jesús, despierta en nosotros el recuerdo y la idea del bálsamo y del perfume; ¿qué perfume difunden en este sacramento, y cuánto embeleso ejercen en las almas la dulzura, la paciencia, la caridad del Hijo de Dios! Una persona que comulga con frecuencia y santamente, ¿puede dejar de difundir en torno suyo el buen olor de Jesucristo?

PUNTO CUARTO.—*Aplicación del gusto.* Todo en este misterio tiene relación con este sentido. Es la Eucaristía un pan celestial que encierra todas las dulzuras. Cuando uno se alimenta con él como conviene, no tarda en disgustarse de todas las alegrías mundanas y carnales.

PUNTO QUINTO.—*Aplicación del tacto.*—Tan pronto como el fuego toca la madera, la calienta y la inflama; así la Eucaristía, con el alma que la recibe santamente. Si los enfermos por haber tocado el vestido del Salvador recibieron una curación perfecta, ¿cómo no hemos de ser curados cuando le poseemos á El mismo en nosotros?

MEDITACIÓN XCII

La Fiesta del Sagrado Corazón.—El Corazón de Jesucristo hablando al corazón de los Sacerdotes

- I. El se queja.
- II. El pide.
- III. El promete.

PRIMER PRELUDIO.—Representarse al Salvador apareciéndose á cada uno de sus ministros, como á la bienaventurada Margarita María, dirigiéndole las mismas palabras: «He aquí este Corazón que ha amado tanto á los hombres y que es tan poco amado de ellos. Pero lo que es más sensible aún para mí, es, el encontrar ingratos hasta entre aquellos que me están consagrados.... Tú no puedes mostrarme amor más grande, que haciendo lo que tantas veces te he pedido ya. Yo te prometo que mi Corazón se dilatará

para derramar con abundancia sus bendiciones sobre aquellos que le honren y que empleen su celo en hacerle honrar» (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Pedir la gracia de comprender bien los deseos del Corazón de Jesús y de conformarse fielmente con ellos.

PUNTO I

Las quejas del adorable Corazón de Jesús

Las dirige á todos sus ministros.

1.º «Ved este corazón» Jesús lo presenta; es el suyo propio. Es la obra maestra del Espíritu Santo: *In ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter* (2). Es el órgano de los más nobles, de los más sublimes y puros afectos. Es el corazón del mejor de los señores, del más tierno de los padres, del más sincero de todos los amigos. ¡Oh! cómo fué paciente su bondad con los apóstoles, y consoladora con la viuda de Naim y con las hermanas de Lázaro! ¡El es constantemente el mismo, siempre dispuesto y pronto para conmovirse en presencia del sufrimiento! ¡Oh alma mía, cómo se muestra sensible á tu miseria, y con cuánta compasión mira á tantos infortunados que se pierden á pesar del ardentísimo deseo con que trata de salvarlos!

2.º «Que ha amado tanto á los hombres.» Notemos la palabra *tanto*. No hay duda de que amó á los hombres este Salvador de todos ellos, ya que murió por todos, de suerte que no hay ni uno sólo que no pueda decir: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me* (3). Pero hasta qué punto los ha amado? ¿Quién lo comprenderá? ¿Quién podrá decirlo? Parece que El mismo no puede expresarlo. Traed á la memo-

(1) Apenas introducimos en las palabras que constan en los escritos de la B. Margarita María los cambios necesarios para hacer más conciso el asunto de la meditación.

(2) Col., II, 9.

(3) Gal., II, 20.

ria algunos de sus principales beneficios. Acordaos del pesebre, de la Cruz y del altar!... Sí, el altar, ese misterio de la Eucaristía que acabáis de meditar durante ocho días, y que será motivo de eterna admiración de los ángeles y de los santos; un Dios que baja de los esplendores de su gloria hasta las miserias de nuestra humanidad, condenándose á todas las humillaciones, á todos los anonadamientos para levantarnos hasta su trono, entregándose á los más terribles sufrimientos para conseguirnos la suprema dicha; un Dios que funda la Iglesia para quedarse en Ella constantemente con nosotros, queriendo que sea su Cuerpo nuestro alimento y bebida nuestra su divina Sangre!... ¿No se ve en todo esto un Dios que ama infinitamente y que tiene derecho de parte nuestra á un amor infinito si posible fuese? *O cor infinite amans et infinite amandum* (1). Pero si Jesús ha amado tanto á los hombres, ¿qué lugar ocupáis vos, ¡oh Sacerdote! entre aquellos á quienes más amó? ¿Cuáles son vuestros ministerios en esta iglesia en la cual habita, en la cual se inmola y entrega? ¿Qué parte tenéis en los favores de que colma á sus amigos más queridos? *Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, carissimi*.... (2). Pues bien, considerad ahora cuál es el reconocimiento de los hombres, ¿cuál es el vuestro? ¿Qué recibe el Corazón de Jesús en cambio de tanto amor?

3.º «Y que es tan poco amado» ¡Oh palabra dolorosa! No averigüemos lo que debería ser, veamos lo que es. ¡Cuántas almas no tienen ningún conocimiento de la generosa caridad del Corazón de Jesús para con ellas! Contadlas si podéis. ¡Cuántas otras almas hay que conocen á este divino Corazón y no le corresponden con el amor debido! Contadlas también si podéis. «No recibo de la mayor parte de los hombres sino ingratitudes. Estoy abandonado, despreciado, insultado en el Sacramento de mi amor.» Jesús se queja, busca consoladores: *Sustinui qui si-*

(1) Letanías del Sagrado Corazón.

(2) Cant., V, 1.

mul contristaretur... et qui consolaretur; ay! y no los encuentra: *Et non fuit... et non inveni*; (1)» Pero ¿qué Señor! ¿ni en la tribu sacerdotal, ni aun entre aquellos á quienes habéis distinguido de los demás por un afecto incomparablemente más tierno?... Escuchad, ¡oh Sacerdotes! y dejad que las siguientes palabras penetren como agudas flechas en vuestro corazón.

4.º «Pero lo que es más doloroso para mí, es que son corazones que me están consagrados los que así proceden conmigo». ¿Cuál es el corazón más consagrado á Jesucristo que el corazón de sus ministros? ¿Quién le amará, pues, si ellos no le aman?... Sin embargo ¡ay! cuántos Sacerdotes motivan estas dolorosas quejas! Sin hablar de aquellos que le mueven saerilega guerra por las profanaciones y los escándalos, ¡cuántos le tratan sin respeto, sin amor verdadero!... ¡Se hastían en su presencia; la tibieza los domina en la celebración de los sagrados misterios; no tienen tiempo de quedarse con Él después del augusto sacrificio! ¡Oh Jesús mío, yo quiero confesarlo, por más que me sea costoso: merezco vuestros reproches mil veces más de lo que lo hacéis! Haciéndome justicia me humillo: soy uno de los ingratos de los cuales deciais: «Los otros se contentan con herir y maltratar mi Cuerpo pero éstos traspasan mi Corazón, este Corazón que jamás dejó de amarlos!»

PUNTO II

Las peticiones del Corazón de Jesús

«No puedes mostrarme amor más grande, prosigue el Salvador, hablando siempre á su sierva fiel, que haciendo lo que tantas veces te he pedido ya.» Hé aquí al Soberano Señor pidiendo! Pudiera mandar como dueño, pero no lo hace; ruega, y con instancia sin limitarse á manifestar sólo una vez su deseo; y

(1) Ps. LXVIII, 21.

¿qué es lo que pide? En general que su Corazón sea consolado, desagraviado de los ultrajes que recibe, glorificado por nuestro amor. «Me ha hecho conocer Nuestro Señor Jesucristo que el deseo inmenso que tiene de ser amado por los hombres le había movido á manifestar su Corazón, y á darles en estos últimos tiempos este nuevo testimonio de su ternura, proponiéndoles un objeto tan propio para persuadirles... Ha querido asegurarme que tenía señalada complacencia en ver honrados sus sentimientos interiores bajo la figura de este corazón de carne, tal como me había sido mostrado y cuya imagen quiso que fuese públicamente expuesta á fin de enternecer el corazón insensible de los hombres.» Designó en particular algunos homenajes que más descaba: la institución de una fiesta, comuniones fervorosas y de reparación, actos de desagravio... Por esto se dirigía á una humilde religiosa tan incapaz, al parecer, de conseguir la ejecución de este designio: *In firma mundi elegit Deus*. Pero á nosotros sus ministros, encargados por nuestra vocación de realizar los designios de su misericordia ¿qué nos pide acaso desde mucho tiempo? ¿Practicamos esta tierna devoción? ¿La propagamos tanto como El desea? ¿No nos ha inspirado ya muchas veces hacer algo más para gloria de su divino Corazón? ¿Tal vez consagrarle nuestra parroquia, ó algunas almas mejor dispuestas? ¿Quizá el recurrir á El con más confianza, el hablar de esta devoción más á menudo, con mayor celo, en el confesionario, á la cabecera de los moribundos?... ¡Ah! por lo menos hoy, si escuchamos la voz de este adorable Corazón ¡no endurezcamos los nuestros! En este día que la Iglesia consagra muy particularmente á reparar lo pasado, demosle este consuelo; no lo dejará sin recompensa.

PUNTO III

Las promesas del Corazón de Jesús

Las unas nos son comunes con todos los fieles, las otras son relativas á los ministerios que ejercitamos para la salvación de las almas. «Yo te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su amor sobre quienquiera que le honre y que ejercite su celo en hacerle honrar». Estas palabras se refieren á todos aquellos que glorifican al Sagrado Corazón, y que contribuyen en la medida que les es posible á hacerle glorificar. «Si estáis, dice la Beata Margarita, en un abismo de debilidad, de caídas y miserias, es el Corazón de Jesús un abismo de misericordia y fuerza. Si descubris en vos orgullo desmedido, confundíos en los anonadamientos del Corazón de Jesús.... No sé que haya algún ejercicio en la vida espiritual, más eficaz para levantar prontamente una alma á la más alta perfección». Pero hé aquí lo que más debe estimularnos: «Mi Salvador me ha hecho saber que aquellos que se consagran á la salvación de las almas, poseerán el secreto de mover aún los corazones más duros y trabajarán con éxito maravilloso si están penetrados de muy tierna devoción hacia su Corazón divino.» ¿Qué más queréis, Sacerdote virtuoso? ¿Deseáis, con vuestra salvación, la de muchas almas; queréis doblegar aun las conciencias más esclavizadas al pecado?... Ya conocéis el medio, Jesús mismo se ha dignado revelároslo.

Os adoro, ¡oh Corazón Sagrado, en aquel Augusto Sacramento, que nos recuerda todos los prodigios de vuestra bondad para con los hombres! ¡Cuán poco amado sois, Corazón amable, cuán poco conocido aun de aquellos que están destinados á conducir todos los corazones hacia Vos! Vos seréis ahora y siempre refugio mío en mis penas, recurso en mis dificultades, fuerza y esperanza en esos instantes de inquietud y angustia en que mi alma se halla á punto de sucumbir bajo el peso de la tristeza. Por Vos he de

librarme de los peligros que amenazan mi salvación, y contribuiré eficazmente á la de mis hermanos. Vos fuisteis, divino Corazón de mi Jesús, el corazón de Pablo, el corazón de Javier y el de todos los hombres apostólicos ¡sed, pues, igualmente el mío! Venid á reproducir en mí vuestra humildad, vuestra dulzura, y todas vuestras virtudes. A Vos me consagro de nuevo: os dedico mis trabajos y sudores, mis penas y alegrías, mi vida y el fin de ella. Y ahora á Vos me vuelvo, ¡oh Trinidad augusta! después de haberos bendecido porque me disteis el Corazón de Jesucristo, permitidme que, á mi vez, yo os lo ofrezca. ¡Ah! dignaos, os suplico, aceptar la reparación que os hace El por todo el mal que he cometido yo y por todo el bien que hubiera debido hacer.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Las quejas del Corazón de Jesús. Ved este corazón:—Estudid su nobleza y excelencia..... Que ha amado tanto á los hombres. Notad esta palabra tanto y recordad los principales beneficios que atestiguaron este amor. Y que es tan poco amado. ¡Verdad muy triste! Jesucristo no recibe de la mayor parte de los hombres sino ingratitudes y menosprecio..... Busca consoladores; ¿en dónde los encuentra? Pero lo que más me apena es que son los corazones que me están consagrados los que así proceden conmigo..... Oh Jesús, ¿qué corazón os está más consagrado que el de vuestros Sacerdotes?*

PUNTO SEGUNDO.—*Las peticiones del Corazón de Jesús.—¡Es el Señor Soberano el que pide! Podría mandar, y ruega. Mendiga nuestro amor, nuestras reparaciones, nuestro celo para que le demos á conocer y lo hagamos amar. Se dirige á una pobre religiosa para establecer una devoción que debía ganarle tantos corazones; pero á mí, su ministro, ¿no me pide nada?*

PUNTO TERCERO.—*Las promesas del Corazón de Jesús: su Corazón se ensanchará para esparcir abundantemente las influencias de su amor sobre todos los que le honren y se esfuerzan en hacerle honrar por los demás. Promesas para nosotros;*

promesas tocante al éxito de nuestros trabajos. La Beata Margarita María Alacoque decía: «yo no conozco otro ejercicio que levante tan prontamente á las almas á un alto estado de perfección. Los que practican esta devoción tendrán un don particular para conmover los corazones. Amemos pues, y hagamos amar, á aquel Corazón que tanto nos ha amado.»

MEDITACIÓN XCIII

TERCERA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Hic peccatores recipit. (Tom. II, p. 84.)*

Tres conmovedores efectos de la divina misericordia para con los pecadores.

MEDITACIÓN XCIV

CUARTA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Ex hoc jam homines eris capiens. (Tom. III, p. 138).*

El Sacerdote pescador de hombres.

MEDITACIÓN XCV

QUINTA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Nisi abundaverit justitia vestra plus quam Scribarum et Phariseorum, non intrabitis in regnum celorum. (Matth., V, 20).*

I. Dios quiere que la justicia de los Sacerdotes sea abundante.

II. También los Sacerdotes pueden merecer los reproches hechos á los Escribas y Fariseos.

PUNTO I

Dios quiere que la justicia de los Sacerdotes sea abundante

Para convencerse de ello basta recordar las tres comparaciones usadas por Jesucristo al instruir á sus ministros, tocante á las obligaciones que Él les

librarme de los peligros que amenazan mi salvación, y contribuiré eficazmente á la de mis hermanos. Vos fuisteis, divino Corazón de mi Jesús, el corazón de Pablo, el corazón de Javier y el de todos los hombres apostólicos ¡sed, pues, igualmente el mío! Venid á reproducir en mí vuestra humildad, vuestra dulzura, y todas vuestras virtudes. A Vos me consagro de nuevo: os dedico mis trabajos y sudores, mis penas y alegrías, mi vida y el fin de ella. Y ahora á Vos me vuelvo, ¡oh Trinidad augustal después de haberos bendecido porque me disteis el Corazón de Jesucristo, permitidme que, á mi vez, yo os lo ofrezca. ¡Ah! dignaos, os suplico, aceptar la reparación que os hace El por todo el mal que he cometido yo y por todo el bien que hubiera debido hacer.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Las quejas del Corazón de Jesús. Ved este corazón:—Estudid su nobleza y excelencia..... Que ha amado tanto á los hombres. Notad esta palabra tanto y recordad los principales beneficios que atestiguaron este amor. Y que es tan poco amado. ¡Verdad muy triste! Jesucristo no recibe de la mayor parte de los hombres sino ingratitudes y menosprecio..... Busca consoladores; ¿en dónde los encuentra? Pero lo que más me apena es que son los corazones que me están consagrados los que así proceden conmigo..... Oh Jesús, ¿qué corazón os está más consagrado que el de vuestros Sacerdotes?*

PUNTO SEGUNDO.—*Las peticiones del Corazón de Jesús.—¡Es el Señor Soberano el que pide! Podría mandar, y ruega. Mendiga nuestro amor, nuestras reparaciones, nuestro celo para que le demos á conocer y lo hagamos amar. Se dirige á una pobre religiosa para establecer una devoción que debía ganarle tantos corazones; pero á mí, su ministro, ¿no me pide nada?*

PUNTO TERCERO.—*Las promesas del Corazón de Jesús: su Corazón se ensanchará para esparcir abundantemente las influencias de su amor sobre todos los que le honren y se esfuerzan en hacerle honrar por los demás. Promesas para nosotros;*

promesas tocante al éxito de nuestros trabajos. La Beata Margarita María Alacoque decía: «yo no conozco otro ejercicio que levante tan prontamente á las almas á un alto estado de perfección. Los que practican esta devoción tendrán un don particular para conmover los corazones. Amemos pues, y hagamos amar, á aquel Corazón que tanto nos ha, amado.»

MEDITACIÓN XCIII

TERCERA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Hic peccatores recipit.* (Tom. II, p. 84.)

Tres conmovedores efectos de la divina misericordia para con los pecadores.

MEDITACIÓN XCIV

CUARTA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Ex hoc jam homines eris capiens.* (Tom. III, p. 138).

El Sacerdote pescador de hombres.

MEDITACIÓN XCV

QUINTA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Nisi abundaverit justitia vestra plus quam Scribarum et Phariseorum, non intrabitis in regnum celorum.* (Matth., V, 20).

I. Dios quiere que la justicia de los Sacerdotes sea abundante.

II. También los Sacerdotes pueden merecer los reproches hechos á los Escribas y Fariseos.

PUNTO I

Dios quiere que la justicia de los Sacerdotes sea abundante

Para convencerse de ello basta recordar las tres comparaciones usadas por Jesucristo al instruir á sus ministros, tocante á las obligaciones que Él les

impone: *Vos estis sal terræ... lux mundi... civitas supra montem posita* (1). El Salvador, dice Cornelio á Lápide; acaba de publicar las ocho Bienaventuranzas que son como un resumen de la perfección evangélica; y en seguida hizo de ellas una aplicación personal á los apóstoles y á sus sucesores en el santo ministerio. Lo primero que de ellos exige, es que sean *sal de la tierra*; como si les dijera; *Vos, o apostoli, quos eligo, ut meo exemplo sitis pauperes spiritu, mites, mundo corde, misericordes...; hoc ipso eritis sal terræ*. Os he escogido para remediar la corrupción universal: por consiguiente, ¿de qué fuerza, de qué santidad necesitaréis! Seréis sal de la tierra si hablareis como oráculos y viviereis como dioses. *Sacerdotes ergo sint sal terræ, ut eam præsentent morum integritatem, que cæterorum sit censura et disciplina; quod efficient, si loquantur ut oracula, vivant ut numina* (2). La luz del mundo. El Sacerdote es en el mundo espiritual de la Iglesia, lo que el Sol en el mundo físico: *Sicut ergo sol illuminat cloacas putidas, sed ab iis non sordidatur... Ita et tu, o sacerdos, doceas hominem carnalem, et eum emundes, sed ab eo nullam labem contrahas. Sol est in cælo, sed inde radios spargit in terram, quibus eam illustrat; ita et tu mente sis in cælis, corpore in terra, ut eam tuo sermone et exemplo virtutis illumines, calefacias et accendas* (3). La ciudad puesta sobre el monte y que no puede esconderse enseña al Sacerdote que todas las miradas están fijas en él; le enseña que él es hombre público, que se debe á todos, y que es destinado á la más alta perfección. Ya lo había dicho el profeta: *Super montem excelsum ascende tu, qui evangelizas Sion; exalta in fortitudine vocem tuam, qui evangelizas Jerusalem* (4). ¡Oh Dios mío! Si á menudo yo hubiera meditado estas palabras, habría comprendido mejor que el celo sacerdotal debe elevarme por encima de la naturaleza; que

(1) Matth., V, 13 et 14.
 (2) *Comment in h. loc.*
 (3) *Ibid.*
 (4) Is., XL, 9.

me obliga á hablar con fuerza; que debiendo yo dirigir á las almas hasta por los caminos más perfectos, yo debo ir por ellos el primero. Es pues, verdad que los Sacerdotes deben tener una justicia abundante. Ellos son los continuadores de la obra de Jesucristo; lo representan; son sus vicarios... Por esto San Bernardo les dice: *Nonne ea via qua Christus ambulavit, et vos debetis ambulare? Nonne sicut conversatus est, et vos vicarii ejus debetis conversari?* Y San Buenaventura: *Vicarius Christi vicem Christi debet gerere, in beneplaciti ejus promotione, in potestatis ejus auctoritate, et in similitudinis ejus representatione* (1). Pero que el Sacerdote represente con su dignidad al Hijo de Dios, y que lo combata con la tibieza; que tenga su poder, y no se esfuerce en adquirir la eminente santidad que no le es menos esencial, ¿no es esto insultar al mismo Jesucristo y querer dividir lo que de suyo debe ser indivisible?

Si se pregunta cuál es la abundancia de justicia á que están obligados los Sacerdotes, San Gregorio Nazianceno contesta: *Hæc summa est ut virtute tales existant, ut, uno verbo dicam, cælestes sint; ac possint purgari primum, deinde purgare; sapientia instrui, atque alios sapientes reddere; lumen fieri, et alios collustrare; accedere ad Deum, et alios adducere; sanctificari, et aliis sanctificationem afferre* (2).

PUNTO II

Cómo los Sacerdotes pueden merecer los reproches hechos á los Escribas y Fariseos

En el Cap. xxiii de San Mateo, donde Jesucristo combate directamente á esos falsos doctores cuya conducta era para el pueblo un escándalo tan peligroso, la primera cosa de que les reconviene es que enseñan á los demás la vía de la salvación, y no caminan por ella: *Dicunt et non faciunt*. Si rehusáis someteros á la ley divina, no os toméis el cargo

(1) *De sex alis Seraph., c. 6.*
 (2) *In distichon.*

de promulgarla, que si ese cargo tenéis, sed los primeros en cumplirla. Decir y no hacer es ponerse en contradicción consigo mismo; es fabricar con una mano y destruir con la otra: hacer despreciable al que anuncia una doctrina, es hacer despreciable la doctrina misma. Este error, común en la Sinagoga, ¿es raro en la Iglesia? ¡Ay, cuántas veces he debido reprochármelo á mí mismo!

Añádase que los Escribas y Fariseos eran duros para los demás; no tenían indulgencia más que para sí: *Alligant onera gravia et importabilia, et imponunt in humeros hominum: digito autem suo nolunt ea movere.* Nada hay más opuesto á la caridad cristiana y al espíritu del Salvador que tomó sobre sí mismo todas nuestras enfermedades y crímenes, que se mostró siempre tan lleno de condescendencia y de compasión para los pecadores. Pero sobre todo, el orgullo y la hipocresía de estos hombres perversos era lo que más encendía la indignación del Hijo de Dios: *Omnia opera sua faciunt ut videantur ab hominibus: dilatant phylacteria sua... Amant primos recubitus in cœnis, et primas cathedras in synagogis, et salutationes in foro...* ¡Ay cuántos Sacerdotes dan todavía en los escollos del deseo inmoderado de honores, estima, y vanagloria! Santo Tomás, siguiendo á San Juan Crisóstomo, dijo: *Tolle inanem gloriam de clero, et sine labore omnia vitia rescabis* (1). ¡Oh Sacerdotes, hombres de Dios; temed un vicio que, destruyendo toda rectitud de intención, no deja más sitio para Dios en nuestros corazones! Tocante á la hipocresía, fulminada por Jesucristo siete veces en este solo discurso, si estáis lejos de aquella que esconde los crímenes más vergonzosos bajo especiosas apariencias, y que hace de un pretendido santo un sepulcro blanqueado, acordaos que hay otra clase de hipocresía de la cual tal vez no estaréis exentos: actos suyos son las disimulaciones farisaicas que velan con más cuidado sobre las palabras que sobre el pensamiento; que reparan menos en el ojo de Dios

(1) *Expos. in h. l.*

que en la vista de los hombres; que se compensan secretamente de las estrecheces externas, y bajo un exterior irreprochable esconden imperfecciones y culpables negligencias.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Dios quiere que la justicia de los Sacerdotes sea abundante.*—Sal de la tierra; luz del mundo; ciudad fabricada sobre la montaña: hé ahí al Sacerdote. Dios lo escogió para remediar la corrupción universal; ¡cuál deberá ser su pureza! Él es en la Iglesia lo que el sol en el mundo físico: debe iluminar, calentar, fecundar á las almas. Debe combatir todos los escándalos mediante la edificación de sus ejemplos. Pero, además, él es el continuador de la obra de Jesucristo. hé ahí por qué San Bernardo nos dice: *Nonne ea via qua Christus ambulavit et vos debetis ambulare?*

PUNTO SEGUNDO.—*Cómo los Sacerdotes pueden merecer los reproches hechos á los escribas y fariseos.* Esto sucede cuando enseñan la vía, y no caminan por ella; *Dicunt et non faciunt:* cuando son duros para los demás, y demasiado indulgentes para sí mismos; pero sobre todo cuando buscan la estima y la consideración de los hombres: *Ut videantur ab hominibus* ¡Cuántos Sacerdotes van todavía á dar en el escollo de la vanagloria! *Tolle inanem gloriam de clero, et sine labore omnia vitia rescabis.*

MEDITACIÓN XCVI

SÉXTA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Multiplicación de los panes.—(T. IV, p. 230).

MEDITACIÓN XCVII

SÉPTIMA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS
(T. III, p. 345).

Conformidad con la voluntad de Dios: lo que el alma encuentra en ella

MEDITACIÓN XCVIII

OCTAVA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

El ecónomo infiel, pero prudente. Preparación al juicio de Dios

- I. Necesidad de esta preparación.
- II. Cómo debo hacerla.

PUNTO I

Exige la prudencia que yo me prepare al juicio de Dios

Aunque esta parábola conviene á todos los hombres, puesto que todos ellos son, no los propietarios, sino los simples administradores de los bienes que han recibido en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, conviene, sin embargo, más especialmente á los Sacerdotes y á los pastores, que han sido escogidos por el Soberano Maestro para dispensar sus más ricos tesoros: *Dispensatores mysteryum Dei* (1). *Villicus eum significat cujus officium est in custodia et regimine Ecclesie* (2). Los Sacerdotes son, por excelencia, los ecónomos y los administradores de Dios. Cuanto son más graves é importantes los intereses confiados á mis cuidados, es más temible la cuenta que he de dar de mi administración. Vida, salud, talentos, dignidad incomparable, poderes casi ilimitados, méritos y Sangre de Jesucristo... hé ahí ¡oh Dios mío! lo que me encargasteis que hiciese valer; procurar vuestra gloria, reconciliar los hombres con Dios, combatir á las potestades de las tinieblas, salvar las almas, ¡qué valiosos negocios los que me habéis confiado! Pero, ¡ay! tenéis acaso en mí un dis-

(1) I Cor., IV, 1.

(2) S. Ansel. Hom. 12.

pensador fiel? (1). No me acusa delante de Vos el uso que hice hasta hoy de vuestros inapreciables dones? *Hic diffamatus est apud eum, quasi dissipasset bona ipsius.*

El ecónomo es citado ante su señor: *Et vocavit illum.* En cualquier instante puedo ser llamado ante mi juez; ¿me encuentro en estado de contestar á los reproches que pudiera dirigirme? «*Quid hoc audio de te?* Sólo oigo murmuraciones y cargos contra ti; es un grito universal; de todas partes se reclama mi justicia contra el abuso que tú haces de mis favores. La instrucción de tu pueblo, la visita de los enfermos, el cuidado de los pobres, tus deberes esenciales descuidados, mis misterios tratados sin respeto... todo exige que yo castigue en ti á un ministro prevaricador.» Lo confieso, Dios mío, con una extrema confusión; he dado á vuestra justicia hartos motivos de queja. Los he dado en los distintos estados de mi vida, en cuantos lugares he vivido, en todas las posiciones que he ocupado, en todas las funciones y ministerios que he desempeñado; y eso, á todos aquellos con quienes he tenido relaciones, á los superiores, á los iguales é inferiores. Los he dado por mis acciones y por mis omisiones, por mis palabras y mis ejemplos. El cielo y la tierra me condenan; vuestra misericordia es mi único recurso. ¡Oh Jesús! yo la imploro, tened compasión de mí: *Ante diem rationis donum fac remissionis.* Todavía puedo apaciguar hoy vuestra cólera; ¿lo podré mañana?

El ecónomo fué obligado á rendir sus cuentas y vióse privado de su empleo: *Redde rationem villicationis tue, jam enim non poteris villicare.* Fué esto como un rayo para aquel hombre que vivía tranquilo en su iniquidad, disipando en la medida de sus caprichos bienes que no le pertenecían! Por fin debe reconocer que tiene un señor; un señor cuyos derechos todos ha pisoteado; un señor que va á juzgarle con todo el rigor de inflexible equidad. Va á ser des-

(1) *Hic jam queritur inter dispensatores, ut fidelis quis inveniatur.* (I Cor., IV, 2).

pojado de todo: no más cargo, no más empleo ni medio alguno de reparar sus faltas. ¿Qué me quedará en la hora de la muerte? Estarán cegadas para mí todas las fuentes de salvación, porque estaré del todo privado de tiempo. ¡Oh alma mía! medita esta palabra del santo Job: *Quid faciam, cum surrexerit ad judicandum Deus? et cum quesierit, quid respondebo illi?* (1). Y aquella de San Pablo: *Horrendum est incidere in manus Dei viventis* (2). Toma precauciones; ya sabes de qué eternidad se trata según sea para ti contraria ó favorable la sentencia; y ¡cuántos de mis hermanos fueron llamados en el momento mismo en que menos lo esperaban! ¿Acaso será tiempo adecuado para arreglar mis cuentas el momento mismo en que habré de rendirlas?

PUNTO II

¿Cómo debo prepararme para el juicio de Dios?

Me lo enseña el ecónomo prudente aunque infiel. ¿Qué es lo que hace? Ante todo reflexiona; ved por dónde comienza toda vuelta sería á una vida mejor: Hablando consigo mismo se dice: *Ait autem villicus intra se.* Ya que mi señor me priva de la administración de sus bienes, ¿qué es lo que debo hacer? *Quid faciam?* ya es indispensable atender á todo trance á mi subsistencia. No siento valor para las rudas tareas del campo: *Fodere non valeo;* y no puedo resignarme á la vergüenza de mendigar mi pan: *Mendicare erubesco.* Ah! Cuán cierto es que la molicie y la soberbia son poderosos obstáculos para la conversión! Y sin embargo, si ha de ser completa la penitencia conviene que se ejercite tanto sobre el cuerpo como sobre el espíritu: sobre el cuerpo affigiéndole con alguna mortificación; sobre el espí-

(1) XXXI, 14.
(2) Heb., X, 31.

ritu humillándole; y esto es á lo que no sabe resolverse nuestra altiva cobardía: *Perfectio penitentiae consistit in afflictione et labore corporali, et in humilitate et pudore mentali; et hæc duo recusat animus infirmi hominis* (1). Felizmente Dios está lleno de misericordia, y, en su infinita bondad, se digna abrirnos otro camino de salvación. En una instrucción en que trataba también de prepararnos para el juicio, el Salvador había para eso exigido dos cosas: mortificación de las pasiones, y buenas obras: *Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris* (2); es decir, huir el mal y practicar el bien. Aquí no habla más que de la limosna, porque la considera tan oportuna para conmover el corazón de Dios, que ella misma nos obtendrá todas las disposiciones necesarias para reconciliarnos con El, y darnos otra vez derecho á la herencia celestial. En efecto, en la Sagrada Escritura todo se le promete á la limosna. Ella nos libra del pecado y de la muerte; no nos dejará caer en las tinieblas eternas (3). Como el agua apaga el fuego más ardiente, así la limosna resiste al pecado (4). Ella nos proporciona los dos mayores bienes que pueda desear un hombre racional; á saber: en esta vida, la misericordia; y el paraíso, en la eternidad (5). ¡Sacerdotes, que tantos motivos tenéis para temer los juicios del Señor, haced limosna; hacedla de todos los modos que podáis; y lo más abundantemente que os sea posible! Dad á las almas, y á los cuerpos. Instruid, exhortad, consolad. Dad á las almas del purgatorio algunas gotas de la sangre de Jesucristo; dad la paz á tantos desdichados desgarrados por los remordimientos. A esos pobres corazones que se cansan en

(1) San Bonav. *Exp. in. h. l.*
(2) Luc., XII, 32.
(3) *Eleemosyna ab omni peccato et a morte liberat, et non patietur animam ire in tenebras* (Tob., IV, 11).
(4) *Ignem ardentem extinguit aqua, et eleemosyna resistit peccatis.* (Eccl., III, 33).
(5) *Ipsa est que purgat peccata, et facit invenire misericordiam et vitam æternam* (Tob., XII, 9).

perseguir quimeras, dadles Dios. ¡Oh qué limosna tan magnífica! Pero no descuidéis la limosna corporal. Debéis estar dispuestos á conmooveros por todas las miserias: debéis, según el consejo de San Ambrosio, hacer todo lo que podáis, y algunas veces algo más todavía. *Compatiamur alienis infirmitatibus; necessitates aliorum quantum possumus juvemus, et plus interdum quam possumus* (1).

La limosna, dice San Agustín es el consuelo de nuestra fe, el apoyo de nuestra esperanza, el remedio del pecado; ella nos granjea el afecto del juez, y á Dios hace deudor nuestro. ¡Oh poder de la limosna! Aquellos á quienes nosotros hemos socorrido son los que nos han de introducir en los eternos tabernáculos: *Ut cum defeceritis, recipiant vos in æterna tabernacula.*

¡Qué luz tan suave esparcen en mi alma, oh Dios mío, estas consoladoras palabras! ¡Oh! también yo sé lo que debo hacer de ahora en adelante para que Vos me seáis propicio cuando yo me presente á vuestro tribunal: *Scio quid faciam!* Yo me iré preparando de antemano valiosos intercesores y amigos que hablen por mí. Yo cubriré la multitud de mis pecados é infidelidades, multiplicando las obras de mi celo y caridad (2). Ya que Vos vais á venir dentro de poco á este santo altar para visitar á vuestro indigno siervo, dadle, Dios mío, os lo ruego, un corazón cada vez más sensible para las necesidades del prójimo. Descubridle todo el misterio del pobre y del indigente, tanto en el orden espiritual como en el temporal; para que en el día terrible, cuando Vos seréis para todos inexorable, seáis para él omnipotente libertador: *Beatus qui intelligit supér egenum et pauperem: diè male liberabit eum Dominus* (3).

(1) De off. minist., l. II., c. XXVIII.

(2) *Charitas operit multitudinem peccatorum.* (I. Petr., IV, 8).

(3) Ps. XL, 2.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*La prudencia quiere que yo me prepare para el juicio de Dios.*—El ecónomo infiel es acusado delante de su señor, de haber malgastado sus bienes. Nuestros más terribles acusadores en el tribunal de Dios serán el Evangelio, las gracias recibidas y nuestra conciencia. Los Sacerdotes son los ecónomos de Dios por excelencia; *Dispensatores mysteriorum Dei.* ¡Qué asunto tan grande se me ha confiado! En cualquier momento puedo yo ser llamado al tribunal de Dios. Mil veces he dado motivo de quejas. ¡Oh Jesús! El cielo y la tierra me condenan; mi solo recurso es vuestra misericordia.—El ecónomo infiel es privado de su empleo. Después de la muerte seré privado de todo medio de salvación. Alma mía, provee á tus cosas. Ya ves de qué eternidad se trata, según que la sentencia sea favorable ó contraria.

PUNTO SEGUNDO.—*Cómo debo prepararme para el juicio de Dios.*—Me aprovecharé de la enseñanza del ecónomo prudente aunque infiel. El reflexiona: hé ahí por dónde ha de empezar todo serio retorno á vida mejor. «No tengo valor para entregarme á duros trabajos; y me da vergüenza mendigar». El orgullo y la molicie son grandes obstáculos para la verdadera penitencia. El acude á la limosna. Esta nos libra del pecado y de la muerte: es para el pecado lo que es el agua para el fuego. ¿Teméis los juicios de Dios? Haced limosna. Dad á las almas y á los cuerpos. ¡Oh poder de la limosna! Ella hace á Dios nuestro deudor.

MEDITACIÓN XCIX

DOMÍNICA IX DE PENTECOSTÉS.—*Las lágrimas de Jesús.* (T. IV, pág. 258.)

perseguir quimeras, dadles Dios. ¡Oh qué limosna tan magnífica! Pero no descuidéis la limosna corporal. Debéis estar dispuestos á conmoveros por todas las miserias: debéis, según el consejo de San Ambrosio, hacer todo lo que podáis, y algunas veces algo más todavía. *Compatiamur alienis infirmitatibus; necessitates aliorum quantum possumus juvemus, et plus interdum quam possumus* (1).

La limosna, dice San Agustín es el consuelo de nuestra fe, el apoyo de nuestra esperanza, el remedio del pecado; ella nos granjea el afecto del juez, y á Dios hace deudor nuestro. ¡Oh poder de la limosna! Aquellos á quienes nosotros hemos socorrido son los que nos han de introducir en los eternos tabernáculos: *Ut cum defeceritis, recipiant vos in æterna tabernacula.*

¡Qué luz tan suave esparcen en mi alma, oh Dios mío, estas consoladoras palabras! ¡Oh! también yo sé lo que debo hacer de ahora en adelante para que Vos me seáis propicio cuando yo me presente á vuestro tribunal: *Scio quid faciam!* Yo me iré preparando de antemano valiosos intercesores y amigos que hablen por mí. Yo cubriré la multitud de mis pecados é infidelidades, multiplicando las obras de mi celo y caridad (2). Ya que Vos vais á venir dentro de poco á este santo altar para visitar á vuestro indigno siervo, dadle, Dios mío, os lo ruego, un corazón cada vez más sensible para las necesidades del prójimo. Descubridle todo el misterio del pobre y del indigente, tanto en el orden espiritual como en el temporal; para que en el día terrible, cuando Vos seréis para todos inexorable, seáis para él omnipotente libertador: *Beatus qui intelligit supér egenum et pauperem: diè male liberabit eum Dominus* (3).

(1) De off. minist., l. II., c. XXVIII.

(2) *Charitas operit multitudinem peccatorum.* (I. Petr., IV, 8).

(3) Ps. XL, 2.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*La prudencia quiere que yo me prepare para el juicio de Dios.*—El ecónomo infiel es acusado delante de su señor, de haber malgastado sus bienes. Nuestros más terribles acusadores en el tribunal de Dios serán el Evangelio, las gracias recibidas y nuestra conciencia. Los Sacerdotes son los ecónomos de Dios por excelencia; *Dispensatores mysteriorum Dei.* ¡Qué asunto tan grande se me ha confiado! En cualquier momento puedo yo ser llamado al tribunal de Dios. Mil veces he dado motivo de quejas. ¡Oh Jesús! El cielo y la tierra me condenan; mi solo recurso es vuestra misericordia.—El ecónomo infiel es privado de su empleo. Después de la muerte seré privado de todo medio de salvación. Alma mía, provee á tus cosas. Ya ves de qué eternidad se trata, según que la sentencia sea favorable ó contraria.

PUNTO SEGUNDO.—*Cómo debo prepararme para el juicio de Dios.*—Me aprovecharé de la enseñanza del ecónomo prudente aunque infiel. El reflexiona: hé ahí por dónde ha de empezar todo serio retorno á vida mejor. «No tengo valor para entregarme á duros trabajos; y me da vergüenza mendigar». El orgullo y la molicie son grandes obstáculos para la verdadera penitencia. El acude á la limosna. Esta nos libra del pecado y de la muerte: es para el pecado lo que es el agua para el fuego. ¿Teméis los juicios de Dios? Haced limosna. Dad á las almas y á los cuerpos. ¡Oh poder de la limosna! Ella hace á Dios nuestro deudor.

MEDITACIÓN XCIX

DOMÍNICA IX DE PENTECOSTÉS.—*Las lágrimas de Jesús.* (T. IV, pág. 258.)

MEDITACIÓN C

DOMINICA X DESPUÉS DE PENTECOSTÉS—*El fariseo y el publicano.—El orgullo.*

- I. Carácter particular de este vicio.
- II. Su inconsecuencia y su locura.

PUNTO I

Carácter particular del orgullo.

Se empeña en exhibirse; á veces se esconde; en ocasiones se desliza aún bajo el velo de la humildad.

1.º El orgullo se empeña en mostrarse. Por esta primera señal le pinta Jesús en el Evangelio del día. En tanto que el humilde publicano se queda á la entrada del templo, y que, abismado en el sentimiento de su miseria, no se atreve á levantar los ojos; el fariseo se adelanta hasta cerca del altar, se queda de pie: *Pharisæus stans*. En su porte, en su fingida oración, se reconoce á un hombre que se admira y que quiere ser admirado. El continuo cuidado de un orgulloso es el hacerse valer. Estúdiesele en los detalles de su conducta, hasta en su aire, en sus gestos y vestidos; el soberbio se revela en todo y por todas partes. ¡Qué pretensiones en sus empresas! ¡Qué suficiencia en sus discursos! Atraerse todas las miradas, obtener todos los sufragios; hé ahí los cuidados de que se preocupa.

Para curarnos ó preservarnos de este vicio, nos ordenáis, oh Salvador mío, que no busquemos la mirada del hombre en el bien que hacemos, que oremos en secreto, que no auxiliemos al prójimo á son de trompeta, que no pongamos en revista nuestros

ayunos y penitencias. Por esto nos recomendáis que busquemos en todas partes el último lugar, que nos estimemos como ínfimos entre todos... Máximas santas, sabias lecciones! Me las da un Dios anonadado; tiene, pues, derecho para exigirme que yo modele sobre ellas todo el conjunto de mi conducta. ¿Lo he hecho hasta hoy día? Vuestros Sacerdotes, oh Señor, predicán la humildad; ¿pero se muestran siempre como modelos? Dos hombres suben al templo (1): el uno, por su estado, tiene obligación de dar buen ejemplo, y escandaliza; el otro, aunque pecador, edifica mediante la más conmovedora modestia. ¡Oh Jesús, para cuántos ministros vuestros, el mismo templo en que se distribuyen las riquezas de vuestra gracia llega á convertirse en tribuna donde son condenados por el ejemplo de los seglares cuyos jueces eran!

2.º Pero si el orgullo trata de exhibirse, con frecuencia cuida también de esconderse. Si por una parte quiere brillar, dominar, procurarse admiradores, por otra no ignora que el revelar que se quiere eso, es mostrarse pequeño, ridículo, despreciable; disimula, pues, este buscarse á sí mismo; finge que obra por deber más que por el deseo de ser aplaudido.... Pero no se tarda en desdecirse: es muy fácil traicionarse cuando se procede contra los naturales sentimientos; y no es preciso estudiar mucho tiempo para conocer á un hombre vano y ávido de consideraciones. Si se le olvida, si parece que se le trata con descuido, brilla su sensibilidad por algún estallido indeliberado, ó por un silencio apesadumbrado. Y así hay otros mil detalles por los cuales se vende él mismo. Con frecuencia se revela esta pasión, por las precauciones que emplea para no verse sorprendida: cuando se teme tanto el pasar por orgulloso, es ya una prueba de que el mal existe.

3.º Aun la librea de la humildad sirve de disfraz

(1) *Duo homines ascenderunt in templum.* (Luc., XVIII, 10.)

al orgullo. El fariseo da gracias á Dios. *Deus, gratias ago tibi*; reconoce, pues, su grandeza, su dominio supremo; parece anonadarse delante de él. Pero ¿de qué le da gracias? De que no es como los demás hombres, y está exento de sus vicios, y tiene las virtudes que á ellos les faltan: *Quia non sum sicut ceteri hominum.....* Hé aquí el orgullo que se muestra aún en el acto y por el acto mismo de la dependencia. No, no hay que dejarse engañar. Si se quiere descubrir á un espíritu soberbio, oblíguesele á pesar suyo á la confesión de esta inferioridad cuyas apariencias finge; trátesele como él pretende que lo merece, echándolo al último puesto...., el amor propio herido dejará escapar más de una señal de su presencia. Se puede aniquilar este vicio, pero no ocultarlo constantemente. ¡Oh Dios mío, arrancad de mi corazón hasta las últimas raíces de esta pasión; tengo tantos motivos para aborrecerla! ¡Es tan criminal y funesta; es tan contraria á la dignidad de vuestros ministros y al espíritu que debe animarlos!

PUNTO II

Inconsecuencia y locura del orgullo.

Cuando consideramos al publicano y al fariseo, á la salida del templo, ¿á cuál de los dos concedemos nuestra estima, y á cuál rechazamos? ¿Qué ha obtenido el segundo por su fastuosa oración; y qué alcanzó humillándose el primero? Queremos engrandecernos á los ojos de los hombres; pero ¿qué mal lo entendemos cuando esperamos conseguirlo haciendo valer nuestras pretendidas dotes! Todo aquel que se jacta, aun por cosas muy loables, quita á los que le oyen la idea ventajosa que tenían de él. Desde que deja entrever la ambición de ocupar el primer puesto en mi espíritu, me siento movido á ponerle en el último. Sólo hay un camino para llegar á la verdadera gloria y es el huirla: *Qui se humiliat exaltabitur*; y para merecer desprecio, basta correr en pos de ella:

Qui se exaltat humiliabitur. Así, ciego como es el mundo, sin embargo sólo estima el mérito que desdén su aprobación y sus sufragios.

El orgullo por lo tanto no es tan sólo un crimen, sino una locura. Es tan opuesto á la razón como la mentira á la verdad, la noche al día. ¿Qué diríamos de un enano que se cree ser un gigante, porque se halla en la cumbre de un monte, y que juzga ser mayor que ella porque la tiene bajo sus pies? Pues esto es cabalmente la locura del orgulloso, dice San Juan Crisóstomo: el soberbio se hincha, se exalta al pensar que vale más que los otros; y al compararse con ellos tan sólo tiene en cuenta la creencia que se ha formado de que los demás están debajo de él. Entre la locura del enano y la del orgulloso, prosigue el santo Doctor, hay únicamente esta diferencia, que la del primero es el triste efecto de una perturbación en sus órganos, y mientras excita nuestra risa, también nos mueve á compasión; mientras que el delirio del segundo, por lo mismo que es reflexivo y voluntario, excita la indignación de Dios y de los hombres: *Odibilis coram Deo est et hominibus superbia* (1).

Por esto ¡cuántas maldiciones y amenazas lanza la Sagrada Escritura contra este odioso vicio! Toda vez que va más directamente que ningún otro vicio contra la gloria que sólo pertenece á Dios y que El mismo no puede ceder á nadie: *Gloriam meam alteri non dabo* (2), excita forzosamente contra sí mismo las más espantosas venganzas: *Retribuēt Dominus abundantē facientibus superbiām* (3). A la muchedumbre de pecados responde la abundancia de castigos, ya que del orgullo provienen todos ellos: *Qui tenuerit superbiām, adimplebitur maledictis* (4). Es el oprobio y la vergüenza, la maldición especialmente impuesta á este criminal amor de hono-

- (1) Eccli., X, 7.
- (2) Is., XLII, 8.
- (3) Ps., XXX, 24.
- (4) Eccli., X, 15.

res: *Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia* (1). ¡Desgraciada soberbia! Es una frágil florecilla que cae cuando quería abrirse á la luz. El Señor, fuerte y omnipotente, cae sobre ella con el ímpetu del huracán acompañado de granizo; ella será pisoteada (2). Dios disipa los huesos de los que ambicionan agradar á los hombres, los desprecia y quedarán confundidos (3). Los quebranta en el momento mismo en que ellos creían levantarse erigidos: *Dejecisti eos dum alleverentur* (4); su elevación es sólo su propia ruina: *Elevatio ipsa ruina est* (5). De modo que lo que en el lenguaje del mundo se llama ensalzamiento, cima de la gloria, en el lenguaje de Dios se llama abismo y precipicio: *Donec fodiatur peccatori fovea* (6). ¿Qué hace, pues, el Señor cuando permite que este hombre parezca tener éxito en sus deseos? Le permite que se escave su fosa: *Hoc se ille putat sublimiter ire et hoc Deus foveam vocat* (7). San Gregorio Niseno define el orgullo, *Ad inferiora descensus*; y en otra parte dice: *Qui recedit a Deo in profundum it.* ¡Qué humillación para un cristiano y sobre todo para un Sacerdote, rebajarse hasta mendigar la aprobación de los mundanos! Los soberbios serán castigados por su mismo pecado: cuanto más desean la gloria, tanto más serán confundidos. El oráculo empieza á cumplirse en esta vida: *Qui se exaltat, humiliabitur*. Pero ¿qué será del soberbio en el juicio universal y durante toda la eternidad? Escuchemos lo que dice el Señor: *Dabovos in opprobrium sempiternum, et in ignominiam aeternam, que nunquam oblivione delebitur* (8).

(1) Prov., XI, 2.

(2) *Vae coronae superbiae... et flori decidenti... Ecce validus et fortis Dominus, sicut impetus grandinis, turbo confringens...: pedibus conculcabitur corona superbiae.* (Is., XXVIII, 1).

(3) *Deus dissipavit ossa eorum qui hominibus placent; confusi sunt, quoniam Deus sprevit eos.* (Ps., LIII, 6).

(4) Ps., LXXII, 8.

(5) S. Aug. in h. loc.

(6) Ps., XCIII, 13.

(7) S. Aug., ibid.

(8) Jerem., XXIII, 40.

¡Oh Dios mío! Ya que Vos justificáis al pecador que se humilla, y reprobáis al orgulloso tan insensato para apoyarse en su propia justicia, yo os dirijo la oración del publicano: *Propitius esto mihi peccatori!* Yo me reconozco indigno de levantar los ojos ante Vos; pero tened piedad de mi indignidad misma. ¡Ojalá que esta oración, de la cual Vos me enseñáis en el Evangelio la soberana eficacia, pueda reparar los defectos de tantas otras oraciones que no tuvieron efecto por falta de humildad (1). Quiero repetir á menudo esta plegaria, persuadido de que ella conmoverá vuestro Corazón y me alcanzará misericordia. Pero la repetiré con más confianza todavía después de recibir al adorable Sacramento que encierra en sí mismo una virtud particular para reprimir y curar la hinchazón de nuestro orgullo: *O medicinam omnia tumentia comprimentem! Quae superbia sanari postet, si humilitate Filii Dei non sanatur?* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Carácter particular del orgullo.*—Desea aparecer: el humilde publicano se detiene cerca de la puerta del templo; el fariseo se adelanta hasta el altar. En su continente, en su pretendida oración, se ve que él se admira á sí mismo, y quiere que le miren. Si el orgullo desea exhibirse, algunas veces también se esconde: se disimula éste buscarse á sí mismo. Se quiere aparentar que el móvil de nuestras acciones es el deber; pero cuando se aparenta lo que no se siente fácilmente se echa de ver. Hasta la librea de la humildad sirve algunas veces de disfraz al orgullo.

PUNTO SEGUNDO.—*Inconsecuencia y locura del orgullo.*—¿Qué ha obtenido el fariseo con su orgullosa oración? ¿y qué sacó el publicano de su humildad? El mundo, ciego y todo

(1) *Humilius semper tibi placuit deprecatio.* (Judith, IX, 16).—*Oratio humiliantis se nubes penetrabit.* (Eclli., XXXV, 21).

(2) S. Aug. *De agon. Christ.*

como está, no estima sino á los que desprecian sus alabanzas. ¿Qué diríamos de un enano que se cree un gigante, tan sólo porque se ve en la cumbre de una montaña? ¿qué obtiene el orgulloso buscando honores y gloria? Desprecio por parte de los hombres; maldición y terribles venganzas por parte de Dios. ¡Oh Dios mío, yo os diré con el publicano: *Tened piedad de mí porque soy un gran pecador.*

MEDITACIÓN CI

DOMÍNICA XI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS. *Bene omnia fecit.* (Tom. II, p. 366).

Hacer bien todo lo que se hace: medio seguro para adelantar en la virtud.

MEDITACIÓN CII

DOMÍNICA XII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.
El buen Samaritano.

I. Jesucristo se presenta á sí mismo en figura de este hombre caritativo.

II. Quiere que sus discípulos, y sobre todo, sus Sacerdotes imiten su caridad.

PUNTO I

Jesucristo es el buen Samaritano de que nos habla el Evangelio (1).

Después de haber considerado el triste estado del pobre viajero, y condenado muy justamente la cruel insensibilidad del Sacerdote y del levita que le ven y pasan de largo, admiremos la conducta del caritativo extranjero; ésta es figura de lo que es Jesucristo para con nosotros: *Samaritanus quidam, iter faciens, ve-*

(1) Luc., X, 30.

nit secus eum. ¿Por qué el Hijo de Dios ha venido á vivir entre los hombres? Su amor es lo que lo determinó á este viaje; así nos lo dice la Iglesia (1): *Iter faciens.* El sabía dónde estábamos nosotros, á qué estado tan horrible habíamos sido reducidos por el pecado, los bienes de que éste nos había privado y las heridas que nos había hecho. Si El no hubiese venido, nosotros habríamos padecido la más horrible de las muertes; puesto que un infierno eterno nos estaba preparado. Jesús sabía también que nosotros éramos todavía más criminales que desgraciados; eslavos rebeldes, habíamos tomado las armas contra El, y era nuestro propósito no desistir de nuestra rebelión... Y en estas circunstancias El se acerca á nosotros: *venit secus eum*; no ya para castigarnos y perdernos, como pedía su justicia; sino para reconciliarnos con El y salvarnos. El se revisió de nuestras enfermedades para curarlas, se cargó con nuestras deudas para pagarlas; de nuestros crímenes para expiarlos. Nosotros nos habíamos hecho tantas heridas mortales, como pecados graves habíamos cometido; y este amigo generoso viene á poner sobre nuestras llagas el remedio de su gracia. ¡Qué rasgo de misericordia tan conmovedor!

El buen Samaritano, vivamente impresionado á la vista del desdichado que está nadando en su sangre (2), vena sus llagas después de haberlas lavado con aceite y vino (3), y le prodiga todos los cuidados posibles (4). Queda con él todo el día y la noche siguiente. Poco le importa que sufran menoscabo sus negocios: el asunto importante para él es asistir á un hombre que se va á morir si no se le socorre sin demora.

Cuando debe dejarle, provee á su porvenir, reco-

(1) *Amoris actus impetu.* (Hym. Adv.)

(2) *Et videns eum misericordia motus est.* (Luc., X, 33).

(3) *Et approprians alligavit vulnera ejus, infundens oleum et vinum.* (Ib., XXXIV).

(4) *Imponens illum in jumentum suum, duxit in stabulum, et curam ejus egit.* (Ib.)

mendándole al dueño de la hostería, y le deja dinero para ello. Quiere que nada se ahorre para curarlo. Que á su vuelta lo pagará todo, y que por tanto no se repare en gastos (1).

¡Oh cuán débil es la figura frente á la realidad! Llegando á nosotros, y viendo nuestras miserias, ¿qué no hizo Jesucristo para remediarlas? ¿Acaso puso límites á su compasión? Sus bienes, su reposo, su reputación, su misma vida, todo lo sacrificó por nosotros. Aún muriendo no nos abandonó; nos confió á la Iglesia, depositaria de sus tesoros. Encargó á sus ministros que continuasen los mismos cuidados; El los recompensará largamente de lo que hagan por nosotros.

Si yo hubiese estado en el lugar de aquel peregrino ¿cuáles hubiesen sido mis sentimientos hacia mi bienhechor? ¿Hubiese yo dejado escapar alguna ocasión de atestiguarle mi gratitud? ¿Hubiese querido emplear para su servicio aquella vida que él me conservara con su caridad? ¡Oh alma mía! ¿No es esto lo que tú debes á Jesús? ¿No debes más todavía á tu Dios y Salvador *qui sanat omnes infirmitates tuas, qui redimit de interitu vitam tuam... qui replet in bonis desiderium tuum?* Bendice, pues, al Señor y no olvides nunca los bienes inapreciables que de él has recibido: *Benedic, anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus.* Pero bendecir á Dios no basta. Escucha lo que El te dice, y aprenderás lo que El espera de tu agradecimiento: *Vade, et tu fac similiter:* haz tú por los otros lo que El ha hecho por ti.

(1) *Et altera die protulit denarios, et dedit stabulario, et ait: Curam illius habe; et quodcumque supererogaveris, ego, cum rediero, reddam tibi.* (Luc., X, 35).

PUNTO II

Jesús quiere que sus discípulos, y sobre todo sus Sacerdotes imiten su caridad para con el prójimo

No hay ningún punto de la ley sobre que Jesucristo insista tanto en sus instrucciones como éste. Ya nos dice que Dios usará con nosotros la misma medida que hubiéremos usado con los demás: ya nos repite que cuanto más indulgentes y misericordiosos fuéremos con nuestros hermanos, tanto más lo será Dios con nosotros. Otras veces nos declara que debemos amar también á los que nos odian, si queremos ser semejantes á nuestro Padre Celestial, el cual ordena al sol que fecunde el campo del justo como el del injusto, etc. Podríamos decir que de esta obligación capital El habla á tiempo y fuera de tiempo.

¿Van á preguntarle cuál es el primero de todos los mandamientos? Después de haber respondido á eso, añade en seguida: «el segundo es parecido á éste; y consiste en amar á su prójimo como á sí mismo.» Hace más todavía: este precepto El lo hace suyo, y se lo da como mandato particular á sus discípulos. ¿Y cuándo? La víspera de su muerte, cuando habla á sus discípulos con la mayor expansión de amistad. Nunca su lenguaje había estado impregnado de tan tierna caridad: *«Filioli, adhuc modicum vobiscum sum.* Ya pocos momentos me quedan para estar con vosotros; y estos breves instantes los quiero emplear en repetiros lo que muchas veces os he dicho: amaos unos á otros como yo os di el ejemplo: hé ahí mi precepto, el mío; el que más me interesa que cumpláis fielmente: *Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos... Hæc mando vobis:* á esa señal el mundo os conocerá, y Yo mismo os reconoceré por mis discípulos.» Después de tan vivas recomendaciones, El levanta los ojos al cielo y pide á su Eterno Padre primero por sus apóstoles y Sacerdotes; después, por todos aquellos que por el ministerio de la Iglesia, creerán en El. ¿Qué pide en particular para

unos y otros? Que sean una cosa sola por el amor recíproco, como El y el Padre son una cosa sola por naturaleza (1). ¡Oh santa unión de los corazones, imagen de la unidad de Dios en tres personas! ¡Oh caridad fraterna, tan amada por el Corazón de Jesús! El ministerio sacerdotal es el encargado de establecerla y perfeccionarla sobre la tierra!

Pero los Sacerdotes tienen aquí, sobre todo, un hermoso modelo de la conducta que deben guardar para con los pecadores: procuren imitar todos sus rasgos. El piadoso Samaritano vence la repugnancia que naturalmente le causa el espectáculo que se ofrece a su vista, se le acerca. Así, por desesperado y repugnante que pueda parecer el estado de una alma entregada al pecado, el buen Sacerdote se guarda muy bien de alejarse de ella; él se acerca todo lo posible, la busca, hace cuanto puede para inspirarle confianza: *Venit secus eum*. Obtenido esto, *venda* las llagas de esta pobre alma: va al origen del mal, y empieza por detener el curso de las pasiones viciosas; mientras no pare la hemorragia es imposible la curación: derrama sobre las llagas aceite y vino, símbolos de la dulzura y de la firmeza que el buen Sacerdote sabe usar con justa medida. No se limita á vendar las heridas del pecador: él lo aleja de las ocasiones peligrosas y lo coloca en lugar seguro. Después sigue cuidando de él por sí mismo ó por otros: lo fortifica, lo anima, lo consuela en sus penas, lo mantiene en los buenos deseos, evita sus inconstancias uniéndolo fuertemente á Dios. No es posible expresar con palabras toda la paciencia, todos los cuidados que debe usar el médico espiritual en esta convalecencia de las almas. San Bernardo daba gracias á Dios de que hubiese esparcido sobre las llagas de su alma más aceite que vino (2): el Divino Médico

(1) *Ut sint unum, sicut et nos unum sumus. Ego in eis et tu in me: ut sint consummati in unum.* (Joan., XVII, 22.)

(2) *Oleum infudisti vulneribus meis, Domine! infudisti et vinum, sed minus quam olei. Sic nempe congruebat infirmitatibus meis, ut misericordiam superexaltares iudicio, quemadmodum et vino oleum supernat infusum.* (In Cant.)

hace lo mismo con nosotros, al curar nuestras enfermedades.

En los cuidados que yo presto á mis corderos enfermos ¿domina también la bondad, la dulzura y una indulgente compasión?

Preparándome para celebrar, yo pediré perdón á Jesucristo de haber observado tan malamente este precepto, especialmente en lo que concierne á mi espíritu de sacrificio para con las almas extraviadas. Todos los días Jesús me da su Corazón en la celebración de los Santos Ministerios: ¿cuándo participaré yo de su tierna caridad hacia los pecadores?

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Jesucristo es el buen Samaritano del Evangelio.*—¿Por qué vino al mundo y se acercó á nosotros? El sabía donde estábamos y el triste estado á que habíamos sido reducido por el pecado. Él vino á nosotros no para castigarnos, sino para curar nuestros males y salvarnos. Todo lo sacrificó por nosotros: sus bienes, su reposo, su honra, y su vida. Nos confió á los cuidados de la Iglesia y de sus ministros: Él los recompensará de lo que hagan por nosotros. Alma mía, da gracias al Señor, y no olvides nunca lo que has recibido de su bondad.

PUNTO SEGUNDO.—*Jesús quiere que sus discípulos, sobre todo los Sacerdotes, imiten su caridad.*—No hay ningún punto de doctrina sobre el cual Jesucristo insista tanto: continuamente nos recuerda este deber capital. Adopta como suyo particular el mandato de la caridad paterna. *Amaos unos á otros como yo os he amado primero: este es mi precepto.* El mío: es decir el que más me importa observéis perfectamente. ¡Oh santa unión de todos los corazones, imagen de la unidad de Dios en tres personas distintas! La caridad da comienzo en este mundo á la sociedad de los escogidos. Pero sobre todo yo tengo aquí un hermoso modelo que imitar tocante á mi conducta para con los pecadores.

MEDITACIÓN CIII

DOMINICA XII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Nonne decem mandati sunt? Et novem ubi sunt?*
(Luc., XVII, 17.)

Ingratitud hacia Dios.

- I. En qué consiste.
- II. Cuán criminal es.
- III. Cuán funesta.

PUNTO I

En qué consiste la ingratitude hacia Dios

Es el extremo opuesto del agradecimiento. Esta virtud nos lleva al cumplimiento de tres deberes: pensar en los beneficios, agradecer al bienhechor, y usar bien de sus dones: tres deberes que cumplió primorosamente el leproso cuya gratitud se nos propone á nuestra imitación. Tan pronto como se siente curado, dirige su espíritu, su corazón, sus pasos hacia aquel á quien es deudor de tan grandes beneficios. *Ut vidit quia mundatus est, regressus est.* Glorifica á Dios en alta voz. *Cum magna voce magnificans Deum.* Se arroja á los pies de Jesucristo, como para entregársele y para consagrar á su servicio la salud que le ha devuelto. *Cecidit in faciem ante pedes ejus, gratias agens.* El hombre ingrato con Dios hace todo lo contrario. Lejos de guardar en su espíritu las gracias que de El ha recibido, las olvida; en vez de agradecerlas al Señor, desconoce que las ha recibido de El, se las atribuye á sí propio, cuando debía emplearlas en servirle, abusa de ellas para ofenderle.

Al ver cómo fueron esos diez leprosos al encuentro del Salvador, deteniéndose luego por respeto y pidiéndole con tanto ardor, una mirada de compa-

sión. *Jesu praeceptor, miserere nostri,* hubiérase creído que, al ser escuchados, nada podría borrar de su memoria un beneficio tan vivamente deseado. Pero tan pronto como lo han recibido, todos lo olvidan á excepción de uno solo. La alegría misma del beneficio, y el placer de esta alegría, borra de su espíritu el pensamiento del bienhechor. Este olvido criminal es reprochado con frecuencia al pueblo antiguo (1). Pero ¡ay! ¿acaso nosotros lo merecemos menos?—Pensamos en el bien que poseemos; pero desconocemos su principio. En vez de dar gloria á Dios, se busca la honra para sí mismo. *Non est inventus qui rediret et daret gloriam Deo.* Si no se dice con loco atrevimiento: *Manus nostra excelsa, et non Dominus, fecit haec omnia* (2), se pretende al menos compartir con Dios la gloria del éxito. El hombre en su orgullo, quisiera debérselo todo sólo á sí propio, y como no lo puede, se esfuerza en disminuir su deuda. Pero el colmo de la ingratitude es el ultrajar á su bienhechor, y volver contra El sus propios dones. Este es otro reproche que Dios hace á su pueblo: «Hijos de Jacob, vosotros no me habéis invocado; Israel, no os habéis consagrado á mi servicio... Lejos de eso habéis abusado de mis beneficios, y me habéis convertido en esclavo vuestro usando de mí para ofenderme» (3). Oh! cuán frecuente es esta profanación de los dones de Dios, aun entre los hombres del Santuario! ¿Cuál es el Sacerdote que se atreviera á decir: Jamás han sido puestos al servicio de ninguna inclinación desordenada, de ninguna secreta ambi-

(1) *Oblitus es Domini creatoris tui.* (Deut., XXXII, 18.)
Non fuerunt memores multitudinis misericordiae tuae. (Ps. CV, 7.)—*Obliti sunt Deum qui salvavit eos.* (Ibid., XXI.)—*Obliti sunt benefactorum ejus et mirabilia quae ostendit eis.* (Ps. LXXVII, 11.)

(2) Deut., XXXII, 27.

(3) *Non me invocasti, Jacob, nec laborasti in me, Israël; non obtulisti mihi arietem holocausti tui, et victimis tuis non glorificasti me... Servire me fecisti in peccatis tuis.* (Is., XLIII, 22, 24.)

ción ni vanidad, los talentos que el Señor me ha confiado y los dones que de El he recibido?

PUNTO II.

¿Cuál es en sí el crimen de la ingratitud hacia Dios?

Puedo ya formarme una idea de esto por las reflexiones que acabo de hacer. Algunas consideraciones más van á descubrirme toda su enormidad.

El hombre ingrato roba á Dios el único tributo que este Soberano Señor puede y quiere recibir de su criatura inteligente. Esto dice el Señor: *Audi, populus meus, et loquar: Israel, et testificabor tibi: Deus, Deus tuus ego sum* (1). Escucha, oh pueblo mío; no puedes dejar de conocer que yo soy tu Dios, y que habiendo recibido de Mí lo íntimo de tu sér con todos los bienes que posees, es justo que me des testimonio de tu gratitud por alguna ofrenda. ¿Pero qué podrás ofrecerme? Yo no necesito víctimas ni templos. ¿Qué se me puede dar que ya no me pertenezca? Sólo hay una cosa que yo tengo empeño en recibir de ti: y es un sacrificio de alabanza, en reconocimiento de mis beneficios: *Immola Deo sacrificium laudis: et redde Altissimo vota tua* (2). Y es eso precisamente lo que el hombre ingrato rehusa á Dios.

Hay más aún: poco le importa al ingrato que el Señor sea privado del fruto de las obras de la Creación y conservación del mundo material. La fe y la razón nos demuestran que el primer Sér, el Sér infinito no puede trabajar sino para Sí mismo: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* (3). ¿Qué se ha propuesto en todo cuanto ha hecho El? Su gloria únicamente. Las criaturas insensibles la acatan, cada cual, á su manera, y de todas puede decirse lo que de los Cielos afirmó el Real Profeta.

(1) Ps. XLIX, 7.

(2) Ibid.

(3) Prov., XVI, 4.

Cæli enarrant gloriam Dei. Es cierto que ellas carecen de lengua para hablar; pero su belleza, su utilidad..... invitan al hombre, para quien han sido hechas, á alabar, á bendecir, á dar gracias á su bienhechor común. Si el hombre no lo hace, priva á Dios, en cuanto le es posible, del fruto de sus trabajos; impide á sus criaturas llenar su fin, y él mismo se hace inútil, á pesar de haber sido sacado de la nada sólo para prestarles su voz, y ponerlas en estado de glorificar al Señor.

Finalmente el último atentado que encierra la ingratitud, es el ser ella la negación de Dios. Para el hombre ingrato, Dios ya no es esa fuente adorable de la cual fluye todo bien, ni ese último fin al cual debe todo convertirse. Audaz, se sustituye él al primer principio, atribuyéndose las ventajas que posee como si procediesen de sí mismo y en vez de glorificar por ellas al Autor de todo bien, guarda para sí el honor. Consiste en esto, según San Agustín, la esencia del orgullo y de la ingratitud que es su efecto: *Quid est superbia, nisi perversæ celsitudinis appetitus? Perversa enim celsitudo est deserto eo cui animus adherere debet principio, sibi quodam modo fieri atque esse principium.* No es, pues, de admirarse si el mismo Doctor le dice á Dios: *Scio quod ingratitudo multum tibi displiceat* (1) y San Bernardo: *Nihil ita displicet Deo, præsertim in filiis gratiæ..... quemadmodum ingratitudo* (2). ¡Oh Sacerdotes, no sois únicamente los hijos de la gracia; sois sus padres, por cuanto la producís en el alma del prójimo; mucho más criminal sería por esto en vosotros un vicio ya tan horrible en los simples fieles!

(1) Solil. XVIII.

(2) Serm. de 7 mis.

PUNTO III

Funestos resultados de la ingratitud hacia Dios.

Dice San Bernardo que este odioso vicio es el mayor enemigo del alma, el aniquilamiento de sus méritos, la ruina de sus virtudes, la pérdida de los beneficios que había recibido. Es un viento abrasador que seca y agota la fuente de los dones celestiales (1). Es la perversidad del corazón, que quita las primeras gracias é impide las segundas, porque el ingrato merece perder el bien que posee y no es digno de obtener el que le falta. El santo doctor expresa su pensamiento por esta comparación: Si oponéis á un río cualquier obstáculo que le impida correr hacia el mar á donde debe dirigirse, ¿qué es lo que sucede? Por de pronto ha de corromperse el agua del río: *Fluminis aqua si stare coeperit et ipsa putrescet*; luego será rechazada la que venía de la fuente de origen: *Et aqua superveniens repellitur*. Es esto lo que acaece al alma desagradecida. Su mala disposición impide que los dones que había recibido vayan adonde ellos tendían, á la gloria de Dios y á su propia santificación, estos dones se pierden y se corrompen por su negligencia; pero además queda contenido el curso de las otras gracias. Dios le niega los nuevos bienes que le destinaba, y de los cuales se ha hecho indigno: *Sic plane gratiarum decursus cessabit, si recursus non fuerit: non modo nihil augetur ingrato, sed et quod acceperat vertitur ei in perniciem* (2). «Puesto que tú me olvidas, ciudad ingrata, dice el Señor á Jerusalén, llevarás el castigo de tu crimen: *Quia*

(1) *Ingratitudo inimica est animæ, exinanitio meritum, virtutum dispersio, beneficiorum perditio... ventus urens, siccans fontem pietatis, rorem misericordiæ, fluentia gratia.* (Serm. LI in Cant.)

(2) S. Bern., *ibid.*

oblita es mei... tu quoque porta scelus tuum (1). Y ¿cuál es este castigo? Dios nos lo advierte por el Profeta Oseas: «No tendré ya compasión con la casa de Israel: castigaré su olvido mediante el olvido mío: *Non addam ultra misereri domus Israël; sed oblivione obliviscar eorum* (2). ¡Castigo terrible, que conduce á la reprobación eterna!

Temamos las funestas consecuencias de la ingratitud, y tengamos horror al pecado que ella contiene, sobre todo cuando el culpable es un Sacerdote. Para preservarnos, pensemos con frecuencia en nuestra vocación y en los beneficios que le están unidos; ó más bien conformándonos con el consejo del Apóstol, ofrezcamos continuamente á Dios sobre el altar de nuestro corazón la hostia de nuestra alabanza: *Offeramus hostiam laudis semper Deo* (3), á fin de que nuestra fidelidad y agradecimiento atraigan sobre nosotros beneficios siempre nuevos y cada vez más excelentes: *Ut de perceptis muneribus gratias exhibentes, beneficia potiora sumamus* (4).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*En qué consiste la ingratitud hacia Dios.*

—Es el extremo opuesto del reconocimiento. Pensar en los beneficios, agradecer al bienhechor, hacer un buen uso de sus dones: ved lo que la gratitud impone, y lo que hizo el leproso curado. El hombre ingrato con Dios hace todo lo contrario: olvida el beneficio, desconoce á su autor, ultraja al soberano bienhechor con sus propios dones. ¡Oh, cuán frecuente es esta indigna profanación de los dones de Dios!

PUNTO SEGUNDO.—*Crimen de la ingratitud hacia Dios.*—El hombre ingrato roba á Dios el único tributo que quiere recibir de sus criaturas inteligentes: «No tengo necesidad, dice

(1) Ezech., XXIII, 35.

(2) Os., I, 6.

(3) Heb., XIII, 15.

(4) Missal.

el Señor, de vuestros dones, ni de vuestras víctimas. Sólo hay una cosa que deseo de vosotros, es un sacrificio de alabanza en cambio de mis beneficios.» Todas las criaturas aún insensibles, cantan la gloria de Dios, y nos invitan á bendecirle... Si no lo hacemos, privamos á Dios, en cuanto de nosotros depende, del fruto de sus trabajos. El hombre ingrato se sustituye al primer principio, atribuyéndose las ventajas que posee, ó que cree poseer, como si procediesen de él.

PUNTO TERCERO.—*Crimen particularmente funesto.*—Dice San Bernardo que la ingratitud es un viento abrasador que seca el rocío de la gracia y agota su manantial. «Ciudad ingrata, dice el Señor á Jerusalén, puesto que tú me olvidas, te olvidaré yo mismo!» Castigo formidable que conduce á la reprobación.

MEDITACIÓN CIV

DOMÍNICA XIV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Nolite solliciti esse, dicentes: Quid manducabimus, etc.*—El buen Sacerdote honra á la Providencia.—(T. II, p. 307).

MEDITACIÓN CV

DOMÍNICA XV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Ecce defunctus efferebatur.*—La muerte.—(T. I, p. 328).

MEDITACIÓN CVI

DOMÍNICA XVI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Recumbe in novissimo loco.*—La humildad le es sumamente necesaria al varón apostólico.—(T. II, p. 231).

MEDITACIÓN CVII

DOMÍNICA XVII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.*—El amor de Dios.—(T. III, p. 351).

MEDITACIÓN CVIII

DOMÍNICA XVIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Ecce offerbant ei paralyticum.*—Cuidados de los enfermos.—(T. III, p. 190).

MEDITACIÓN CIX

DOMÍNICA XIX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*El banquete Eucarístico.*

I. Este banquete sobrepuja en excelencia á todos los festines del mundo.

II. ¿Cuál es la vestilura nupcial que se debe llevar para tomar parte en él?

PUNTO I

El banquete eucarístico es infinitamente preferible á todos los festines del mundo

¿Quién es el que lo da? Es el rey inmortal de los siglos. El une á su Hijo con la Iglesia mediante los lazos más indisolubles: la Cena Eucarística es el festín de las bodas. Es Dios el que convida; y lo hace como quien es. Isaías vislumbró la magnificencia de este banquete divino; por esto decía: «El Señor de los ejércitos ha preparado para todos los pueblos un festín sobre esta montaña, un convite en el que se servirán los manjares más escogidos, los vinos más delicados» (1). La Iglesia, compuesta de todos los pueblos, llama á todos sus hijos para que vengan á este convite preparado por su Esposo adorable. Ella se

(1) *Faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium vindemiae, pinguium medullatarum, vindemiae defecatae.* (Is., XXV, 6.)

sirve de vosotros, ¡oh Sacerdotes! para invitarles á venir: ella quiere que uséis la instrucción, que les déis prisa, y si es necesario que uséis una santa violencia para obligarlos á que vengan y entren en la sala nupcial: *Ite ad exitus viarum, et quoscumque inveneritis, vocate ad nuptias* (1).—*Exi cito in plateas et vicos* (2).—*Exi in vias et sepes, et compelle intrare* (3). ¡Ah! si los hombres conocieran el bien que les hace Jesús, y el bien que les ofrece al decirles: *Venite, comedite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis* (4) ¡con qué ardor se precipitarían en la casa de Dios para recibir el don celestial!—*O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis ejus, mens impletur gratia, et futurae gloriae nobis pignus datur!*

Meditando cada una de esas palabras comprenderéis y haréis comprender á los fieles las diferencias que existen entre este banquete eucarístico, y los más grandes festines del mundo. Estos son profanos: en ellos no se busca la gloria de Dios, ni la dicha eterna del hombre. El festín de Jesús es sagrado: *O sacrum convivium!* En él todo es santo, todo va dirigido á glorificar á Dios y á santificar las almas. En efecto, la Comunión es el medio más poderoso para formar los santos.

Los banquetes del mundo son más buscados y celebrados, á medida que aumenta el número y la variedad de los manjares. Es necesario que los haya para todos los gustos: y como ningún alimento terreno puede reunir en sí todos los sabores, tampoco puede satisfacer y hartar enteramente.

En el banquete de Jesús se sirve un manjar solo, y es Jesucristo mismo: *In quo Christus sumitur*. Este pan de vida descende del cielo: como es un bien infinito y principio de todos los bienes, así contiene todo lo que puede desear el corazón del hombre. Mucho

- (1) Matth., XXII, 9.
- (2) Luc., XIV, 21.
- (3) Ibid., 23.
- (4) Prov., IX, 5.

más que el maná, en el cual estaba figurado, El hace probar á los hombres las más puras delicias, y satisface todos los más nobles apetitos del alma: *Quid mihi est in caelo, et a te quid volui super terram?*

En los festines del mundo la conversación no puede tratar de la muerte, no se puede hablar de penas y aflicciones: ahí no se quiere oír sino discursos que halaguen las inclinaciones del goce. En el banquete Eucarístico todo recuerda la Pasión y Muerte del Hijo de Dios: se hace memoria de ella: *Recolitur memoria passionis ejus*. Por una parte ese recuerdo es amargo; pero al mismo tiempo ¡cuánta dulzura encierra en sí! *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me*. ¡Cuán útil es este recuerdo por los sentimientos que inspira, por las virtudes que fomenta, y por el impulso que da hacia la perfección!

Al acabar los festines del mundo, se sale de ellos con el cuerpo agravado por la cantidad de alimento y á veces en perjuicio de la salud. El alma casi siempre sale herida por alguna ofensa á Dios: ó al menos incapaz de aplicarse á las funciones del espíritu. Al contrario grandísimo es el provecho que el alma de vida interior saca siempre del banquete eucarístico. No se recibe allí una gracia particular; sino la plenitud de ellas; se recibe la fuente misma de todas las gracias: *Mens impletur gratia*.

De esto se sigue una última diferencia, que es consecuencia de las otras. Los festines del mundo, ya sea por los abusos que se cometen en ellos, ya sea por las ocasiones de pecado que ofrecen, á menudo producen la pérdida del alma y del cuerpo.

La piadosa participación al banquete eucarístico salva al hombre y le da la prenda de su predestinación: *Et futurae gloriae nobis pignus datur*. «Una comunión bien hecha es una carta de recomendación para el cielo» (1).

Siendo así que este manjar sagrado obra sobre el cuerpo y sobre el alma, todas las veces que lo tomamos dignamente imprime en nosotros el sello de la

- (1) P. Ch. Lallemand.

vida eterna: *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam*, y pone en nuestra carne un germen de gloriosa resurrección: *Et ego resuscitabo eum in novissimo die* (1). ¿Habéis hablado alguna vez á los fieles de los grandes tesoros que pueden sacar de la comunión? Vosotros mismos Sacerdotes habéis pensado en ello? Porque vosotros no sois tan sólo los encargados de invitar, de preparar el festín del gran rey, no sois tan sólo los encargados de hacer los honores de su mesa en calidad de ministros: sino que sois también los primeros invitados: si es verdad que todos reciben de vosotros el pan celestial, también lo es que todos lo comen después de vosotros. ¿Qué le debéis á Jesucristo bajo este doble aspecto?

PUNTO II

¿Cuál es la vestidura nupcial que el Sacerdote debe llevar al banquete eucarístico?

¿Habéis pensado alguna vez en esto: ¡El santuario profanado por el mismo á quien había sido confiada su custodia!—En otra parte hemos considerado lo horrible de este atentado; de ese crimen tan espantoso: ¡una Misa sacrilega! Por el Evangelio de hoy podemos argüir cuál será el castigo: *Amice, quomodo huc intrasti non habens vestem nuptialem? ... Tunc dixit rex ministris: Ligatis manibus et pedibus ejus, mittite eum in tenebras exteriores; ibi erit fletus et stridor dentium*. Esta vestidura nupcial es la caridad (2); ¡y cuán perfecta debe ser ella en el amigo privilegiado de Jesús, que sube todos los días al altar, y todos los días participa del celestial banquete! Se puede comparar el corazón de los fieles á esas hosterías, donde el príncipe no entra sino de paso, y en las cuales se

(1) Joan., VI, 55.

(2) *Qui debemus intelligere per vestem nuptialem nisi caritatem?* (S. Greg., Hom. 33, in Evang.)

contenta con lo necesario sin buscar espléndidos adornos. Pero no es así del palacio que él fabricó y amuebló para establecer allí su morada habitual: en él todo ha de ser digno de la magnificencia real. —¡Sacerdotes! Vuestra alma es el palacio del monarca universal: él prodigó tesoros para adornarlo con todas las virtudes: y ¿podéis creer que El se halle satisfecho no encontrando ahí más que disposiciones comunes, una justicia ordinaria? Los santos doctores os dicen que vosotros debéis resplandecer de santidad como el sol resplandece de luz (1); que habiendo sido vosotros preferidos á los ángeles para favores de precio tan eminente, vuestra vida debe ser más angelical que humana (2). Meditad la enseñanza de la Iglesia en el Concilio Tridentino: *Si necessario fatemur nullum aliud opus adeo sanctum ac divinum a Christi fidelibus tractari posse, quam hoc ipsum tremendum mysterium... satis etiam apparet omnem operam et diligentiam in eo ponendam esse, ut quanta maxima fieri poterit interiori cordis munditia et puritate, atque exteriori devotionis ac pietatis specie peragatur*. (3).

Al lenguaje de la palabra añade la Iglesia el de las acciones y de las figuras. Antes de permitirnos el ejercicio del más sublime de nuestros ministerios, ella nos lleva á un lugar santo, donde se guardan las insignias de nuestro sacrificio. Allá, como en el vestibulo del Cielo, ella nos prepara á comparecer ante el trono de Dios. Ella bendijo los ornamentos sagrados; y al revestirnos de ellos, por la significación que les da, hace de nosotros la viva imagen de su Esposo, tal como estaba durante su divina Pasión: amito, cingulo, manipulo, estola, etc.; todo figura las humillaciones y los padecimientos de

(1) *Solaribus radiis puriorem esse oportet animam sacerdotis... Luminis instar universum orbem illustrantis splendescere debet*. (S. Chrys., *De Sacerd. lib. 6.*)

(2) *Potius angelicam quam humanam debent conversationem habere*. (S. Laur. Just. Serm. de Euch.)

(3) Trid. Sess. 22.

Jesús. Ella quisiera revestir á su representante de pureza, mediante el alba que la figura; de caridad, mediante la casulla que la simboliza.... En fin, con todos los medios ella nos recuerda que para entrar en el *Sancta sanctorum* es necesario una santidad eminente.

Pero ¡ay! ¿Cómo nos disponemos al divino sacrificio y al festín sagrado que le sigue? ¿Por qué tan sólo en los Sacerdotes más separados del mundo, de vida más interior, encontramos ese temor saludable, que lejos de excluir la confianza es el fundamento más sólido de ella? «Yo temo, dice el Padre Berthier, que la víctima adorable que tantas veces tengo entre mis manos, no se levante algún día contra mí para poner el sello á mi reprobación. Para esto no es necesario caer en crímenes vergonzosos, apartarse totalmente de los principios de la religión..... Una vida tibia, muelle, sensual; vistas humanas en los detalles de nuestras acciones; un corazón que no piensa en Dios durante la oración; ocupaciones profanas y discursos inútiles; empresas de interés ó de ambición; un olvido casi continuo de la mortificación cristiana..... una sensibilidad extremada tocante á todo lo que se refiere á la estimación de los hombres; en fin, mucho amor propio y poco amor á Dios, es suficiente para precipitar á un Sacerdote hasta al fondo del abismo» (1).

Examinaos seriamente sobre este punto tan importante y seguid el consejo que os da San Ambrosio: *Mutet vitam qui vult accipere vitam: nam si non mutat vitam, ad iudicium accipiet vitam* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*Excelencia del Banquete eucarístico.*—Es Dios quien sirve, y lo hace como quien es. *Venid, nos dice,*

- (1) Reflex. spirit., c. X, I. Corinth.
(2) Serm. dom. 4 Adv.

comed mi pan y bebed el vino que os he preparado (1).—*O sacrum convivium!* ¿Por qué *sacrum*? Porque en él todo es santo, y especialmente el alimento: *in quo Christus sumitur*. Maravillosas cosas que este banquete nos recuerda: *Recolitur memoria passionis ejus*. Abundancia y plenitud de gracia que se recibe: *Mens impletur gratia*. Frecuentar dignamente este sacramento es recibir la prenda de nuestra predestinación: *Et futurae gloriae nobis pignus datur*. Cada comunión bien hecha es una carta de recomendación para el cielo.

PUNTO SEGUNDO.—*Cuál es la vestidura nupcial que el Sacerdote debe llevar á este banquete.*—Para evitar una espantosa profanación basta tener la gracia santificante, es decir, la caridad; pero ¿cuán perfecta debe ser ésta en los amigos de Jesús! El alma del fiel es como una hostería en que el príncipe entra de paso; la vuestra, Sacerdotes, es el palacio de este gran rey: *Solaribus radiis puriorem esse oportet animam sacerdotis*. Sois preferidos á los ángeles para una función tan celestial: luego vuestra vida ha de ser más angelical que humana. ¿Cuánto se esfuerza la Iglesia para no enviar al altar más que hombres de santidad eminente!

MEDITACIÓN CX

DOMÍNICA XX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Credidit homo sermoni quem dixit ei Jesus.*—El poder de la fe.—(T. II, p. 138).

MEDITACIÓN CXI

DOMÍNICA XXI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Uso del talento sacerdotal.*

Assimilatum est regnum caelorum homini regi, qui voluit rationem ponere cum servis suis. (Matth., XXIII, 23).

Se puede reunir esta parábola á aquella de la cual se habló en el Capítulo XXV de San Mateo; lo mismo la una como la otra se aplican tan naturalmente á

- (1) Prov., IX.

Jesús. Ella quisiera revestir á su representante de pureza, mediante el alba que la figura; de caridad, mediante la casulla que la simboliza.... En fin, con todos los medios ella nos recuerda que para entrar en el *Sancta sanctorum* es necesario una santidad eminente.

Pero ¡ay! ¿Cómo nos disponemos al divino sacrificio y al festín sagrado que le sigue? ¿Por qué tan sólo en los Sacerdotes más separados del mundo, de vida más interior, encontramos ese temor saludable, que lejos de excluir la confianza es el fundamento más sólido de ella? «Yo temo, dice el Padre Berthier, que la víctima adorable que tantas veces tengo entre mis manos, no se levante algún día contra mí para poner el sello á mi reprobación. Para esto no es necesario caer en crímenes vergonzosos, apartarse totalmente de los principios de la religión..... Una vida tibia, muelle, sensual; vistas humanas en los detalles de nuestras acciones; un corazón que no piensa en Dios durante la oración; ocupaciones profanas y discursos inútiles; empresas de interés ó de ambición; un olvido casi continuo de la mortificación cristiana..... una sensibilidad extremada tocante á todo lo que se refiere á la estimación de los hombres; en fin, mucho amor propio y poco amor á Dios, es suficiente para precipitar á un Sacerdote hasta al fondo del abismo» (1).

Examinaos seriamente sobre este punto tan importante y seguid el consejo que os da San Ambrosio: *Mutet vitam qui vult accipere vitam: nam si non mutat vitam, ad iudicium accipiet vitam* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*Excelencia del Banquete eucarístico.*—Es Dios quien sirve, y lo hace como quien es. *Venid, nos dice,*

- (1) Reflex. spirit., c. X, I. Corinth.
(2) Serm. dom. 4 Adv.

comed mi pan y bebed el vino que os he preparado (1).—*O sacrum convivium!* ¿Por qué *sacrum*? Porque en él todo es santo, y especialmente el alimento: *in quo Christus sumitur*. Maravillosas cosas que este banquete nos recuerda: *Recolitur memoria passionis ejus*. Abundancia y plenitud de gracia que se recibe: *Mens impletur gratia*. Frecuentar dignamente este sacramento es recibir la prenda de nuestra predestinación: *Et futurae gloriae nobis pignus datur*. Cada comunión bien hecha es una carta de recomendación para el cielo.

PUNTO SEGUNDO.—*Cuál es la vestidura nupcial que el Sacerdote debe llevar á este banquete.*—Para evitar una espantosa profanación basta tener la gracia santificante, es decir, la caridad; pero ¿cuán perfecta debe ser ésta en los amigos de Jesús! El alma del fiel es como una hostería en que el príncipe entra de paso; la vuestra, Sacerdotes, es el palacio de este gran rey: *Solaribus radiis puriorem esse oportet animam sacerdotis*. Sois preferidos á los ángeles para una función tan celestial: luego vuestra vida ha de ser más angelical que humana. ¿Cuánto se esfuerza la Iglesia para no enviar al altar más que hombres de santidad eminente!

MEDITACIÓN CX

DOMÍNICA XX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Credidit homo sermoni quem dixit ei Jesus.*—El poder de la fe.—(T. II, p. 138).

MEDITACIÓN CXI

DOMÍNICA XXI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Uso del talento sacerdotal.*

Assimilatum est regnum caelorum homini regi, qui voluit rationem ponere cum servis suis. (Matth., XXIII, 23).

Se puede reunir esta parábola á aquella de la cual se habló en el Capítulo XXV de San Mateo; lo mismo la una como la otra se aplican tan naturalmente á

- (1) Prov., IX.

los Sacerdotes, que Origenes ha creído poder decir: *Servi hi soli sunt qui dispensatores verbi habentur, et quibus hoc est commissum, ut negotientur et facerent* (1).

I. Qué talento se nos ha confiado por la consagración sacerdotal.

II. Dicha del Sacerdote que hace valer con fidelidad el que ha recibido.

III. Desgracia del Sacerdote que entierra su talento.

PUNTO I

Qué talento me ha sido confiado el día de mi ordenación

Es al buen uso de los dones que se ha recibido, no á su gran número ó á su superioridad, que se deben los elogios y que serán dadas las recompensas; pero cuanto más excelentes, y múltiples son esos dones tanto mayor es la responsabilidad; ¿cuál es, según esto, la mía? Si los talentos naturales y puramente humanos me someten ya á una estrecha cuenta, ¿qué puedo pensar del talento celeste contenido en mi consagración sacerdotal?

Por ley general cuando Dios destina á un hombre para un empleo, le da al mismo tiempo todas las gracias que convienen á su vocación, y de las cuales necesita para cumplirla dignamente. Con infinita sabiduría establece Él la más perfecta proporción entre los medios y el fin. El fin del Sacerdote no es otro que el de Jesucristo *Sicut misit me vivens Pater, et ego mitto vos* ¿Qué gracias, qué poderes son necesarios á aquel que debe continuar la obra de la Redención, propagar el conocimiento y el amor de Dios, defender y consolidar á la Iglesia, santificar y consolar á las almas? ¿Qué dicen tocante esto, los santos doctores? *Potestas sacerdotis est sicut potestas divinarum personarum* (2).—*Sacerdotibus datum est, ut*

(1) Tract., VII, in Matth.
(2) S. Bern. Sen. Sem. XX.

potestatem habeant, quam Deus optimus neque Archangelis datam esse voluit: neque enim ad illos dictum est: Quodcumque ligaveritis super terram, etc. (1). Dios, dice Santo Tomás, ha puesto el sacramento del Orden en la Iglesia, á fin de que el que lo recibe dignamente llegue á ser en cierto modo semejante á Dios; coopere á la obra suya y, como el miembro más noble del cuerpo místico de Jesucristo, sirva al bien de los demás miembros. *Deus posuit Ordinem in Ecclesia, ut quidam aliis sacramenta traderent, suo modo Deo in hoc assimilati, quasi Deo cooperantes: sicut in corpore naturali quedam membra aliis influunt* (2).

Si, Señor, me habéis confiado el más rico, el más precioso de todos los talentos, cuando me admitisteis al honor de anunciar vuestra palabra de bendecir á vuestro pueblo, de presidir en la oración, de perdonar los pecados, y sobre todo de ofrecerlos á Vos mismo en sacrificio por los vivos y por los muertos: *Sacerdotem oportet offerre, benedicere, præesse, prædicare et baptizare* (3). Mirasteis al Cielo, desde la altura de vuestra Cruz, para glorificar en él á vuestro Padre; mirasteis la tierra para santificar en ella á los hombres, y el Limbo para librar á los justos; lo propio debe hacer vuestro ministro en sus diversas funciones y especialmente en el altar. El Cielo, la tierra, el purgatorio, están en expectativa según el uso que haga él de sus talentos; ¡ah! cuánto le importa á él mismo el usarlos santamente!

PUNTO II

Dicha del Sacerdote fiel en hacer valer sus talentos

Dichoso es él por su propia fidelidad; pero lo será mucho más con la gloria eterna que será su recompensa. Desde que él refiere sólo á Dios los dones que

(1) S. Chrys. lib. 3, de sacerdot. 4.
(2) Sum. theol. suppl. quæst. XXXIV.
(3) Pontif.

reconoce tener únicamente de su liberalidad, ya no se envanece por su brillo, ni desvaría por las alabanzas que ellos le procuran. Humilde en el éxito feliz, sin dejarse abatir en medio de las contradicciones y de las pruebas, su alma tranquila gusta siempre las dulzuras de la paz. ¡Cuántas delicias halla en este pensamiento: mi vida se emplea toda en el servicio de Dios y de mis hermanos: glorificar al Señor, y preparar criaturas que le son queridas para alabarle eternamente, compartiendo su soberana fidelidad, hé ahí toda mi ambición; no quiero tener otra!

PERO si vuestro ministro no os busca sino á Vos, Dios mío, ¿no le devolveréis gloria por gloria? ¿No le daréis la gloria del cielo en recompensa de la gloria del mundo que él ha despreciado por Vos? San Gregorio nos ha pintado á los Apóstoles, viniendo en el último día á presentar á Jesucristo el fruto de sus talentos: contemplemos tan admirable cuadro: *Unusquisque quid sit operatus ostendetur. Ibi Petrus cum Judæa conversa, quam post se traxit, apparebit; ibi Paulus conversum, ut ita dixerim, mundum ducens; ibi Andreas post se Achæiam, ibi Joannes Asiam, Thomas Indiam in conspectu sui judicis ducet* (1)... Pero en pos de esos héroes del apostolado evangélico que conquistaron pueblos y naciones, vendrán también todos los buenos Sacerdotes que trabajaron para ganar á Dios el mayor número de almas posible: *Ibi omnes dominici arietes, cum animarum lucris apparebunt* (2). Uno dirá: «Señor, me habéis confiado cinco talentos: he aquí otros cinco, fruto de aquéllos.» Otro dirá: «á mí me habéis dado dos, y yo os devuelvo cuatro.» A todos contestará Dios: «*Euge, serve bone et fidelis!*» La recompensa será en proporción de vuestra fidelidad: es decir, en proporción con el ardor de los deseos, en proporción con la pureza de los motivos que han animado y dirigido vuestro celo: «el gozo mío no puede entrar en vuestros corazones; entrad, pues, vosotros mismos en el gozo de vuestro Señor.»--

(1) Hom., 17, in Evan.

(2) Ibid.

¡Oh alma mía! ¿qué trabajo podrá espantarte, si consideras que se trata de merecer esta corona y de evitar la triste suerte del siervo que escondió el talento?

PUNTO III

Desgracia del Sacerdote que deja improductivos los dones recibidos

El siervo al cual había sido confiado un solo talento, se acercó á su señor y le dijo: «*Yo sé que tú eres un señor austero y rígido* (1).» ¡Cómo ciega la pasión! Se acusa la ley cuando no hay valor para cumplirla! «*Tuve miedo, y escondí el talento* (2).» ¡Negligencia culpable! ¡Ilusión funesta! ¡Temer de perecer con los que naufragan, y olvidar la obligación en que se está de impedir á todo trance esta pérdida; olvidar que uno se pierde precisamente por la negligencia usada en salvar á los demás!

¿Y cómo será calificado este hombre que ni malgastó ni cultivó los dones recibidos? *Serve male et piger*. Omitir el bien que se debía hacer es un mal; rehusar el trabajo cuando se puede ser útil es una impiedad, una crueldad, según piensa San Agustín: *Nulli prodesse impium et crudele est* (3). Podemos juzgar de este crimen por la severidad del castigo. *Quintente el talento que tiene*: es despojado de las gracias y de los beneficios divinos; para él ya no existen: *arrójesele á las tinieblas exteriores*; es alejado para siempre de la presencia de Dios, y excluido de la gloria de los escogidos: *allá habrá llanto y rechinar de dientes* (4); es condenado al suplicio eterno.

La inercia del clero deja libertad á todas las pasiones, favorece todos los estragos del poder de las tinieblas; ¿habrá que maravillarse de que ella provoque

(1) Matth., XXV, 24.

(2) Ibid.

(3) *Enarrat in Ps. XCV.*

(4) Matth., XXV, 28.

tanto la cólera de la justicia de Dios? Lo que debe sorprender es el modo de obrar de ciertos Sacerdotes, los cuales después de algunos años de ministerio se apresuran á retirarse para llevar una vida casi inútil, como si ya nada debieran á Dios y á la Iglesia. Lo maravilloso es que tales Sacerdotes puedan leer y meditar estos divinos oráculos sin temblar. ¡Ministros de Jesucristo, cualesquiera que seáis, escuchad lo que dice el grande Apóstol; habla á vosotros lo mismo que á Timoteo! *Noli negligere gratiam, quæ in te est, quæ data est tibi*: Y tomad la resolución que os sugiere San Basilio: *Unusquisque, quocumque tandem dono eum Deus dignatus sit, id multiplicet, hoc ipso ad beneficentiam et utilitatem plurimum adhibito* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*El talento que me fué confiado el día de la ordenación.*—Las recompensas se darán según el uso que se haya hecho de los talentos recibidos, y no según el número de éstos. Ley general: Dios proporciona los medios al fin: el fin del Sacerdote es el mismo que el de Jesucristo. El Sacerdote debe continuar la obra de la Redención. Por tanto, su poder es extraordinario. *Potestas sacerdotis est sicut potestas divinarum personarum*. De lo alto de su Cruz Jesucristo mira al Cielo para dar gloria á su Padre; mira á la tierra para santificar á los hombres: mira al Limbo para librar á los Justos que estaban en El. Lo mismo hace el Sacerdote: el Cielo, la tierra, y el Purgatorio están esperando el empleo de los talentos que Dios le ha confiado.

PUNTO SEGUNDO.—*Felicidad del Sacerdote fiel en hacer fructificar sus talentos.*—El goza de su fidelidad misma. ¡Cuántas delicias halla en este pensamiento: mi vida se consume en el servicio de Dios y de mis hermanos! ¡Yo glorifico á Dios, y le preparo almas que le alaben por toda la eternidad compartiendo su gloria! Pues, si vuestro ministro, Dios mío! no busca más que vuestra gloria, Vos ¿no le devol-

(1) Regul. brev. 253.

veréis gloria por gloria? ¿La gloria de los escogidos, por la gloria mundana que él despreció? Ningún trabajo parece pesado si se piensa en la gloria que está preparada.

PUNTO TERCERO.—*Desgracia del Sacerdote negligente en negociar con sus talentos.*—Omitir el bien que se debe hacer, es un mal. Rehusar de ser útil cuando se puede, es una crueldad é impiedad, en el sentir de San Agustín.—Quítenle el talento que tiene y arrójenle á las tinieblas exteriores: allí habrá llantos y rechinar de dientes. La inacción del clero prepara el triunfo del infierno. *Noli negligere gratiam, quæ in te est*.

MEDITACIÓN CXII

DOMÍNICA XXII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari.*—(MATTH., XXII, 21.)

Deberes del clero para con los poderes temporales.

I. Enseñar á los pueblos sus obligaciones para con los gobernantes.

II. Darles ejemplo de fidelidad en cumplir estas obligaciones.

PUNTO I

El clero debe enseñar á los fieles sus obligaciones para con los gobernantes

Este punto de la moral evangélica es delicado; pero tiene una importancia particular que debe excitar y sostener nuestro celo. Al preguntar á nuestro Salvador si era lícito pagar tributo al César creían los Fariseos haberle preparado un lazo en que irremisiblemente había de caer, pues decían: «Si responde afirmativamente, pierde la estimación de sus compatriotas que consideran como usurpada la autoridad de los Romanos; pasa por tanto como traidor á su nación. Si niega la obligación de pagar el tributo, se declara enemigo de los Romanos; cualquier partido,

pues, que tome lo hará odioso ya al pueblo judío ya al poder soberano.

¿Qué hace Jesucristo? ¿Rehusa acaso contestar para no herir á nadie? No, y cualquiera que sea el abuso que pueda hacerse de sus palabras, pronuncia este oráculo que jamás será olvidado sino para desgracia de las naciones y pueblos: *Keddite quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei Deo.* Imitemos á nuestro modelo: seamos prudentes, pero hablemos; debemos decir la verdad á todos. Enseñemos á los fieles que ellos tienen una doble obligación para con sus superiores en el orden temporal: respetar su dignidad y someterse á su autoridad.

1.º La religión eleva al hombre hasta en las señales de respeto que le obliga á dar á los poderes temporales, porque ella enseña á los hombres á no darlas más que á Dios honrado en los depositarios de su poder.

Per me reges regnant, dice la Sabiduría eterna. No sólo los derechos del poder soberano vienen de Dios y están establecidos por su ley; sino también la elección de aquellos que se hallan revestidos de estos derechos es la obra de su Providencia: ya deban su elevación á su nacimiento, puesto que El es el dueño de la naturaleza, ya hayan llegado al poder por la elección, puesto que El asiste á todos los consejos. La majestad real es un reflejo de la majestad divina. *Deum time, regem honorificate* (1). El segundo de estos deberes, *regem honorificate*, es la consecuencia del primero, *Deum time*. San Pablo después de haber repetido frecuentemente que los príncipes son los ministros de Dios, añade: Dadle pues honor á quien debéis honor (2). Bossuet aplica á los reyes las palabras del profeta: Sois dioses é hijos del Altísimo.

Mas, ¡oh dioses de carne y sangre, oh dioses de tierra y polvo, morís como hombres! No importa, sois dioses aunque muráis; porque vuestra dignidad no

(1) I Petr., II, 17.
(2) Rom. XIII, 7.

muere, este espíritu regio pasa por completo á vuestros sucesores y produce en todas partes el mismo respeto, la misma veneración. San Gregorio Nacianceno predicando en presencia de los emperadores, les invita á pensar en ellos mismos para que contemplan en su propia grandeza el brillo de la majestad divina. «Oh monarcas, les dice, conoced en vosotros mismos el misterio de Dios: las cosas altas son sólo de El, él las reparte entre los inferiores. Sed pues súbditos de Dios, como sois su imagen.

La misma enseñanza se encuentra en todos los libros del Antiguo Testamento donde Dios nos manda respetar á los poderes temporales hasta en nuestros pensamientos: *In cogitatione tua regi ne detrahas* (1); allí se hallan delineados los bellos rasgos de este respeto: ¿hay cosa más admirable que el respeto que tuvo David á Saúl aún después de haberlo Dios elegido para reinar en su lugar y en el mismo tiempo en que aquel príncipe le perseguía con más furor?

2.º Debemos sumisión á la autoridad del César por el mismo concepto que debemos respeto á su dignidad. El monarca temporal es un delegado del monarca eterno. Causa admiración la insistencia con que Jesucristo y sus apóstoles inculcan esta verdad y sobre todo si se tiene en cuenta en qué manos estaba entonces el poder civil. El Salvador iba á morir; ¿qué dijo en aquella ocasión al Pretor romano, que tan mal usaba de su autoridad? *Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper* (2). Nada más terminante. Dios, que reina en el Cielo, es el que había dado á Pilato el poder que ejercía sobre Jesucristo. Sí; porque todo poder viene de Dios y todas las cosas existentes han sido por El establecidas; nada hay que reconozca otro origen (3). Los poderes que encontramos establecidos, *quæ sunt*, hé

(1) Eccle., X, 20.
(2) Joan., XIX, 11.
(3) *Non est enim potestas nisi a Deo: quæ autem sunt, a Deo ordinatæ sunt.* (Rom., XIII, 1).

aquí á lo que no podemos rehusar nuestra obediencia sin que se la rehusemos al mismo Dios (1), siempre que no manden cosa alguna que esté visiblemente en contra de lo preceptuado por Dios mismo: pues, de lo contrario lejos de ser los mandatarios de la Divinidad serían sus enemigos. Todos pues debemos estar sometidos á los poderes superiores no sólo por temor sino también por motivo de conciencia (2). San Pedro prohíbe distinguir entre los diferentes depositarios del poder: todos lo han recibido de Dios; debemos pues obedecer á todos: *«Subjecti estote omni humanae creaturae propter Deum: sive regi, quasi præcellenti: sive ducibus, tanquam ab eo missis»* (3). Idea sublime que de los soberanos nos da la fe. Ella nos los muestra investidos de un poder recibido de Dios; coloca su trono en lugar seguro, en la conciencia, donde el mismo Dios tiene el suyo. No admite ningún pretexto de sublevación, ni aún la misma idolatría, ó la apostasía. No reconoce causa alguna por la cual podamos negarle la obediencia á no ser como acabamos de decir, que manden algo que Dios prohíba ó prohíban lo que Dios manda: porque es justo obedecer á Dios más bien que á los hombres. No se dice que nos sublevemos contra los hombres para obedecer á Dios, porque la resistencia que en este caso se nos manda no consiste en oponer la fuerza á la fuerza, sino en sufrir y en morir.

Verdad es que si la Religión hace inviolable la autoridad de los príncipes consagrando sus derechos también les impone grandes deberes. Si ella nos los da como dueños, ella también les da á ellos un dueño temible. Si ellos hacen temblar á otros, la Religión los hace temblar á ellos; puesto que ella les dice que les espera un juicio severísimo, tormentos horribles, mayores que lo que puedan sufrir los hombres

(1) *Qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit.* (Rom., XIII, 2).

(2) *Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit..., non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam* (Ibid.).

(3) I Petr., II, 13.

que no han sido igualados á ellos en honor y en poder: *Judicium durissimum his qui præsumunt fiet.... Potentes potenter tormenta patientur* (1). Los Sacerdotes, apóstoles de la verdad, no pueden dejar á los pueblos en la ignorancia de estas graves obligaciones y deben ellos mismos cumplirlas con más perfección que aquellos á quienes las enseñan.

PUNTO II

El clero debe dar ejemplo de fidelidad en dar lo que es debido á los poderes de la tierra.

Nosotros somos los médicos de las almas y conocemos la enfermedad dominante de nuestra época. ¿Podríamos combatir eficazmente esta fiebre de independencia que se manifiesta todos los días con síntomas tan alarmantes y que pone en peligro á la sociedad misma, si los fieles no vieran en nosotros los modelos de respeto y de obediencia que les predicamos?

El Salvador se ha humillado hasta nacer en un establo, para someterse al caprichoso edicto de un emperador idólatra. Ha consentido morir crucificado, sin contradecir la inicua sentencia que le condenaba á este suplicio. Mientras formaba en el apostolado á los primeros obreros evangélicos, realizó un milagro, para enseñar á sus ministros cuánto debían evitar todo lo que pudiera desviarlos de esta obediencia y sumisión. Después de haber demostrado que no tenía obligación alguna de pagar tributo, dijo inmediatamente á Pedro, á quien destinaba para ser el jefe de la tribu sacerdotal: *Ut autem non scandalizemus eos, vade ad mare et mitte hamum; et eum pisces qui primus ascenderit tolle, et aperto ore ejus invenies staterem: illum sumens, da eis pro me et te* (2).

Sacerdotes de Jesucristo, regulaos siempre por los

(1) Sap., VI, 6 y 7.

(2) Matth., XVII, 26.

sentimientos y conducta de vuestro adorable Maestro: palabras, acciones, todo ha de servir en vosotros para sostén del gran principio de la subordinación tan quebrantado en nuestros días. Las temerarias censuras que se han hecho de la autoridad, han sido más de una vez preludio de criminales sublevaciones que la hicieron sucumbir; lejos de tomar parte en ellas, impidámoslas en la medida de nuestras fuerzas. Suframos algo, suframos más bien que dar ocasión á la malevolencia; y miremos estas pruebas como una gracia preciosa: *Hæc est enim gratia si propter Dei conscientiam sustinet quis tristitias patiens injuste* (1). En fin pidamos, como San Pablo nos exhorta, por los que son mandatarios de Dios en el gobierno de los pueblos y ejercen tanta influencia en sus destinos no sólo temporales sino también eternos; nada más agradable á Jesucristo nuestro Salvador: *Obsecro igitur primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes..... pro regibus et omnibus qui in sublimitate sunt, ut quietam et tranquillam vitam agamus..... hoc enim bonum est et acceptum coram Salvatore nostro Deo* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*El clero debe enseñar á los fieles sus obligaciones para con los gobernantes.*—A ejemplo de Jesucristo debemos ser prudentes cuando instruyamos acerca de un punto tan delicado; pero instruyamos. Dos cosas debemos á nuestros superiores en el orden temporal: respeto á su dignidad, sumisión á su autoridad. 1.º Honramos á Dios en los depositarios de su poder. *Per me reges regnant.* La majestad real es un reflejo de la majestad divina: *Deum time, regem honorificate.* el segundo de estos deberes es una consecuencia del primero. Escuchemos á San Pablo, á Bossuet y á San Gregorio Nacian-

(1) I Petr., II, 19.
(2) I Tim., II, 1.

ceno. No sólo encontramos esta doctrina en el Antiguo Testamento sino también en el Nuevo. 2.º Debemos á la autoridad sumisión por el mismo título que el respeto á la dignidad. El monarca temporal es el delegado del Monarca eterno. *Non haberes potestatem adversus me ullam, nisi tibi datum esset desuper.* No podemos rehusar nuestra obediencia á los poderes que encontramos establecidos, *quæ sunt,* sin que por lo mismo la rehusemos también á Dios. Verdad es que si la religión hace inviolable la autoridad de los príncipes, también les impone grandes deberes. Si ellos hacen temblar á otros, la Religión á su vez los hace temblar á ellos.

PUNTO SEGUNDO.—*El clero debe dar ejemplo de fidelidad en dar lo que es debido á los poderes temporales.*—Médicos de las almas, debemos combatir la enfermedad dominante de nuestra época, á saber: el espíritu de independencía. El Salvador se ha mostrado también en este punto nuestro modelo, en su nacimiento, durante su vida y en su muerte. Suframos más bien que dar ocasión á la malevolencia.

MEDITACIÓN CXIII

DOMINICA XXIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Muerte y resurrección de la hija de Jairo: muerte y resurrección de las almas, gran objeto de la solícitud pastoral.*

- I. El alma muere por el pecado que la separa de Dios.
- II. El alma resucita por la gracia de la justificación que la reconcilia con Dios.

PUNTO I

Muerte del alma por el pecado

Según su vida natural el alma no puede morir; mas ¡ay que no podemos decir lo mismo con respecto á su vida sobrenatural y divina que frecuentemente pierde!

sentimientos y conducta de vuestro adorable Maestro: palabras, acciones, todo ha de servir en vosotros para sostén del gran principio de la subordinación tan quebrantado en nuestros días. Las temerarias censuras que se han hecho de la autoridad, han sido más de una vez preludio de criminales sublevaciones que la hicieron sucumbir; lejos de tomar parte en ellas, impidámoslas en la medida de nuestras fuerzas. Suframos algo, suframos más bien que dar ocasión á la malevolencia; y miremos estas pruebas como una gracia preciosa: *Hæc est enim gratia si propter Dei conscientiam sustinet quis tristitias patiens injuste* (1). En fin pidamos, como San Pablo nos exhorta, por los que son mandatarios de Dios en el gobierno de los pueblos y ejercen tanta influencia en sus destinos no sólo temporales sino también eternos; nada más agradable á Jesucristo nuestro Salvador: *Obsecro igitur primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes..... pro regibus et omnibus qui in sublimitate sunt, ut quietam et tranquillam vitam agamus..... hoc enim bonum est et acceptum coram Salvatore nostro Deo* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*El clero debe enseñar á los fieles sus obligaciones para con los gobernantes.*—A ejemplo de Jesucristo debemos ser prudentes cuando instruyamos acerca de un punto tan delicado; pero instruyamos. Dos cosas debemos á nuestros superiores en el orden temporal: respeto á su dignidad, sumisión á su autoridad. 1.º Honramos á Dios en los depositarios de su poder. *Per me reges regnant.* La majestad real es un reflejo de la majestad divina: *Deum time, regem honorificate.* el segundo de estos deberes es una consecuencia del primero. Escuchemos á San Pablo, á Bossuet y á San Gregorio Nacian-

(1) I Petr., II, 19.
(2) I Tim., II, 1.

ceno. No sólo encontramos esta doctrina en el Antiguo Testamento sino también en el Nuevo. 2.º Debemos á la autoridad sumisión por el mismo título que el respeto á la dignidad. El monarca temporal es el delegado del Monarca eterno. *Non haberes potestatem adversus me ullam, nisi tibi datum esset desuper.* No podemos rehusar nuestra obediencia á los poderes que encontramos establecidos, *quæ sunt,* sin que por lo mismo la rehusemos también á Dios. Verdad es que si la religión hace inviolable la autoridad de los príncipes, también les impone grandes deberes. Si ellos hacen temblar á otros, la Religión á su vez los hace temblar á ellos.

PUNTO SEGUNDO.—*El clero debe dar ejemplo de fidelidad en dar lo que es debido á los poderes temporales.*—Médicos de las almas, debemos combatir la enfermedad dominante de nuestra época, á saber: el espíritu de independencía. El Salvador se ha mostrado también en este punto nuestro modelo, en su nacimiento, durante su vida y en su muerte. Suframos más bien que dar ocasión á la malevolencia.

MEDITACIÓN CXIII

DOMINICA XXIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Muerte y resurrección de la hija de Jairo: muerte y resurrección de las almas, gran objeto de la solícitud pastoral.*

- I. El alma muere por el pecado que la separa de Dios.
- II. El alma resucita por la gracia de la justificación que la reconcilia con Dios.

PUNTO I

Muerte del alma por el pecado

Según su vida natural el alma no puede morir; mas ¡ay que no podemos decir lo mismo con respecto á su vida sobrenatural y divina que frecuentemente pierde!

Ita immortalis est ut mori possit, ita mortalis ut mori non possit (1). ¡Triste generación del pecado, él produce la muerte: *Peccatum cum consummatum fuerit generat mortem!* (2). Dios es la vida del cuerpo. *Sicut anima est vita corporis, sic animæ vita est Deus* (3). ¿Creéis que este hombre vive porque anda, ve y habla? Os engañáis; lo que en él vive no es más que su cuerpo. La casa existe aun, pero quien la habita está muerto. ¿Qué hacéis de vuestras lágrimas, cuando llorando por un cuerpo de quien se ha separado el alma, os sentís indiferentes á la vista de una alma separada de Dios por el pecado? (4).

Existen maravillosas analogías entre un cadáver y una alma en pecado mortal. El más bello rostro tórnase repulsivo en el momento que la muerte se apodera de él; el pecado imprime á su vez en el alma una horrorosa deformidad. El hombre que ha vivido en la opulencia nada posee en el instante en que expira: el alma más rica delante de Dios por sus méritos, lo pierde todo en el momento que ofendiéndole incurre en su desgracia. Después de la muerte nada se puede adquirir; cuando el alma está en pecado mortal ninguna obra suya es meritoria para la vida eterna.

El cadáver tiene aún corazón; pero éste no late; tiene ojos que ya no ven, oídos que no escuchan: ¿no es esta también la imagen del pecador, ciego y endurecido? Dios mueve el cielo y la tierra para comoverlo; pero es insensible á todo. Dichoso de él si aún no exhala el pestífero olor de la corrupción y si el contagio de sus escándalos no esparce la muerte á su alrededor. En fin, del mismo modo que el cuerpo separado del alma será arrojado á una tumba donde

(1) S. Greg. 4. *moral.* c. VII.

(2) Jac., I, 15.

(3) S. Aug. *de verb. Dom.*, Serm. 5.

(4) *Viventem putas? Vivit corpus ejus, sed mortua est anima ejus; vivit habitaculum mortuus est habitator... Non sunt in te, christiane, viscera pietatis, si luges corpus a quo recessit anima, et non luges animam a qua recessit Deus.* (S. Aug. *De verb. apost.*, Serm. 28.)

pronto será presa de gusanos: así también el alma muerta por el pecado será sepultada en el infierno (1), para ser desgarrada por el gusano inmortal del remordimiento (2), si no recobra la vida volviendo á Dios. Y hé aquí, ¡oh Sacerdotes! en qué situación se encuentran algunos, tal vez un gran número, de vuestros hijos espirituales! ¡Cuán desconsolador es este pensamiento! Cuando Dios dió el último golpe al endurecido corazón de Faraón, matando en una sola noche á todos los primogénitos de Egipto, un grito de dolor se dejó oír de un lado á otro del reino: *Ortus est clamor magnus in Egypto.* El sagrado escritor lo explica diciendo que no había ni una familia que no tuviera que llorar la muerte de uno de sus miembros: *Nec enim erat domus in qua non jaceret mortuus.*

En vuestra parroquia ¡oh Pastores! ¿ve Dios muchas casas en que no haya ningún muerto? ¿No ve ninguna, ó es que no ve sino muertos? Pero si es así, ¿dónde están los gemidos? ¿Dónde la aflicción? ¿Dónde las lágrimas? Nadie piensa en esto; pensad al menos vosotros que sois los padres de tantas.

Decid con Jeremías: *Plorabo die ac nocte interfectos filie populi mei* (3). Pero al llorar su muerte no des-cuidéis ningún medio para devolverlos á la vida.

PUNTO II

Resurrección del alma por la gracia de la justificación

El Evangelio no habla más que de tres resurrecciones visibles obradas por Jesucristo; las que ha hecho invisiblemente se cuentan por millares; y éstas, dice San Agustín (4), interesan de un modo muy dis-

(1) *Sepultus est in inferno.* (Luc., XVI, 22).

(2) *Vermis eorum non moritur.* (Marc., IX, 43, 45, 47.)

(3) IX, 1.

(4) *Tres mortuos invenimus a Domino resuscitados visibiliter, millia invisibiliter.* (De verb. Dom., Serm. 44.)

tinto á su divino Corazón. Todo lo que la muerte del pecado había arrebatado al alma, belleza, méritos, dignidad, derechos adquiridos..., todo se le devuelve con la gracia santificante, cuando tiene la dicha de recobrarla. Es un rey cautivo que vuelve á su trono. Si la resurrección de la hija de Jairo, del hijo de la viuda de Naim, y la de Lázaro, fueron ocasión de una gran alegría para sus familias, ya podemos figurarnos qué alegría produce en el Cielo la conversión de un solo pecador (1). Pero ¿qué hará el Sacerdote para merecer ser el instrumento de esta resurrección? Imitemos á aquel jefe de la Sinagoga cuyo dolor y consuelo nos recuerda hoy la Iglesia. El ve morir á su hija, y acude con ardor al Señor de la vida. Aproxímase al Salvador, le adora y sin temer importunarle (pues su aflicción le excusa), le dice: «Señor, mi hija ha muerto; pero venid; imponedle vuestra mano y vivirá.» Después, dice San Marcos, suplicó mucho. *Et deprecabatur eum multum....* En las obras de Dios no busquemos más apoyo que El; por que nuestra confianza no reconozca límites como no los reconocen su poder y su bondad. Acerquémonos á Jesús y digámosle: «Señor, han muerto los hijos que me habiais dado, el pecado los ha separado de Vos, principio de la verdadera vida; pero venid con vuestro ministro, habladles por su boca, exparcid sobre ellos el soplo de vuestro espíritu y resucitarán: *Insuffla super interfectos istos et reviviscant* (2). Ved con qué bondad el Hijo de Dios atiende la súplica de Jairo: *Et surgens Jesus sequebatur eum*.

Durante el camino fortifica su fe curando á la mujer que padecía flujo de sangre y que no hizo más que tocar su vestido. Entra en la casa y aunque los extraños que en ella se encuentran le faltan al respeto, *et deridebant eum*, no por eso deja de hacer el milagro. ¡Ah! si mirando las lágrimas de un padre, Jesús devuelve la vida á un cuerpo que ha de volver á morir, ¿cuánto más deseará resucitar las almas que

(1) Luc., XV, 7, 10.

(2) Ezech., XXXVII, 9.

han de vivir eternamente? Id pues al altar á avivar vuestra fe, á reanimar vuestro celo, y cuando tengáis ante vuestros ojos, en vuestras manos, en vuestro pecho, la víctima inmolada por la redención de los pecados, pedid con instancia por todos los muertos espiritualmente, por cuya resurrección ora la Iglesia y particularmente por aquellos cuya salvación os ha sido confiada. Acordaos que Dios mide su misericordia por la extensión y firmeza de la esperanza con que la solicitamos: *Fiat misericordia tua, Domine, super nos quemadmodum speravimus in te*.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Muerte del alma por el pecado*.—Dios es la vida del alma como el alma es la vida del cuerpo. Maravillosas analogías entre un cadáver y el alma que se halla en pecado mortal. Todo lo han perdido el uno y la otra: belleza, posesiones, potencia de adquirir, sensibilidad. Ambos están destinados á la tumba á ser víctimas del gusano roedor... Y hé aquí la situación en que tal vez se encuentre un gran número de aquellos cuya salvación me ha confiado el Señor. Si nadie piensa en esto, al menos yo ¿no debo affigirme profundamente?

PUNTO SEGUNDO.—*Resurrección del alma por la gracia de la justificación*.—Todo lo que la muerte del pecado había arrebatado al alma, belleza, méritos, derechos... todo le es devuelto con la gracia santificante. La alegría que en una familia produce la resurrección de uno de sus miembros, produce en el Cielo la conversión de un pecador. Pero ¿cómo merecerá el Sacerdote ser el instrumento de esta conversión? Imitando á Jairo... recurrir al Señor... pedirle con instancia... Si á la vista de las lágrimas de un padre, Jesús devuelve la vida á un cuerpo que había de volver á morir ¿cuánto más deseará resucitar las almas que han de vivir eternamente!

MEDITACIÓN CXIV

DOMÍNICA XXIV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Gloria y felicidad del buen sacerdote en los preparativos del juicio final.* (T. II p. 38)

MEDITACIÓN CXV

DOMÍNICA XXV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Dedicación de las iglesias. Honor que les es debido.*

El Patriarca Jacob, después del sueño misterioso que le había manifestado la presencia del Señor, dijo con un santo terror: *¡Qué terrible es este lugar! Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo.* Estas dos gloriosas denominaciones que convienen de un modo tan perfecto á nuestras iglesias, nos recuerdan dos obligaciones comunes al cristiano y al Sacerdote: *respetar y amar el lugar santo.*

I. Respetemos el lugar santo: es la casa de Dios: *Domus Dei.*

II. Amemos el lugar santo: es la puerta del cielo: *Porta caeli.*

PUNTO I

Nuestras iglesias son la casa de Dios, respetémoslas

Cuando Salomón rodeado de todo el pueblo de Israel, hizo la dedicación del templo por él edificado, la pompa de las ceremonias y la majestad del Señor, que se hizo sensible, llenó á la asamblea de un recogimiento tan profundo, que arrojándose al suelo y con el rostro en tierra salió de todos los pechos, incluso el mismo monarca, este grito: *¿Es pues, posible que Dios habite en la tierra en medio de*

los hombres? La misma impresión debía producirse en nosotros siempre que entramos en una iglesia si estuviéramos penetrados de la verdad de estas palabras: *Esta es la casa de Dios.* Sí, su casa; pues á El está consagrada. El la ha tomado por su morada y la ha sellado con su presencia. ¡Oh! ¡con qué brillo resplandece á los ojos de la fe la más modesta iglesia de nuestras pobres aldeas!

Sólo la Religión ha inspirado el pensamiento de construir este edificio, ella ha reunido los materiales, ha echado los cimientos, ha levantado los muros... ya el edificio está concluido, adornado; pero aun no es la casa de Dios. Después la Iglesia con sus oraciones, bendiciones y unciones separó este edificio de los profanos y lo consagró al culto divino. Entonces se ofreció en él el sacrificio del Cordero sin mancilla, el Salvador tomó posesión del templo, no para habitar allí de un modo transitorio, sino para hacerlo su morada permanente. Desde este momento, cuando mostremos á alguien este edificio, podemos decir: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis;* la promesa de Jesucristo, *ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem saeculi,* tiene, por la presencia de la Eucaristía, un nuevo cumplimiento.

Del mismo modo que un monarca, aunque es dueño de toda la extensión de sus estados, tiene, sin embargo, palacios donde recibir los homenajes, dar audiencia, y ejercer de modo más inmediato su autoridad soberana; así Dios que está presente en todo lugar por esencia, por potencia y por su providencia, ha querido tener templos donde residir para recibir en ellos el culto público que le es debido, y realizar los designios de su misericordia.

¿No es en efecto en nuestras iglesias donde el Salvador continúa principalmente su obra de redención? ¿Cesa nuestro Señor de hacer sensible su presencia en nuestras iglesias dando vista á los ciegos, curando los enfermos y resucitando muertos?

A cada uno de nuestros templos se aplica en un sentido más elevado que al de Salomón este orácu-

lo del Señor: «He elegido y santificado este lugar para ser honrado en él. Mis ojos estarán abiertos para los que á él vinieren. Mis oídos atenderán sus oraciones, mi corazón se conmoverá con sus súplicas» (1); Mas ¿qué hemos de deducir de esto sino que ningún otro lugar del universo merece tanta veneración como nuestros templos? Sin duda alguna debemos mucho más respeto al santuario católico que al Antiguo Tabernáculo. ¿Puede compararse el maná con el más augusto de nuestros Sacramentos? *Introibo in domum tuam, Domine: adorabo ad templum sanctum tuum in timore tuo.* (2) ¿He obrado yo así siempre, Dios mío? Si no tengo que acusarme de haber cometido irreverencias externas en vuestra casa hacia la primera de todas las majestades; ¿cuán grande y frecuente ha sido, sin embargo, la disipación de mi espíritu! mi cuerpo y mis labios os honraban á su manera; pero ¿ah? Mi corazón estaba frecuentemente muy lejos de Vos. Ojalá que en adelante vuestra adorable presencia llegue á cautivar-me de tal modo que no piense sino en Vos y en vuestra santa morada! Sí; cuando entre ella, diré con San Bernardo «Quedaos fuera, pensamientos de la tierra: este no es ni el tiempo ni el lugar adecuado». El templo, dice San Nilo, es un lugar celestial; cuando estemos en él no nos permitamos ni un pensamiento, ni una acción terrenal (3).

PUNTO II

Nuestras iglesias son las puertas del Cielo

Se llega al Cielo por la gracia, y todas las fuentes de la gracia las tenemos abiertas en el lugar san-

(1) *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi... Oculi mei erunt aperti et aures erectae, ad orationem ejus, qui in loco isto oraverit..., et cor meum ibi, cunctis, diebus.* (II Paral. VII.)

(2) Ps. V, 8.

(3) *Ecclesiae caelum adi; nihil in eo loquere aut age quod terram sapiat.*

to. En aquella fuente bautismal es donde fuimos revestidos de la primera inocencia que nos hizo hijos de Dios, hermanos y coherederos de Jesucristo. En aquellos tribunales de clemencia es donde nuestros pecados fueron perdonados y donde recobramos nuestros derechos al reino eterno. En ese tabernáculo habita el santificador de nuestras almas siempre dispuesto á prodigarnos sus beneficios. En esa santa mesa se nos ha servido el Pan de los ángeles, principio y prenda de nuestra dichosa inmortalidad. Ese altar es un nuevo Calvario donde la gran Víctima renueva diariamente el misterio de nuestra Redención. Desde ese púlpito Dios nos ha instruido y nos exhorta; porque escuchar á su ministro es escuchar á Dios mismo. La iglesia es pues para todo cristiano el vestíbulo del Cielo. Si sus enemigos lo persiguen, en ella se refugia, pues en ella tiene el arsenal donde ha de encontrar las armas de que necesita para defenderse. Cualquier beneficio que desee obtener, acude á ella pues la casa de Dios es la casa de la oración y donde la oración es más fácilmente atendida. ¡Oh cuánto atractivo tiene la iglesia para el hombre de fe! El siente latir de alegría su corazón cuando se le dice «Vamos á la casa del Señor» (1). Dios de los ejércitos ¿quién no amará vuestros tabernáculos? *Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini... passer invenit sibi domum, et tutur nidum sibi... altaria tua, Domine virtutum, rex meus et Deus meus!* Para no faltar al respeto debido al lugar santo y para no ser negligente en acudir á él, bastará que en adelante yo me diga á mí mismo: *Non est hic aliud nisi domus Domini et porta caeli.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—Nuestras iglesias son la casa de Dios, respetémoslas.—Sí, su casa, puesto que á El han sido consagra-

(1) *Lætatus sum in his que dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.*

das y en ellas habita, no cansándose de comprobar su permanencia en ella. Construido este edificio para Dios, ha sido separado de los edificios profanos y dedicado al culto del Señor. Después de diversas ceremonias y oraciones que le imprimieron un carácter religioso, se ha ofrecido en él el divino sacrificio. Jesús ha tomado posesión de él. Desde entonces siempre que á él nos refiramos podemos decir: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis*. La presencia real del Hijo de Dios en la Eucaristía es el cumplimiento literal de la promesa: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus*. Jesucristo está en nuestros santuarios y no de un modo inactivo: en ellos continúa su obra de redención, iluminándonos, sanándonos y aplicando á las almas los méritos de su sangre. De cada una de nuestras iglesias dice: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi... oculi mei erunt aperti et aures erecte, et cor meum ibi*. Saquemos pues en consecuencia que no hay en el Universo lugar alguno que merezca tanta veneración. Cuando entremos en nuestras iglesias, digamos con San Bernardo: «Quedaos fuera pensamientos terrenos, que no es este ni vuestro tiempo ni vuestro lugar.»

PUNTO SEGUNDO.— *Nuestras iglesias son la puerta del Cielo; amémoslas.*— En el cielo se entra con la ayuda de la gracia: pues bien, todas las fuentes de la gracia las tenemos abiertas en nuestros templos por la predicación, el Sacrificio divino, y los sacramentos. El lugar santo es verdaderamente el vestíbulo del Cielo..... nuestro refugio..... nuestro arsenal..... en ningún otro lugar será nuestra súplica más fácilmente atendida..... ¡Oh cuánto atractivo tiene la iglesia para el hombre de fe! *Laetatus sum in his quæ dicta sunt mihi.....* Dios de las virtudes, ¿quién no amará vuestros tabernáculos? *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum!*

MEDITACIÓN CXVI

LA MISMA MATERIA.— *El celo de la casa de Dios en el corazón del buen Sacerdote es un fuego que le devora. Zelus domus tuæ comedit me.* (Joan., II, 17.)

- I. El motivo del celo.
- II. Sus cualidades.

PUNTO I

Motivos que deben inflamar nuestro celo por el honor de nuestras iglesias

Si nos remontamos hasta la promulgación solemne del Sinaí, entre los divinos mandamientos encontraremos este: *Pavete ad sanctuarium meum; ego Dominus*. ¡Qué majestad en estas palabras! Nosotros sabemos en qué detalles se dignó entrar el soberano Señor, qué precauciones creyó deber tomar para asegurar al antiguo tabernáculo la veneración que le era debida, y para alejar de él toda irreverencia; con qué severidad castiga las menores transgresiones de su ley en lo tocante á esto. Indudablemente el tabernáculo era santo; pero ¿lo era en el mismo grado que lo son nuestras iglesias? Sabemos también qué indignación demostró el Salvador durante los días de su vida mortal contra los profanadores del templo de Jerusalén. El era la misma dulzura, y, sin embargo, se le ve armarse de un látigo, arrojar del lugar santo á los que allí vendían lo que era necesario para los sacrificios, echar por tierra el dinero de los negociantes, derribar sus mesas diciéndoles: «No hagáis de la casa de mi Padre una casa de negocios.» ¡Cosa admirable! Aquel de quien los profetas habían predicho que no apagaría la mecha humeante, dió por dos veces este ejemplo de santa indignación; una

al principio, la otra al fin de su vida pública; y la Iglesia nos hace leer este rasgo tan admirable tres veces cada año, en el Evangelio de la misa (1). ¿No hay aquí una lección para los Sacerdotes?

La Iglesia, además, nos da otras muchas pruebas del deseo que tiene de ver el lugar santo respetado y honrado. Ella ha instituido el orden del ostiariado para conservar en él la limpieza y para cuidar de que todo esté decente. Si en sus concilios ha alabado á aquellos que como Nepociano, se han distinguido por su celo por el honor de la casa de Dios: *Erat sollicitus si niteret, altare si parietes absque fuligine, si pavimenta tersa, si sacrarium mundum, si vasa luculenta...* también ha reprendido severamente á aquellos Sacerdotes sin piedad, que no saben encontrar ni tiempo ni recursos para tener sus iglesias en un estado conveniente, mientras que se ostenta el lujo en sus moradas (2).

Mas para excitar en mí este celo ardiente, no tengo necesidad sino de pensar en los dos oficios sublimes de que me ha revestido el sacerdocio; glorificar á Dios, salvar á mis hermanos. Habiéndome hecho el Señor intendente de su casa y encargado de los intereses de su gloria, debo hacer todo lo que me es posible para que sea respetado en su santuario, y alejar de éste toda irreverencia.

«Los Sacerdotes, decía el piadoso obispo de Angen, Alain de Solminiac, siendo los ministros de la corona, tienen una obligación particular, no solamente de honrar al divino Rey, sino de hacer que se le tributen todos los honores que le son debidos.» Por otra parte, si me ha sido confiada la salvación de mis hermanos, debo atraerlos á la iglesia, hacerles amar la iglesia en donde pueden beber en todas las fuentes de salvación; vendrán y la amarán, si se

(1) Feria 3.^a después de la Dominica I de Cuaresma.—
Feria 2.^a después de la Dominica IV de Cuaresma.—
Dominica IX después de Pentecostés.

(2) *Numquid tempus et vobis ut habitetis in domibus laqueatis et domus ista deserta* (Agg., I, 4).

deleitan en ella, se deleitarán en ella si está limpia y bien adornada, si está todo, en cuanto las circunstancias lo permitan, en relación con la majestad del Dios que la habita. Este santo esmero es muchas veces el que contribuye poderosamente á que se pueda emprender y llevar á cabo el arreglo y reforma de una parroquia. Todo lo contrario sucede cuando un pastor está desprovisto de este santo celo.

PUNTO II

Cualidades del celo sacerdotal por el honor de las iglesias

Como el celo en general es activo sin dejar de ser prudente, es también animoso y constante.

El fuego jamás está sin calor, dondequiera que hace sentir su presencia: «Vuestros ministros, Señor, tienen la actividad de la llama» (1). No es solamente en la esmerada conservación de su iglesia donde el Sacerdote celoso muestra su amor por la belleza de la casa de Dios: *Dilexi decorem domus tuæ* (2) no hay nada que no intente para hacer respetar allí á Aquel á quien los ángeles alaban, á quien las dominaciones adoran, delante de quien tiemblan las potestades celestes. El no se da un momento de reposo hasta que ha desterrado de allí todos los abusos é irreverencias. Cuanto más imprudente es el escándalo, más se anima su celo: se inflama por los mismos obstáculos que encuentra. Si no consigue lo que pretende conforme á sus deseos, se desahoga delante de Dios y se duele de ello. A la manera del profeta se consume de dolor: *Tabescere me fecit zelus meus. Quæ forte ibi perversa viderit, satagit emendare, cupit corrigere, non quiescit. Si emendare non potest, tolerat, gemit* (3). San Juan Crisóstomo, clamando energicamente contra las inmodestias que se come-

(1) Hebr., I, 7.

(2) Ps. XXV, 8.

(3) S. Aug.

ten en la casa de Dios, temía, decía él, que el rayo lo aniquilase si no las impedía por todos los medios que estaban á su alcance.

Mas, no lo olvidemos, que aquí es principalmente donde nosotros debemos predicar con el ejemplo: el pueblo cree más por lo que ve que por lo que oye. Lo que queda oscuro en las palabras, el ejemplo lo declara. No nos presentemos jamás en el santuario sin un religioso temor. Santo Tomás, para inspirárselo á sí mismo, al llegar á la presencia de la Eucaristía, empezaba á decir á Nuestro Señor: *Judex crederis esse venturus*. ¿Quién no sabe que la vista de un buen Sacerdote, prosternado delante del tabernáculo y como anonadado en un profundo recogimiento, ha sido el medio de que Dios se ha servido más de una vez para convencer á los incrédulos y convertir á grandes pecadores? Ah! cuán bello es no tener necesidad sino de ser visto para ser útil: *Quam pulchrum est ut videaris et prosis!* (1).

Señor, yo quiero meditar seriamente, y con el socorro de vuestra gracia practicar con fidelidad lo que os dignáis decirme por un Sacerdote formado según los deseos de vuestro corazón: *Pave ad sanctuarium meum, fili; videat te populus meus paventem, et paveat ipse... Locus iste terribilis est; time ergo quando ingrederis, et tremore concutiantur ossa tua... Dum celebras, dum divina officia peragis, dum sacramenta ministras, videat et miretur populus reverentiam et decentiam tuam in culto meo; et sic ad pietatem excitetur. Nil in situ, in motu, in incessu, in voce appareat nisi modestia, gravitate, humilitate, dignitate et religione plenum... O si populus videret faciem suam, tanquam faciem Angeli, sicut olim in Stephano visa est! qualiter mysteria mea veneraretur et coleret!* (2).

(1) S. Amb.

(2) Memoriale vitæ sacerdot.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Motivos del celo sacerdotal por el honor de las iglesias.*—*Pavete ad sanctuarium meum; ego Dominus.* Qué majestad en estas palabras del Señor promulgando su ley sobre el Sinaí! Sabemos todas las precauciones que tomó para asegurar al antiguo tabernáculo el respeto que le era debido. Si este tabernáculo era santo, ¿lo era tanto como nuestras iglesias?... Sabemos también cómo el Salvador, que era la misma dulzura, arrojó del templo á los que lo profanaban. La Iglesia, siempre dirigida por el Espíritu Santo, no ha omitido nada para hacer respetar la casa de Dios. Para conservar en ella la limpieza y decencia ha establecido el orden de ostiarios ó porteros.... En sus Concilios ha alabado sobre este punto el celo de los Sacerdotes fervorosos, y reprochado severamente la negligencia de los tibios. Además, ¿cuál es el fin del Sacerdocio? Glorificar á Dios, salvar á los hombres. El Señor me ha establecido intendente de su casa y me ha confiado los intereses de su gloria; yo debo por lo tanto hacerle respetar en su morada, honrarle y hacer que se le tributen los honores que le son debidos. En calidad de salvador de mis hermanos, debo atraerlos á la iglesia, puesto que en ella principalmente beben en las fuentes de salvación. Vendrán voluntariamente si reina en ella la decencia y el buen orden.

PUNTO SEGUNDO.—*Cualidades del celo sacerdotal por el honor de las iglesias.*—El fuego jamás está sin calor. Un Sacerdote abrasado de este hermoso celo, no se da un momento de reposo hasta que ha desterrado del lugar santo la inmodestia y el escándalo. Si no puede conseguirlo, se consume de dolor y llora. Temería con San Juan Crisóstomo que el rayo lo destruyese si no hiciera lo posible para impedir estas profanaciones sacrílegas. Prediquemos en esto principalmente con el ejemplo. Jamás nos presentemos en el santuario sino con un santo pavor: Estamos en presencia de Aquel *quem laudant angeli, adorant dominationes, tremunt potestates*; permanezcamos en un profundo recogimiento. Nosotros haremos pasar nuestros sentimientos al corazón de los fieles.

SECCIÓN SEGUNDA

PROPIO DE LOS SANTOS

MEDITACIÓN CXVII

16 DE JUNIO.—SAN JUAN FRANCISCO REGIS

En la vida de este hombre de Dios, lo mismo que en la de San Francisco Javier, á quien había tomado por modelo, todo respira la caridad más ardiente y el celo más abrasado por la salvación de las almas. El desplegó entre nosotros el mismo celo en el servicio de Dios que el apóstol de las Indias por la conversión de tantas naciones diversas. El apostolado de uno y otro no dura más que diez años; pero ¡qué inmensa carrera han recorrido en tan pocos años! La Iglesia nos ha trazado el retrato de San Francisco Regis en la oración de su fiesta: Clemente XI que le beatificó, y que le invocaba con una confianza particular, quiso componerla por sí mismo: *Deus, qui ad plurimos pro salute animarum perferendos labores, beatum Joannem Franciscum mira charitate et invicta patientia decorasti*, etc. Destinado á soportar grandes trabajos por la salvación del prójimo, necesitaba y recibió del Cielo una admirable caridad y una paciencia invencible. Detengámonos en estas dos consideraciones.

- I. El ardor de su caridad.
- II. La paciencia de su celo.

PUNTO I

Caridad ardiente de San Francisco Regis

Todo hombre tiene su pasión: Regis parecía no tener otra que la de amar á Dios y hacerle amar. Las chispas de este fuego sagrado comenzaron á manifestarse desde su infancia. Siendo simple estudiante ya se dedicaba á reformar las costumbres de sus condicípulos. Hecho profesor, sugería con frecuencia en sus discípulos el pensamiento de las cosas eternas, y no dejaba escapar ninguna ocasión de inspirarles el horror al pecado. Cierta día que uno de ellos había caído en una falta grave, les habló con tanta eficacia de los juicios de Dios, que quedaron sobrecogidos de pavor; algunos han declarado después que se renovaba en ellos el mismo sentimiento cuando recordaban lo que les había dicho en aquella circunstancia. Esto fué como el preludio de su vida apostólica, que comenzó con el curso de sus misiones.

Desde el momento en que se abrió este campo á su celo se le pudo pintar con los mismos rasgos que al profeta Elías: *Surrexit Elías quasi ignis, et verbum ipsius quasi facula ardebat* (1). El no tuvo más que un solo deseo, una sola ocupación: glorificar á Dios por la santificación de las almas. A esto dedicó todos sus momentos en las poblaciones y en los campos, en las iglesias y en las plazas públicas, en las cárceles, en los hospitales y en las casas particulares. Predicando, exponía primeramente con toda claridad una verdad cristiana; después sacaba de ella consecuencias morales, y con exhortaciones patéticas arrebatava á su auditorio. Sus discursos eran pronunciados con tanta vehemencia que á menudo también se inflamaba su rostro y se emo-

(1) Eccli., XLVIII, 1.

cionaba tanto con lo que decía, y lo exponía con tanta unción, que ordinariamente el predicador y los que le escuchaban, derramaban lágrimas.

Insensible á todo lo demás, no tenía ardor sino por defender la causa de Dios y de las almas. Una vez, habiéndolo puesto todo en obra para detener la pasión de un pecador, y viendo que eran inútiles sus esfuerzos: «Yo os conjuro, le dice llorando, que clavéis vuestra espada en mi pecho, pero cesad de ultrajar así á vuestro Criador.» Declaró á uno de sus amigos que la vida le sería insoportable, si no le ofreciese modo de acudir al socorro de las almas y de extender el reino de Jesucristo.

Jamás experimentó en su caridad esas alternativas de fervor y de tibieza que arrancan gemidos hasta á los sacerdotes más santos; el fuego que le consumía fué siempre en aumento hasta su último suspiro. Héle aquí que cae enfermo á los cuarenta y cuatro años; y sabe que se acerca su fin; no obstante, da comienzo á una misión en Lalouvesc: una numerosa multitud acude de todas partes para oír la palabra de Dios... Regis corre adonde su ministerio le llama y la muerte le espera. Llega falto de fuerzas; sin tomar el menor descanso, comienza sus penosos ejercicios. La enfermedad hace progresos, mas él redobla sus trabajos. Finalmente la naturaleza se rinde; á pesar suyo se le lleva á una cabaña, y allí desde su pobre cama, termina confesiones empezadas, escucha otras nuevas, y muere en el ejercicio actual de su celo. No nos causará por tanto admiración si en el momento de entregar su alma en las manos de Dios, volviéndose al que le asistía, le dice: «Ah! mi querido hermano, cuán satisfecho y contento muero!»

¿Llegará la muerte con la misma calma y alegría para tantos eclesiásticos cuya vida se desliza, sin desorden á los ojos de los hombres, pero sin utilidad real delante de Dios? Ellos no escandalizan; ¿pero hacen el bien que debieran hacer? La mies pide trabajadores y obreros incansables; ¿cuál es el número de ellos? Meditemos el lamento de San Gre-

gorio y temamos ser objeto de él: *Ad messem multam operarii pauci sunt, quod sine gravi mæore loqui non possumus... Ecce mundus sacerdotibus plenus est, sed tamen in messe Dei rarus valde reperitur operator: quia officium quidem sacerdotale suscepimus, sed opus officii non implemus... Relinquunt Deum hi qui nobis commissi sunt, et tacemus; in pravis actibus jacent, et correptionis manum non tendimus; quotidie per multas nequitias pereunt, et eos ad infernum tendere negligenter videmus* (1).

PUNTO II

Paciencia invencible de San Francisco Regis.

San Pablonos enseña que la paciencia es el primer fruto de la caridad: *Charitas patiens est* (2) y Santiago afirma que ella es la perfección de todas las virtudes: *Patientia opus perfectum habet* (3). Es cierto que ella es la fuente de nuestros méritos, y que la misma caridad toma de ella todo su valor, no con palabras que parezcan manifestarla, sino con obras que la justifiquen por los sacrificios más ó menos penosos que suponen: *Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate* (4). Ninguna otra virtud es mas necesaria al pastor á causa de sus muchos cuidados y de los trabajos incensantes anejos á su cargo, y de las contradicciones que encuentran casi siempre sus proyectos. El buen Sacerdote combate todas las pasiones, y todas las pasiones le combaten. Concurriendo con Jesucristo á la obra magnífica de la Redención, debe ser con El un hombre de dolores, y como El, hombre de paciencia. Tal fué el apóstol del Vivarais y del Velay.

- (1) *In Evang.*, l. I, hom. 17.
- (2) *I Cor.*, XIII, 4.
- (3) *Jac.*, I, 4.
- (4) *Joan.*, III, 18.

Había pedido la misión del Canadá, en la esperanza de derramar allí su sangre por Jesucristo. El no fué escuchado; pero se puede decir que su ministerio en el Languedoc fué un martirio continuo. Se le ve durante los más rigurosos inviernos en regiones horribles, traspasar montañas escarpadas, atravesar torrentes impetuosos, caminar al borde de precipicios trepando con los pies y con las manos. Algunas veces, deteniéndose en medio de los bosques, para complacer á la muchedumbre ávida de oírle, se subía sobre una roca ó sobre un montón de nieve endurecida por el frío, y distribuía al pueblo el pan de la divina palabra. No dejaba el ejercicio de la predicación sino por el de la confesión que con frecuencia prolongaba hasta altas horas de la noche.

Pero su paciencia fué aún más admirable en los ultrajes y malos tratamientos que sufrió, sin que se levantase el menor movimiento de indignación en su corazón, ni la más ligera alteración en su rostro. Un día en que se le compadecía por haber recibido una bofetada en medio de la plaza pública. «¡Qué gran cosa, dijo, sufrir una bofetada por amor de Jesucristo! Me parece que no se puede ser discípulo de este buen Maestro sin felicitarse cuando se sufre por El alguna afrenta.» Se pretende deshonrarle por las calumnias más odiosas; jamás procura justificarse, aunque nada le hubiera sido más fácil; y como sus amigos quisiesen defenderle, él les suplicaba que callasen, para que no le quitasen una ocasión tan bella de participar de las ignominias del Salvador. Más de una vez fué atacado por los libertinos que, no contentos con escarnecerlo, le golpearon, pisaron y dejaron por muerto; él rogaba por ellos. En una de estas circunstancias exclamó: «¡Cuán dulce me es sufrir un poco por unas almas cuya salvación ha costado tantos sufrimientos al Hijo de Dios!»

Sin embargo, nada tan sensible á su corazón de apóstol, como ser contrariado y detenido en sus trabajos por aquellos mismos de quienes debía esperar aliento y protección. Uno de sus superiores creyó deber prohibirle algunos de sus trabajos y conte-

ner su celo en límites más estrechos. Regis, durante el largo tiempo que duró la prueba, se sometió á una especie de inacción, mil veces más penosa que las mayores fatigas de su apostolado. Lo mismo aconteció cuando un piadoso prelado, habiéndole llamado á su diócesis y habiéndose alegrado de antemano de los resultados de su ministerio, acabó por favorecer sin saberlo los designios de los enemigos de nuestro Santo. Le hace venir, le reprende de pretendidas indiscreciones, y se dispone á despedirle vergonzosamente. El humilde Sacerdote se pone de rodillas, no dice ni una palabra para refutar la calumnia, y no atribuye sino á sus pecados la desgracia de verse alejado de una misión por la cual hubiera querido dar la última gota de su sangre. Esto duró tan solo hasta que el obispo, abriendo los ojos, reconoció el lazo tendido á su religiosidad; trocándose en ferviente admirador de paciencia tan heroica.

¡Oh Jesús, de la memoria de vuestros sufrimientos y de su amor hacia Vos sacaba tanta fuerza y tanto valor el santo Sacerdote cuyas virtudes quisiera yo imitar; atraed, aficionad mi corazón á la meditación del misterio de vuestra cruz: yo os amaré y encontraré mis delicias en daros á Vos y en daros á mí mismo la prueba más cierta de ello, sufriendo é inmolándome por vos! *Utrumque es nobis, Domine Jesu, et speculum patiendi et premium patientis, utrumque fortiter provocat ac vehementer accendit* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*Caridad ardiente de San Francisco Regis.*—Todo hombre tiene su pasión; Regis parecía no tener otra que la de amar á Dios y hacerle amar. Joven estudiante, profesor, ya es apóstol. Una vez dedicado á las misiones

(1) S. Bern. Serm. 47 in Cant.

se consagra por completo al celo por la gloria de Dios y á la salvación de las almas; en los pueblos y en los campos, en las iglesias y en las plazas públicas, en las cárceles y en los hospitales busca á las almas. El no ve más que á Dios y á las almas. Cae enfermo y postrado en un pobre lecho, acaba las confesiones que había empezado, escucha otras y muere en el ejercicio de su celo.

PUNTO SEGUNDO.—*Paciencia invencible de San Francisco Regis.*—Todo cristiano, y mucho más los Sacerdotes que son representantes de Jesucristo, debe ser como él un hombre de dolor y de paciencia; así lo fué San Francisco Regis: Su ministerio en las misiones fué un martirio prolongado. Su paciencia en los malos tratos y afrentas fué admirable. Solía decir: «me parece que no se puede ser discípulo de Jesucristo sin sentirse el corazón lleno de alegría por los insultos que se sufren por El.» En el recuerdo de vuestros padecimientos, ¡oh Jesús! y de vuestro amor él encontraba su fuerza y valor. Hacedme la gracia de que medite con frecuencia en vuestra cruz, y abrasadme en vuestro amor.

MEDITACIÓN CXVIII

21 DE JUNIO.—SAN LUIS GONZAGA

- I. Su inocencia.
- II. Su penitencia.

Es un error pensar que estas dos virtudes se excluyen mutuamente, y que la segunda no se encuentra donde se halla la primera. La Iglesia las admira en un mismo grado en San Luis Gonzaga, y en su unión hace consistir el carácter especial de su santidad (1).

(1) *Cælestium donorum distributor Deus, qui in angelico juvene Aloysio miram vitæ innocentiam pari cum penitentia sociasti: ejus meritis et precibus concede, ut innocentem non secuti, penitentem imitemur.* (Orat., diei.)

Una y otra son del todo indispensables á los Sacerdotes y párrocos. Continuadores de la obra de Jesucristo, medianeros con El y penitentes públicos, tenemos el cargo de aplacar á Dios y desarmar su justicia; ¿y cómo lo intentaremos si no somos sus amigos? *Si non places, non placas* (1). La pureza nos da este glorioso privilegio. *Qui diligit cordis munditiam, habebit unicum regem* (2). Aun sin estar elevados al sacerdocio se nos puede proponer por modelo este Santo Joven.

PUNTO I

Inocencia de San Luis Gonzaga. Cuál fué su perfección y cuál su recompensa

1.º La Iglesia ha calificado á este admirable Santo «de joven angélico.» ¿Quién hay en efecto que por la pureza de su cuerpo y de su alma se haya aproximado más á la naturaleza angélica? Desde que su razón le hace capaz de discernir, gracias á los desvelos de su piadosa madre, él se aplica esta sentencia de la Escritura: *Hijo mío, huye del pecado, como huirías del encuentro de una serpiente. Guarda tu corazón con extrema vigilancia; porque él es la fuente de la vida. Abstente de todo lo que tenga apariencia de mal.* Desde su más tierna infancia profesó grande horror al pecado y á todo lo que á él pudiera conducirle.

Gran consternación deja en su alma el pensamiento de haber ofendido á Dios, y todas sus ofensas fueron: el haber cogido un poco de pólvora á los soldados de su padre, y el repetir algunas palabras inconvenientes que no comprendía; y todo esto cuando aun no contaba la edad de cuatro años. Tres años más tarde cuando hizo la confesión general, fué tanto su dolor que cayó desmayado.

(1) S. Bern.
(2) Prov., XXII, 11.

Y cuando se le quiso consolar: «¡Ah, exclamó él, Dios es tan bueno, y yo le he ofendido tan indignamente! Se consideraba como el más grande pecador. Lloraba amargamente lo que él llamaba sus desórdenes, y lo que San Carlos Borromeo apenas tachaba de ligeras imperfecciones.

Esta vida tan pura, la observó Luis de Gonzaga en la corte de los príncipes, donde se halla reunido todo lo más propio para deslumbrar los ojos, lisonjear los sentidos, y pervertir el corazón: su virtud permaneció intacta en el centro de todos los vicios. Moisés vió en el desierto una zarza rodeada de llamas sin consumirse: me acercaré, dice, consideraré esta gran maravilla: *Videbo visionem hanc magnam*; hé aquí una maravilla más sorprendente: un joven rodeado del fuego de todas las pasiones, sin recibir ningún detrimento! ¡Oh, cuán bueno es llevar desde la mocedad el yugo de la virtud! Cuán digna de envidia es la suerte de aquellos que andan en la vía de una perfecta inocencia: *Beati immaculati in via* (1).

«Señor, ¿quién habitará en vuestro pabellón? ¿Quién reposará en vuestra santa montaña? El hombre que vive sin mancha y practica la justicia (2).» Emulo de los ángeles por su eminente pureza, Luis de Gonzaga casi les igualaba en dicha desde la vida presente. Absorto siempre en una contemplación seráfica, tenía las comunicaciones más dulces con el Esposo de las vírgenes. A una edad en que los otros niños apenas pueden balbucear algunas oraciones vocales, estaba elevado á un grado sublime de oración. Admirándose un día su director de que pasase una hora entera sin distracción en este santo ejercicio... «Yo me admiro mucho más, le dijo él, de que habiéndose puesto en la presencia de Dios, se pueda pensar en otra cosa que en El.» De aquí aquella tranquilidad del alma, que la Escritura compara á un banquete continuo (3).

(1) Ps. CXVIII, 1.

(2) Ps. XIV, 1 et 2.

(3) Prov., XVI, 15.

Pero en el Cielo es donde la pureza recibe su grande é incomparable recompensa. ¡Quién nos diera contemplar en él á Luis de Gonzaga! Habiéndose concedido este favor por un instante, á Santa María Magdalena de Pazzi, exclamó transportada de admiración. «¡Oh, qué admirable es la gloria de Luis, hijo de Ignacio! Yo no hubiera podido creerlo, si mi Señor Jesús no me lo hubiera mostrado. Quisiera recorrer el universo y decir por todas partes que Luis fué un gran santo. Durante su vida tenía su corazón abierto á las miradas del Verbo...; hé aquí por qué está coronado de una gloria tan resplandeciente. Fué un mártir ignorado; porque para aquel que os ama, oh Dios mío, ¡qué martirio no poder amaros tanto como desea y Vos merecéis ser amado!»

PUNTO II

Penitencia de Luis Gonzaga

La Iglesia en su tierna solicitud por la salvación de sus hijos, parece que tiene menos en cuenta la inocencia conservada que la inocencia recobrada; hé aquí por qué, no atreviéndose á proponer á nuestra imitación la angelical pureza de Luis de Gonzaga, considerándola casi como fruto de una gracia milagrosa, pide con instancias que al menos le sigamos en el sendero de la penitencia. La pureza, á la vez que conduce á la visión de Dios, conduce necesariamente á su amor, y el espíritu de sacrificio es inseparable de la ardiente caridad. Amar á Dios y aborrecerse santamente á sí mismo no son sino una misma cosa en el lenguaje evangélico. ¡Oh Señor, ¿de qué no es capaz un corazón que está entregado á Vos, cuando vuestra gracia le sostiene y le anima? Luis de Gonzaga conoció la utilidad de las maceraciones desde sus primeros años, y la continuó hasta estar en los brazos de la muerte. La sensualidad es menos ingeniosa en procurarse medios de satisfacción, que

lo era él en encontrar modos de mortificarse y de sufrir.

Por más que yo diga que Dios no exige de mí todas las austeridades que admiro en los santos, no es menos cierto que tengo faltas que expiar; que para ser de Jesucristo, no sólo como Sacerdote sino como simple fiel, debo crucificar mi carne con sus apetitos desordenados; que hay una mortificación del corazón estricta y continuamente obligatoria, según estas palabras del Concilio de Trento: *La vida del cristiano, debe ser una penitencia perpetua* (1). Sé, además, que he de responder de todas las almas cuya salvación me haya sido confiada; que debo no solamente instruir las, corregirlas y orar por ellas, sino también ofrecer expiaciones por sus faltas. Penitente sin ser pecador, hé aquí lo que fué Luis de Gonzaga; pecador sin ser penitente hé aquí lo que soy yo: mi conciencia me obliga á esta declaración; pero, ¿puedo hacerla sin avergonzarme y estremecerme?

Amable Santo, severo sólo para vos, llevasteis la compasión para con vuestros hermanos hasta ofrecer por ellos el sacrificio de vuestra vida (2). ¡Ah! Tened piedad de nosotros! Si no habéis podido recorrer la carrera de los apóstoles conforme á vuestro celo, Dios parece que quiere recompensaros, por las gracias de misericordia y de salvación que concede á los que os invocan. Ayudadnos á reparar los hermosos años que hemos perdido. Vuestra caridad es siempre la misma, vuestro poder es más grande en el Cielo que sobre la tierra: alcanzadnos el amor de la inocencia y de la penitencia, para que nosotros también tengamos la dicha de ver á Dios, y de poseerle con vos en la mansión de la gloria.

(1) *Tota vita christiani perpetua debet esse penitentia.*

(2) Murió víctima de su abnegación sirviendo á los apes-
tados.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*Inocencia de Luis Gonzaga.*—¿Cuál ha sido la perfección de esta inocencia? ¿Cuál ha sido su recompensa? Desde la más tierna edad se hizo á sí mismo la aplicación de estos divinos oráculos. *Hijo mio, huye del pecado, como huirías del encuentro de una serpiente. Guarda tu corazón con una extrema vigilancia. Abstente de todo lo que tiene apariencia de mal.* El horror á toda ofensa de Dios, el alejamiento de todo lo que á ella puede conducir, un desprendimiento absoluto de toda criatura, tal fué siempre su inocencia. Por algunas palabras inconvenientes que había repetido sin comprenderlas, se consideraba como un gran pecador, y lloraba amargamente lo que él llamaba sus desórdenes. Esta vida tan pura la observó en la corte de los príncipes, en donde todo es escollo para la virtud. ¿Qué dulzura fué también la de sus comunicaciones con Dios! El privilegio del alma pura es tener por amigo al Rey de los reyes; ¿hay amistad más fecunda en sólida consolación? Magníficamente recompensada ya sobre la tierra ¿quién será capaz de decir cómo ha sido compensada en el Cielo la pureza de este Joven angelical?

PUNTO SEGUNDO.—*Penitencia de Luis Gonzaga.*—La perfecta inocencia conduce necesariamente al amor de Dios y al espíritu de sacrificio. Luis de Gonzaga conoció la práctica de las maceraciones desde sus primeros años, y la continuó hasta estar en brazos de la muerte. Jamás fué la sensualidad más ingeniosa en procurarse placeres, que lo fué él en hallar medios de mortificarse y sufrir. ¿Osaré yo compararme á este modelo? Penitente sin ser pecador, hé aquí lo que fué Luis de Gonzaga; pecador sin ser penitente, hé aquí lo que yo soy....

MEDITACIÓN CXIX

24 DE JUNIO.—NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA

Un ángel ha hecho el más espléndido elogio de este Santo cuando dijo: *Erit magnus coram Domino* (1). No es á sus propios ojos, ni solamente en la estima de los hombres; es delante de Dios donde será grande. Pero, ¿de dónde le vendrá toda su grandeza? Únicamente de sus relaciones con el Mesías á quien precederá en el espíritu y en la virtud de Elías, y á quien preparará el camino. Juan Bautista está predestinado, consagrado para la obra de Jesucristo. Su nacimiento y su vida, sus discursos y sus acciones, su gloria y sus virtudes se dirigen á Jesucristo como á su centro, y bajo este punto de vista principalmente, es como nos ofrece un hermoso sujeto de meditación sacerdotal. El nos recuerda nuestro fin en calidad de Sacerdotes y nos excita con su ejemplo á cumplirlo con fidelidad.

- I. Fué todo para Jesucristo.
- II. Fué todo de Jesucristo.

PUNTO I

En la persona de San Juan Bautista todo es para Jesucristo: el ministerio que se le ha confiado, y las gracias que recibe

1.º Hacer conocer al Hijo de Dios encarnado, y por ende echar los fundamentos de su reino acá en la tierra, tal es la vocación de Juan Bautista. En el instante de su nacimiento, su padre hecho profeta exclama: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel! Han

(1) Luc., I, 15.

llegado los días de su gran misericordia. Comienzan con los vuestros, dichoso Infante; el Mesías no espera para manifestarse sino que vuestra voz lo anuncie» (1). Juan Bautista no es la luz que debe salvar al mundo iluminándolo, pero ha nacido para mostrarla al mundo (2).

Jesús recibirá de él no su misión, sino la autenticidad de su misión; el siervo acreditará al Señor y le pondrá, por así decirlo, en posesión de su título de Salvador. *Ecce qui tollit peccata mundi* (3). ¿Hay acaso un ministerio más sublime? ¿No es esto suficiente para justificar la palabra del ángel: *Erit magnus*, y la del mismo Jesús: *Non surrexit major inter natos mulierum?*

¡Oh Sacerdotes! reconoced vuestra grandeza en la de Juan Bautista. El es el hombre de Jesucristo, encargado de manifestarlo al mundo y de abrirle la entrada de los corazones; ¿no es ésta también vuestra gloriosa vocación? ¿Os ha separado Dios desde el seno de vuestra madre, y escogido desde toda la eternidad para otro fin? (4).

2.º Para que su Precursor esté en disposición de cumplir su noble ministerio, Jesús le da una autoridad de misión capaz de dominar todos los espíritus, una autoridad de virtudes y de santidad capaz de mover todos los corazones.

Su nacimiento está acompañado de tantos milagros que no tendrá ya necesidad de hacerlos para establecer la verdad de su testimonio. Zacarías, detenido en el santuario por una aparición celestial, la dichosa nueva que recibe, el signo que se le da como prueba de ella, y que es á la vez castigo de la timidez de su fe; este hombre que pierde súbita-

(1) *Tu puer, propheta Altissimi vocaberis: praebis enim ante faciem Domini parare vias ejus.* (Luc., II, 76.)

(2) *Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine.* (Joan., I, 8.)

(3) Joan., I, 29.

(4) *Qui me segregavit ex utero matris meae, et vocavit per gratiam suam.* (Gal., I, 15).

mente el uso de la palabra y que lo recobra en el nacimiento del Infante para cantar la gloria del Mesías y el destino del recién nacido. La noticia de todos estos acontecimientos prodigiosos se extiende por las regiones vecinas; la impresión es universal y profunda: *Et factus est timor super omnes vicinos eorum: et super omnia montana Judææ divulgabantur omnia verba hæc. Et posuerunt omnes in corde suo dicentes: Quis putas, puer iste erit? Etenim manus Dei erat cum illo* (1). Juan Bautista, al punto que ha nacido, es ya conocido, respetado, como el enviado de Dios; ya puede por tanto hablar, pues los pueblos están dispuestos á creerle.

Esto era bastante para convencer los espíritus, mas tratábase de mover los corazones, separarlos de sus pasiones, y conducirlos á Jesucristo, y para conseguir este fin el precursor del Mesías tenía necesidad de gracias extraordinarias. Le era necesaria una santidad que, por lo resplandeciente y lo maravilloso, atrajese las miradas y la admiración, y se la vió en Juan Bautista. Estuvo en los desiertos desde su más tierna infancia: *Erat in deserti*, y permanece en él hasta el día de su manifestación: *Usque in diem ostensionis suæ ad Israel* (2). Cuál es su vida durante esta larga soledad? Un coloquio continuo con Dios y la práctica de una austera penitencia. ¿Tenía crímenes que expiar? No: desde el seno de su madre había sido santificado y á medida que adelantaba en edad, adelantaba en perfección (3). El aplacaba á Dios en favor de los pecadores á quienes debía anunciar el Mesías.

Es por tanto, todo para Jesucristo en el ministerio confiado y en las gracias concedidas á Juan Bautista. La Providencia, en todo lo que ha hecho para él, no ha tenido en mira más que una cosa, ponerle en estado de obrar eficazmente sobre los es-

(1) Luc., I, 65, 66.

(2) Ibid., 80.

(3) *Puer autem crescebat et confortabatur spiritu.* (Luc., I, 80).

píritus y sobre los corazones, y establecer en ellos el reino de Jesucristo, el cual se ha propuesto también lo mismo llamándome, preparándome al sacerdocio y dándome tantos medios de santificación. Todas las gracias que se me han prodigado durante mi educación clerical, en mis ordenaciones, después de ser Sacerdote, no han tenido sino un objeto: hacer de mí un santo, un digno ministro de Jesucristo. ¡Oh Dios mío! que no haya correspondido tan fielmente á vuestros designios como vuestro Precursor!

PUNTO II

En la persona de San Juan Bautista todo es de Jesucristo

Como sólo ha recibido la misión de dar testimonio de El (1), no ha hecho nada sino dar ese testimonio; á esto ha consagrado toda su existencia, y en esto es modelo acabado de los hombres apostólicos. El fuego del celo está en su corazón, una eminente santidad brilla en sus acciones. El atemoriza por sus amenazas, persuade con sus ejemplos, ilustra con sus instrucciones, edifica con su humildad, sostiene el honor de su ministerio con una invencible firmeza; todos estos rasgos deben encontrarse en mí en cierto grado, si poseo el verdadero espíritu del sacerdocio.

Juan Bautista predica con su presencia. Antes que haya abierto la boca, su humilde semblante, su vida austera han hecho comprender que él conoce la necesidad de hacer penitencia... Cuando se ha preparado uno durante treinta años para ejercer el ministerio de precursor, tiene derecho de decir: *Parate viam Domini.*

Para exhortar eficazmente á la penitencia, infun-

(1) *Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet* (Joan., I, 7).

de el terror en las almas, bien convencido de que el temor es generalmente el freno y el resorte más poderoso para detener y para hacer obrar á los hombres: «Razas de víboras, serpientes ingratas, que el Señor ha nutrido en su seno, y que no cesáis de levantaros contra El, pensad en libraros de sus venganzas. Árboles estériles, la segur de la muerte os va á herir, váis á ser arrojados al fuego, apresuraos á desarmar á un Dios cuya cólera tenéis merecida.»

Si sus amenazas son atemorizadoras, su moral está llena de sabiduría y de moderación; es proporcionada á todos los estados. A los ricos, que le preguntan lo que han de hacer para salvarse; *Quid faciemus?* no les dice: Abandonad vuestros bienes, sino: «Dad limosna, y tomadla de vuestro superfluo.» Da también instrucciones á los hombres de guerra, á los publicanos: es exacto, jamás exagerado.

Sucesos inauditos acompañan sus trabajos. Se le cree Elías ó uno de los antiguos profetas resucitado; se le cree aún el mismo Mesías. Lejos de dejarse deslumbrar por el brillo de esta gloria, no encuentra en ella sino ocasión de confundirse, y abismarse en su nada. ¡Qué turbación agita su corazón cuando oye á Jesucristo mandarle que le bautice con sus manos! Qué aflicción le acongoja cuando sus discípulos envidiosos vienen á decirle: *Rabbi, qui erat tecum trans Jordanem..., ecce hic baptizat, et omnes veniunt ad eum!* (1). «No sabéis, les responde, que á El toca manifestarse y á mi ocultarme; á El elevarse y á mí humillarme?» (2). ¡Oh! ¡Cuán raro es conservarse humilde en el esplendor de un gran triunfo! La vanidad es un vicio que se ha reprendido con frecuencia en los oradores evangélicos, y ¿no parece que se les acusa de ella siempre que se les elogia? Pero, la humildad de Juan Bautista ¿ya acaso á tomar formas lisonjeras en presencia de los grandes? No: ha dicho la verdad sobre las orillas del Jordán; la

(1) Joan., III, 26.

(2) *Illum oportet crescere, me autem minui.* (Joan., III, 30).

dirá también en medio de la corte. El hace resonar al oído del príncipe esta palabra atrevida: *Non licet.* Ataca el escándalo con intrepidez. Se le lleva á la prisión; á la misma muerte...; ¿hay recompensa más digna de la ambición de un ministro fiel? Viviendo y muriendo, el Precursor de Jesucristo da testimonio de él. Todo en él es de Jesucristo, como todo en él es para Jesucristo.

Amable Salvador, vos deseáis ahora como entonces entrar en las almas para llevar á ellas la paz y la salud; dadnos, pues, ahora santos precursores que os preparen los caminos. Haced de todos vuestros Sacerdotes, como de Juan Bautista, lámparas ardientes y lucientes, á fin de que gocemos constantemente de la luz que ilumina, y de la caridad que enardece. *Tantum lucere vanum, tantum ardere parum, ardere et lucere perfectum* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*En la persona de San Juan Bautista tolo es para Jesucristo: el ministerio que se le ha confiado y las gracias que recibe.*—1.º Ha sido llamado á hacer conocer al Salvador como á echar los fundamentos de su reino de aquí abajo. ¡Hé aquí lo que profetizó su padre en su nacimiento! Este Niño no será la luz del mundo; pero ha venido al mundo para anunciarla. ¡Oh Sacerdotes, reconoced vuestra grandeza en la de San Juan Bautista! Su misión es la vuestra. 2.º Necesita para cumplir su misión gracias extraordinarias que le fueron concedidas. Las maravillas que rodearon su cuna y la eminente santidad de su vida lo pusieron en aptitud de ejercer influencia poderosa sobre los espíritus y sobre los corazones. De la propia manera, todas las gracias que se me han prodigado hasta hoy no tienen más que un fin solo: hacerme yo mismo un santo, y prepararme á formar

(1) S. Bernard. *Serm. in nativitat. S. Joan. B.*

otros santos. ¿He correspondido, oh Jesús mío, á vuestros deseos tan fielmente como vuestro Precursor?

PUNTO SEGUNDO.—*En la persona de San Juan Bautista todo es de Jesucristo.*—No ha venido á la tierra sino por El; y nada hace que no sea por él. Emplea todo el ascendiente que le dan sus virtudes y su milagroso nacimiento en prepararle los caminos y en dirigir hacia él los corazones. Ilustra con sus instrucciones, persuade con sus ejemplos, edifica con su humildad y sostiene el honor de su ministerio con su invencible firmeza; y por último, da testimonio de Jesucristo durante su vida como en su muerte: *Lucere vanum, ardere parum, ardere et lucere perfectum.*

MEDITACIÓN CXX

19 DE JUNIO.—*San Pedro es elegido jefe de la Iglesia. Contemplación.*

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—Después de haber comido, Jesús dijo á Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?» Interrogado tres veces por el Salvador, tres veces Pedro le contesta que le ama, y entonces recibe el cargo de gobernar toda la Iglesia. Su Maestro le predice después con qué género de muerte le glorificará (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Pedir la gracia de comprender todo el alcance de las palabras dirigidas á San Pedro en estas circunstancias, y la gracia de participar de las disposiciones del santo Apóstol.

PUNTO I

Contemplar las personas

Observad: son los discípulos que durante toda la

(1) Joan., XXI, 15, 19.

noche habían trabajado en balde con San Pedro: ahora reconocen á su Maestro, pero no se atreven á decírselo. Su alegría está cohibida por el respeto: y este respeto mismo es lo que aumenta la suavidad de su alegría haciéndola más tranquila. Ellos estudian las miradas de Jesús, examinan todo su exterior, y no pierden ni una de sus palabras. Todos han oído lo que Jesús dijo á San Pedro; y no parecen ni envidiosos, ni maravillados de verle honrado más que todos; habían oído ya la magnífica promesa que se le hiciera: *Tu es Petrus, et super hanc petram œdificabo Ecclesiam meam.* Pero, el corazón de Pedro, oprimido de sentimiento y de dolor, necesitaba desahogarse con alguna manifestación de su amor. El recuerda su crimen con tanta mayor fuerza, cuanto más parece que Jesús lo haya olvidado. Observad la expresión de tristeza que toma su voz á la tercera vez que se le hace la misma pregunta. El teme la desgracia de equivocarse sobre el valor de sus mismos sentimientos. Observad al Hijo de Dios: El viene ya resucitado para consolar á los apóstoles por su infructuosa pesca; y al mismo tiempo viene á consolidar su fe, su esperanza, y su amor. El lee en el corazón de Pedro el deseo que tiene de reparar su falta; y con exquisita delicadeza le ofrece la ocasión de hacerlo, instruyendo al mismo tiempo á todos los pastores de la Iglesia, descubriéndoles su tierna solicitud por la salvación de las almas.

PUNTO II y III

Escuchar las palabras: considerar las acciones.

Debiendo el Salvador subir muy pronto al Cielo, había llegado la hora de investir de la suprema dignidad al que había sido escogido para reemplazarle visiblemente sobre la tierra; pero él quiere que se sepa que esta preeminencia de dignidad y de poder no se ha concedido más que á la preeminencia del amor. En presencia de los demás discípulos que aca-

ban su refección El dice á Pedro: *Simon Joannis, diligis me plus his?* Pedro responde: *Etiam, Domine, tu scis quia amo te.* Y Jesús replica: *Pasce agnos meos.* Esto era decir á él y á todos los que en la Iglesia debían después ejercer el cargo de pastores de almas: «Aprended hasta qué punto yo amo á las almas. La mejor prueba que me podáis dar de vuestro amor es instruir las, dirigir las, y salvar las. En este oficio necesitaréis alto grado de abnegación y sacrificio de vosotros mismos; pero si me amáis lo tendréis; y sólo mi amor os lo puede dar». En efecto, en la vida de un pastor verdadero no se concibe sino oración, estudio, trabajo, diligencia en todo lo que sea obra de celo, y frecuentes ocasiones de padecer. Para sostenerse en esa vida de abnegación, es de todo punto indispensable tener aquella energía que sólo la caridad puede inspirar.

La respuesta de Pedro es humilde. No dice: Vos sabéis, Señor, que yo os amo más que todos; se contenta con afirmar su amor. Después de su caída desconfía de sí mismo, y se guarda muy bien de preferirse á nadie. ¡Oh Dios mío! ¿Cuándo me aprovecharé yo también de las lecciones que me da continuamente la experiencia de mi debilidad? ¡Cuán lejos estoy de ello! Mi orgullo parece crecer á medida que tengo mayores razones para humillarme.

No le basta á Jesús preguntar una sola vez: dos y tres veces dirige á su Apóstol las mismas palabras. ¿Acaso ignora Nuestro Señor que San Pedro se afligirá? Lo sabe; pero para expiar la triple negación es necesaria una triple protesta de amor, *ne minus amori lingua serviat quam timori* (1).

Es necesario enseñar á los que son llamados al gobierno de las almas, que para este empleo no bastan los arrebatos momentáneos de devoción; sino que hace falta un amor generoso, una caridad llena de fuerza y de constancia. Después de este momento de prueba tan penoso para el Apóstol penitente,

(1) S. Aug. Tract., 122 in Joan.

Jesús le colma de favores. Ya no le dice tan sólo: *Pasce agnos meos*; sino que añade: *Pasce oves meas.* Le confía la Iglesia entera: corderos y ovejas; pastores y fieles. El cargo que él recibe es la recompensa de su amor; el celo que él pondrá en el cumplimiento de su misión será una prueba de este amor mismo. No es elevado á tal dignidad el amor inocente de Juan, sino el amor arrepentido de Pedro. De este modo, Dios mío, tratáis á los grandes pecadores: ¿por qué habré yo, pues, de desanimarme por el recuerdo de mis faltas?

¿Qué es lo que el Salvador promete á Pedro estableciéndole jefe de la Iglesia universal? Persecuciones, martirio, la muerte de cruz. *Amen, amen, dico tibi: Cum esses junior, cingebas te, et ambulabas ubi volebas.* Antes que se me confiara el cuidado de las almas, yo podía gozar algo de mi libertad: pero desde que fui hecho pastor ya no tengo libertad alguna; yo pertenezco á mi rebaño, y á mis ovejas soy deudor de todos los instantes de mi existencia; antes no tenía más que el peso de mis males; ahora debo padecer por mí y por mi pueblo. *Cum autem senueris, extendes manus tuas et alius te cinget, et ducet quo tu non vis. Hoc autem dixit significans qua morte clarificaturus esset Deum.* El cingulo con que debía ser ceñido el Apóstol, significaba las cadenas que había de llevar y el suplicio que padecería; las manos extendidas significaba qué género de suplicio sería el suyo. ¿Pero qué es esto? ¿Acaso los buenos pastores y los mártires van contra su voluntad á los sufrimientos y á la cruz? ¿Por qué dice *ducet te quo tu non vis?* ¡Ah no! Ellos lo quieren por el movimiento de la gracia, aunque lo teman por el de la naturaleza. ¿Y quién es aquél, pregunta San Agustín, que ama las aflicciones y las penas? Por esto, Vos Señor, no mandáis que se amen, sino que se sufran (1).

(1) *Quis velit molestias et difficultates? Tolerare jubes eas non amare: Nemo quod tolerat amat, et si tolerare amat.* (Confess., l. X, c. XXVIII.)

Los apóstoles y todos los hombres verdaderamente apostólicos me han dado el ejemplo: yo debo amar las almas y á Jesucristo en ellas á expensas de mi reposo, de mi salud, de mi vida: *Impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris*. ¡Oh Jesús! Dadme gracia para honrar tan santa y sublime vocación (1): concededme valor para seguiros siempre por el camino que os plazca conducirme: que yo no me detenga por la repugnancia de la naturaleza: dadme fuerza para glorificaros con mi vida y con mi muerte para estar siempre contento sacrificando la una y la otra á vuestro amor.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplan las personas*.—Los apóstoles que han pescado en balde toda la noche con San Pedro, ahora con él se alegran de la pesca milagrosa. El corazón de Pedro estaba oprimido, y necesitaba buscar desahogo en alguna manifestación de amor. Jesús lee en el alma de Pedro el deseo de reparar su triple negación.

PUNTO SEGUNDO Y TERCERO.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones*.—Había llegado la hora de investir de la suprema autoridad al que había sido escogido para ser Vicario de Jesucristo en este mundo. Interroga Jesús á Pedro tocante á su amor; y como prueba le exige el sacrificio entero de sí mismo para la salvación de las almas. La respuesta es humilde. Pedro se contenta con afirmar su amor sin preferirse á nadie. Jesús no se contenta con una pregunta sola, y á pesar de afligir á Pedro, quiere de éste una triple prueba de amor y de arrepentimiento; Pedro lo hace, y para recompensarle, el Salvador le confía toda su Iglesia, corderos y ovejas. Pedro fué gran pecador: por tanto no me habré de desanimar al recuerdo de mis faltas. Amar á las almas y á Jesucristo en ellas, ¡hé ahí el ejemplo que me han dejado los apóstoles y los varones verdaderamente apostólicos!

(1) *Ministerium meum honrificabo*. (Rom., XI, 13.)

MEDITACIÓN CXXI

2 de Julio.—LA VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Este viaje de María que va á visitar á Santa Isabel, fué comparado con el del Hijo de Dios viniendo á visitar la naturaleza humana mediante el misterio de la Encarnación. Tanto uno como otro deben servir de modelo á los Sacerdotes en sus relaciones con el prójimo. Reflexionando sobre estas dos visitas, se reconoce que:

- I. La caridad es el móvil de estos viajes.
- II. La humildad lo ejecuta.
- III. El fin de estos viajes es la santificación de las almas.

PUNTO I

La caridad es el motivo único que determinó al Hijo de Dios visitar al género humano. Este mismo motivo decidió á María Santísima á ir visitar á Santa Isabel.

Aunque la grandeza del Hijo de Dios todo lo llena con su inmensidad, sin embargo, el Espíritu Santo para adaptarse á nuestro modo de hablar, nos representa el misterio de la Encarnación bajo la figura de un viaje, ó de una visita. *Exivi a Patre, et veni in mundum* (1). — *Visitavit nos oriens ex alto* (2). Pero, ¿de dónde sacaría Nuestro Señor un proyecto tan ventajoso para el hombre? De ninguna otra parte que de su amor inmenso para el hombre mismo: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium*

(1) Joan., XVI, 28.

(2) Luc., I, 78.

Los apóstoles y todos los hombres verdaderamente apostólicos me han dado el ejemplo: yo debo amar las almas y á Jesucristo en ellas á expensas de mi reposo, de mi salud, de mi vida: *Impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris*. ¡Oh Jesús! Dadme gracia para honrar tan santa y sublime vocación (1): concededme valor para seguiros siempre por el camino que os plazca conducirme: que yo no me detenga por la repugnancia de la naturaleza: dadme fuerza para glorificaros con mi vida y con mi muerte para estar siempre contento sacrificando la una y la otra á vuestro amor.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplan las personas*.—Los apóstoles que han pescado en balde toda la noche con San Pedro, ahora con él se alegran de la pesca milagrosa. El corazón de Pedro estaba oprimido, y necesitaba buscar desahogo en alguna manifestación de amor. Jesús lee en el alma de Pedro el deseo de reparar su triple negación.

PUNTO SEGUNDO Y TERCERO.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones*.—Había llegado la hora de investir de la suprema autoridad al que había sido escogido para ser Vicario de Jesucristo en este mundo. Interroga Jesús á Pedro tocante á su amor; y como prueba le exige el sacrificio entero de sí mismo para la salvación de las almas. La respuesta es humilde. Pedro se contenta con afirmar su amor sin preferirse á nadie. Jesús no se contenta con una pregunta sola, y á pesar de afligir á Pedro, quiere de éste una triple prueba de amor y de arrepentimiento; Pedro lo hace, y para recompensarle, el Salvador le confía toda su Iglesia, corderos y ovejas. Pedro fué gran pecador: por tanto no me habré de desanimar al recuerdo de mis faltas. Amar á las almas y á Jesucristo en ellas, ¡hé ahí el ejemplo que me han dejado los apóstoles y los varones verdaderamente apostólicos!

(1) *Ministerium meum honrificabo*. (Rom., XI, 13.)

MEDITACIÓN CXXI

2 de Julio.—LA VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Este viaje de María que va á visitar á Santa Isabel, fué comparado con el del Hijo de Dios viniendo á visitar la naturaleza humana mediante el misterio de la Encarnación. Tanto uno como otro deben servir de modelo á los Sacerdotes en sus relaciones con el prójimo. Reflexionando sobre estas dos visitas, se reconoce que:

- I. La caridad es el móvil de estos viajes.
- II. La humildad lo ejecuta.
- III. El fin de estos viajes es la santificación de las almas.

PUNTO I

La caridad es el motivo único que determinó al Hijo de Dios visitar al género humano. Este mismo motivo decidió á María Santísima á ir visitar á Santa Isabel.

Aunque la grandeza del Hijo de Dios todo lo llena con su inmensidad, sin embargo, el Espíritu Santo para adaptarse á nuestro modo de hablar, nos representa el misterio de la Encarnación bajo la figura de un viaje, ó de una visita. *Exivi a Patre, et veni in mundum* (1). — *Visitavit nos oriens ex alto* (2). Pero, ¿de dónde sacaría Nuestro Señor un proyecto tan ventajoso para el hombre? De ninguna otra parte que de su amor inmenso para el hombre mismo: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium*

(1) Joan., XVI, 28.

(2) Luc., I, 78.

suum unigenitum daret (1); y para cada hombre en particular: *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me* (2). Este proyecto ha sido concebido en las entrañas de su misericordia: *Per viscera misericordiae Dei nostri* (3). Dios no pudo vernos perecer sin remediarnos: su compasión, el amor que nos tiene le han hecho dejar á un lado las exigencias de su justicia.

Lo mismo debe decirse, guardadas las justas proporciones, de la visita que hoy hace la Santísima Virgen. Como Ella, por decirlo así, no forma más que un corazón, vive la misma vida con el divino Niño que lleva en sus entrañas, tiene en consecuencia el mismo principio de acción. Si emprende este viaje, dice San Ambrosio, no es porque le asalte la más ligera duda tocante á las verdades que el Angel le ha revelado, ni porque quiera, de consiguiente, averiguarlas por sí misma: *Non quasi incredula de oraculo, nec quasi incerta de nuntio*. Lo que la lleva no es tampoco el solo amor natural á sus parientes; Ella había hecho ver ya desde su más tiernos años cuán desprendida estaba de su familia, y por tanto, únicamente podía obligarla á salir de su retiro la fuerza de la caridad. Quiere visitar á Isabel para felicitarla y regocijarse con ella por los grandes beneficios que la misericordia de Dios le ha dispensado. Su prima, por el estado en que se halla, necesitará tal vez de sus servicios; por eso corre á ofrecérselos. Siente, en fin, como una verdadera necesidad de hacer participar á otros de los tesoros de gracia con que Dios se ha dignado enriquecerla; quiere llevar las bendiciones de su divino Hijo á una familia que está bien preparada para recibir las.

Las expresiones de que se vale el santo Evangelista para referirnos este viaje, pintan, en efecto, la caridad inmensa de María. Hay allí prontitud, fervor:

(1) Joan., III, 16.
(2) Gal., II, 20.
(3) Luc. ibid.

Ersurgens Maria abiit cum festinatione. Hay valor ánimo esforzado para vencer las dificultades: ni la aspereza de los caminos, ni la escabrosidad de las montañas pueden detener el paso de María: *Abiit in montana...* ¿No son estos acaso los dos principales caracteres del amor divino? *Nihil dulcius est amore, nihil fortius. Amans volat, currit, et lætatur* (1).

¿Se parecen todos los viajes de los Sacerdotes á este de Jesús y de María? ¿Es siempre la caridad su primer móvil? ¡Ay, cuántas idas y venidas inútiles! ¡Cuántas visitas hechas sólo por pasatiempo, por curiosidad, por huir del retiro y de la vida laboriosa! Al contrario, cuando la gloria de Dios ó el bien del prójimo me exigen la salida de casa, ¿me hallo dispuesto á ponerme inmediatamente en camino? Un pastor celoso, ¿no deberá sentirse inflamado en caritativo ardor cuando se trata de llevar á las almas, que le reconocen como padre, la verdad, la paz y aún á su mismo Dios? ¡Oh no, jamás! Sin trepidar un instante sacrifica su reposo, sus gustos, y hasta el santo placer de los dulces coloquios con nuestro Señor, para ir á donde le llama el deber.

PUNTO II

Humildad del Hijo de Dios visitando á los hombres por la Encarnación:
humildad de María visitando á Isabel.

Jesús, impulsado sólo por su amor á nosotros en la visita que hace á la naturaleza humana, baja desde los esplendores de su gloria hasta la nada de nuestra carne mortal. Hemos hecho notar en otra meditación (2) cómo el Verbo Eterno fué descendiendo en su Encarnación cinco peldaños hasta tocar en el abismo más profundo de humillación á que podía

(1) *Imit.*, I. III, c. V.
(2) T. II, med. XVI.

llegar todo un Dios: *Homo factus est.*—*Formam servi accipiens.*—*Verbum caro factum est.*—*In similitudinem carnis peccati.*—*Excitantem semetipsum.* En su visita á Isabel imita admirablemente la Santísima Virgen la humildad de su Hijo. Esta virtud es, sin duda alguna, la virtud de toda su vida, sean cuales fueren las circunstancias en que se halle; pero en la presente, como que parece haber llegado á su más alto grado de perfección. En el momento de ser sublimada á la incomprensible dignidad de Madre de Dios es cuando la Virgen se llama á sí misma esclava: *Ecce ancilla.* Mas ¿de quién? Del Supremo Soberano: *Domini.* En su visita á Isabel se convierte en sierva de una persona que le era por todos conceptos inferior. No espera recibir primero las atenciones de su prima; se anticipa á prodigarle las suyas. ¿Qué humildad tan prodigiosa nos revela el silencio con que oculta y guarda en secreto el gran acontecimiento que en Ella se ha realizado! ¿Acaso no había al parecer poderosos motivos que en cierto modo le obligaban á manifestarlo? Encarnado ya el divino Verbo en su seno virginal ¿no era para María casi un ineludible deber el dar gloria á Dios y el consolar á Israel publicando un misterio por tantos anhelado? ¿Por qué no descubrirlo siquiera á San José? Es que María lleva consigo su oráculo, su regla de conducta: su Hijo que es Dios, al mismo tiempo que se anonada, ¿por qué se ha de enaltecer Ella? El se mantiene aún oculto en la oscuridad; ¿querrá Ella formar contraste con una vana ostentación? El calla: María imita su silencio y no dice palabra de la elección para el más glorioso de los destinos con que el Cielo la ha honrado, hasta que Isabel, instruida por el Espíritu Santo, exclama en transporte de alegría: *Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui. Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* (1):

Ahora que el secreto está descubierto, María abre sus labios; tiene hasta cierto punto obligación de

(1) Luc., I, 42, 43.

hablar; por humildad y por reconocimiento debe precisamente hacerlo. Es necesario que refiera á Dios todo el honor que á ella se tributa, no conservando para sí otra cosa que su propia nada: «Al felicitarme, responde, me alabáis y me eleváis por sobre todas las demás mujeres; mas por lo que á mí toca yo no alabo ni bendigo, ni glorifico sino á Nuestro Señor: *Magnificat anima mea Dominum.* Sé perfectamente que El, Omnipotente como es, ha hecho en mí grandes portentos; sé que me llamarán bienaventurada todas las generaciones; pero ¿por qué? Porque el Altísimo ha dirigido una mirada á la bajeza de su sierva: *Quia respexit humilitatem ancilla suæ.* El quería llegar al último grado del abatimiento, y sólo en mi pequeñez y miseria ha encontrado el límite más profundo del abismo que buscaba.»

He aquí lo que María piensa de sí misma. Cree que Dios la ha escogido entre todas las criaturas para elevarla á la dignidad más sublime, únicamente por ser ella la criatura más indigna.

La humildad será siempre el camino único para alcanzar la grandeza verdadera, el único fundamento sólido de todas las virtudes cristianas y sacerdotales, la primera disposición para obtener de Dios las más excelentes gracias y los más preciados dones, la condición, por fin, más necesaria para cooperar á la gran obra de la redención del género humano.

PUNTO III

La santificación de las almas es el fin único de la encarnación de Jesús y de la visita de María. ®

Jesús vino al mundo para traernos la felicidad junto con la santidad. El fruto que El quiere sacar de su vida y muerte, el fin que se propone en su visita, no es sino librar á los hombres de la esclavitud del pecado y de las pasiones, para colocarlo bajo el imperio de la gracia y de la paz. Todos sus misterios

tienen por término la santificación de los hombres (1).

El grande objeto de la visita de María á Santa Isabel, fué también santificar á Juan Bautista, y llenar de gozo celestial toda la casa de Zacarías. *Ut audivit salutationem Mariæ Elisabeth, exultavit infans in utero ejus* (2).

¡Cuántas almas, Madre divina, participarán de los frutos de la visita que hacéis al precursor de Jesús! ¡A cuántas otras prepararéis su santificación cuando concurrís á la santificación de un Sacerdote, ó de un Pastor! Puesto que la gracia se reparte por vuestras manos, una de las primeras que os pedimos es la de comprender bien cuántas riquezas celestiales podemos alcanzar por vuestra intercesión, y el uso que debemos hacer de ellas.

¡Oh! pueda esta gracia servir para descubrirnos la luz de Dios como la descubrió á San Juan Bautista y á su madre! ¡Sirva esta gracia para santificarnos según la intención de vuestro Hijo, y hacernos de este modo menos indignos de representarle entre los hombres, conservándonos fieles á los deberes de nuestra vocación dedicada á la salvación de nuestros hermanos!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Caridad de Jesucristo en visitar al género humano: caridad de María visitando á Santa Isabel.*—La Escritura nos representa el misterio de la Encarnación bajo la figura de una visita. Este proyecto ha sido concebido por la misericordia de Dios. ¿Cuál es el motivo que determina el viaje de la Santísima Virgen? Ella quiere felicitar á Santa Isabel y ofrecerle sus servicios: quiere llevar las bendiciones de su Hijo á una familia bien dispuesta para recibir las. Todas mis comunicaciones con el prójimo tienen también

(1) Eph., IV, 12.

(2) Luc., II, 41.

el mismo principio y el mismo objeto? Cuando la gloria de Dios ó el amor del prójimo exigen que yo salga, que deje una ocupación que me gusta ¿estoy yo dispuesto al sacrificio?

PUNTO SEGUNDO.—*Humildad de Jesucristo visitando á los hombres por la Encarnación: humildad de María visitando á Santa Isabel.*—Jesús baja desde los resplandores de su gloria hasta nuestra nada. María Santísima baja desde su dignidad de Madre de Dios hasta el nivel de una humilde sierva. No espera que venga Isabel, sino que va á verla. ¡Qué humildad se revela en el silencio que Ella guarda tocante á sus grandezas! Y cuando habla de eso ¿con qué humildad lo hace!

PUNTO TERCERO.—*La santificación de las almas es el fin único de la Encarnación del Verbo y de la Visita de María.*—El fruto que Jesús quiere sacar de su vida y muerte es librar á los hombres del pecado, ponerlos bajo el imperio de la gracia, santificarlos. El fruto que María Santísima quiere sacar de su visita es santificar al Precursor de Jesucristo y por su medio prepara la santificación de muchos otros.

MEDITACIÓN CXXII

16 de Julio.—NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN. *El Escapulario de la Santísima Virgen.*

La Cofradía del Santo Escapulario tuvo por fundadora á María Santísima. Ella fué quien la reveló al bienaventurado Simón Stock, sexto Superior general de los Carmelitas. Este Santo nació de una ilustre familia de Inglaterra en el año 1164. Desde la edad de doce años se internó en una vasta selva, donde se impuso todas las mortificaciones y austeridades de los antiguos solitarios. La cavidad de una vieja encina fué su morada; yerbas y raíces su único alimento, el agua del torrente su bebida, y la oración su ocupación. Así vivió durante veinte años cuando dos señores ingleses que volvían de Tierra Santa, trajeron con ellos algunos religiosos del monte Carmelo. Simón vivamente conmovido de la piedad de éstos hacia

la Reina del Cielo, se agregó á ellos; y seis años más tarde fué nombrado superior general de su Orden.

Un día en la efusión de su confianza filial se quejaba á María de las persecuciones que sufría esta venerable Orden, y que parecía á punto de sucumbir; la conjuraba con lágrimas que no abandonase ésta familia religiosa que ella había adoptado, y que le diese algún signo especial de su protección maternal. La augusta Reina se le apareció en medio de resplandeciente luz, y presentándole un escapulario le dijo: «Recibe, mi querido hijo, este escapulario, signo del privilegio que he obtenido para ti y para los hijos del Carmen. El que muera revestido de esta divisa, será preservado del fuego eterno. Este es signo de salvación, salvaguardia en los peligros, prenda de paz y protección especiales.»

El Santo en el colmo de la dicha enseñó el don precioso que había recibido no solamente para los Carmelitas, sino aún para todo el pueblo cristiano. Pronto se vieron los personajes más nobles y distinguidos por su piedad y por su rango, formar parte de ésta asociación. San Luis, Blanca de Castilla, y toda la familia real de Francia fueron los primeros que vistieron este santo hábito. La cofradía del Santo Escapulario autorizada y aprobada por los papas, se extendió rápidamente en todas las comarcas del mundo católico.

Cincuenta años más tarde la Santísima Virgen se dignó aparecer al papa Juan XXII ordenándole que confirmase é hiciese conocer las gracias, privilegios y favores, que su divino Hijo por su intercesión había otorgado á los religiosos y á los cofrades del Carmen, agregando: que «ella como madre complaciente visitaría todos los sábados el purgatorio para consolar al alma de las personas que hubiesen muerto revestidas del escapulario» (1).

(1) Benito XIV hablando de la primera de estas dos apariciones, declara netamente que la cree, y que todo el mundo debe mirarla como verdadera. Toma también la defensa de la segunda. Un gran número de Soberanos Pontífices en sus so-

- I. La Devoción del escapulario y su excelencia.
- II. Mayor excelencia aún por los privilegios con que está enriquecida.
- III. Práctica de esta devoción.

PUNTO I

Excelencia de la devoción del escapulario considerada en sí misma

Aunque no tuviéramos con la devoción del Escapulario, sino el deseo y el pensamiento de tributar mayor gloria á la Santísima Virgen, llevando esta insignia que acredita nuestro celo por su culto; podríamos estar seguros de que nuestra devoción le es agradable como también de que es medio poderoso para atraernos su benévola protección. Mas, si á imitación del Padre celestial, que ordena se levante el sol para el justo como para el pecador, María reparte sus gracias aún á los que la olvidan y ofenden: ¿qué tiernas miradas de misericordia no debemos esperar que envíe á los que procuran darle pruebas de señalado amor? Entre las devociones establecidas con el objeto de honrarla, ésta tiene dos ventajas sobre las cuales es importante meditar: su publicidad, y los continuos homenajes que ella le rinde.

1.º Homenajes públicos. Cuando yo voy á consagrarme á la Madre de Dios, y á recibir solemnemente al pie de su altar el signo de mi consagración á su culto, para llevarlo sobre mí tanto como dure mi vida; ya hago un acto público de profesión de fe; ya no me contento sólo con amarla en lo íntimo de mi corazón; y aunque la esencia de la

lemnes juicios y sentencias han preconizado estos insignes favores; y han exhortado á los fieles á llevar el escapulario recompensando con numerosas indulgencias este testimonio de piedad hacia María: Alejandro V, Clemente VII, Pablo III, San Pío V, Gregorio XIII, Pablo V, Clemente X, Inocencio XI, etc.

piEDAD reside en el coraz6n, ella es muy d6bil cuando teme mostrarse y parecer en p6blico. Si el Salvador rechaza la cobardia de algunos cristianos que se avergüenzan de parecer sus discipulos, María por su parte también debe hacer una gran diferencia entre el servidor tímido que le honra en secreto, y el que alistándose bajo su bandera, muestra la gloria que siente al llevar su librea de respetarla como á su soberana, y de amarla como á su madre.

2.º Homenajes continuos: nuestras prácticas piadosas dependen en muchas ocasiones del tiempo y del lugar; la devoción al escapulario la ejercemos en todos los lugares y en todos los instantes. Gracias á esta pequeña divisa que me acompaña, en cualquier parte que yo esté, en cualquier cosa que me ocupe, María ve siempre en mí la prueba auténtica de mi devoción. Mi vida constantemente la honra y le ruega; el tiempo mismo que dedico al reposo no está exento de homenajes, pues siempre mi escapulario habla por mí, me recomienda á su ternura, le dice cuánto la amo y cómo confío mis intereses á sus cuidados maternales.

PUNTO II

La excelencia de la devoción al escapulario y los privilegios que le son anejos

Al admitirse en la congregación del Carmen, María me promete tres favores inapreciables. Se compromete á protegerme en los grandes peligros, á ayudarme á bien morir y asistirme pronta y eficazmente después de mi muerte (1).

1.º Se compromete á protegerme en mis peligros (2). Hablo sólo de los que amenazan mi salva-

(1) El siguiente verso latino expresa estos tres beneficios:
Protego nunc, in morte juvo, post funera solvo.
(2) *Salus in periculis.*

ción. Ciertó que tengo la casa de Dios por morada: mas ¿estoy bien seguro de todo peligro? Por lo mismo que mi estado es santo, fecundo en bien y sólida dicha, ¿no es por esto mismo más propio para excitar la rabia tentadora de Satanás? Mas, ¿qué puedo temer si María se ha comprometido á protegerme? ¿Me encontraría menos seguro en su seno maternal que en el seno de Abraham? ¿Qué consoladora promesa la que hemos recibido! y si es tan dulce al alma cristiana el saber que nunca se la invoca en vano, ¿cuánto más no lo es la seguridad que nos brinda de protegernos en nuestros peligros aún antes de que nosotros la invoquemos? Un día conoceré todos los peligros de que me ha salvado, las tentaciones que su intervención me ha evitado ó disminuido la violencia. ¡Cuántas veces en consideración de esta prenda de amor me habrá confortado después de mis caídas, preservando mi alma de la desesperación que es la más funesta de todas las faltas!

2.º Se ha comprometido á salvarme cuando dijo: «todo el que muriere revestido de este hábito no sufrirá el fuego del infierno.» Cuando María nos hace esta promesa que excede á todas nuestras esperanzas, es como si nos dijese: En tanto que os vea revestidos de este hábito con el que se distinguen mis hijos muy queridos, este testimonio de vuestro afecto hacia mí me inspirará por vosotros el amor más tierno y solícito; os obtendré socorros abundantes que os harán fácil la práctica de la virtud; y todo lo que la Santa Iglesia pide para vosotros cuando os recibe en mi cofradía, os será otorgado por mi intercesión; el tiempo de vivir bien (1) las ocasiones, y los medios de ejercer la virtud (2) la constancia para perseverar y ser justos (3); y si tuvierais la desgracia de ofender á mi Hijo é incurrir en su enemistad; ni entonces os abandonaré si miro sobre vosotros el signo de nuestra alianza; antes bien yo sabré encon-

(1) *Tempus bene vivendi.*
(2) *Locum bene agendi.*
(3) *Constantiam bene perseverandi.*

trar en los tesoros divinos una gracia bastante eficaz que conmueva vuestro corazón, que cambie vuestra alma. A no ser que resistiéndoois á todos los esfuerzos de mi ternura, me obliguéis á borraros del número de mis hijos despojándoos de mi librea; mi solicitud y liberalidad por vosotros aun irá tan lejos que, purificándoos por los sacramentos ó por un acto de perfecta contrición, muriendo con este hábito, no caeréis bajo los golpes de la justicia inexorable.

3.º En fin, María se ha comprometido á asistirme en el purgatorio eficazmente, y á acortar su duración. Y si visitará, según su promesa, á los cofrades del Carmen en la triste morada donde tienen que purgar sus faltas, ¿cómo no esperar que esta visita les lleve el refrigerio, la luz y la paz? Declara por otra parte: «cuando hayan dejado esta vida y entrado en el purgatorio, yo, su madre, bajaré para su consuelo el sábado inmediato después de su muerte. Libertaré á los que allí encuentre y los conduciré á la montaña santa de la vida eterna (1).

PUNTO III

Práctica de la devoción del escapulario

Ninguna devoción sería más cómoda y fácil si nos conformáramos sólo con las prácticas exteriores, pero si así fuese ¿sería verdadera y consoladora? ¡No! debemos aplicarnos á tomar su espíritu, cumplir exactamente todo lo que ella nos prescribe, ya sea como miembro de la cofradía, ya como participante de los favores de que ella está enriquecida (2) ha-

(1) Son las verdaderas palabras de María citadas en la bula de Juan XXII conocida con el nombre de Sabatina y confirmada por muchos soberanos pontífices sus sucesores.

(2) Para obtener el privilegio principal del escapulario, es decir, la gracia de una buena muerte y participar de las indulgencias de la cofradía y de las gracias de la Virgen del

ciéndonos dóciles á las mudas lecciones que nos da ese santo hábito.

Esta divisa de María Inmaculada me impone la inocencia, me manda huir de toda ocasión de pecado. Es el sello de alianza que me une á ella, es el signo particular y distintivo de los que la hemos escogido por Madre; él me exhorta y obliga á vigilar todas mis acciones, á medir todos mis pasos, á purificar todas mis intenciones, á no omitir nada de lo que pueda contribuir á mi santificación y á la edificación del prójimo. En éstos reconoce María á sus hijos, en éstos encuentra ella su imagen. Este es el signo de predestinación y salvación, que al aceptarlo debiéramos revestirnos de caridad y dulzura, modestia é indulgencia, desprecio de nosotros mismos; en una palabra, de todo aquello que forma á los santos y á los elegidos del Señor.

Augusta Virgen: Me confunde y me avergüenza el recuerdo de vuestras bondades, y de mi negra ingratitud hacia vos. ¡Cuántos reproches siento que me dirige esta prenda preciosa que me fué otorgada al formar parte de vuestra asociación del Carmen! ¡Ah! cuántas veces la he deshonrado. Mas, por indigno que sea de llamaros mi Madre, continuad, os suplico, mostrándome que lo sois: que vuestro santo escapulario sea siempre mi ornamento

Carmen, es preciso entrar en la cofradía, recibir el escapulario y llevarlo siempre consigo hasta la muerte.

Para tener parte en el privilegio de la bula Sabatina además de las condiciones precedentes, es preciso guardar la castidad de su propio estado, recitar todos los días el oficio canónico ó el oficio parvo de la Virgen, según el breviario romano. Si no se sabe leer, es preciso observar los ayunos de la Iglesia, no comer carne en miércoles, viernes y sábados excepto Navidad si cayere en uno de éstos días. Cuando hay un grave inconveniente los cofrades no están obligados al ayuno ni á la recitación dicha ni á la abstinencia del miércoles y sábado. Se debe sin embargo exhortar á los fieles en este caso á someterse á la obediencia de un confesor docto y prudente, con el fin de obtener una conmutación. Congreg. Indulg. 12 Agosto 1840
22 de Junio 1842. P. Maurel.

y mi defensa: que de él me encuentre revestido en el instante de mi muerte; que, siendo hoy para mí vestido de justicia y rectitud, se cambie un día en vestido de gloriosa inmortalidad!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Excelencia de la devoción del escapulario considerada en sí misma.*—El primer objeto de la Cofradía del Escapulario, es una gran demostración del culto á María, notable por su publicidad y por los homenajes que le rinden. Homenajes públicos, teniendo á gloria el llevar su divisa; y homenajes continuos viéndome siempre revestido de este hábito que es la prueba auténtica con que mi celo la honra. Siempre y en todas partes, el escapulario le habla de mí, y me recomienda á su amor.

PUNTO SEGUNDO.—*Excelencia de la devoción considerada en sus privilegios.*—María me promete proteger en los peligros; y si María está de mi parte, ¿quién estará contra mí? Se comprometo á salvarme. «Cualquiera que muriere revestido de este hábito no sufrirá las penas del infierno.» Es como si me dijera: A no ser que resistáis completa y tenazmente á mi ternura obligándome á arrojaros de mi seno y despojaros de mi divisa, os perderéis: pues, de lo contrario yo os conduciré á la dicha y á la salvación. Ella se ha comprometido á asistirme en el purgatorio y á disminuir su duración.

PUNTO TERCERO.—*Práctica de la devoción del Escapulario.*—Nada más fácil como práctica exterior, mas es preciso apropiarnos de su espíritu, mostrándonos dóciles á los deberes que él nos impone.

MEDITACIÓN CXXIII

19 de Julio.—SAN VICENTE DE PAÛL.—*Pateram pauperum. Job, XXIX, 16.*

Este santo cuya memoria honra la Iglesia hoy, decía con frecuencia: ¡Ah, qué gran cosa es un buen Sacerdote! ¿Cuánto bien puede hacer, y cuánto bien

hace con la gracia de Dios? El mismo confirmó esta verdad. Nacido de padres sin fortuna, en una provincia del mediodía de Francia, la ocupación de sus primeros años era guardar rebaños. Fué en esta condición que Dios buscó el instrumento que debía cumplir sus magníficos designios (1). Habiendo llegado á la categoría de Sacerdote, imprevistos acontecimientos dirigidos por la mano de la Providencia lo obligaron á ir á París, donde después de haber dirigido sucesivamente dos parroquias con una reputación y un celo siempre creciente, se vió de repente y casi sin darse cuenta á la cabeza de todas las buenas obras de entonces. El supo encontrar el remedio, ó al menos los consuelos para todas las enfermedades, todas las desgracias, todos los sufrimientos de la humanidad. Niños, ancianos, enfermos, prisioneros condenados á perpetuidad, locos: á todos los desgraciados se extendía su generosa compasión. Abundan en Francia los monumentos que levantó su inagotable caridad y celo: y lo más admirable aún es que en medio del brillo de sus obras, él solo ambicionaba el olvido. Murió en París el año de 1660 á los 85 de edad. Consideremos en este Santo Sacerdote.

- I. Su amor por los pobres en general.
- II. Su celo por la salvación de los pobres en particular.

PUNTO I

Amor de San Vicente por los pobres. ®

Desde su tierna infancia se despojaba de sus vestidos para cubrir la desnudez de los más necesitados, y se privaba de su alimento para darlo á los que le fal-

(1) *Elegit David servum suum, et sustulit eum de gregibus ovium. (Ps. LXXVII, 70.)*

y mi defensa: que de él me encuentre revestido en el instante de mi muerte; que, siendo hoy para mí vestido de justicia y rectitud, se cambie un día en vestido de gloriosa inmortalidad!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Excelencia de la devoción del escapulario considerada en sí misma.*—El primer objeto de la Cofradía del Escapulario, es una gran demostración del culto á María, notable por su publicidad y por los homenajes que le rinden. Homenajes públicos, teniendo á gloria el llevar su divisa; y homenajes continuos viéndome siempre revestido de este hábito que es la prueba auténtica con que mi celo la honra. Siempre y en todas partes, el escapulario le habla de mí, y me recomienda á su amor.

PUNTO SEGUNDO.—*Excelencia de la devoción considerada en sus privilegios.*—María me promete proteger en los peligros; y si María está de mi parte, ¿quién estará contra mí? Se comprometo á salvarme. «Cualquiera que muriere revestido de este hábito no sufrirá las penas del infierno.» Es como si me dijera: A no ser que resistáis completa y tenazmente á mi ternura obligándome á arrojaros de mi seno y despojaros de mi divisa, os perderéis: pues, de lo contrario yo os conduciré á la dicha y á la salvación. Ella se ha comprometido á asistirme en el purgatorio y á disminuir su duración.

PUNTO TERCERO.—*Práctica de la devoción del Escapulario.*—Nada más fácil como práctica exterior, mas es preciso apropiarnos de su espíritu, mostrándonos dóciles á los deberes que él nos impone.

MEDITACIÓN CXXIII

19 de Julio.—SAN VICENTE DE PAÛL.—*Pateram pauperum. Job, XXIX, 16.*

Este santo cuya memoria honra la Iglesia hoy, decía con frecuencia: ¡Ah, qué gran cosa es un buen Sacerdote! ¿Cuánto bien puede hacer, y cuánto bien

hace con la gracia de Dios? El mismo confirmó esta verdad. Nacido de padres sin fortuna, en una provincia del mediodía de Francia, la ocupación de sus primeros años era guardar rebaños. Fué en esta condición que Dios buscó el instrumento que debía cumplir sus magníficos designios (1). Habiendo llegado á la categoría de Sacerdote, imprevistos acontecimientos dirigidos por la mano de la Providencia lo obligaron á ir á París, donde después de haber dirigido sucesivamente dos parroquias con una reputación y un celo siempre creciente, se vió de repente y casi sin darse cuenta á la cabeza de todas las buenas obras de entonces. El supo encontrar el remedio, ó al menos los consuelos para todas las enfermedades, todas las desgracias, todos los sufrimientos de la humanidad. Niños, ancianos, enfermos, prisioneros condenados á perpetuidad, locos: á todos los desgraciados se extendía su generosa compasión. Abundan en Francia los monumentos que levantó su inagotable caridad y celo: y lo más admirable aún es que en medio del brillo de sus obras, él solo ambicionaba el olvido. Murió en París el año de 1660 á los 85 de edad. Consideremos en este Santo Sacerdote.

- I. Su amor por los pobres en general.
- II. Su celo por la salvación de los pobres en particular.

PUNTO I

Amor de San Vicente por los pobres.

Desde su tierna infancia se despojaba de sus vestidos para cubrir la desnudez de los más necesitados, y se privaba de su alimento para darlo á los que le fal-

(1) *Elegit David servum suum, et sustulit eum de gregibus ovium. (Ps. LXXVII, 70.)*

taba. Tantas asociaciones dirigidas y fundadas por él, tantos hospitales á su cargo, tantos socorros procurados á las provincias que el hambre, la guerra ó la peste había azotado, tantas y tan considerables sumas de dinero repartidas entre los esclavos cristianos de Berbería, del Monte Líbano; todas estas empresas, su vida entera nos atestiguan su amor por los pobres. Para ellos fundó esa sublime institución de Hermanas de la caridad que se glorían de ser las sirvientas de los pobres, por ellos dió á la Iglesia una nueva congregación de ministros del altar.—Nosotros somos los Sacerdotes de los pobres, decía á sus misioneros; Dios nos ha escogido para ellos, ésta es nuestra obra capital; el resto es accesorio.»

El solo nombre, la sola vista de los pobres producía en él una impresión que en vano trataba de dominar, su voz era ternísima al pronunciar la siguiente invocación: *Jesu, pater pauperum, miserere nobis*. De antemano sufría él al preveer lo que sus amados pobres tendrían que sufrir. Al principio de un invierno, si se anunciaba riguroso, decía á uno de los suyos: «¿Qué harán nuestros pobres? ¿Dónde irán? Confieso que esta es mi pena y constante tormento... Esas pobres gentes, decía, mientras tengan frutas, comerán y vivirán; mas después, ¿qué otra cosa les espera sino ir á cavar su sepultura y enterrarse vivos? ¡Oh Dios mío! Qué extrema miseria, y cómo remediarla:

En las exhortaciones que dirigía á la comunidad, era casi siempre punto obligado el tratar de los pobres. «Dios los ama, decía; y por consiguiente tiene que amar á los que los aman; ya que cuando amamos á alguien, amamos también á sus amigos y aún á sus servidores. Vamos, hermanos míos, ocupémonos con nuevo ardor en el servicio de los pobres que son tan queridos de Dios y así podremos esperar que El nos ame á nosotros por amor á ellos.» Todos los que aman á los pobres durante la vida, nada tienen que temer á la hora de la muerte. Tengo experiencia de lo que afirmo, y por eso acostumbro inculcar esta máxima en el espíritu de las personas que

tiemblan á la aproximación de la hora de la muerte. Aun cuando sentía por sus religiosos afecto entrañablemente paternal, no les manifestaba cariño sino á medida de la utilidad ó empeño con que servían á los pobres, así como á éstos no los amaba sino en Dios y por Dios. «No merezcamos jamás, les decía, la queja que Nuestro Señor exhala por boca de un profeta: *Sustinui qui simul contristaretur, et non fuit.*» Hubiera querido que todos mirasen con tan grande compasión á los desgraciados, que se pudiese de ellos decir: Hé aquí hombres verdaderamente misericordiosos (1). ¡Oh Sacerdote! preguntad á vuestro corazón y á vuestras obras si amáis mucho á los pobres! ¿Participáis de sus sufrimientos? ¿Os apropiáis sus penas y los consoláis y aliviáis á medida de vuestras fuerzas? ¿Los amáis como buen Sacerdote, es decir, con todo el interés de salvar sus almas?

PUNTO II

Celo de Vicente de Paúl por la salvación de los pobres

Para ser su verdadero padre y consolador, quiso constituirse su apóstol. Tres motivos particulares le hicieron adoptar esta determinación: la extrema necesidad de socorros espirituales que ordinariamente tienen los pobres; el rango distinguido que ocupan en la Iglesia: los frutos tan abundantes y fáciles que recoge de ellos el ministerio sacerdotal.

1.º Había notado San Vicente la ignorancia absoluta de las verdades religiosas en que vivían, y por consiguiente la corrupción creciente que invadía la clase indigente tanto en la ciudad como en los campos. Sabía también que en los escasos asilos abiertos entonces á los desgraciados, si se atendía á sus necesidades y miserias corporales, se descuidaban en extremo sus necesidades espirituales; pues había

(1) *Illi viri misericordiae sunt.* (Eccli., XLIV, 10)

bajo ese doble aspecto, el deplorable estado de los conducidos á galeras. Reunió sus mejores Sacerdotes, los inflamó en el celo de la caridad de Jesucristo, y los envió á socorrer á las almas innumerables que perecían faltas de pastores. Reunió vírgenes cristianas que consagró y dedicó á la santificación de los pobres, y que al mismo tiempo que se ocuparan de aliviar sus males temporales, trabajaran con sus oraciones, sus santos ejemplos, sus sabios consejos y sus dulces exhortaciones á prepararlos para que recibieran la gracia de los Sacramentos. Con el mismo objeto reunió á piadosas señoras que asoció á su apostolado en los hospitales, y en las prisiones. Por todas partes el éxito fué rápido y prodigioso. En solo un año se contaron en el Hotel Dieu de París más de setecientas sesenta abjuraciones, que fueron otras tantas conversiones.

2.º El segundo motivo que animaba y sostenía á San Vicente en sus trabajos apostólicos por la salvación de los pobres, era la eminente dignidad de éstos, vistos á través de la luz de la fe. «La Iglesia, ha dicho Bossuet, no fué establecida en su plan primitivo sino para la salvación de los pobres: ellos son verdaderos ciudadanos de aquella bienaventurada ciudad que la Sagrada Escritura llama la ciudad de Dios.» Y el Salvador mismo ha declarado que ellos eran el objeto especial de su misión en medio de los hombres: *Evangelizare pauperibus misit me* (1). Los felicita y por esto en su magnífico sermón de la montaña, llena de elogios á éstos, mientras para los ricos sólo tiene amenazas y maldiciones. «Bienaventurados los pobres, dice, porque de ellos es el reino de los cielos» (2). Si á ellos pertenece el reino eterno de Dios, tiene por consiguiente que pertenecerles la Iglesia que representa y es aquí en la tierra el reino temporal de Dios (3). Ellos serán allá los primeros: *Videte*

(1) Luc., IV, 18.
(2) Ibid., VI, 20.
(3) Bossuet. *Sobre la eminente dignidad de los pobres en la Iglesia.*

vocationem vestram, fratres, quid non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles (1). Sabidos son los delicados miramientos con que los trataba el gran Apóstol, á cuya intención exhorta á la Iglesia á orar. *Obsecro vos... ut adjuvetis me in orationibus vestris.* ¿Qué desea, pues, alcanzar? Que los pobres de Jerusalén se dignen aceptar su ofrenda. *Ut obsequii mei oblatio accepta fiat in Jerusalem sanctis* (2). El los considera como los principales miembros del cuerpo de Jesucristo, como los favoritos del divino Rey. De ahí el profundo respeto con que los miraba San Vicente de Paúl, el cual los hacía sentar á su mesa, y ordenaba que fueran servidos ellos los primeros. «Reconozcamos, decía á sus hijos, en nuestros pobres á nuestros amos y señores.»

3.º Otro motivo que lo inducía á ocuparse con preferencia de los pobres era que cerca de éstos el Sacerdote puede ejercer su santo ministerio con más éxito, y cosechar más abundantes y sazonados frutos. Nuestro contacto con los ricos, decía, puede inspirarnos el gusto del mundo y sus comodidades; pues ellos adulan nuestras malas inclinaciones. ¡Cuántas tentaciones de amor propio y vanagloria no estamos expuestos! Con los pobres en cambio, tenemos que ejercer diariamente la humildad, la paciencia y la mortificación. Nuestra caridad y nuestro celo no tiene que tomar precauciones, nuestro ministerio es directo é independiente.

En cuanto al éxito, ya sabemos lo que al rico le cuesta sujetarse al cumplimiento de la moral evangélica. El Salvador mismo parecía mostrarse espantado cuando decía: *¡Quam difficile qui pecunias habent, in regnum Dei intrabunt!* (3). Los pobres, al contrario, su misma condición abrevia el camino. ¡Cuánta docilidad en los unos! ¡Qué resistente obtinación en los otros!

(1) I Cor., I, 26.
(2) Rom., XV, 30, 31.
(3) Luc., XVIII, 24.

«Agreguemos á esto que así como los pueblos se muestran escandalizados cuando el Sacerdote parece estimar y dar sólo valor al alma de los poderosos, así mismo los edificamos cuando imitando á nuestro maestro Jesús, damos á los pobres toda nuestra preferencia, y nos dedicamos con especialidad á la salud de sus almas.»

«Un obstinado hereje dijo un día á nuestro Santo, que lo que más le alejaba de la Iglesia Católica era el ver que un gran número de sus ministros llevaban en las ciudades una vida inútil, mientras que en los campos vivía tanta gente privada hasta de la más indispensable instrucción. Mas el ejemplo de San Vicente y de sus obreros le obligó á desengañarse de tal manera que al año siguiente vino á decirle: «ahora creo que el Espíritu de Dios conduce á la Iglesia Romana, pues veo el interés que os tomáis por los pobres campesinos: estoy pronto á entrar en ella cuando queráis aceptarme.»

En nuestra preparación á la santa Misa, y en nuestra acción de gracias, supliquemos á Jesús que nos comunique el espíritu, que animaba á nuestro Santo, cuando generoso se sacrificaba, y trabajaba con tanto éxito, con los suyos en favor de los desgraciados por su bien temporal y eterno.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Amor de San Vicente de Paúl por los pobres.*—Todas sus empresas, todas sus fundaciones, todas sus obras, su vida entera atestiguan su ardiente y compasiva caridad para con los pobres; nombrárselos solamente conmovía sus entrañas. «Nosotros somos los Sacerdotes de los pobres, solía decir á sus misioneros. Dios nos ha escogido para ellos.» Cuando exhortaba á su comunidad insistía sobre este punto y decía: «¿Amamos á los pobres, y es verdad que somos sensibles á sus padecimientos?»

PUNTO SEGUNDO.—*Celo de San Vicente de Paúl por la sal-*

vación de los pobres.—Tres motivos lo determinaron á constituirse su apóstol: 1.º La extrema necesidad que ellos tienen de socorros espirituales, pues, es principalmente, en favor de sus almas que funda tantas asociaciones piadosas; 2.º Su eminente dignidad desde el punto de vista de la fe católica; pues nuestro divino Salvador declara que ellos son el objeto especial de su misión entre los hombres; 3.º Hacia los pobres el celo se ejerce con menos peligros y con mejor éxito. Roguemos al Señor se digne comunicarnos el espíritu de este Santo que se consagró y trabajó tan eficaz y generosamente al bien temporal y eterno de los pobres.

MEDITACIÓN CXXIV

25 de Julio.—SANTIAGO EL MAYOR

Ocupa este apóstol el tercer lugar entre los doce escogidos por el Salvador. Fué hijo del Zebedeo y hermano mayor de San Juan Evangelista. Le llamamos el Mayor para distinguirlo de Santiago el Menor, hijo de Alfeo, que fué obispo de Jerusalén. Créese que fué de Bethsaida, ciudad de Galilea, como San Pedro y San Andrés. Fué como ellos pescador, y en muchas ocasiones tan privilegiado como su hermano. Ambos le hicieron pedir á Jesús, por medio de su madre, los dos primeros puestos en su reino, y El preguntóles á su vez si podrían compartir con El el cáliz de su Pasión. Santiago obtuvo muy en breve esa gloria, porque él fué el primero de los mártires entre los apóstoles, cuando le cortaron la cabeza en Jerusalén por orden del rey Herodes Agripa.

I. Cualidades que Santiago aportó al ministerio Apostólico.

II. Manera con que supo ejercitarlo.

«Agreguemos á esto que así como los pueblos se muestran escandalizados cuando el Sacerdote parece estimar y dar sólo valor al alma de los poderosos, así mismo los edificamos cuando imitando á nuestro maestro Jesús, damos á los pobres toda nuestra preferencia, y nos dedicamos con especialidad á la salud de sus almas.»

«Un obstinado hereje dijo un día á nuestro Santo, que lo que más le alejaba de la Iglesia Católica era el ver que un gran número de sus ministros llevaban en las ciudades una vida inútil, mientras que en los campos vivía tanta gente privada hasta de la más indispensable instrucción. Mas el ejemplo de San Vicente y de sus obreros le obligó á desengañarse de tal manera que al año siguiente vino á decirle: «ahora creo que el Espíritu de Dios conduce á la Iglesia Romana, pues veo el interés que os tomáis por los pobres campesinos: estoy pronto á entrar en ella cuando queráis aceptarme.»

En nuestra preparación á la santa Misa, y en nuestra acción de gracias, supliquemos á Jesús que nos comunique el espíritu, que animaba á nuestro Santo, cuando generoso se sacrificaba, y trabajaba con tanto éxito, con los suyos en favor de los desgraciados por su bien temporal y eterno.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Amor de San Vicente de Paúl por los pobres.*—Todas sus empresas, todas sus fundaciones, todas sus obras, su vida entera atestiguan su ardiente y compasiva caridad para con los pobres; nombrárselos solamente conmovía sus entrañas. «Nosotros somos los Sacerdotes de los pobres, solía decir á sus misioneros. Dios nos ha escogido para ellos.» Cuando exhortaba á su comunidad insistía sobre este punto y decía: «¿Amamos á los pobres, y es verdad que somos sensibles á sus padecimientos?»

PUNTO SEGUNDO.—*Celo de San Vicente de Paúl por la sal-*

vación de los pobres.—Tres motivos lo determinaron á constituirse su apóstol: 1.º La extrema necesidad que ellos tienen de socorros espirituales, pues, es principalmente, en favor de sus almas que funda tantas asociaciones piadosas; 2.º Su eminente dignidad desde el punto de vista de la fe católica; pues nuestro divino Salvador declara que ellos son el objeto especial de su misión entre los hombres; 3.º Hacia los pobres el celo se ejerce con menos peligros y con mejor éxito. Roguemos al Señor se digne comunicarnos el espíritu de este Santo que se consagró y trabajó tan eficaz y generosamente al bien temporal y eterno de los pobres.

MEDITACIÓN CXXIV

25 de Julio.—SANTIAGO EL MAYOR

Ocupa este apóstol el tercer lugar entre los doce escogidos por el Salvador. Fué hijo del Zebedeo y hermano mayor de San Juan Evangelista. Le llamamos el Mayor para distinguirlo de Santiago el Menor, hijo de Alfeo, que fué obispo de Jerusalén. Créese que fué de Bethsaida, ciudad de Galilea, como San Pedro y San Andrés. Fué como ellos pescador, y en muchas ocasiones tan privilegiado como su hermano. Ambos le hicieron pedir á Jesús, por medio de su madre, los dos primeros puestos en su reino, y El preguntóles á su vez si podrían compartir con El el cáliz de su Pasión. Santiago obtuvo muy en breve esa gloria, porque él fué el primero de los mártires entre los apóstoles, cuando le cortaron la cabeza en Jerusalén por orden del rey Herodes Agripa.

I. Cualidades que Santiago aportó al ministerio Apostólico.

II. Manera con que supo ejercitarlo.

PUNTO I

Santiago honró el ministerio apostólico por las cualidades que aportó á su desempeño

Vocación segura, pronta, valerosa fidelidad y su adhesión sincera á la persona de Jesucristo.

1.º La vocación es casi todo en el ministerio apostólico; sin ella el Sacerdote no llevaría al altar sino sus propias miserias. Puede poseer todos los talentos, todos los recursos del genio..., si no ha sido llamado, carece de lo que constituye del hombre un apóstol. Si nadie puede darse á sí mismo sus propias virtudes, ¿cómo podrían ser obra suya las virtudes de los demás? *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat* (1). Santiago lo comprendió así. Conoció al Salvador desde algún tiempo y ardía en deseos de seguirle, pero necesitaba del llamamiento del Divino Maestro. ¿Qué pueden hacer en vuestra Iglesia, Dios mío, los profetas que Vos no mandáis? Lograrán quizás los aplausos y la admiración de los hombres, pero seguramente no los convertirán. Podrán ser hombres de fama y de brillo, pero no serán nunca instrumentos de gracia y de salvación. Halagarán el espíritu sin ganar el corazón, ó lo ganarán para ellos, mas no para Jesucristo. Lo que no procede de Dios no puede conducir á El.

2.º Santiago fué fiel á su vocación. No es posible ponderar su alegría cuando oyó estas palabras: *Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum* (2). No vacila; se apresura á comprar, á precio del más completo sacrificio, la dicha de vivir y de morir con Jesús; sacrificio completamente heroico si se tiene en cuenta los sentimientos que lo inspiran, las circunstancias que lo acompañan y la extensión á que

(1) I Cor., III, 7.

(2) Matth., IV, 19.

se dilata. Lo que da valor al sacrificio, no es precisamente la víctima que se ofrece, sino la intensidad y la pureza del ofrecimiento, ó el corazón de esa víctima cuando es ella misma la que se inmola. Los deseos de Santiago entregándose á Jesucristo, van más allá de su ofrenda. Para dar más, le falta sólo poseer más. Por otra parte según la reflexión de San Juan Crisóstomo, si deja poco, encuentra menos aún. La gracia le despoja sólo de sus redes; pero en cambio le ofrece muchas miserias que compartir, contradicciones que sobrellevar y persecuciones que padecer. Ella le separa de un padre pobre y desconocido; y no le da más que un maestro menos conocido por sus prodigios que por el desprecio de los grandes, por el odio y encono de los Escribas y Fariseos.... Sale de una vida laboriosa, pero tranquila y entra en otra mucho más austera, de penitencia, llena de agitación y privaciones. Cuanto á la extensión del sacrificio, el que hace nuestro santo no solo comprende todo cuanto tiene, sino todo lo que puede desear y esperar. ... Vanos deseos, esperanzas engañosas.... Todo eso parece poco á la razón, pero significa mucho para la imaginación y el corazón. Se sacrifica á sí propio, porque se renuncia como renunció á sus padres y á su barca. En adelante ya vivirá sólo para Jesucristo, y con El y por El; no tendrá otros intereses por cuidar que los de Jesucristo.... ¡Oh sacerdotes, no os engañéis en esto: es este el espíritu que debe animaros! La gracia que os llama al ministerio evangélico, os llama al propio tiempo á todo lo que es necesario para desempeñarlo útilmente; pero ¿lo podréis sin renunciar á todas las inclinaciones de la carne y de la sangre? La abnegación de sí mismo le es indispensable al cristiano que debe seguir á Jesucristo, ¿cuánto más, pues, ha de serle necesaria al Sacerdote que ha de seguirle más de cerca atrayendo á los demás para que vayan sobre sus huellas. *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum...*, et sequatur me (1). La vocación

(1) Matth., XVI, 24.

al sacerdocio le es igualmente motivo de mil sacrificios; sólo un amor ardiente y generoso hacia la adorable persona de Jesucristo puede hacérselos fáciles.

3.º Tal fué la virtud particular del apóstol Santiago. Amor ardiente se le conoce ya en la prontitud con que responde al divino llamamiento: *Venite post me*. Apenas acaba de oír la divina palabra, un fuego celestial abrasa su corazón y consume todos los lazos que á las criaturas le ligan. A partir de entonces todo lo que hiera la gloria de su Maestro es herida dolorosa para él también. Si niegan los Samaritanos la entrada de su ciudad á Aquel que va á enseñarles la ciencia de la salvación, se indigna él, y le parece que Dios debe castigar al punto esa injuria hecha á su divino Hijo: *Domine, vis? Dicimus ut ignis descendat de celo et consumat eos*. Esos impetuosos arranques eran contrarios á la dulzura de la nueva ley; el Salvador los modera, aunque aprueba su principio.

Amor generoso: «Podéis beber, le pregunta Jesucristo, el cáliz de oprobios y de sufrimientos que beberé yo primero?» (1). «Lo puedo, exclama al punto; lo aceptaré de vuestra mano, como Vos de la mano de vuestro Padre» La generosidad de su sacrificio le mereció los favores de su Maestro. Jesús escogió á Santiago con Pedro y Juan, para que fuese el depositario de sus secretos, el compañero de sus vigiliyas y de su oración, el testigo de sus más esplendentes milagros (2). Le ama lo bastante para manifestarle su gloria sobre el Tabor; se creó bastante amado para exponerle al espectáculo de su aparente debilidad en el huerto de los Olivos (3). Felicitemos á este apóstol porque llevó tan perfectas disposiciones al ministerio que le confió el Salvador, y avergoncémonos nosotros al vernos tan lejos de ellas.

(1) Matth., XX, 22.

(2) Luc., VIII, 51.

(3) Preguntándose San Juan Crisóstomo á sí mismo la distinción gloriosa entre los tres apóstoles, contestaba: *Petrus, quia Christum valde diligebat; Joannes, quia diligebatur; Jacobus, responso quod dedit: Possumus hunc calicem bibere, et quia implevit quod dixerat.*

PUNTO II

Forma en que Santiago ejerce este sublime y divino ministerio

Dechado perfecto del hombre apostólico, presenta á nuestra imitación el celo que se dedica á la santificación de las almas, el ejemplo que persuade, el valor que acepta todos los sacrificios para salvarlas.

1.º Jesucristo no le dió en vano el sobrenombre de hijo del trueno: *Imposuit eis nomina Bonaverges, quod est, filii tonitruí*. La palabra sagrada salía de su boca llena de fuerza y eficacia, ¿qué saludables estremecimientos no comunica el zumbido de ese trueno á las conciencias culpables? Según la observación de San Juan Crisóstomo los primeros arranques de furor de los judíos no se hubiesen dirigido en contra de él, si por su celo no se hubiese distinguido entre todos los apóstoles: *Statim ab initio rerum tanto ardore concaluit, ut a persecutoribus occisus sit*. El cooperó de una manera eficaz á los progresos de la fe, no tan sólo en la Judea, sino también en medio de las naciones más lejanas (1).

2.º Averigüemos con detención la causa de este suceso. ¿Qué valen los discursos, de qué sirven hasta los mismos milagros, cuando se trata de trocar y convertir los corazones? De todos los prodigios que realizaron los apóstoles, el de sus virtudes es el que contribuyó más eficazmente á santificar el mundo; y es indudable que más bien con la práctica que con la predicación consiguieron someter los pueblos á la ley del Evangelio (2). Nos asegura San Epifanio que Santiago guardó la continencia y vivió en la más austera mortificación. Emulo de la pureza virginal

(1) Ya no es posible dudar que Santiago haya traído la fe á España.—*Bolandistas*.

(2) *Non in persuasibilibus humane sapientie verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis.* (1 Cor., II, 4.)

de su hermano, él encaminaba á las almas valerosas por las sendas de los grandes combates y de las grandes victorias y llevaba en pos de sí á millares de hombres que atraídos por su ejemplo se consagraban á una vida angélica á pesar de verse rodeados de la naturaleza frágil y deleznable: *Jacobus et Joannes in virginitate persistentes, certaminis illius gloriam summa cum admiratione reportarunt; secundum quos infinita hominum millia in mundo, in monasteriis, ejusdem certaminis decus adepti sunt* (1).

3.º Pero lo que colma la medida de sus méritos y hace de él el modelo acabado del hombre apostólico es que al celo que busca á las almas, á la santidad que las atrae y conquista, él añadió el valor que lo arrostra todo y todo lo sufre para salvarlas. Podemos formarnos una idea aproximada de las contradicciones y penas de todo género que hubo de sufrir, si tomamos en cuenta que él ejerció casi de continuo su ministerio en medio del pueblo de Israel, el más ciego, el más indócil, el más endurecido de todos los pueblos. Logró la corona del martirio y bebió el cáliz de su Maestro, como éste se lo había prometido. Fué el solo apóstol á excepción de Santiago el Menor, que tuvo el privilegio de derramar su sangre en Jerusalén, en la misma tierra que había recibido la del Hijo de Dios. La muerte del Salvador dió vida á la Iglesia; la de Santiago le proporciona un maravilloso incremento, habiendo dado ocasión á que se dispersaran los apóstoles, que fueron á predicar el Evangelio por todo el mundo. El Maestro á punto de expirar, pidió por sus verdugos; Santiago, muriendo convirtió al suyo abrazándolo. ¡Oh poderío sin límites de la caridad que se inmola por la salvación de las almas!

Tomad vuestras resoluciones y acercaros al altar para beber otro cáliz que os ha preparado Jesucristo. El abraza á los buenos Sacerdotes en el fuego del amor divino y quita toda la amargura á sus sufri-

(1) S. Epih.

mientos; ¡Oh, qué santa embriaguez les proporciona! *Calix meus inebriam quam præclarus est* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Santiago honró el ministerio apostólico por las disposiciones con que lo abrazó.*—Vocación legítima, fidelidad pronta y valerosa, afecto inquebrantable á la persona de Jesucristo. En cuanto conoce al Salvador arde en deseos de acercarse y adherirse á Él... ¡Cuánto júbilo hubo de experimentar al oír aquellas palabras: *Venite post me!* no vacila ni por un solo instante; barco, redes, parientes..... todo lo sacrifica..... Si más hubiese tenido, más hubiera dado..... Si deja poco, es menos aún lo que encuentra..... Su sacrificio no se extiende tan sólo á todo lo que él posee, sino á todo lo que él es y á todo lo que acaso pudiera adquirir. La abnegación es indispensable al discípulo de Jesús, pero mucho más á su ministro. Amor ardiente y generoso para con Jesús, y á la vez un entero desapego de las criaturas; hé aquí dos cualidades esenciales al hombre apostólico.

PUNTO SEGUNDO.—*De qué modo Santiago ejerció el divino ministerio.*—Ofrece á nuestra imitación el celo que se consagra á la santificación de las almas, el ejemplo que las persuade, el valor que acepta todos los sufrimientos para sanarlas. La palabra sagrada salía de sus labios llena de fuerza. Los primeros arranques de furor de los judíos se dirigen contra él, porque sobresalía por su celo. Sus discursos entusiasman, sus ejemplos convencen y subyugan. De todos los prodigios que han realizado los apóstoles, el de sus virtudes es el que ha contribuido más eficazmente á la conversión del mundo. Al celo que busca á las almas, á la santidad que las gana, añade el valor y la paciencia que todo lo sufre para salvarlas. Jesucristo expirando rogó por sus verdugos, Santiago muriendo convierte al suyo abrazándolo.

(1) Ps. XXII, 5.

MEDITACIÓN CXXV

30 de Julio.—SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Nació en España de familia ilustre. Pasó su juventud en la corte y entre las armas, peleando y venciendo con honor, pero olvidándose por completo de su alma. Herido, pidió un libro para distraerse; en lugar de un libro profano, se le dió un libro religioso, y esto determinó su conversión. El se dió á Dios con tanta generosidad, que en poco tiempo llegó á una santidad eminente. Había sido esclavo de la gloria humana; y se hizo esclavo de la gloria de Dios: *Servus meus es tu quia in te gloriabor* (1). Desde su conversión hasta su muerte, si le hubieran preguntado el motivo de sus penitencias, de sus lágrimas y de sus empresas, hubiese podido responder con el profeta Elías: *Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum* (2).

- I. San Ignacio buscó en todas las cosas la gloria de Dios.
- II. No buscó otra cosa.
- III. Buscó la mayor gloria de Dios.

PUNTO I

San Ignacio buscó en todas las cosas la gloria de Dios

Un antiguo escritor dividía á los hombres en cuatro clases; á saber: hombres del cielo; hombres de la tierra; hombres de los hombres; hombres de Dios. Los primeros buscan los bienes eternos y los segun-

(1) Is., XLIX, 3.

(2) III Reg., XIX, 10.

dos se afanan por los bienes terrenales; los terceros son esclavos del respeto humano; y los cuartos son los que buscan á Dios, aspirando tan sólo al honor de agradarle. San Ignacio se distinguió entre los primeros y los últimos. Tenía constantemente fijo su corazón en el Cielo, y vueltos á él con frecuencia sus ojos, le era familiar decir suspirando: *Quam sordet tellus dum cælum intueor!*

Por lo que mira á su adhesión á Dios, leemos en las actas del proceso de su canonización, que á *El* refería, como á su fin, todos sus pensamientos, todas sus palabras, todas sus acciones, dirigiéndolo todo á su honor. Puede decirse que se esforzó en procurar á Dios la gloria más excelente en su naturaleza, la más universal en su extensión.

1.º Se glorifica á Dios conociéndole y amándole; se le glorifica de modo más excelente aun cuando se le hace conocer y amar. Fué su primer cuidado el de glorificar á Dios por su propia santificación. Recorrió todos los grados por los cuales se levanta una alma á la más eminente santidad y comenzó por ser penitente. Despojado de sus vestidos, cubierto de un saco, ceñido de una cuerda, atravesado su corazón de dolor y abrasado ya de amor, pasa una noche entera ante el altar de María, para entregarse al Hijo por mediación de la Madre. Desde ese momento ya se mira sólo como un hombre crucificado al mundo y á quien estaba crucificado el mundo.

La cueva de Manresa, los hospitales, las plazas públicas fueron testigos de las piadosas crueldades que ejerció sobre su cuerpo y de las humillaciones á que se condenó. ¡Oh cuán generosamente reparó los males que había inferido á la gloria del Señor en el decurso de su vida mundana! Trocáronse en virtudes todas sus pasiones. ¡Qué renuncia de sí mismo! ¡cuánta humildad y paciencia! ¡qué amor á Dios y á sus hermanos! ¡cuán ardiente deseo de concurrir á la dicha eterna de las almas! ¡Qué valor, qué magnanimidad en sus primeros ensayos de la vida apostólica! ¿Se trata de ir á Palestina para defender allí los intereses de Jesucristo entre cismáticos é infieles?

¿Juzga á su regreso á Europa que el conocimiento de las letras humanas le es necesario para ser más útil á la gloria del Señor? ¿Espera poder romper, por un acto heroico el comercio infame de un impúdico?... El alejamiento de los lugares con dificultades que parecen insuperables, la vergüenza de volver á hacerse niño con treinta y tres años de edad, los estanques helados ni estorban ni enfrían su celo. Así glorifica á Dios de la manera más excelente, puesto que le glorifica al propio tiempo por su prójimo y por sí mismo. Le procura igualmente la gloria más universal en su extensión.

2.º Puede aplicarse á San Ignacio esta palabra de un Profeta: *Stetit, et mensus est terram* (1). Reflexionó. De una mirada abarcó la tierra y vió el deplorable estado en que se encontraba la Religión en todo el universo, y se propuso remediar todos los males que descubría. Su celo se extendió á todas las edades, á todas las condiciones, á todos los tiempos y á todos los pueblos, abriendo lugar y campo vasto en ellos á la asociación de que era él el fundador. Dios compensó su gran confianza con tan abundantes bendiciones, que antes de morir tuvo el consuelo de ver á sus hijos penetrar en el seno de casi todas las naciones para hacer conocer el nombre de Jesucristo, y para encender en todos los corazones el fuego de su amor.

Si San Gregorio es llamado el apóstol de la Inglaterra, porque él hizo anunciar allá la palabra divina, San Ignacio merece bien el mismo nombre pues fué el que envió á las inmensas comarcas del Oriente á San Francisco Javier, y sobre cuyas huellas han marchado después tantos obreros evangélicos.

Si nos admira tan noble abnegación ¿por ventura no hemos nacido nosotros para la gloria de Dios, como este santo Sacerdote á quien admiramos? ¿No debe ser nuestro fin la gloria de Dios como lo fué

(1) Habac., III, 6.

para San Ignacio? Hasta hoy ¿qué hemos sufrido, que hemos hecho para procurarla? ¿Somos hijos del Cielo, ó de la tierra, hijos de Dios ó de los hombres? ¿Qué buscamos? ¿Tenemos un verdadero celo por los intereses del Señor? ¿Lo glorificamos tanto como nuestras fuerzas nos lo permiten ya sea por nosotros mismos, ya sea por medio de los demás? ¡Ah! cuántas lágrimas no debiéramos derramar si conociésemos que hemos deshonrado ese fin, ya por nosotros mismos, como por medio de otros!

PUNTO II

San Ignacio sólo buscó la gloria de Dios

La recta intención tiene á Dios por fin, la intención pura no se dirige sino á Dios en todos sus actos. San Ignacio pudo decir con su adorable Maestro «*Ego autem non quero gloriam meam.*» Al reflejo de las luces que recibió en la oración, adquirió un conocimiento tan perfecto de sí mismo que, según su propia confesión, á la tentación que menos le temía era á la del amor propio. Este hombre que había sido extremadamente sensible y delicado cuando se trataba del honor mundano, fué luego ávido de humillaciones y desprecios. No podía sufrir que le manifestasen estimación, ni aún que alabasen á la Compañía en su presencia. Una de las aspiraciones frecuentes de su alma era ésta: *Señor, ¿qué quiero, qué puedo desear fuera de Vos?*

Nada caracteriza mejor la pureza de su amor que lo que dijo un día: «Si me fuera dado escoger entre la posesión inmediata del Cielo, ó el quedarme aquí en la tierra, incierto de mi salvación, pero seguro de que en ello procuraba la gloria de Dios, escogería sin vacilar este último extremo; porque añadía: la pérdida que esa elección pudiera ocasionar á mis intereses sería pequeña en comparación del provecho de los intereses de Dios tanto cuanto va de los intereses de la criatura á los intereses del Criador. Su

inteligencia no veía sino á Dios y en su corazón no había sentimiento que no fuese por Dios. El infierno mismo le inspiraba espanto tan sólo porque allí se oye sin cesar blasfemar el dulce nombre de Dios. ¡Oh! cuán pocos Sacerdotes viven con este desasimiento de las criaturas, que pudieran en verdad decir lo que el piadoso Bondon en aquella sublime exclamación de amor: Dios sólo! ¡sólo Dios! ¡Dónde están los que pudieran decir: Dios me basta, yo me contento de tenerlo por testigo de mis intenciones y de mis obras; yo no busco más que á El, no amo más que á El, no trabajo sino para El, y no abrigo otro deseo que el de procurar su gloria? *Rarus profecto reperitur, qui solo testimonio contentus sit divino. Hoc probatissimorum virorum est proprium qui in luce veritatis introitus gradientes Deo tantum placere concupiscunt* (1).

PUNTO III

San Ignacio sólo buscó la mayor gloria de Dios

Hé ahí su divisa que se encuentra en cada página de sus Constituciones, que tenía constantemente en sus labios, y que era como el trasunto de toda su vida. Si se hubiera propuesto procurar simplemente la gloria de Dios, ó la grande gloria de Dios, habría puesto límites á su celo; porque entonces le habría sido posible desear ó procurar á Dios algo más todavía; pero, al proponerse en todas las cosas exclusivamente su mayor gloria, parece que extendía su amor hasta lo infinito.

El signo cierto para conocer que se vive para Dios y para su gloria sola, es la calma y la paz inalterables que conservan las almas justas aún en medio de los diversos acontecimientos que suelen turbar á los hombres. San Ignacio estaba tan íntimamente

(1). S. Laur. Just. *De compl. Christ. perfect.*, c. XIX.

unido á Dios, tan fijo, por decirlo así, en la inmutabilidad de Dios, que los acontecimientos más imprevisitos, los contratiempos más desagradables, no podían alterar en lo más mínimo la serenidad de su alma.

San Felipe Neri decía al verlo: *hé aquí un hombre en cuyo rostro se refleja el Cielo*. Amaba entrañablemente á la Compañía de Jesús, como que la veía extendiendo con éxito el reino de Jesucristo. Ninguna prueba le habría sido más sensible que el verla desaparecer; sin embargo, afirmaba, que si este sacrificio fuera de la mayor gloria de Dios, lo haría de todo corazón, y le bastaría un cuarto de hora de oración para volver á su alma la paz que hubiera podido turbarle tan rudo golpe.

Roguemos á Dios que se digne darnos siquiera una pequeña idea de su gloria, y entonces le amaremos y nos sacrificaremos por esa gloria á medida del conocimiento que de ella tengamos. La buscaremos en todo, y no buscaremos otra cosa; y así como Dios hace todo para nuestro mayor bien, nosotros haremos y sufriremos todo por su mayor gloria.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*San Ignacio busca en todo la gloria de Dios*.—Tenía siempre el corazón y con frecuencia los ojos vueltos hacia el Cielo. Glorificó á Dios de la manera más excelente, pues no se limitó á conocerlo y amarlo. Desde el momento de su conversión se tuvo como un hombre crucificado al mundo y para quien el mundo estaba crucificado. Tan pronto como entró en el camino de la salvación, se empeñó en hacer entrar á los demás. Su celo abarcó todas las edades, todas las condiciones, todos los pueblos, y todos los tiempos, abriendo vasto campo á la Compañía que había fundado. La gloria de Dios ¿es nuestro fin como lo fué para él? ¿Qué hemos hecho ó sufrido para procurarla?

PUNTO SEGUNDO.—*San Ignacio sólo buscó la gloria de*

Dios.—Pudo decir con su adorable Maestro. «No es mi gloria la que busco». Según su propia confesión, á la tentación que menos le temía, era á la del amor propio. Su inteligencia no veía sino á Dios y su corazón no latía sino por Dios. Y yo Señor ¿me atrevo á decir que Vos me bastáis, y que nada busco fuera de Vos?

PUNTO TERCERO.—*San Ignacio no buscó en todas las cosas sino la mayor gloria de Dios.*—Era su divisa, la tenía constantemente en sus labios, fué como el trasunto de toda su vida. De allí esa paz, esa tranquilidad de alma que conservaba inalterable aun en medio de los acontecimientos más imprevisos. Nada podía alterar la serenidad de su ánimo. Haced que yo os conozca ¡oh Dios mío! y no buscaré otra cosa que vuestra mayor gloria.

MEDITACIÓN CXXVI

4 de Agosto.—SANTO DOMINGO

Santo Domingo nació en España en 1170 y murió en Bolonia en 1221. Este santo que honramos hoy fué uno de esos hombres providenciales que Dios envía al mundo para cumplir una misión extraordinaria conforme á las necesidades de su época. Santo Tomás de Cantorbery acababa de morir gloriosamente en defensa de los derechos de la Santa Iglesia oponiéndose como muro invencible á los ataques de sus enemigos; y Jesucristo para consolar á su esposa la Iglesia de ese luto, le dió á Santo Domingo y con él un ejército de defensores y mártires.

En el año 1215 este hombre admirable fundó con el nombre de Orden de Predicadores una sociedad religiosa destinada á juntar con el retiro la contemplación, el estudio de las ciencias sagradas y el ministerio del apostolado. Aplicarse sin descanso á su propia perfección para hacerse capaces de trabajar útilmente en la salvación de las almas; hé ahí

el doble fin que proponía á sus discípulos y el objeto de las exhortaciones que les dirigía, pues quería que cada uno de ellos pudiese decir con verdad como el Salvador: *Pro eis sanctifico meipsum*. Si se le preguntaba: ¿Qué es preciso hacer para ser santo? respondía: *Vencerse*; y ¿para salvar las almas? *Amarlas*. El recogimiento, la vida interior, el aplicarse á la salvación del prójimo, hé aquí lo que ante todo recomendaba con sus palabras y con su ejemplo. «Hablaréis al corazón, repetía constantemente á sus misioneros, si los vuestros están llenos de caridad. Un día al bajar del púlpito, dejando á su auditorio profundamente conmovido, le preguntaron dónde había aprendido, de qué libro se había servido para preparar un sermón tan conmovedor y él respondió: «del Libro de la caridad.»

La vida de Santo Domingo fué un continuado prodigio y el más grande de todos, la conversión de los Albigenses. Pero ¿cómo se operó este cambio milagroso? ¡Oh Sacerdotes! ¡Oh pastores! qué interesante materia de meditación para vosotros que del mismo modo queréis hacer mucho bien y que á toda costa queréis salvar almas; pero aprended de Santo Domingo que la devoción á María es uno de los auxiliares más poderoso del celo sacerdotal.

- I. Devoción hacia María, poderosa auxiliadora del celo sacerdotal.
- II. Razones de esta prodigiosa eficacia.
- III. Cómo podemos aumentarla.

PUNTO I

La devoción á María es un poderoso auxilio del celo sacerdotal

Con dificultad se puede formar una idea precisa del lamentable estado en que se encontraban las provincias del mediodía de Francia por el error y corrupción de costumbres de los Albigenses. San Ber-

Dios.—Pudo decir con su adorable Maestro. «No es mi gloria la que busco». Según su propia confesión, á la tentación que menos le temía, era á la del amor propio. Su inteligencia no veía sino á Dios y su corazón no latía sino por Dios. Y yo Señor ¿me atrevo á decir que Vos me bastáis, y que nada busco fuera de Vos?

PUNTO TERCERO.—*San Ignacio no buscó en todas las cosas sino la mayor gloria de Dios.*—Era su divisa, la tenía constantemente en sus labios, fué como el trasunto de toda su vida. De allí esa paz, esa tranquilidad de alma que conservaba inalterable aun en medio de los acontecimientos más imprevisos. Nada podía alterar la serenidad de su ánimo. Haced que yo os conozca ¡oh Dios mío! y no buscaré otra cosa que vuestra mayor gloria.

MEDITACIÓN CXXVI

4 de Agosto.—SANTO DOMINGO

Santo Domingo nació en España en 1170 y murió en Bolonia en 1221. Este santo que honramos hoy fué uno de esos hombres providenciales que Dios envía al mundo para cumplir una misión extraordinaria conforme á las necesidades de su época. Santo Tomás de Cantorbery acababa de morir gloriosamente en defensa de los derechos de la Santa Iglesia oponiéndose como muro invencible á los ataques de sus enemigos; y Jesucristo para consolar á su esposa la Iglesia de ese luto, le dió á Santo Domingo y con él un ejército de defensores y mártires.

En el año 1215 este hombre admirable fundó con el nombre de Orden de Predicadores una sociedad religiosa destinada á juntar con el retiro la contemplación, el estudio de las ciencias sagradas y el ministerio del apostolado. Aplicarse sin descanso á su propia perfección para hacerse capaces de trabajar útilmente en la salvación de las almas; hé ahí

el doble fin que proponía á sus discípulos y el objeto de las exhortaciones que les dirigía, pues quería que cada uno de ellos pudiese decir con verdad como el Salvador: *Pro eis sanctifico meipsum*. Si se le preguntaba: ¿Qué es preciso hacer para ser santo? respondía: *Vencerse*; y ¿para salvar las almas? *Amarlas*. El recogimiento, la vida interior, el aplicarse á la salvación del prójimo, hé aquí lo que ante todo recomendaba con sus palabras y con su ejemplo. «Hablaréis al corazón, repetía constantemente á sus misioneros, si los vuestros están llenos de caridad. Un día al bajar del púlpito, dejando á su auditorio profundamente conmovido, le preguntaron dónde había aprendido, de qué libro se había servido para preparar un sermón tan conmovedor y él respondió: «del Libro de la caridad.»

La vida de Santo Domingo fué un continuado prodigio y el más grande de todos, la conversión de los Albigenses. Pero ¿cómo se operó este cambio milagroso? ¡Oh Sacerdotes! ¡Oh pastores! qué interesante materia de meditación para vosotros que del mismo modo queréis hacer mucho bien y que á toda costa queréis salvar almas; pero aprended de Santo Domingo que la devoción á María es uno de los auxiliares más poderoso del celo sacerdotal.

- I. Devoción hacia María, poderosa auxiliadora del celo sacerdotal.
- II. Razones de esta prodigiosa eficacia.
- III. Cómo podemos aumentarla.

PUNTO I

La devoción á María es un poderoso auxilio del celo sacerdotal

Con dificultad se puede formar una idea precisa del lamentable estado en que se encontraban las provincias del mediodía de Francia por el error y corrupción de costumbres de los Albigenses. San Ber-

nardo había intentado inútilmente el remedio: su elocuencia maravillosa y sus milagros habían tropezado con la porfía y obstinación de la herejía, como con la dureza de sus corazones. Los esfuerzos de Santo Domingo durante algún tiempo no eran más fructuosos, por lo cual estaba inconsolable. En la amargura de su alma se dirige á la Santísima Virgen, y le suplica con los ojos bañados en lágrimas, que le ayude en la lucha y que le indique el medio más seguro para salvar á esas pobres almas. Cuando se hallaba en lo más fervoroso de su oración, se le apareció la Madre de misericordia y le dijo: «La salutación angélica fué el principio de la redención del mundo, preciso es también que ella sea el principio de la conversión de los herejes: predicad el Rosario que contiene 150 Ave Marías, y veréis las consoladoras bendiciones que produce.» Nuestro Santo obedeció, y en lugar de detenerse como lo había hecho hasta entonces en disputas y controversias inútiles, se dedicó principalmente á predicar las grandezas y bondades de la Madre de Dios, haciendo realzar las ventajas de la devoción del Rosario. Bien pronto se conoció la eficacia de esta devoción tan santa como sencilla. Más de 100,000 herejes convertidos é innumerable número de grandes pecadores vueltos á Dios respondieron admirablemente á la promesa de la augusta Virgen, y contribuyeron al desarrollo de esta cofradía célebre, establecida hoy en todo el universo y enriquecida por los soberanos Pontífices con los más preciosos privilegios.

Si este ejemplo no bastara para demostrar el poder de la devoción hacia nuestra Madre María, como auxiliadora del celo sacerdotal, la historia de la Iglesia nos mostraría mil casos más; limitándonos á los últimos siglos, tenemos á San Bernardino de Sena, San Vicente de Paúl, San Alfonso de Ligorio, el P. Segneri, M. Olier y tantos otros que atribuyeron el resultado glorioso de sus trabajos á la predicación y práctica de esta admirable devoción.*

PUNTO II

Razones de esta piadosa eficacia

Perdemos de vista desgraciadamente dos verdades incontestables y propias para sostenernos en medio de nuestras pruebas: la una, que María tiene por los Sacerdotes una predilección especial; la otra, que de ninguna de nuestras empresas desea ella tanto el feliz éxito como de la que concierne directamente á la salvación de las almas. ¡Oh qué alientos y fuerzas se encuentran en estos dos pensamientos!

Nada extraño es que la Madre de Dios tenga un interés particular y distinga con solícito amor al Sacerdote, el cual está unido á Ella con tan sagrados y estrechos vínculos! Ella le debe su gloria accidental. Si no hubiera Sacerdotes, ¿quién cantaría sus alabanzas? ¿quién celebraría sus fiestas? ¿quién adornaría sus altares? No tendría altares ni fiestas. Le es deudora infinitamente más que de su propia gloria de la gloria de su querido Hijo. ¿No son acaso los Sacerdotes los que anuncian el nombre de Jesús á las naciones y á los pueblos idólatras, y quienes, explicando el Evangelio, ganan para El los espíritus y los corazones? *

Concluyamos que si la semejanza causa la benevolencia y la unión, el Sacerdote tiene con María tanta semejanza que Ella debe encontrar en nosotros su imagen: pecador y miserable como soy, participo, sin embargo, de su dignidad, de su misión, de su poder, de su dicha: de *su dignidad*, porque el Criador del universo ha querido depender y someterse á mi voluntad como á la suya; de *su misión*, porque si ella tomó parte activa en la redención del género humano, dándonos á Aquel que nos rescató con el precio de su sangre, yo por mi parte contribuyo, aplicando á los hombres los efectos de esta abundante redención; de *su poder*, porque los mismos doctores de la Iglesia que han admirado tanto el poder de ese *fiat*

que atrajo una vez al Hijo de Dios á su seno virginal, no admiran menos la fuerza de las palabras sacramentales que diariamente le obligan á descender á nuestras manos; en fin, de la *felicidad*: Oigamos á San Agustín que dice: *Si beatus venter qui novem mensibus Christum portavit, item beata debent esse corda in quibus sibi hospitium quotidie eligit Filius Dei.*

Pero, lo que inclina el corazón de la Santísima Virgen de una manera más irresistible hacia nosotros es el ministerio todo de misericordia que ejercemos hacia nuestro prójimo. María ama tiernamente á las almas, ¿cómo no habrá de inspirarle interés una existencia consagrada toda entera á santificarlas y á salvarlas? Santo Tomás dice que María tuvo que dar su consentimiento para la sangrienta inmolación de Jesús como lo había dado para su Encarnación. Más aún: ¿Hay algo acaso en el Cielo ó en la tierra capaz de compensar en el corazón de una madre tan doloroso sacrificio? Sí, la salud de las almas. Después que María hubo consumado con sobrehumano heroísmo este sacrificio, parece que nada quedaba ni podía acrecentar más su amor por las almas; y sin embargo, la última recomendación de Jesús en la Cruz dió nueva fuerza y nuevo ardor á este íntimo amor. Cuando dijo á María mostrándole los pecadores: *Tomadlos por vuestros hijos, sed su Madre*, equivalía á decirle: «Mirad lo que su salvación me cuesta, y comprenderéis cuánto los amo; protegédlos y salvadlos, es el único alivio que podéis ofrecer á mis sufrimientos.» ¿Quién podrá valuar la impresión que produjeron estas palabras en el corazón de la Reina de los mártires, en las circunstancias dolorosas en que se encontraba? Comprended ahí, ¡oh buenos Sacerdotes! la dicha inmensa que causáis á la Santísima Virgen con vuestros trabajos apostólicos, y con qué presteza Ella se pone á vuestro lado para prestaros su poderosa ayuda!

PUNTO III

Cómo podemos interesar más y más á la Madre de Dios en el feliz éxito de nuestros trabajos

El buen Sacerdote, para quien la devoción á la Santísima Virgen es una necesidad como un deber comunicar á los demás tanto cuanto le sea posible, propaga activamente las prácticas y devociones que la estimulan y que la honran, tales como el Rosario, escapulario, las cofradías, la piadosísima costumbre de dedicarle un mes en el año, un día en cada semana, algunos momentos en cada día, etc. El hace amar sus fiestas y prepara en ellas lo mejor que puede del rebaño. Desde la más tierna edad inculca en la juventud esa devoción y amor hacia la Madre de Dios, devoción y amor que son guarda segura de la inocencia; y pues se habla siempre con placer de lo que se ama, el nombre y el culto de María viene con frecuencia á sus labios en sus predicaciones.

Exalta sus grandezas y sus virtudes; pero, procura sobre todo, realzar su compasión por los pecadores. El tiene cuidado de hacer notar, que Ella no está como su Hijo en el deber de ejercer justicia inexorable; que no está en el deber de condenar á los hombres desconocidos é ingratos; sino que, por el contrario, no tiene más que curar los corazones enfermos, consolar á los afligidos y salvar á sus hijos. Ella no es juez, sino madre y *Madre de misericordia*.

Nunca meditaremos bastante lo que á este respecto nos enseñan los Santos y los Doctores. Al dirigirse á la augusta Virgen, San Juan Crisóstomo dice: que Ella había sido la predestinada para ser la Madre de su Criador, á fin de que salvara por su compasión á los que El no pudiera salvar por su justicia. «¡Oh! no, Madre divina, exclama San Bernardo, Vos no rechazáis jamás al pecador aun cuando fuese reo de todos los crímenes; Vos le tendéis caritativa mano, lo arrebatáis del abismo de la desesperación;

Vos le volvéis la esperanza y la vida. Aquel á quien todo el mundo rechaza Vos lo llamáis, lo estrecháis contra vuestro corazón, lo confortáis sobre vuestro seno maternal, y no cesáis de prodigarle vuestros cuidados hasta que le habéis reconciliado con su soberano Juez!

El padre Segneri no daba jamás misión alguna en que no predicase sobre la misericordia de María y decía que era el mejor de sus sermones y el que le producía los frutos más abundantes. San Alfonso de Ligorio había adoptado la misma costumbre, y después de haber citado esta frase de la Bienaventurada Virgen á Santa Brígida: «como el imán atrae el hierro, así atraigo yo á mí las almas más empedernidas,» agrega: hé aquí un prodigio de la gracia que se renueva diariamente en nuestras misiones. Regularmente presenciarnos que hombres envejecidos en la impiedad, y que se muestran insensibles á todas las verdades de la fe, se enternecen y vuelven sus corazones á Dios cuando oyen contar las bondades y la misericordia de María, refugio de pecadores. Hé aquí la razón que da San Bernardino de Sena: «Nos complace sobremanera y alegra el ver alabar la humildad de la Madre de Dios, admiramos su virginidad; pero, pecadores y abrumados como estamos bajo el peso de nuestras miserias, nos es más dulce acordarnos de su misericordia para invocarla en nuestro auxilio (1). En efecto, para merecer la misericordia no se necesitan ni méritos ni derechos en el que la invoca; ella supone miserias, y mientras más grandes son éstas, más derechos se tienen para merecer la conmiseración.

San Epifanio dice que el Verbo humanado es el anzuelo espiritual en el cual caen los escogidos, y María el cebo que los atrae. *Esca spiritalis hami.* ¡Oh Sacerdotes, pescadores de hombres, jamás echaréis con mayor eficacia las redes de la divina pala-

(1) *Laudamus humilitatem, miramur virginitatem, ... sed misericordia miseris sapit dulcius; misericordiam amplectimur carius, recordamur saepius, crebrius invocamur.*

bra, que cuando exhortareis á invocar á la Madre de Dios que es también Madre de los hombres! ¡Arrepintámonos de haber dado tan raramente á nuestro celo el poderoso auxilio que le ofrece la devoción á María!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Devoción á María poderosa auxiliadora del celo sacerdotal.*—Deplorable estado de la religión y de las costumbres en el mediodía de Francia, como consecuencia de la herejía de los Albigenses. Santo Domingo después de San Bernardo se esfuerza en vano durante algún tiempo á poner remedio. Recurre á María; la Madre de la misericordia se le aparece y le dice, que habiendo sido la salutación angélica el principio de la redención del mundo, ella debe ser también el principio de la conversión de los herejes: que si él predica el Rosario, sus trabajos serán bendecidos. El Santo obedece y la conversión de más de 100,000 herejes y un número incalculable de pecadores responden á la promesa augusta de la Virgen. De ahí el desarrollo admirable de esta cofradía célebre. Muchos otros obreros evangélicos han tenido á gloria atribuir el éxito de sus apostólicos trabajos al celo que han desplegado en propagar la devoción á María.

PUNTO SEGUNDO.—*Razones de esta eficacia poderosa.*—Tengamos presentes las dos siguientes verdades consoladoras: 1.º Que María tiene por los Sacerdotes una predilección especial; á Ella está unida el sacerdocio por vínculos muy sagrados. Al Sacerdote debe su gloria accidental; ¿sería honrada sin ellos? Les debe más todavía que su propia gloria, pues les debe la de su Hijo; ¿no son los Sacerdotes los que lo hacen conocer y le ganan los corazones? 2.º Ella ama tan tiernamente las almas, que por salvarlas ha consentido en la inmolación de su divino Hijo, y el Sacerdote es el que las salva. ¿Cómo no amar, pues, á estos seres que tienen con Ella tan maravillosa semejanza, ya que participan de la dignidad de su misión, de su poder y de su felicidad?

PUNTO TERCERO.—*Cómo podemos interesar más y más á la Madre de Dios en el éxito de nuestras empresas?*—El Sacerdote dedicado al culto de María propaga y extiende activamente las diversas prácticas que tienen por objeto el honrarla: Rosario, escapulario, etc. Hace amar y celebrar sus fiestas. Vigila para que esta santa devoción sea inculcada á la infancia desde su más tierna edad. Habla frecuentemente de María en sus sermones, y tiene especial cuidado en hacer realzar su compasión por los pecadores. María no es juez, sino Madre, y Madre de misericordia. No olvidemos á propósito de esto las enseñanzas de los santos. Oigamos á San Bernardino de Sena: *Laudamus humilitatem, miramur virginitatem... sed miseris misericordia sapit dulcius*: La misericordia en efecto no supone sino miserias, y cuanto más grandes son éstas, más excitan la conmiseración. Arrepintámonos de haber dado tan raramente á nuestro celo un auxilio tan poderoso como la devoción á la Virgen María.

MEDITACIÓN CXXVII

6 de Agosto.—LA TRANSEFIGURACIÓN
Contemplación

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—Seis días después que Nuestro Señor hubo anunciado la gloria de su última venida, tomó con El á Pedro, Santiago y Juan, y llevándolos sobre una elevada montaña se transfiguró en su presencia. Hé aquí que dos hombres se aparecieron y se entretenían con El: Moisés y Elías. Pedro dijo á Jesús: «Señor, cuán bueno es estar aquí; si queréis, hagamos tres tiendas, una para Vos, otra para Moisés y otra para Elías.» Hablaba todavía, cuando una nube milagrosa los envolvió; y salió de la nube una voz que decía: «Este es mi Hijo muy

amado en quien tengo mis delicias. Escuchadle» (1).
SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse una montaña elevada, y sobre la cima á Jesús, que llega con tres de sus discípulos.

TERCER PRELUDIO.—¡Oh Jesús, el más bello de los hijos de los hombres, haced brillar á los ojos de mi alma un rayo de vuestra gloria; concededme la gracia de conoceros, para que nada pueda separarme de Vos, de modo que del Tabor te siga al Calvario si es preciso!

PUNTO I

Contemplar las personas

Jesucristo procurando siempre la ocasión de afianzar la fe de sus apóstoles y formar de ellos verdaderos pastores de su Iglesia, con las grandes virtudes que exige esta vocación, les mostró su rostro que resplandecía como el sol y sus vestidos con deslumbradora blancura. Dichoso, Señor, los ojos que os han visto y os verán en vuestra gloria! Pedro, Santiago y Juan fueron los únicos escogidos para ser testigos de la Transfiguración. Los favores extraordinarios sólo son herencia de algunas almas privilegiadas. Felicitemos á estos tres apóstoles y pidamos por su intercesión que, como ellos, seamos iniciados en el conocimiento de las grandezas del Hijo de Dios. Convenía que los que debían ver de cerca las humillaciones de su agonía en el jardín de los Olivos, le hubiesen contemplado al menos un instante en el esplendor de su gloria. Las grandes gracias preparan igualmente para las grandes pruebas. Moisés y Elías conversan con Jesús de la muerte que debe sufrir en Jerusalén. Moisés es la dulzura y la paciencia necesaria á todo conductor de almas: *Erat enim Moyses vir mitissimus super omnes homines qui morabantur in*

(1) Matth., XVII, 1.

terra (1).—*Porta eos in sinu tuo sicut portare solet nutrix infantulum* (2). Elías es la caridad ardiente y activa: *Surrexit Elías propheta quasi ignis* (3). Es, por decirlo así, la encarnación del celo pastoral. La meditación de los sufrimientos y de la muerte de Jesús, hé ahí su verdadero manantial. Cuando se medita en el misterio del Calvario el amor que Dios tiene á las almas, se aprende á amarlas y á sacrificarse por su salvación; y cuando se ama se sabe tener paciencia: *Charitas patiens est... omnia suffert.*

PUNTOS II y III

Escuchar las palabras y considerar las acciones

¿De qué se habla en esa montaña revestida del esplendor del Hijo de Dios? De la muerte cruel é ignominiosa por la cual debe cumplir las órdenes de su Padre y la salvación de los hombres, y de las figuras de la ley y los oráculos de los profetas. ¡Oh Señor! ¿era ese un asunto de conversación que pudiese agradaros en el momento mismo en que ostentabais vuestra gloria? Sí: hablaros de vuestra muerte, es hablaros de vuestro amor para con el hombre; y sin embargo ¡cuán pocas veces es materia de mis conversaciones con Vos! ¿Por qué, aun en el altar, cuando ofrezco el sacrificio que pone esta muerte delante de mis ojos, no me siento absorbido, penetrado totalmente, inflamado y consumido? *O memoriale mortis Domini!* ¡Oh sufrimientos de mi Dios! ¡Oh muerte! ¡Oh exceso de amor! ¿Es posible que sólo seáis correspondido con exceso de ingratitud?

Al llegar al Tabor Jesús se puso en oración y los tres apóstoles con él; pero presto, agobiados de fatiga, se dejaron vencer por el sueño, de suerte que

(1) Num., XII, 8.
 (2) Ibid., XI, 12.
 (3) Eccli., XLVIII, 1.

no vieron el principio de la Transfiguración y perdieron una parte de ese espectáculo arrebatador... ¡Ah! cuántas gracias y cuántas luces nos hacen perder el sueño y la tibieza! Se despiertan y ven la majestad de su divino Maestro: *Evigilantes viderunt majestatem ejus.* Transportado de admiración exclama Pedro: «¡Oh Señor, bueno es que estemos aquí, y que fijemos la morada en este lugar, levantando en él tres tabernáculos!» No sabía él lo que decía. El hombre de fe no considera la tierra como lugar de reposo. Si Dios nos concede en ella algún consuelo pasajero, es para animarnos á trabajar y á sufrir. ¡Cuántos Sacerdotes querrían no obstante permanecer siempre en una situación que les halaga! Olvidan lo que deben á la Religión y á sus hermanos. ¡Qué pérdida, qué desgracia para el mundo si los apóstoles se hubiesen quedado siempre en las alegrías del Tabor!

Apenas había hecho Pedro su demanda, cuando un nuevo espectáculo se ofrece á las miradas de los tres discípulos. Una nube luminosa desciende sobre la montaña, los envuelve junto con Jesús, como bajo radiante pabellón, y al mismo tiempo una voz celestial sale de la nube: «Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias, escuchadle.» Ved, pues, el preceptor que Dios da al género humano; es á su Hijo muy amado á quien encarga que nos instruya. ¿Tenía necesidad de recomendar su enseñanza á la atención de nuestro espíritu, á la docilidad de nuestro corazón? Los apóstoles, aterrorizados, caen la faz contra el suelo; pero acercándose á ellos el Salvador les toca con bondad y les dice: «Levantaos, no temáis nada.» Animados por estas palabras se levantaron, y mirando en derredor de ellos sólo vieron á Jesús: *Levantes oculos, neminem viderunt, nisi solum Jesum.* Todo se transforma en una alma admitida á las comunicaciones íntimas con su Dios. Todo reviste en ellas otra forma. Feliz el Sacerdote que después de haberse ilustrado en la oración á la luz de la eterna verdad, sólo ve á Jesús, considera á El únicamente en el prójimo, busca sólo á Je-

sús y el contento de ganarle corazones, busca su aprobación y obra en todo sólo para agradarle á El.

Podéis acabando vuestra oración hacer diversos coloquios, dirigiéndoos sucesivamente á nuestro Señor y á los testigos de su transfiguración. Con Jesús, alegraos de su gloria, rendid homenaje á sus grandezas, prometedle más dócil y respetuosa atención á su palabra. Rogad á Elías que os alcance su celo, á Moisés que os dé su dulzura, y á los santos apóstoles que os comuniquen su fe, su esperanzay su amor (1) para que podáis seguir á Jesús desde el Tabor al Calvario. Aceptad por su amor las penas de este día; y cuando llegué el tiempo de los grandes padecimientos, entonces fortaleceos con estas palabras de San Pablo: *Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplan las personas.*—Jesucristo en el Tabor. San Pedro, Santiago y San Juan. ¿Por qué tres apóstoles tan sólo? ¿Y por qué esos más bien que otros? Moisés y Elías se entretienen con Jesús. Moisés es la dulzura; Elías el celo. Una y otra virtud se sacan de la meditación de los padecimientos de Jesucristo.

PUNTOS SEGUNDO Y TERCERO.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones.*—¿De qué se habla en el Tabor? ¡Oh Jesús! Nada os gusta tanto como ver que vuestros devotos se entretienen en meditar vuestra Pasión y Muerte. Durante la oración sucede la transfiguración de Jesús. Ilusión de Pedro en su petición de vivir siempre en el Tabor. La tierra

(1) *Nonnulli censent in Petro notari firmam fidem, in Jacobo sublimem spem, in Joanne ardentem charitatem; hisce enim quasi terrenis alis ad Deum subvenimur.* (Corn. a Lap. in Matth., XVII.)

(2) Philip., III, 21.

para el hombre de fe no es lugar de gozo ni de reposo. Una nube luminosa descende sobre el monte. Voz celestial que proclama á Jesús Hijo único de Dios, y manda escuchar su palabra. Los apóstoles se espantan: su Maestro los asegura. Coloquio con Nuestro Señor y con los testigos de su transfiguración.

MEDITACIÓN CXXVIII

7 de Agosto.—SAN CAYETANO, FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES TEATINOS.—*Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam meam faciet* (I, Reg., II, 35).

Este Sacerdote fiel, suscitado por Dios para realzar y sostener la dignidad del sacerdocio, fué San Cayetano. La orden que él fundó tenía por objeto renovar entre el clero la vida apostólica de los primitivos tiempos y tapar así la boca á los herejes cuyo único recurso, en sus ataques á la Iglesia, es sacar á relucir la relajación de sus ministros. Sus religiosos hacían profesión de pobreza en grado tan heroico que ni podían poseer rentas, ni pedir limosna, sino que tenían que vivir de lo que la Providencia inspirara á los fieles que les dieran. Fué Cayetano por su ejemplo y su celo la edificación de Vicence su patria, Venecia, Nápoles y Roma. En esta última ciudad se encontraba él cuando fué tomada y puesta á saco por el condestable de Borbón. En él puede admirarse al Sacerdote perfecto, al hombre entregado al servicio de Dios y del prójimo y desprendido enteramente de las lisonjas de este mundo. Hé ahí los tres caracteres del espíritu sacerdotal, que dejó como en herencia á su fervorosa congregación:

- I. Con relación á Dios, espíritu de oración.
- II. Con relación al prójimo, espíritu de caridad.
- III. Con relación á sí mismos, espíritu de abandono en brazos de la Providencia.

sús y el contento de ganarle corazones, busca su aprobación y obra en todo sólo para agradarle á El.

Podéis acabando vuestra oración hacer diversos coloquios, dirigiéndoos sucesivamente á nuestro Señor y á los testigos de su transfiguración. Con Jesús, alegraos de su gloria, rendid homenaje á sus grandezas, prometedle más dócil y respetuosa atención á su palabra. Rogad á Elías que os alcance su celo, á Moisés que os dé su dulzura, y á los santos apóstoles que os comuniquen su fe, su esperanzay su amor (1) para que podáis seguir á Jesús desde el Tabor al Calvario. Aceptad por su amor las penas de este día; y cuando llegué el tiempo de los grandes padecimientos, entonces fortaleceos con estas palabras de San Pablo: *Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplan las personas.*—Jesucristo en el Tabor. San Pedro, Santiago y San Juan. ¿Por qué tres apóstoles tan sólo? ¿Y por qué esos más bien que otros? Moisés y Elías se entretienen con Jesús. Moisés es la dulzura; Elías el celo. Una y otra virtud se sacan de la meditación de los padecimientos de Jesucristo.

PUNTOS SEGUNDO Y TERCERO.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones.*—¿De qué se habla en el Tabor? ¡Oh Jesús! Nada os gusta tanto como ver que vuestros devotos se entretienen en meditar vuestra Pasión y Muerte. Durante la oración sucede la transfiguración de Jesús. Ilusión de Pedro en su petición de vivir siempre en el Tabor. La tierra

(1) *Nonnulli censent in Petro notari firmam fidem, in Jacobo sublimem spem, in Joanne ardentem charitatem; hisce enim quasi terrenis alis ad Deum subvenimur.* (Corn. a Lap. in Matth., XVII.)

(2) Philip., III, 21.

para el hombre de fe no es lugar de gozo ni de reposo. Una nube luminosa descende sobre el monte. Voz celestial que proclama á Jesús Hijo único de Dios, y manda escuchar su palabra. Los apóstoles se espantan: su Maestro los asegura. Coloquio con Nuestro Señor y con los testigos de su transfiguración.

MEDITACIÓN CXXVIII

7 de Agosto.—SAN CAYETANO, FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES TEATINOS.—*Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam meam faciet* (I, Reg., II, 35).

Este Sacerdote fiel, suscitado por Dios para realzar y sostener la dignidad del sacerdocio, fué San Cayetano. La orden que él fundó tenía por objeto renovar entre el clero la vida apostólica de los primitivos tiempos y tapar así la boca á los herejes cuyo único recurso, en sus ataques á la Iglesia, es sacar á relucir la relajación de sus ministros. Sus religiosos hacían profesión de pobreza en grado tan heroico que ni podían poseer rentas, ni pedir limosna, sino que tenían que vivir de lo que la Providencia inspirara á los fieles que les dieran. Fué Cayetano por su ejemplo y su celo la edificación de Vicence su patria, Venecia, Nápoles y Roma. En esta última ciudad se encontraba él cuando fué tomada y puesta á saco por el condestable de Borbón. En él puede admirarse al Sacerdote perfecto, al hombre entregado al servicio de Dios y del prójimo y desprendido enteramente de las lisonjas de este mundo. Hé ahí los tres caracteres del espíritu sacerdotal, que dejó como en herencia á su fervorosa congregación:

- I. Con relación á Dios, espíritu de oración.
- II. Con relación al prójimo, espíritu de caridad.
- III. Con relación á sí mismos, espíritu de abandono en brazos de la Providencia.

PUNTO I

San Cayetano, con relación á Dios, practicó en grado eminente la virtud de la religión

La gracia puso en él desde los primeros albores de su edad el germen de ese profundo respeto hacia la Divinidad que luego fué creciendo con los años. En su juventud tenía ya tan alto concepto de aquel adorable Maestro cuyos ministros son los Sacerdotes que al solo pensamiento del sacerdocio su corazón se estremecía de gozo y veneración. ¿Quién podrá contar cuáles fueron sus sentimientos cuando se presentó á la imposición de las manos y la impresión que hizo en él la ofrenda del augusto sacrificio? Hé aquí algunos rasgos que se dejó escapar, escribiendo á una persona piadosa: «¡Vil polvo, llevo al Todopoderoso bajo frágiles especies! Lo tengo ante mis ojos y no se derriten en lágrimas! Lo tengo en mi seno y no me abraso!» Durante toda su vida conservó siempre esta presencia de Dios en el ejercicio de sus funciones, la cual producía en él una continua atención, un continente serio, una modesta continencia, inspirando á cuantos le veían aquel profundo respeto que se veía retratado en su semblante. De ahí también aquel ardiente deseo de ver los templos del Señor según el decoro de su alto destino. En ellos solamente quería ver toda la magnificencia posible. Exigía que nada faltara al canto, á las ceremonias, á toda aquella pompa exterior que realza el oficio divino, y que, hiriendo los sentidos, habla al corazón; su ambición consistía en que cada uno de sus hermanos pudiera decir con el rey Profeta: *Zelus domus tuæ comedit me* (1).—*Domine, dilexi decorum domus tuæ et locum habitationis gloriæ tuæ* (2).

(1) Ps. LXVIII, 10.

(2) Ps, XXV, 8.

También yo, oh Dios mío, amaba en otro tiempo el esplendor de vuestra casa y el lugar donde os dignáis habitar en medio de nuestros hermanos. La primera vez que celebré este sacrificio, con tanta razón llamado *el milagro de nuestros misterios* (1) y distribuí á los hombres el Pan de los ángeles me he sentido también conmovido por la nobleza de un ministerio tan divino: me sentía como anonadado bajo el peso de vuestra majestad; me sentía conmovido por los beneficios de vuestra bondad llevados hasta el exceso. Pero hoy ¿en qué ha parado fe tan viva? ¿No es acaso la misma Víctima que ahora inmolo, el mismo Pan que como, el mismo Cáliz de salud que bebo, las mismas inefables perfecciones que adoro?.. ¡Oh! si por fortuna mi tibieza y las tinieblas en que me envuelvo no se extienden todavía á la Misa, ¿no sucede acaso lo mismo con mis otros ministerios? ¿Puedo estar cierto de que los cumplo todos de una manera digna de Dios, con la aplicación, el respeto y los sentimientos interiores que le debo?

PUNTO II

San Cayetano fué con relación al prójimo modelo de virtud

Esta virtud en un buen Sacerdote debe consistir en el celo más ardiente por la salvación de las almas, y en tener entrañas de misericordia para consuelo y alivio de los desgraciados.

1.º Para apreciar el celo de Cayetano por la santificación de las almas conviene hacerse cargo de la triste situación de la Iglesia cuando él apareció. Véase lo que en su tiempo veía Jeremías: eclipsado el brillo del Templo, medio dislocadas sus columnas é innumerables escándalos por todas partes. Cayetano no se contentó con deplorar aquellos males que pe-

(1) S. Chrys. Hom. 61, *Ad pop. Antioch.*

dían remedios eficaces. Su celo tuvo todas las cualidades del celo apostólico: actividad, firmeza, dulzura, paciencia.

Celo activo y emprendedor. Pone manos á la obra sin perder un momento, predica la divina palabra, dirige las conciencias, acepta disputas públicas donde el error es confundido..... Se multiplica por medio de los obreros que llama á compartir sus trabajos y á quienes comunica el fuego que le abrasa. Celo firme é intrépido: ni los grandes con su poder, ni los libertinos con su audacia, ni el odio de los herejes son parte á arredrarlos en sus empresas por la salvación del prójimo. Celo dulce é insinuante que le comunica cuando es menester las formas más atractivas y que esparce la gracia en sus labios, según expresión de la Escritura. Celo paciente é invencible que le sostiene en las vigiliyas y fatigas, contra insultos y ultrajes, contra violencias y atentados. ¡Cuánto no hubo de sufrir cuando estando en Roma, puesta á saco y nadando en sangre, se le vió precipitarse en medio de los muertos y de los vivos, reanimar el valor de los fieles, enseñarles á sacar provecho de sus desgracias y á morir cristianamente si Dios exigía de ellos este último sacrificio! ¡Qué no sufriría cuando atacado él mismo hasta en el templo del Señor, medio muerto á golpes y cargado de cadenas fué echado en un calabozo!....

¿Y qué hubiera hecho en su lugar un Sacerdote tímido y cobarde? ¿Le habrían faltado acaso pretextos para librarse de los peligros ó al menos para dispensarse de una generosidad que abría el Cielo á tantas almas? San Cayetano imitó al Gran Apóstol. «¿Es posible que vea yo á mis hermanos en peligro de perderse y que no se encienda en mi corazón un ardiente deseo de salvarlos: *Quis scandalizatur, et ego non uror?* Podré yo verlos sufrir sin tomar parte en sus sufrimientos? *Quis infirmatur et ego non infirmor?*» Su caridad se extiende tanto á las enfermedades del cuerpo como á las del alma.

2.º Casi todos los males juntos habían llenado la Italia de pobres, enfermos, huérfanos y pri-

sioneros. San Cayetano escucha la voz de tantas desventuras y se propone remediarlas. Mendigando de puerta en puerta reúne recursos que reparte entre los pobres; pasa noches enteras á la cabecera de los enfermos prestándoles toda clase de servicios aún aquellos que más repugnan á la naturaleza. Si á estas calamidades se añade la carestía, reúne á todos los desgraciados, consumidos por el hambre y les reparte los alimentos de que se priva á sí mismo. Si la peste diezma á Venecia de donde huyen las gentes acomodadas, él permanece y se encierra con sus compañeros animados por su ejemplo..... ¡Oh! no le amedrenta el peligro de encontrar allí la muerte, que sería para él una gran ganancia! Hé aquí al Sacerdote fiel: todo para Dios, todo para su prójimo por amor de Dios. Pero semejante caridad supone un completo desprendimiento de los bienes de este mundo y un completo abandono en los brazos de la Providencia.

PUNTO III

San Cayetano fué con relación á sí mismo modelo perfecto de desprendimiento y de confianza en Dios

Con razón pudo exclamar con David: «*Tamquam prodigium factus sum multis; et tu adjutor fortis* (1). Se me ha considerado como un prodigio á la vista de la pobreza que he abrazado. Muchos me condenaron como á quien se aparta de las leyes de la prudencia; pero Vos, Señor, habéis sido mi defensor poderoso. No sabemos, en efecto, qué debemos admirar más en él si la perfección de su esperanza en Dios, ó el cuidado que Dios se tomara de justificar en todo esta esperanza.

1.º En esta triste época la avaricia había invadido hasta el mismo santuario; la herejía triunfaba.

(1) Ps., LXX, 7.

Cayetano defendió el honor del sacerdocio con un desprendimiento hasta entonces sin ejemplo. Renunció no solamente á toda propiedad, sino á todo recurso humano, cuando no viniese directamente de la Providencia. Todos los otros pobres de Cristo nada tienen, pero pueden pedirlo; mas nuestro Santo se veda hasta este medio de subsistencia. Saldrá á mendigar para otros pobres, pero jamás para sí ni para los suyos; y aun de lo que le dan, acepta solamente lo que le es estrictamente necesario, interpretando así en el sentido más riguroso las palabras del Salvador: *Ne solliciti sitis*. Como acudiese un obispo en su socorro con ofrendas demasiado frecuentes y abundantes, el trata de alejarse de su bienhechor si no modera sus dones. ¿Cuáles son, pues, los fundamentos en que se apoya? Sólo Vos ¡oh Dios mío! Vuestra providencia, cuya sabiduría, ternura y poder muy bien conoce. Porque sabe que ella ve todas nuestras necesidades: *Scit enim Pater vester quia his omnibus indigetis* (1). Sabe que ella nos asiste porque nos ama: *Ipse enim Pater amat vos* (2); que ella puede socorrernos en cualquier necesidad en que nos encontremos porque ejerce poder absoluto de uno á otro extremo del mundo: *Attingit a fine usque ad finem fortiter* (3).

2.º Su confianza, en efecto, quedó siempre admirablemente justificada. Embarcado en el Tíber, se encontró expuesto á un peligro que parecía inevitable y la Providencia lo salva. En medio de los apestados tiene continuamente la muerte á sus ojos y la Providencia lo conserva. Se encuentra en una necesidad extrema en que le hace falta una suma de dinero y la Providencia le manda una persona desconocida que se la pone en sus manos. Busca compañeros recomendables que le ayuden, y hombres escogidos por la Providencia se asocian á él. Quiere fundar un orden y, no obstante las dificultades humanamente

(1) Matth., V, 32.

(2) Joan., XVI, 27.

(3) Sap., VIII, 1.

hablando insuperables, pronto se vió florecer la orden de los Clérigos Regulares Teatinos, los cuales se extienden á todas las demás naciones. Tengamos completa confianza en Dios en todo aquello que nos concierna, y jamás serán vanas nuestras esperanzas. Aprovechémonos del ejemplo de San Cayetano y de la recomendación que nos hace San Pedro. Puesto que Dios quiere cargar con todos nuestros cuidados, pongámoslos todos en sus manos; sea nuestro único pensamiento darle testimonio de nuestro amor por nuestra generosidad para los intereses de su gloria y servicio del prójimo: *Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*San Cayetano practica, con relación á Dios, en grado eminente la virtud de la religión.*—Con sólo pensar en el sacerdocio sentía desde su juventud vivo sentimiento de gozo y temor. Cuando fué Sacerdote escribía: *Vil polvo, llevo á Dios bajo frágiles especies! Lo tengo ante mis ojos y no me derrito en llanto!...* El inspiraba á todos los que lo veían su profundo respeto á todo lo que se relaciona con el divino culto. Quería que todos los miembros de su Orden pudieran decir: *Zelus domus tuæ comedit me. Domine, dilexi decorem domus tuæ*. También yo, oh Señor, amo la magnificencia de vuestra casa. Pero ¡ay! ¿en qué han parado esos días de fe viva y de fervor?

PUNTO SEGUNDO.—*San Cayetano fué con relación al prójimo modelo de caridad.*—Celo ardiente, dulce, firme, paciente: esto es lo que se necesita para las almas. Él predica y dirige las conciencias.... se multiplica por medio de los obreros evangélicos que se unen á él.... No se contenta con deplorar males que exigen remedios más eficaces. Su caridad se ex-

(1) I Petr., V, 7.

tiende también á las enfermedades corporales. Reune socorros y los reparte á los pobres. Se dedica también al cuidado de los apestados.

PUNTO TERCERO.—*San Cayetano, con relación á sí mismo, modelo perfecto de desprendimiento y abandono en los brazos de la Providencia.*—No se sabe qué cosa se debe admirar más, si la perfección de su confianza en Dios ó el cuidado que se toma Dios para justificar en todo esta confianza. No renuncia él solamente á toda propiedad, sino también á todo socorro humano que le venga de otra parte sino de la Providencia; se veda hasta el derecho de mendigar, esperando todo socorro de su Padre celestial. La Providencia acude constantemente á su ayuda en todos sus peligros y necesidades.

MEDITACIÓN CXXIX

15 de Agosto.—LA ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Son objeto de esta solemnidad tres misterios gozosos y admirables de María llevados á cabo casi simultáneamente, solemnidad la más grande de todas las que la Iglesia celebra en su honor: su muerte, su anticipada resurrección y su entrada triunfante en el reino de los Cielos. No es posible amar á esta soberana Virgen sin alegrarse de su felicidad; y precisamente por esto todas las almas devotas hoy se gozan en contemplar su gloria, porque este es el día en que Ella fué coronada y proclamada Reina de los ángeles y de los hombres, Soberana del Cielo y de la tierra. Si nos atenemos á los deseos de María siempre conformes á nuestros verdaderos intereses, nos detendremos en considerar no tanto la gloria de que goza, como el principio y la medida de donde procede: en su santidad encontraremos el uno y la otra. Esforcémonos en imitarla tanto cuanto podamos.

I. María debe á su santidad solamente la gloria de su muerte, de su resurrección y de su ascunción.

II. María fué elevada á una gloria superior á la de todos los santos, porque los sobrepaja también en santidad.

PUNTO I

La glorificación de María en su muerte, resurrección y ascunción es sólo consecuencia de su santidad

Para ser coronado dice San Pablo, es menester haber valerosamente peleado (1). La más privilegiada de todas las criaturas no ha quedado dispensada de esta ley. Ella triunfa porque ha vencido; es glorificada porque ha merecido serlo: su dicha es fruto de su santidad como su santidad es fruto de sus obras.

Podemos aplicar á María, la mujer fuerte por excelencia, estas palabras de la Sabiduría: *Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam..... opera ejus* (2). ¿Cuándo, pues, llegaré á comprender esto ¡oh Dios mío! No es, por cierto, lo que Vos hacéis por mí lo que me da derecho á vuestra recompensa, sino lo que yo haga por Vos. ¿Es acaso la Inmaculada Concepción de vuestra Madre, es por ventura su divina Maternidad ó quizás el conjunto de todos estos privilegios lo que hoy coronáis? No: que si fuera así, motivos tendría para desesperarme. Vuestros grandes favores son para nosotros grandes obligaciones y terribles acusadores si no nos aprovechamos de ellos. Lo que Vos coronáis en María es la profunda humildad en su exaltación, su paciencia inalterable en medio de sus más dolorosas pruebas, su piedad, su caridad; en una palabra, todas las virtudes que Ella practicó con tanta perfección.

(1) II Tim., II, 5.

(2) Prov., XXXI, 31.

El siervo bueno del Evangelio no debe decir tan sólo á su Maestro que ha recibido cinco talentos: *Domine, quinque talenta tradidisti mihi*. Porque en eso no hay ningún mérito; sino debe añadir que los ha multiplicado y los ha hecho producir: *Ecce alia quinque superlucratus sum*: este es el título que tiene á la recompensa. Lo mismo que su Maestro cuando lo juzgue no presentará otro título sino su fidelidad: *Quia... fuisti fidelis, intra in gaudium Domini tui*. Otro tanto debemos decir de la incomparable Virgen: lo que da tanta dulzura á su muerte, tanta gloria á su triunfante resurrección no son tan sólo las prerrogativas que ha recibido de Dios, sino la santidad que le viene, después de Dios, de su correspondencia á la gracia y sus buenas obras. Afirma San Agustín que si Ella no hubiera concebido al Verbo de Dios más santamente en su alma, que lo concibió en su seno, la misma maternidad divina hubiera sido para Ella un título muy glorioso, si se quiere, pero inútil: *Materna enim propinquitus nihil ei profuisset, nisi felicius ipsum fide, quam carne gestasset*.

¿Y qué consecuencia se deduce? *Quapropter, fratres, magis satagite, ut per bona opera certam vestram electionem faciatis* (1). Si pues, según el plan divino, *quapropter*, la criatura más querida del Cielo no ha encontrado otro medio sino la santidad para llegar á la bienaventuranza que nos está prometida, nosotros debemos por consiguiente trabajar como Ella en nuestra santificación cada vez más generosa y crecientemente: *magis satagite*. Si así lo hacemos tendremos motivos para creer segura hasta cierto punto nuestra predestinación: *ut certam vestram electionem faciatis*; la cual no depende en manera alguna de dones extraordinarios, sino de las virtudes de nuestro estado y de las buenas obras que nuestra vocación pone, por decirlo así, en nuestras manos. *Per bona opera*: éstas serán para nosotros á

(1) H, Petr., I, 10.

la hora de nuestra muerte un manantial inagotable de esperanza y de consuelo.

PUNTO II

María ha sobrepujado á todos los santos en gloria, porque los ha sobrepujado en Santidad

Puesto que Dios en ley de justicia no recompensa ni en su misma Madre sino la santidad de las obras, justo es también que el premio corresponda exactamente á la santidad; y así como para recompensarla no se atiende sino á los méritos, del mismo modo aprecia la intensidad y perfección de esos méritos. Por consiguiente, si no hay santidad fuera de la de Dios que iguale á la de María, debemos creer con San Bernardo y con toda la Iglesia que María brilla en el Cielo por encima de todos los demás seres criados: *Super omnem exaltata creaturam* (1). No existió jamás criatura alguna como Ella que recibiese tantas y tan singulares gracias; pero, tampoco ha existido otra criatura que las multiplicase con más perfecta cooperación. La plenitud de gloria debía corresponder á la plenitud de la santidad. *Quantum enim gratiæ in terris adeptæ est præ cæteris, tantum et in cælis obtinet gloriæ singularis* (2). Así que el mismo Padre exclama en su admiración: *Christi generationem et Mariæ assumptionem quis enarrabit?*

María sube á lo más alto de los Cielos porque es la que más se anonadó aquí en la tierra. Goza en el seno de Dios las más inefables dulzuras, la eterna bienaventuranza, porque es la que más despreció las falsas lisonjas del mundo. Sembró con lágrimas y recogió bendiciones. Así seremos tratados también nosotros: *Qui seminat in benedictionibus, de benedic-*

(1) Serm., I *Assumpt.*

(2) *Ibid.*

tionibus et metet (1). Tantas coronas merecerá, tantos celestes resplandores y delicias inefables cuantas victorias haya alcanzado (2). Se me pagará según mi generosidad. Si multiplico mis méritos delante de Dios, El me enriquecerá no solamente con los dones de su gracia sino también con los de su gloria; los aumentará y derramará sobre mí con profusión. *Et multiplicabit semen vestrum, et augebit incrementa frugum justitiæ vestræ* (3).

Ahora comprendo finalmente, oh María, cómo siendo la Madre de Dios, habéis podido beber en el torrente de las más amargas tribulaciones; cómo el Hijo más tierno y poderoso ha podido dejaros por tanto tiempo en la aflicción y concurrir El mismo con sus pruebas, que han hecho de vuestra vida lo mismo que de la suya, un martirio perpetuo. Los consuelos de vuestra muerte hubieron de compensar abundantemente los dolores de vuestra vida; vuestra gloriosa Asunción debió reparar todas vuestras humillaciones con ventajas mucho mayores. Su amor hacia Vos y el deseo de hacer brillar cada vez más vuestro triunfo, engrosando continuamente el tesoro de vuestros méritos, debieron obligarle á enviaros esos aparentes rigores, ya en las bodas de Caná ora en el templo ó al pie de la Cruz (4), y yo ¡ay! me quejo á veces de que me trate como trató á su Madre! ¡Oh Virgen fidelísima, obligadme á seguir un camino que conduce á tan dichoso término... Sí, quiero humillarme, quiero sufrir y así santificarme por la humildad y la paciencia. Pero ayudadme, ¡oh! Señora ¡oh Madre mía! Hacedme familiar el pensamiento de que los sufrimientos de este mundo se cambian en dicha en el porvenir, y la tristeza en el tiempo será gozo en la eternidad.

(1) II Cor., IX, 6.

(2) *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ.*—Ps. XXXV, 9.)

(3) *Ibid.*

(4) Joan., II, 4.—Luc., II, 49.—Joan., XIX, 26.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*María no es glorificada en su muerte, resurrección y asunción, sino en razón de su santidad.*—Es ley universal que no será coronado sino el que legítimamente haya peleado. No Señor, no es lo que Vos hacéis por mí lo que me da derecho á las eternas recompensas, sino lo que yo haga para Vos. El buen servidor del Evangelio no contesta sólo á su Maestro que ha recibido cinco talentos, sino que los ha hecho producir. Esto es lo que sucede con la Santísima Virgen. ¿Qué consecuencia se deduce de aquí? Esforcémonos en asegurar nuestra vocación y elección á la gloria por medio de buenas obras cuya recompensa es ella.

PUNTO SEGUNDO.—*María fué elevada á una gloria superior á la de todos los santos, porque Ella los ha sobrepujado á todos en santidad.*—Si Dios para concedernos la gloria no se funda sino en los méritos, quiere que esta gloria corresponda exactamente á esos méritos. Yo, oh Dios mío, recibiré á proporción de lo que haya dado. ¡Oh Virgen fidelísima, llevadme por el camino doloroso que conduce á tan dichoso término. Haced que tenga siempre presente el pensamiento de que lo que constituye mis penas durante mi vida, será después mi dicha en la hora de la muerte.

MEDITACIÓN CXXX

20 de Agosto.—SAN BERNARDO.

Este Santo, destinado á restablecer el espíritu monástico y á ser honra y sostén de la Iglesia, nació al año 1091, en la aldea de Fontaines, cerca de Dijón, de noble y virtuosa familia. A la edad de veintidós años, cansado ya de los sinsabores de la vida, se retiró á Citeaux, donde sus exhortaciones y ejemplos movieron á juntarse con él á sus cinco-

tionibus et metet (1). Tantas coronas merecerá, tantos celestes resplandores y delicias inefables cuantas victorias haya alcanzado (2). Se me pagará según mi generosidad. Si multiplico mis méritos delante de Dios, El me enriquecerá no solamente con los dones de su gracia sino también con los de su gloria; los aumentará y derramará sobre mí con profusión. *Et multiplicabit semen vestrum, et augebit incrementa frugum justitiæ vestræ* (3).

Ahora comprendo finalmente, oh María, cómo siendo la Madre de Dios, habéis podido beber en el torrente de las más amargas tribulaciones; cómo el Hijo más tierno y poderoso ha podido dejaros por tanto tiempo en la aflicción y concurrir El mismo con sus pruebas, que han hecho de vuestra vida lo mismo que de la suya, un martirio perpetuo. Los consuelos de vuestra muerte hubieron de compensar abundantemente los dolores de vuestra vida; vuestra gloriosa Asunción debió reparar todas vuestras humillaciones con ventajas mucho mayores. Su amor hacia Vos y el deseo de hacer brillar cada vez más vuestro triunfo, engrosando continuamente el tesoro de vuestros méritos, debieron obligarle á enviaros esos aparentes rigores, ya en las bodas de Caná ora en el templo ó al pie de la Cruz (4), y yo ¡ay! me quejo á veces de que me trate como trató á su Madre! ¡Oh Virgen fidelísima, obligadme á seguir un camino que conduce á tan dichoso término... Sí, quiero humillarme, quiero sufrir y así santificarme por la humildad y la paciencia. Pero ayudadme, ¡oh! Señora ¡oh Madre mía! Hacedme familiar el pensamiento de que los sufrimientos de este mundo se cambian en dicha en el porvenir, y la tristeza en el tiempo será gozo en la eternidad.

(1) II Cor., IX, 6.

(2) *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ.*—Ps. XXXV, 9.)

(3) *Ibid.*

(4) Joan., II, 4.—Luc., II, 49.—Joan., XIX, 26.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*María no es glorificada en su muerte, resurrección y asunción, sino en razón de su santidad.*—Es ley universal que no será coronado sino el que legítimamente haya peleado. No Señor, no es lo que Vos hacéis por mí lo que me da derecho á las eternas recompensas, sino lo que yo haga para Vos. El buen servidor del Evangelio no contesta sólo á su Maestro que ha recibido cinco talentos, sino que los ha hecho producir. Esto es lo que sucede con la Santísima Virgen. ¿Qué consecuencia se deduce de aquí? Esforcémonos en asegurar nuestra vocación y elección á la gloria por medio de buenas obras cuya recompensa es ella.

PUNTO SEGUNDO.—*María fué elevada á una gloria superior á la de todos los santos, porque Ella los ha sobrepujado á todos en santidad.*—Si Dios para concedernos la gloria no se funda sino en los méritos, quiere que esta gloria corresponda exactamente á esos méritos. Yo, oh Dios mío, recibiré á proporción de lo que haya dado. ¡Oh Virgen fidelísima, llevadme por el camino doloroso que conduce á tan dichoso término. Haced que tenga siempre presente el pensamiento de que lo que constituye mis penas durante mi vida, será después mi dicha en la hora de la muerte.

MEDITACIÓN CXXX

20 de Agosto.—SAN BERNARDO.

Este Santo, destinado á restablecer el espíritu monástico y á ser honra y sostén de la Iglesia, nació al año 1091, en la aldea de Fontaines, cerca de Dijón, de noble y virtuosa familia. A la edad de veintidós años, cansado ya de los sinsabores de la vida, se retiró á Citeaux, donde sus exhortaciones y ejemplos movieron á juntarse con él á sus cinco-

hermanos, su tío y á otros treinta de sus parientes y amigos. Hasta su mismo padre le siguió más tarde y se hizo discípulo de su hijo. Allí fueron todos recibidos con grande alegría por parte del piadoso abad Etienne y de sus religiosos. Muy pronto se vió Bernardo obligado á abandonar aquella santa casa para ir á fundar Clairvaux, de donde salieron numerosas colonias, y tuvo el consuelo de ver aun en su vida, hasta ciento sesenta monasterios bajo su obediencia. Pero todo eso no fué más que una parte de sus ocupaciones. Después de trabajos casi increíbles en defensa de la Iglesia, á la cual edificó con sus virtudes, esclareció con sus doctrinas é ilustró con sus milagros, murió el 20 de Agosto de 1153, á la edad de sesenta y tres años. Su vida presenta contrastes llenos de instrucción para los pastores de almas; hé aquí tres que hoy debemos meditar con fruto.

- I. Su austera penitencia unida á su inocencia.
- II. Su recogimiento interior en medio de una vida dada á lo exterior.
- III. El menosprecio que siente de sí mismo en medio de la admiración de que es objeto.

PUNTO I

San Bernardo unió una austera penitencia á una perfecta inocencia

Había recibido desde su nacimiento aquella bondad de alma y aquel candor natural que viene á ser presagio de la piedad. Sus padres habían tomado á pecho el educarlo en la virtud y su ejemplo le había servido de continuo estímulo. Y sin embargo nunca estuvo tan expuesto á los atractivos de la juventud, á causa de sus dotes tanto de alma como de cuerpo, de que es tan fácil abusar en este mundo; pero la Providencia velaba sobre su corazón y él era sumiso á las inspiraciones de la gracia. Cierta día dejó, por

inadvertencia, fijar su mirada en un objeto peligroso; al momento se echó en un estanque helado, donde permaneció por largo tiempo, para castigar así lo que él llamaba una imperdonable debilidad; hermosa delicadeza de conciencia que no puede soportar ni por un momento el peso de la más ligera falta! Jesús y María lo recompensaron por este amor á la pureza, favoreciéndole con frecuentes visitas y con el don particular de oración. Desde entonces sus coloquios con Dios no fueron casi nunca interrumpidos. Tal fué la vida del joven Bernardo en medio del mundo. Al abandonarlo, ¿qué tenía pues, que expiar con la rigurosa penitencia que abrasó y que siguió practicando hasta el fin de sus días?

No obstante su cuerpo delicado, su poca salud no halla austeridades suficientes que satisfagan su amor á la mortificación. Si los ayunos le debilitan, si lo acosan las enfermedades, nada lo amedrenta. Lo que pierde la carne lo ganará el espíritu. Siempre encuentra un nuevo motivo de aliento para conservar las mismas austeridades ó imponerse otras mayores. Un poco de agua, algunas legumbres ó si no unas pocas hojas de árboles, un sueño muy corto, es lo que concede á la naturaleza; y esta piadosa crueldad para consigo mismo le acompaña á todas partes; lo mismo se mortifica en el palacio de los reyes como en su monasterio.

Los santos en el ejercicio de la penitencia se hallan animados por motivos que nosotros conocemos demasiado poco. Cuanto menos pecadores son, tanto más ellos creen serlo; cuanto más pura se halla su alma, tanto mayores manchas descubren aun en sus acciones más perfectas. El celo que los abrasa por la gloria de Dios, les persuade de que las menores ofensas contra su infinita majestad merecen la más severa expiación. Si no les turba el pasado, tiemblan por el porvenir. Comprenden que es más cuerdo prevenir los pecados que tener que llorarlos. Más aún, aman demasiado á Jesucristo para consentir quedarse sin sufrir nada, al recuerdo de un Hombre-Dios que ha sufrido tanto por ellos; quieren poder decir

que están crucificados con El: *Christo confixus sum cruci* (1). Esta es la razón por que todos aquellos á quienes la Iglesia honra como santos, los honra también como penitentes. El espíritu de Dios no obra aquí de diversas maneras. Pero á los hombres apostólicos lo que sobre todo les hace amar la mortificación es su celo por la salvación del prójimo. Habiendo Jesucristo salvado á los hombres por la Cruz, el mejor medio de prepararse á aplicarles sus méritos es imitar, en cuanto sea posible, la paciencia de Jesús sobre la Cruz. Este es el medio más seguro para convertir las almas y disponer á Dios en favor suyo.

PUNTO II

Vida interior de San Bernardo unida á una vida de trabajos interiores

«Soy el juguete de mi siglo, exclamaba; solitario sin soledad, ocupado en todos los negocios mundanos, después de haber renunciado al mundo para no pensar sino en Dios.....» Es cierto que estuvo mezclado en todos los acontecimientos de su época, de los que fué como el alma. Si le seguimos en las ciudades, en sus excursiones, en los concilios, pasando y volviendo á pasar los Alpes, recorriendo la Francia entera, penetrando hasta los confines de la Alemania..... lo encontraremos siempre encargado de los negocios más espinosos, de los ministerios más delicados: en lucha unas veces con el cisma, otras con la herejía, y siempre con las pasiones más furiosas; pero, en medio de esta agitación exterior, estaba siempre tranquilo, siempre unido á Dios con el cumplimiento de su voluntad: *Quæ placita sunt ei facio semper*. Lloro y suspira siempre que se trata de abandonar el monasterio: *Itane, bone Jesu, tota deficit in*

(1) Gal., II, 19.

dolore vita mea? Tristis est anima mea usquedum redeam..... Sin embargo, lo abandona; pero sin interrumpir por eso su íntima unión con Dios. Si no puede llevarse su celda consigo, dice un biógrafo suyo, lleva el recogimiento y la soledad interior: *Ubique solus erat*. Semejante á los ángeles que en medio de sus diversos oficios contemplan siempre la faz de Dios, así Bernardo, ocupado en los negocios del mundo permanece siempre separado del mundo y sólo abre su corazón á Dios.

Tal es el verdadero espíritu de la vida apostólica. No consiste ni en los afanes de Marta ni en la contemplación de María, sino en la unión de lo uno con lo otro. Tratar exteriormente con el prójimo de los intereses de Dios para hacerle reinar en los corazones, y quedar unido interiormente á Dios ocupándose con El de los intereses del prójimo, de su santificación y salvación: hé ahí en lo que sobresalió nuestro Santo, y en lo que deben imitarle los buenos Sacerdotes. Imitemos también su profunda humildad.

PUNTO III

Menosprecio de San Bernardo para consigo mismo en medio de la admiración de que es objeto

¿Quién fué jamás tan honrado como él? Los reyes lo buscan en la soledad; tres papas lo escogen como consejero y en él descansan, por decirlo así, del gobierno de la Iglesia en las circunstancias más difíciles. Por todas partes es mirado como un ángel bajado del Cielo y escuchado como un oráculo. La autoridad de su palabra y la veneración que inspira, deciden todas las cuestiones. El es quien ordena los cánones del concilio de Pisa, de Troyes, de Etampes y de Reims. En el Languedoc triunfa del herejarca Enrique, en la Guyena, de Guillermo á quien cambia de lobo en cordero. Hace condenar á Gilberto de la Porrée y á Pedro Abelardo..... Su

gran elocuencia y sus milagros llevan en pos de sí á una multitud innumerable; para verle todo el mundo suspende sus tareas. En Epira y en Constanza dos obispos y el clero se ven obligados á formarle barrera con sus cuerpos; en Francfort un emperador tiene que llevarlo sobre sus espaldas para sustraerle de las manos de la plebe que lo aplastaba....

Y sin embargo, en medio de acciones tan brillantes y triunfos tan halagüenos, su humildad se fortifica. Sólo busca oscurecer el esplendor que lo rodea. Si las grandes ciudades lo piden como obispo, tanto él suplica con instancias al papa que alcanza de él un breve por el cual es excluido de toda dignidad eclesiástica. Se reprocha á sí mismo como un gran pecador, mientras que todas las lenguas lo canonizan como á un santo. Cuando se le alaba, suplica que tengan piedad de su alma. «Creedme á mí, escribía á sus amigos, y no á aquellos que me ensalzan sin conocerme, pues ellos no miran sino lo exterior. Cuando yo hablo de mí no es por conjeturas, sino por experiencia de mi miseria, por el sentimiento que tengo de ella» (1). Tan vil y abyecto se hace aparecer que aquellos mismos que tenían á honra el apreciarlo, se avergüenzan de haber tributado tantos elogios á un hombre tan despreciable (2). Hermosa lección para aquellos que teniendo tantos motivos para humillarse, no buscan sino alabanzas.

Cuando os preparéis al santo sacrificio, ofreced á Dios las disposiciones de San Bernardo cuando subía al altar, y acordaos de lo que decía del divino Pan, como remedio á las dolencias del alma: *Si quis ves-*

(1) *Volo vos mihi credere de me magis quam alteri, qui tantum videt in facie... Dico vobis, ego qui de me loquor non ex conjectura, sed ex sententia: non sum talis qualis putor, vel dicor; quod quidem tam securus fateor, quam certus* (Epist. II).

(2) *Tam vilis et abjectus vir appaream, quatenus pudea eos talem ita laudasse. Quis dabit mihi apud homines de vitis digne humiliari, quantum de falsis dotibus me video indigne exaltari?* (Ibid.)

trum non tam sæpe modo, non tam acerbos sentit iracundiæ motus, invidiæ, luxuriæ aut cæterorum hujusmodi, gratias agat corpori et sanguini Domini, quoniam virtus sacramenti operatur in eo; et gaudeat quod pessimum ulcus accedat ad sanitatem.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Vida penitente de San Bernardo unida á una perfecta inocencia.*—Pasó su juventud en una perfecta pureza de costumbres, y sin embargo, abandona el mundo y se entrega á un continuo ejercicio de mortificación en el estado religioso. Cuanto menos pecadores son los santos, tanto más creen ellos serlo; si no les turba el futuro, el porvenir les espanta; el conocimiento de su debilidad y su celo por la gloria de Dios, es lo que reaviva en ellos ese ardiente amor á la penitencia. No pueden consentir quedarse sin sufrir ante el pensamiento de un Hombre-Dios que tanto sufrió por ellos.

PUNTO SEGUNDO.—*Vida interior de San Bernardo unida á Dios y entregada á los negocios del mundo.*—Estuvo mezclado en todos los sucesos de su época, encargado de los negocios más espinosos, en lucha con todos los errores y pasiones.... y sin embargo, siempre tranquilo, siempre unido á Dios por el cumplimiento de su santa voluntad. ¡Qué dichoso tiene que ser, oh Señor, aquel que sabe unir la vida activa de Marta á la vida contemplativa de María.

PUNTO TERCERO.—*Vida activa de Bernardo en medio de las demostraciones de estima que recibe.*—Los reyes le buscan, los papas le asocian á sus ministerios, los pueblos le tributan los más extraordinarios honores, hace grandes milagros.... y en medio de tan lisonjeros triunfos su humildad se fortifica. El se desprecia, se oculta, se anonada... ¡Hermosa lección para aquellos que con tantos motivos para humillarse, sólo buscan alabanzas!

MEDITACIÓN CXXXI

28 de Agosto.—SAN AGUSTÍN.

Nacido Agustín en Tagasta de Africa el 13 de Noviembre de 354, ya desde su niñez dió relevantes pruebas de su vivacidad de ingenio; pero, arrastrado por las pasiones, se entregó á toda clase de desórdenes hasta llegar á caer en la herejía de los Maniqueos. Mónica, su madre, vertió tantas lágrimas para obtener su conversión, que al cabo el Cielo se apiadó de ella. La predicación de San Ambrosio comenzó la obra, y una lectura acompañada de gracias extraordinarias dió el último golpe á su voluntad por tanto tiempo rebelde: se entregó todo á Dios, á la Iglesia y á las almas. Valerio, obispo de Hipona, lo ordenó de Sacerdote, le confió el ministerio de la divina palabra y compartió con él las tareas de la carga episcopal, tomándole como coadjutor. San Agustín tenía un ingenio prodigioso, una concepción vastísima; su ciencia sólo igualaba á su caridad. Se ha dicho de él que era: *Pater Patrum, Doctor doctorum, par angelis in fervore, par prophetis in absconditorum mysteriorum revelatione, par apostolis in predicatione* (1). Murió cuando los Vándalos sitiaban á Hipona. Su conversión tan gloriosa para la gracia, tan útil para la Iglesia, es el gran acontecimiento de su vida. Consideremos pues:

- I. El triunfo de la gracia en la conversión de San Agustín.
- II. Los triunfos de la Iglesia, preciosos frutos de esta conversión.

(1) Possid.

PUNTO I

Triunfo de la gracia en la conversión de Agustín

La victoria que la gracia alcanzó sobre ese pecador, destinado á ser padre de tantos santos, fué tanto más gloriosa cuanto que por una parte fué más difícil y por otra más completa.

1.º Victoria difícil. En Agustín todo se oponía al triunfo de la gracia: su espíritu y su corazón, su obstinación en la herejía y la tiranía de las pasiones.

Quando el error ha tomado posesión de un espíritu que tiene la conciencia de su superioridad, ¡cuántas dificultades se oponen á la gracia! El maniqueísmo halagaba el orgullo de Agustín; él se había constituido en celoso partidario. Si alguna vez renunció á él, fué solamente para pasar de secta en secta á gusto de sus caprichos. Hasta su conversión tuvo la vanidad de un filósofo y la obstinación de un hereje ¡Cuántos obstáculos por parte de su ingenio para la simplicidad de la fe! pero, sobre todo, ¡cuántas dificultades por parte de su corazón á la pureza de la moral evangélica! Esclavo de la ambición, de la avaricia, de la voluptuosidad, todas estas pasiones desordenadas lo tenían preso en sus redes y se disputaban entre ellas, dice él, cuál sería la predominante: *Inhiabam honoribus, lucris, conjugio, et patiebar in eis cupiditatibus amarissimas difficultates... Certabant in ineipso et de ineipso, cujus potissimum esse viderer* (1).

¡Qué paciencia tan admirable tuvo que emplear la gracia esperándolo en sus resistencias y tardanzas! Cuánta fuerza tuvo que emplear para vencerlo! El libertinaje había llegado á ser en él una especie de hábito, y el hábito, una necesidad: *Suspirabam*

(1) Conf., I. v. I, c. VI.

ligatus, non ferro alieno, sed ferrea mea voluntate. Tan pronto como le atraía la belleza de la virtud, el peso de sus cadenas le aplastaba. Quería y como que no quería á un mismo tiempo; oraba y no quería ser escuchado. Luego... Señor; exclamaba algunas veces; todavía un momento y después me entregaré todo á Vos!» Y ese luego no venía nunca, y ese instante era eterno: *Modo, ecce modo, sine paululum, sed modo et modo non habebat modum, et sine paululum ibat in longum.* Finalmente, llegó el feliz momento; la gracia lo derribó lo mismo que á Saulo en el camino de Damasco; y para servirnos de la expresión de San Zenón de Verona: de un solo golpe destruyó al hombre viejo y creó al nuevo: *Uno ictu interficit veterem hominem, creat novum.*

2.º Victoria completa. En medio de sus agitaciones oye una voz que le dice: «Toma y lee: *Tolle et lege.* Obedece, y al momento se halla su espíritu iluminado con nuevas luces que hicieron brillar en él los primeros frutos de la gracia: fe viva, esperanza firme, pensamiento de la eternidad, gusto por los libros santos... Sus afecciones se cambian con sus pensamientos. Este hombre, entregado antes á los más vergonzosos placeres, es ahora un hombre casto, todo divino, cuyas aspiraciones son santas y sublimes. «Se levantó, dice él, en mi corazón una gran tormenta á la que se siguió una abundante lluvia de lágrimas. Pareciéndome el retiro más propio para desahogar mis penas, fui á echarme bajo una higuera para llorar allí á mis anchas... Y entonces volví mis ojos á Vos, oh Dios mío; y exclamé: ¿hasta cuándo, Señor, hasta cuándo? ¡Ah, no queráis acordaros de mis iniquidades!» ¡Qué dolor por el pasado! Jamás podrá perdonarse el haber ofendido por tanto tiempo á un Dios, cuya bondad lo enternecía más que lo que la justicia pudiera aterrarle. Penetra en los arcanos de esa justicia inexorable y sólo piensa en castigarse. Una vida austera servirá de reparación á su vida sensual; humillaciones voluntarias expiarán su orgullo. Sólo había buscado los aplausos de los hombres y ahora sólo busca su menosprecio. No solamente

censura sus propias obras, retractándose de aquello que se le hubiera escapado menos exacto, sino que compone un libro en el que, como sobre un altar, según él mismo se expresa, ofrece á Dios el sacrificio de su reputación. ¿Dónde se ha visto semejante ejemplo de humildad? Agustín ha recobrado la inocencia bautismal; y sin embargo, hace confesión pública á la cual ni aun los penitentes públicos estaban obligados; la hace á la faz del mundo, y no de una manera poco duradera, sino en un libro que durará lo que dure el mundo; en todas partes y siempre se conocerá cuál ha sido la depravación de su espíritu y el desorden de sus costumbres.

¡Oh! ¡qué noble manera de reparar sus criminales desvaríos! El fuego sagrado ha transformado su corazón carnal y ha hecho de él un corazón celestial. Cuando uno lee sus Soliloquios, sus Confesiones, sus Comentarios sobre los salones, sólo ve en ellos sentimientos de admiración, de acción de gracias, de la efusión del más ardiente amor. *Incredibile est, dice, quantum in me Deus excitaverit amoris incendium!* Y en otra parte escribe: «Maldito sea aquel tiempo en que no os amaba ¡oh Dios de mi vida! Pensabais Vos en mí cuando yo os olvidaba! Pero ahora ya mi alma os pertenece, está entregada y consagrada á Vuestro amor; no respira sino por Vos, ni aspira sino á Vos; su único deseo es contemplaros» (1). Sed propicio, oh Señor, en este día á nuestra oración como lo fuisteis á la de este ilustre penitente; pues es la que los buenos Sacerdotes os hacen todos los días: *Converte nos Deus, salutaris noster.*

PUNTO II

Triunfos de la Iglesia, preciosos frutos de la conversión de San Agustín

Nos dice el santo Doctor en el décimo libro de sus

(1) *Vae tempori quo te non amabi! Deus, vita mea, qui oblitum tui non es oblitus! Mens mea devota tibi, tui amore succensa, tibi spirans, tibi inhians, te solum videre desiderat.*

Confesiones que en cuanto él cedió á los atractivos de la gracia, así que le hubo abierto los ojos, hubiera querido retirarse á la soledad para llorar allí sus extravíos hasta el fin de su vida; pero que Dios le hizo desistir, dándole á conocer que tenía otros desig- nios sobre su vida (1). Como era una admirable con- quista de la gracia, debía ser también uno de sus más admirables instrumentos. La caridad de Cristo le hacía violencia, y sentía la necesidad de hacer amar á un Dios á quien tanto había ofendido. No se contenta con distribuir á su pueblo el pan de la divina palabra con una constancia que nada puede abatir (2): su celo, lo mismo que el de San Pablo, se extiende á todas las iglesias del mundo. La gracia obra por él lo que ya había obrado en él: somete los espíritus; gana los corazones.

De sus predicaciones, como de sus escritos, la ver- dad católica sale siempre victoriosa de la ceguedad de los paganos, de la sutileza de los filósofos, como de la obstinación de los herejes. Arrianos, Maniqueos, Donatistas, Priscilianos, Pelagianos, Semi-Pelagia- nos, todos se ven atacados por él con tan buen éxito que San Jerónimo le escribía: *Macte virtute, in orbe celebraris: Catholici te conditorem antiquæ rursus fi- dei venerantur atque suspiciunt; et, quod signum majoris gloriæ est, omnes hæretici detestantur* (3). El es el alma de los concilios, la voz y el órgano de toda la Iglesia, el maestro de todos los sabios. San Fulgen- cio, San Próspero, San León, San Gregorio el Gran- de, San Bernardo, Santo Tomás, se han creído muy honrados con llamarse sus discípulos. Parece que Dios le haya suscitado para confundir con los erro- res de su tiempo, los errores de todos los siglos.

Si somete los espíritus á la verdadera doctrina, sujeta también los corazones á la ley divina. Nun- ca podremos acertar el número de las conversiones

(1). *Meditatus fueram fugam in solitudinem. sed prohibuisti me et confirmasti me.*

(2) *Nullum finem fecit prædicandi Dei verbum, nisi gravi morbo oppressus.* (Breviar., lect. 5).

(3) Inter epist. Aug. 195.

obradas con la sola lectura de sus Confesiones. ¡Ah! ¡cuántas almas no ha preservado ó apartado de la desesperación ese libro por la confianza que inspira! ¡Cuántos pecadores, después de haber leído la sencillez con que un hombre tan grande confiesa sus errores públicamente, se han animado á confiar sus pecados al secreto de la Confesión! ¡Cuántos se han santificado en las órdenes religiosas que adoptaron su espíritu y su regla, y lo reconocen por su primer fundador! Pero el triunfo más querido de la Iglesia es el que reporta la gracia sobre sus mismos minis- tros, elevándolos á la perfección de las virtudes de su sublime vocación; porque la influencia que los pastores ejercen sobre su rebaño es decisiva; y á esto concurrió San Agustín con gran eficacia, vi- niendo á ser el modelo de los pastores.

Demos gracias á Dios de lo que ha hecho por este Santo y por él á toda la Iglesia universal. Demos como Agustín á la gracia lo que le pertenece, haciendo que reine sobre nosotros y sobre nuestros hermanos. Digamos á Dios: *Agnosce quod tuum est: ignosce quod meum est.* De Vos, Señor, no he recibido más que favores inapreciables; y por mi parte no os he pagado sino con ingraticudes de que me aver- güenzo y os pido continuamente perdón. Por mis crímenes he merecido el infierno que es lo que temo; y vuestros méritos me han merecido el Cielo que es- pero alcanzar. ¡Oh! ¿por qué no comencé antes á ama- ros? *Sero te amavi, pulcritudo tam antiqua et tam nova, sero te amavi!*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Triunfo de la gracia en la conversión de San Agustín.*— 1.º *Triunfo difícil.* Todo se opone en él á la gracia: su ingenio, su corazón; la obstinación, del hereje, la tiranía de las pasiones. Hasta su conversión, tuvo la vanidad del filósofo y la tenacidad de un hereje. Todas las pasio-

nes, dice él mismo, se disputaban entre sí sobre cuál de ellas sería la predominante. 2.º *Triunfo completo*. En medio de sus agitaciones oye una voz que le dice: *Toma y lee*. Obedece y al momento su espíritu queda iluminado por los más vivos resplandores de luz; sus afecciones cambian de objeto con sus pensamientos. Ruega, llora y sólo piensa en castigarse á sí mismo. Una vida austera reparará su vida sensual: humillaciones voluntarias expiarán su orgullo.

PUNTO SEGUNDO—*Triunfo de la Iglesia, preciosos frutos de la conversión de San Agustín*. Había sido él una gloriosa conquista de la gracia, y debía también llegar á ser uno de sus más admirables instrumentos. Siente necesidad de hacer amar á Dios á quien ama, después de haberlo ofendido tanto. La gracia obra por él lo que ya ha obrado en él: somete los espíritus, gana los corazones. Ataca todos los errores y triunfa de ellos de una manera prodigiosa. Sujeta los corazones á la divina ley lo mismo que los espíritus á la verdadera doctrina. ¡Cuántas conversiones obradas con la sola lectura de sus Confesiones! ¡Cuántos institutos religiosos que adoptaron su regla han dado al Cielo multitud de santos!

MEDITACIÓN CXXXII

8 de Septiembre.—**LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN**.—*Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulcha ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?* (*Cant.*, VI, 9).

- I. Esta fiesta nos recuerda el beneficio de nuestra vocación.
- II. Nos anima á corresponder á ella dignamente.

PUNTO I

Esta fiesta nos recuerda el insigne beneficio de nuestra vocación

¿Cuál fué la de María? Me figuro á un pariente ó amigo de San Joaquín que penetra en su casa poco tiempo después de este feliz nacimiento. Mientras

que está observando en su cunita á la Niña en la cual se hallan reunidos todos los encantos de la naturaleza y de la gracia, una luz sobrenatural, le debemos suponer, le descubre las maravillas que Dios ha obrado ya en favor suyo, lo que Ella misma ha hecho ya por Dios: aquella Concepción Inmaculada con todas sus prerrogativas, aquella correspondencia á los dones celestiales que ya la eleva muy por encima de los santos más grandes..... Cuál deberá ser su admiración? ¿Qué deberá pensar sobre el destino de esta Niña? ¿No pensará por ventura con mucho fundamento que si el Altísimo quiere una esposa, su Hijo una madre; que si los pobres pecadores necesitan una medianera cerca de Dios, esta esposa, esta madre, esta medianera acaba de venir al mundo?

En efecto, María ha nacido para ser la Madre de Jesús: *De qua natus est Jesus*. Este es el principal de sus privilegios, el resumen de todas sus alabanzas: *Quidquid de Virgine scire, aut intelligere cupis, totum in hoc clauditur breviloquio: De qua natus est Jesus* (1). Como es Madre del Redentor de los hombres, será el refugio y la abogada de los pecadores; en su nacimiento comienza la salvación del género humano: es la aurora que precede al sol: *O beata Virgo, tu es aurora de sole procedens et ortum solis præveniens* (2). De ahí esa alegría universal en la celebración de esta fiesta: *Gaudeamus et exultemus in Nativitate beatissimæ Dei genitricis Mariæ, quæ novum mundo nuntiavit gaudium, et totius exitit humanæ salutis exordium* (3). *Cum summa exultatione gaudeat terra nostra, tantæ virginis illustrata natali* (4). Es muy cierto que si los hombres hubieran conocido la dicha que traía consigo este nacimiento, hubiéramos visto renovarse de un extremo al otro del mundo lo que se cuenta del pueblo Judío cuando se vió

- (1) S. Thom. a Villan., *Serm. de Nat. B. M. V.*
- (2) S. Bonav. *Spect. B. V.*
- (3) S. Petr. Dam., *Hom. XLVII, de Nativ. B. M. V.*
- (4) S. Aug. *Serm. de Nativ. B. M. V.*

nes, dice él mismo, se disputaban entre sí sobre cuál de ellas sería la predominante. 2.º *Triunfo completo*. En medio de sus agitaciones oye una voz que le dice: *Toma y lee*. Obedece y al momento su espíritu queda iluminado por los más vivos resplandores de luz; sus afecciones cambian de objeto con sus pensamientos. Ruega, llora y sólo piensa en castigarse á sí mismo. Una vida austera reparará su vida sensual: humillaciones voluntarias expiarán su orgullo.

PUNTO SEGUNDO—*Triunfo de la Iglesia, preciosos frutos de la conversión de San Agustín*. Había sido él una gloriosa conquista de la gracia, y debía también llegar á ser uno de sus más admirables instrumentos. Siente necesidad de hacer amar á Dios á quien ama, después de haberlo ofendido tanto. La gracia obra por él lo que ya ha obrado en él: somete los espíritus, gana los corazones. Ataca todos los errores y triunfa de ellos de una manera prodigiosa. Sujeta los corazones á la divina ley lo mismo que los espíritus á la verdadera doctrina. ¡Cuántas conversiones obradas con la sola lectura de sus Confesiones! ¡Cuántos institutos religiosos que adoptaron su regla han dado al Cielo multitud de santos!

MEDITACIÓN CXXXII

8 de Septiembre.—LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.—*Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulcha ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?* (*Cant.*, VI, 9).

I. Esta fiesta nos recuerda el beneficio de nuestra vocación.

II. Nos anima á corresponder á ella dignamente.

PUNTO I

Esta fiesta nos recuerda el insigne beneficio de nuestra vocación

¿Cuál fué la de María? Me figuro á un pariente ó amigo de San Joaquín que penetra en su casa poco tiempo después de este feliz nacimiento. Mientras

que está observando en su cunita á la Niña en la cual se hallan reunidos todos los encantos de la naturaleza y de la gracia, una luz sobrenatural, le debemos suponer, le descubre las maravillas que Dios ha obrado ya en favor suyo, lo que Ella misma ha hecho ya por Dios: aquella Concepción Inmaculada con todas sus prerrogativas, aquella correspondencia á los dones celestiales que ya la eleva muy por encima de los santos más grandes..... Cuál deberá ser su admiración? ¿Qué deberá pensar sobre el destino de esta Niña? ¿No pensará por ventura con mucho fundamento que si el Altísimo quiere una esposa, su Hijo una madre; que si los pobres pecadores necesitan una medianera cerca de Dios, esta esposa, esta madre, esta medianera acaba de venir al mundo?

En efecto, María ha nacido para ser la Madre de Jesús: *De qua natus est Jesus*. Este es el principal de sus privilegios, el resumen de todas sus alabanzas: *Quidquid de Virgine scire, aut intelligere cupis, totum in hoc clauditur breviloquio: De qua natus est Jesus* (1). Como es Madre del Redentor de los hombres, será el refugio y la abogada de los pecadores; en su nacimiento comienza la salvación del género humano: es la aurora que precede al sol: *O beata Virgo, tu es aurora de sole procedens et ortum solis præveniens* (2). De ahí esa alegría universal en la celebración de esta fiesta: *Gaudeamus et exultemus in Nativitate beatissimæ Dei genitricis Mariæ, quæ novum mundo nuntiavit gaudium, et totius exitit humanæ salutis exordium* (3). *Cum summa exultatione gaudeat terra nostra, tantæ virginis illustrata natali* (4). Es muy cierto que si los hombres hubieran conocido la dicha que traía consigo este nacimiento, hubiéramos visto renovarse de un extremo al otro del mundo lo que se cuenta del pueblo Judío cuando se vió

(1) S. Thom. a Villan., Serm. de Nat. B. M. V.

(2) S. Bonav. Spect. B. V.

(3) S. Petr. Dam., Hom. XLVII, de Nativ. B. M. V.

(4) S. Aug. Serm. de Nativ. B. M. V.

preservado de la muerte por Ester: *Nova lux oriri visa est; gaudium, honor et tripudium, apud omnes populos...., mira exultatio* (1). ¡Oh Sacerdote, también Vos habéis nacido para muy altos destinos! Llenadlos fielmente y seréis para el Cielo y para la tierra objeto de indecible gozo. Dar á Jesús al mundo, y con Jesús darle todos los bienes: tal es vuestra misión lo mismo que la de María, y esto es lo que inspira á la incomparable Virgen un afecto tan vivo y cuidados tan maternales hacia los buenos Sacerdotes (2). Sepamos apreciar el favor que Dios nos hizo llamándonos al sacerdocio.

PUNTO II

Esta fiesta nos anima á llenar los deberes de nuestra vocación

Por el ejemplo que María nos da, por el poderoso auxilio que nos obtiene.

1.º María acaba de nacer y ya ofrece á Dios con un fervor más que de serafín el homenaje de adoración y amor, que nunca ha cesado de ofrecerle desde el primer instante de su Inmaculada Concepción. Desde los primeros albores de su existencia los sentimientos de más perfecta sumisión á la divina Majestad y de reconocimiento por sus beneficios, le hacen producir esos actos excelentes, los cuales le permiten exclamar: *Cum essem parvula, placui Altissimo*. Dios Padre vuelve á encontrar en Ella con nuevo brillo el esplendor de su imagen que el pecado de los hombres había desfigurado. El E. Santo, arrojado de casi todos los corazones, habita en el suyo como en un santuario digno de El. Dios Hijo descubre en Ella tantas virtudes que anhela vivamente llamarla Madre. Desde entonces María ejerce su sa-

(1) Esth., VIII, 16 et 18.

(2) V Meditación del 5 de Agosto.

cerdocio: *Virgo sacerdos*, ofreciendo á la Santísima Trinidad para su gloria y para la salvación del género humano los sacrificios de que su vida no será más que un continuado holocausto. Sí; después de Jesús, María es el más perfecto modelo de santidad sacerdotal.... Si no podemos igualarla, ofrezcámosle al menos corresponder con la mayor fidelidad que nos sea posible á las gracias que en proporción á las suyas nos son prodigadas.

2.º Pero lo que nos debe sobre todo animar y sostenernos, sea cual fuere nuestra debilidad y las dificultades de nuestro ministerio, es el pensamiento de que en la protección de la augusta Virgen tenemos un recurso casi infinito. Si María está en favor nuestro ¿quién podrá contra nosotros? ¿Y para quién será Ella sino para los propagadores de la gloria de su Hijo y de la suya propia? Su amor á Jesús, su tierna compasión por las almas de las cuales no ha podido ser madre sino por el sacrificio de su Hijo tan tiernamente amado, nos dicen bien claro cuál es su interés por los trabajos de nuestro celo. Invoquémosla con una confianza sin límites. Este día especialmente es muy á propósito para nuestras súplicas. Si los reyes y reinas de este mundo gustan de celebrar por medio de beneficios el aniversario de su nacimiento, ¿qué gracia nos podrá hoy rehusar la Reina del Universo que ha nacido precisamente para ser la dispensadora de todas las gracias y para dar la vida al mundo y atraer sobre nosotros toda suerte de divinas bendiciones? (1). Pidámosle para nosotros y para las almas que nos han sido confiadas. ¡Oh! ¿cuán eficaces serán nuestros trabajos por su salvación si en ocasión de esta fiesta las exhortamos á tributar algún homenaje á María. Hagámosles conocer cuánta veneración, reconocimiento y amor merece de nosotros. *Prædica reverendam angelis, desideratam*

(1) *Maria, hodie produisti... gaudium mundo universo annuntians, vite largitrix, benedictionis conciliatrix.* (S. Germ. patriarc. Const.)

gentibus, patriarchis prophetisque progenitam, electam ex omnibus., magnificæ gratiæ inventricem, mediatricem salutis, et restauratricem sæculorum (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Esta fiesta nos recuerda el insigne beneficio de nuestra vocación.*—Si alguno contemplando á María, acabada de nacer, hubiera tenido revelación de lo que Ella era ya ¿qué hubiera pensado de su futuro destino? ¿No se hubiera quizás dicho á sí mismo: Si Dios debe tener una madre vedla en esta cuna? En efecto, para esto había nacido aquella admirable Niña. De ahí tanto regocijo en la celebración de esta fiesta: *Cum summa exultatione gaudeat terra nostra tante virginis illustrata natalis.* ¡Oh Sacerdote, también vos habéis nacido para un fin sublime: para dar á Jesús al mundo! Admirable paralelo entre vos y la Madre de Dios! Vos participáis de su dignidad, de su oficio, de su poder y de su felicidad...

PUNTO SEGUNDO.—*Esta fiesta nos anima á llenar los deberes de nuestra vocación.*—Por el ejemplo que María nos da y por la asistencia que nos promete. ¡Con cuánto fervor ofrece á Dios el homenaje de sí misma, como ya lo había ofrecido en el momento de su Inmaculada Concepción...! Desde entonces comienza á ejercer su sacerdocio ofreciendo á la Santísima Trinidad su vida que no será sino un continuado sacrificio. Pero lo que sobre todo nos debe animar es que en la protección de la augusta Virgen encontramos un recurso casi infinito: Invoquémosla con confianza: pidámosle por nosotros y por las almas que nos han sido confiadas y esforcémonos para que honren á María Santísima.

(1) S. Bern. Epist, 174.

MEDITACIÓN CXXXIII

14 de Septiembre.—EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

I Cuán necesaria é indispensable sea al Sacerdote el misterio de la Cruz.

II Cuán pocos cristianos y Sacerdotes conocen este misterio.

PUNTO I

Nada tan recomendable ni tan indispensable al Sacerdote como meditar á menudo la Pasión de Jesucristo

Yendo nuestro Salvador á Jerusalén predijo por tercera vez que iba á ser entregado á la muerte. *Ecce ascendimus Jerosolymam et consummabuntur omnia quæ dicta sunt per prophetas de Filio hominis.* Los prodigios de caridad y paciencia por parte del Hijo de Dios y los excesos de ingratitud y perversidad por parte de los hombres, pronto van á llegar al colmo: ya está á punto de ser pronunciado el *Consummatum est.* A sólo los apóstoles llama Jesús para revelarles este misterio adorable: *Assumpsit duodecim discipulos secreto, et ait illis.* El mundo no comprende el lenguaje de la cruz, ni es tampoco necesario que todos lo entiendan en un mismo grado; pero es necesario que los varones apostólicos posean eminentemente esta sagrada ciencia: que estén penetrados de este misterio, y por esta razón el Salvador les habla de él con tanta frecuencia.

Aun en medio de los goces celestiales del Tabor, El quiere que piensen en los dolores del Calvario: *Dicebant excessum ejus quem completurus erat in Jeru-*

salem (1). Cuando ve que se dejan llevar de la ambición, y se lisonjean con la esperanza de obtener un grado muy elevado en su reino, les recuerda las ignominias de su muerte: *Potestis bibere calicem quem ego bibiturus sum?* Si les da su Cuerpo como comida y su Sangre como bebida, les dice también que aquel cuerpo es el mismo que será entregado y la sangre la misma que será derramada por ellos: *Quod pro vobis tradetur..., qui pro vobis fundetur:* la comunión deberá siempre recordar su pasión (2). Si les comunica el poder de ofrecer en el altar este cuerpo inmolado y esta sangre derramada, es para que se acuerden de El y de su muerte. *Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis:* su mística inmolación será un recuerdo de su inmolación sangrienta. ¿Oh Sacerdotes, podremos por ventura repetir las tiernas palabras con que termina la consagración, sin admirar el amor de Dios y sin confundirnos? Muere por nosotros y nos recomienda que pensemos en El!... Avergoncémonos de la dureza de nuestro corazón que ha hecho necesaria esta recomendación y que á veces ¡ay! resulta inútil. Cuanto más nos ha sido recomendado este recuerdo, tanto más ligado está con nuestras obligaciones. Sin la frecuente meditación de la pasión de Jesucristo, nuestro celo languidecerá. No conoceremos tampoco las infinitas perfecciones de Dios, su grandeza, su santidad, su misericordia, su justicia... y ¿cómo podremos ser fervientes en procurar su gloria? Si no conocemos el valor de las almas, dignas de tal redención, su futuro destino de felicidad ó desgracia eternas, ¿de dónde sacaremos ese espíritu de sacrificio indispensable para salvarlas? Si no somos asiduos meditando en la cruz, faltará siempre algo esencial á nuestras funciones. La primera es la de enseñar: *Euntes docete.* Pero ¿qué enseñaremos si no enseñamos á Jesús crucificado? *Nos autem prædicamus Chri-*

(1) Luc., IX, 31.

(2) *O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria Passionis ejus.—O memoriale mortis Domini, panis vivus, vitam præstans hominis.*

stum crucifixum (1). Este misterio es el resumen de la predicación apostólica; es la base de todas nuestras creencias. El se exhala como un perfume, dice San Pedro Damían, de todas las páginas de la escritura: *Quæ est sacri eloquii pagina, quæ crucis mysteria non redoleat?* (2). El crucifijo es un libro que debemos poner en manos de los ignorantes y de los sabios, de los pecadores y de los justos: *Legit simplex et lætificatur, atque compungitur; exercitatus vero et intelligens irradiatur atque accenditur* (3).

En este libro es donde aprenderemos la paciencia, dulzura, y compasión tierna que nos son indispensables en el santo tribunal y junto á los enfermos. Este es el libro que nos ha de iluminar acerca del augusto misterio de los altares. Leámosle con atención, esforcémonos en comprenderlo y así dejaremos de afligir á los ángeles, representando con frialdad á un Hombre-Dios agonizante en el jardín de los Olivos, entregado á los tribunales, puesto en una Cruz, encerrado en una tumba... Es menester, pues, que el Sacerdote posea á fondo la ciencia de Jesús crucificado, pues no debiera tener otra: *Non judicavi me scire aliquid inter vos nisi Jesum Christum et hunc crucifixum;* pero para adquirirla es necesario hacer de ella á menudo el objeto de nuestras piadosas meditaciones.

PUNTO II

¿Cuán pocos cristianos y Sacerdotes comprenden la ciencia de la cruz

Los términos en que Jesús predijo su muerte no eran por cierto oscuros: todos eran claros y precisos; y sin embargo, este lenguaje fué un enigma para los que lo escuchaban. Extraña cortedad de ingenio de

(1) I Cor., I, 23.

(2) Serm. de Invent. Crucis.

(3) S. Laur. Just. De triumph. Christi agone.

que parece sorprenderse el mismo Evangelista que lo cuenta: *Et ipsi nihil horum intellexerunt, et erat verbum istud absconditum ab eis, et non intelligebant quæ dicebantur* (1). Los apóstoles, dice San Buenaventura, son en este pasaje, viva imagen de aquellos pastores que no penetran el misterio de la cruz, ni lo entienden en su verdadero sentido (2).

Tres obstáculos impiden al espíritu y al corazón de los hombres el entender una verdad tan saludable: *El orgullo* que amortigua la fe. Sólo se cree á medias esa excesiva caridad. No queremos que Dios tenga más bondad que la que nosotros acertamos á comprender. ¡Oh Jesús, es posible que la extensión de vuestro amor hacia los hombres les sea un motivo más para herir vuestro Corazón, rehusando creer en él! *La disipación*: sólo pocas veces y muy superficialmente fijamos nuestra atención en un misterio que ha sido el sujeto habitual de la meditación para todos los santos. Triste verdad! Muchos Sacerdotes leen, explican la Pasión de Jesucristo, celebran todos los días el santo sacrificio que es su continuación y aplicación, y su alma permanece insensible, aún en el mismo altar. ¡Oh, cuán diferentemente sucede á los Sacerdotes de vida interior! Una sola palabra sobre los sufrimientos del Hombre-Dios, una sola ojeada sobre la cruz los entenece, excita su amor y reconocimiento.... ¿Por qué no pertenezco yo á ese número? *La poca mortificación*: muchos no quieren comprender lo que es incompatible con una vida desarreglada y sensual que no se quiere abandonar. Los apóstoles no comprendían todavía aquella doctrina, porque no la amaban: *Non intelligebant, quia hanc veritatem non diligebant* (3). Cuando la virtud de la cruz y la gracia del Espíritu Santo los haya cambiado, entonces la amarán, la comprenderán y exclamarán: *O bona crux, quæ decorum ex membris Domini suscepisti, diu desiderata, sollicitè amata...., accipe me ab hominibus, et redde me ma-*

(1) Luc., XVIII, 34.
 (2) Expos. in. h. l.
 (3) S. Bonav., ibid.

gistro meo, ut per te me recipiat qui per te me redemit!

Meditar y predicar á menudo vuestros sufrimientos, ¡hé ahí, Señor, la resolución que hoy os habéis dignado inspirarme y que yo tomo. Me bastará si soy fiel á ella para santificar mi vida y fecundizar mis obras de celo. En la meditación de vuestra Pasión encontraré ¡oh Dios mío! el motivo y el modelo de todas las virtudes sacerdotales y las más sólidas consolaciones y, si os amo, el placer de ganáros muchos corazones: *Hæc meditare, fili; in his esto; et fiet tibi in cruce mea salus, vita, protectio ab hostibus, infusio supernæ suavitatis* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Nada nos es tan recomendable ni tan necesario como el recuerdo del misterio de la cruz.*—El Salvador hace recaer muy frecuentemente su conversación sobre este objeto. Algunos días antes de su Pasión predijo ya sus detalles; habla de ella aún en el Tabor. La institución del Sacerdocio y de la Eucaristia tiende á recordarnos el misterio de la cruz. En efecto, el crucifijo es el libro de los elegidos. Este es el libro que ha hecho á los santos tan sabios en la ciencia de la cruz. Es, sobre todo, el libro de los Sacerdotes; en esa fuente es donde beben el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

PUNTO SEGUNDO.—*Muy pocos cristianos y Sacerdotes entienden este misterio.*—Cuando Jesucristo lo predicó, su lenguaje era muy claro, y sin embargo, los apóstoles no entendieron nada de él: *Et ipsi nihil horum intellexerunt*. Tres obstáculos impiden que una verdad tan saludable penetre en el espíritu y el corazón: el orgullo, que debilita la fe; no queremos que Dios tenga más bondad de la que nosotros podemos comprender; la disipación, que nada permite profundizar; la inmortificación; difícilmente aceptamos lo que es incompatible con una vida relajada y sensual que no queremos abandonar.

(1) *Memor. vit. sacerdot., c. XIX.*

MEDITACIÓN CXXXIV

29 de Septiembre.—SAN MIGUEL ARCÁNGEL.—*Factum est prælium magnum in caelo: Michaël et Angeli ejus præliabuntur cum dracone.— (Apoc., XII, 7).*

I. El orgullo de Lucifer castigado; la humildad de San Miguel recompensada.

II. El orgullo prepara la caída; la humildad, la exaltación.

III. De qué manera podremos evitar el castigo de los orgullosos y merecer la recompensa de los humildes.

PUNTO I

El orgullo de Lucifer castigado; la humildad de San Miguel recompensada

1.º En sentir de San Jerónimo y de San Gregorio, Lucifer había sido, en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, la más perfecta entre las obras de Dios (1). Es cosa muy conocida por las Sagradas Escrituras que el orgullo fué la causa de la caída de Lucifer; pero no se sabe con igual certeza en qué haya consistido este acto de orgullo. Comunmente se cree que habiendo Dios creado los ángeles en estado de gracia y de justicia, Dios quiso que merecieran la eterna bienaventuranza mediante el recto uso de su libertad. Durante este tiempo de prueba El les descubrió algunos de los ocultos designios de su Providencia, en modo particular el de la Encarnación del Verbo, y les ordenó que le adorasen en su unión hipostática con la naturaleza humana. Engreído con su excelencia Lucifer se creyó humillado

(1) *Hunc primum condidit, quem reliquis angelis eminentiorem fecit.* (S. Greg. Moral., liv. II, c. XXX).

al recibir semejante mandato y se rebeló al pensamiento de humillarse delante de un hombre. Creyó que si la Divinidad pensaba unirse íntimamente con alguna de sus criaturas, con ninguna mejor que con él podía hacerlo dignamente; y por eso, según la expresión del Profeta, habiendo elevado su corazón en la admiración de su propia belleza, esta misma belleza le hizo perder su sabiduría: *Elevatum est cor tuum in decore tuo; perdidisti sapientiam tuam in decore tuo* (1).

El no se limita á rehusar la sumisión que Dios le exige, sino que excita á los demás á rehusarla también; y efectivamente logra persuadir á muchos de que este decreto divino que tanta gloria procurará á la humanidad, es injurioso para la naturaleza angelical... ¡Oh funesto efecto del escándalo, sobre todo cuando es dado por los que mayor obligación tienen de darnos buen ejemplo! El dragón, dice San Juan, arrastró consigo la tercera parte de las estrellas del cielo (2). ¿Y á dónde va á precipitarse con los que ha seducido? En aquel abismo de fuego inextinguible criado para él y para los cómplices de su soberbia: *In ignem æternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus.* ¡Qué caída tan espantosa! ¿De dónde cae él? ¿Y á qué lugar cae? Se cumple por vez primera aquel oráculo divino: *Qui se exaltat humiliabitur.* Sacerdotes, temed el orgullo! Temedle tanto más cuanto que vosotros sois muy grandes y mucho es el respeto que se debe á vuestra dignidad: *Altiozem locum sortitus es, non tutiorem* (3).

2.º Este grande Arcángel se indigna por el insulto hecho á su soberano Señor. ¿*Quis ut Deus?* grita él: ¿quién se puede comparar con Dios? ¿Quién puede rehusar el obedecer cuando El manda? Su fidelidad fortalece la de los ángeles buenos que se unen con El repitiendo: ¿*Quis ut Deus?* Y todos unidos combaten contra Lucifer y salen vencedores. Y

(1) *Ezecl., XXVIII, 17.*

(2) *Apoc., XII, 14.*

(3) *S. Bern. De consid.*

con esto la prueba se acaba y quedan confirmados en gracia. Dios les descubre entonces toda la magnificencia de sus maravillas, ellos lo ven cara á cara, y lo poseen. ¡Qué recompensa tan hermosa para todos ellos, pero sobre todo para el jefe de la santa milicia! San Miguel queda constituido jefe de todos los príncipes del Cielo, capitán del pueblo de Dios, defensor de la Iglesia, protector del sacerdocio católico: y junto con todos ellos combatirá las batallas del Señor hasta el fin de los siglos. Se le dedicarán numerosos altares, se le consagrarán templos, se establecerán sociedades bajo su invocación, y en la Liturgia su nombre vendrá inmediatamente después del de la Reina de los Cielos y del universo (1). ¡Con qué gloria aparecerá al fin de los siglos cuando, vencido el anticristo, se remontará triunfante al Cielo á la cabeza de todos los escogidos! ¡Hé ahí lo que mereció humillándose delante del Señor!

PUNTO II

Cómo el orgullo prepara la caída y la humildad la exaltación

1.º Inevitable es la caída cuando hay por una parte la extrema debilidad, y por la otra se tiene que luchar con una fuerza invencible. Desde luego nada hay más débil que el orgullo. David dirigía á Dios esta plegaria: *Non veniat mihi pes superbiæ* (2). Mi pie no puede estar firme sobre un terreno movido. ¿Sobre qué se apoya un hombre que se deja dominar por el orgullo? Sobre sí mismo. ¿En quién confía él? En sí. Hé ahí las señas del vicio pintado por Nuestro Señor Jesucristo con un rasgo solo; *In se confidebant* (3). Ahora bien, ¿qué es el hombre por sí mismo sino vanidad y nada? *Si quis existimat se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit* (4). *Homo*

- (1) *Confiteor... beato Michaeli, etc.*
- (2) Ps. XXXV, 12.
- (3) Luc., XVIII, 9.
- (4) Gal., VI, 3.

vanitati similis (1). *Substantia mea tanquam nihilum ante te* (2). Lucifer dejó la verdad para acercarse á la mentira: no fué otra la causa de su caída: *In veritate non stetit* (3). San Bernardo se pregunta cuál es esa verdad, y responde: Es el sentimiento tan justo que él debía haber tenido de sí mismo: yo por mí solo nada soy; si algo tengo se lo debo á Dios; á El es por consiguiente á quien se debe toda la gloria; á mí nada me es debido.

Pero, aunque el orgulloso fuera tan fuerte como en verdad es débil, ¿podría él sostenerse contra el poder infinito que lo combate? *Deus superbis resistit* (4). Dios ha declarado que su gloria no la dará á nadie (5) ¿no aplastará, pues, al temerario que intenta arrancársela?

2.º Las mismas razones que muestran la caída del soberbio, nos muestran también que el humilde será exaltado. Es el mismo Dios el que resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes: *Humilibus dat gratiam*. Pero ¿qué gracia será esa? Es la gracia de la sumisión á la voluntad divina, la gracia de la perseverancia; en fin, todas las gracias son para los humildes. Ellos son inmovibles porque Dios los sostiene: nada tienen que temer porque Dios los defiende: *Custodiens parvulos Dominus* (6). La verdad que ellos poseen, es decir, el conocimiento íntimo que de sí tienen hace que no descansen sino en Dios; y de este modo quedan preservados de toda ruina espiritual *Veritas liberabit vos* (7). La confianza de ellos es un homenaje rendido á la bondad del Señor: ella gusta á Dios en modo particular, y atrae sobre ellos todas las bendiciones del amor divino: *Humilem Deus protegit et liberat; humilem di-*

- (1) Ps. CXLIII, 4.
- (2) Ps. XXXVIII, 6.
- (3) Joan. VIII, 44.
- (4) Petr., V, 5.
- (5) *Gloriam meam alteri non dabo.* (Is. XLII, 8.)
- (6) Ps. CXIV, 5.
- (7) Joan. VIII, 32.

ligit et consolatur; humili homini se inclinat, humili largitur gratiam magnam, et post ejus depressionem levat ad gloriam (1). Hé ahí la suprema elevación preparada á la humildad.

PUNTO III

Cómo podremos evitar los castigos del orgulloso, y merecer la recompensa destinada á los humildes

Adoptando por regla de nuestra conducta el grito de guerra de San Miguel: *Quis ut Deus?* Y también procurando merecer la protección de ese Arcángel poderoso.

La humildad verdadera estriba en el conocimiento de Dios y de sí mismo. ¿Quiere el espíritu de la mentira llevarnos á la vana gloria? Respondámosle con San Miguel: *Quis ut Deus?* ¿Quién soy yo, y qué son todas las criaturas, en comparación de Dios? ¿Soy yo tentado de murmuración ó de impaciencia? *Quis ut Deus?* ¿Es más justo que Dios obre según mi voluntad, ó que yo me someta á la suya? El es mi rey: luego tengo que obedecerle: es mi padre, y debo amarle. ¿Es la inclinación á los placeres la que intenta seducirme? *Quis ut Deus?* Dios mío, ¿quién es semejante á Vos? ¿Quién puede llenar los deseos de mi alma, satisfacer mi corazón, sino Vos, Bien Soberano? Este medio es también muy eficaz para excitar en nosotros el fervor y el respeto cuando nos acercamos al altar, ó cuando empezamos el rezo del breviario: *Quis ut Deus?*

Pero nosotros los Sacerdotes somos como soldados, y San Miguel es nuestro jefe; sostenemos la misma causa, combatimos los mismos enemigos: por tanto, no debemos esperar de él tan sólo el socorro de su ejemplo: si acudimos á El con entera confianza podemos esperar auxilios mucho más poderosos. Es él en modo particular, el que presenta á Dios nuestras ora-

(1) Imit., l. II, c. II.

ciones y sacrificios: *Stetit angelus juxta aram templi, habens thuribulum aureum in manu sua* (1); él es quien nos protege en el punto de la muerte, el que recibe nuestras almas y las introduce en el Cielo: *Archangele Michaël, constitui te... super omnes animas suscipiendas* (2). — *Signifer sanctus Michuël repræsentet eas in lucem sanctam* (3); Cuando yo llegue á mi último instante, ¿qué se pedirá para mí? *Suscipiat eum sanctus Michaël...*, *qui militiae caelestis meruit principatum* (4).

Honremos á San Miguel como la más viva imagen de la divinidad, como la más elocuente expresión de su grandeza. Invoquémosle á menudo; sobre todo al pie del altar, cuando antes de ascender á él nos humillamos mediante la confesión pública de nuestras faltas: *Confiteor, etc.* San Lorenzo Justiniano, recomienda la devoción á San Miguel con estas palabras: *Agnoscant singuli protectorem suum, illum laudibus efferant, frequentent precibus, votis amplectantur, devotione inclinent, et per emendationem vitæ lætificent; non enim poterit orantes despiciere, repellere confidentes, declinare amantes, quippe cum defendat humiles, pudicos diligit, dirigat innocentes, custodiat vitam, regat in via, perducat in patriam* (5).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El orgullo de Lucifer castigado y la humildad de San Miguel recompensada.*—Seducido Lucifer por su propia excelencia, rehusa el humillarse delante de un Dios hecho Hombre: arrastra en su rebelión un gran número de ángeles, y van á precipitarse con ellos en un abismo de fuego, creado para él y sus cómplices. San Miguel exclama: *Quis ut Deus?* Su fidelidad fortalece la de los ángeles buenos... ¡Cuán magnífica fué su recompensa!

(1) Brev.

(2) Ibid.

(3) Miss. defunct.

(4) Rit. Commend. anim.

(5) Serm. de S. Mich. (Véase al fin del tomo la nota sobre la Hermandad del Corazón Agonizante).

PUNTO SEGUNDO.—*Cómo el orgullo prepara la caída y la humildad, la exaltación.*—Es indispensable caer cuando por una parte es uno débil, y lo acometen por otro lado combates de invencible fuerza. Nadie más débil que el orgulloso; porque él se apoya sobre sí propio, y es vanidad únicamente. El mismo Dios que resiste á los soberbios da su gracia á los humildes; y de qué no es uno capaz cuando se tiene á Dios por protector y por apoyo?

PUNTO TERCERO.—*Cómo evitar el castigo de los soberbios y alcanzar el premio de los humildes?* Adoptando por regla de conducta el grito de guerra de San Miguel: *¿Quis ut Deus?* Repitámoslo cuando nos vemos tentados de vanagloria, de impaciencia, cuando la inclinación al placer se empeña en seducirnos. ¿Qué socorros, por otra parte, no tenemos derecho á esperar de San Miguel si somos fieles en honrarle é invocar su auxilio?

MEDITACIÓN CXXXV

2 de Octubre.—LOS ANGELES DE LA GUARDA

I. Con qué bondad nos confió Dios á la guarda de los ángeles.

II. Cómo desempeñan los ángeles el cargo que Dios les ha dado respecto de nosotros.

PRIMER PRELUDIO.—Representémonos en la tierra una multitud de ángeles, que se empeñan en hacer á los hombres toda clase de servicios para el cuerpo y para el alma. Veamos á nuestro lado á aquel á quien Dios nos ha dado por guardián, y adoremos con él la infinita majestad del Señor.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pidamos la gracia de comprender los beneficios que recibimos de Dios por el ministerio de los ángeles, y de llenar fielmente los deberes que nos imponen estos beneficios.

PUNTO I

La bondad de Dios al confiarlos á los ángeles de la guarda

Cuán grande es el hombre por la misericordia divina y por sus gloriosos destinos! cuán pequeño considerado en su debilidad y en sus miserias: *Angeli eorum semper vident faciem Patris mei* (1). «Cuál es, pues, exclama, la dignidad de las almas, puesto que cada una de ellas, á su entrada en la vida recibe un ángel encargado por Dios de velar en su custodia? *Magna dignitas animarum, ut unaquæque habeat, ab ortu natiuitatis, in custodiam sui angelum deputatum* (2). La Iglesia llama hoy nuestra atención hacia un favor inefable, casi universalmente olvidado. *Deus, qui ineffabili providentiâ sanctos angelos tuos ad nostram custodiam mittere dignaris.*

Ve un rey poderoso á un niño de la hez del pueblo, abandonado de todos, desprovisto de todo recurso, y ordena á un príncipe de su corte que lo tome bajo su protección, que lo eduque con el más diligente cuidado, sin abandonarlo ni de noche ni de día.... Me imagino un monarca que tiene un corazón de padre hacia ese niño; la extraordinaria bondad que le muestra prueba lo bastante que lo destina á muy alta dignidad en su reino. Imagen conmovedora de lo que Dios hace por nosotros por ministerio de los ángeles! ¿Qué somos por nosotros mismos y qué podemos? ¿Cuál es nuestro estado cuando entramos á este mundo?... Pero ¡oh caridad! incomprendible! No se contenta Dios, dice San Bernardo, con enviarnos á su Hijo y á su Espíritu Santo á fin de que todo cuanto existe en el Cielo concurriese á nuestra felicidad, sino que envía también á sus ángeles para servirnos; porque es ese el oficio que les cumple desempeñar con nosotros, según la

(1) Matth., XVIII, 10.

(2) Lib. 3 comm. in cap. 18 Matth.

enseñanza del Apóstol: *Nonne omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos qui hæreditatem capient salutis* (1).

Al llegar á este punto el piadoso doctor no puede contener más su admiración, y á fin de comunicárnosla nos exhorta á reflexionar, y exclama con entusiasmo: *«Angelis suis mandavit de te! Mira dignatio! et vere magna dilectio charitatis! Quis enim, quibus, de quo, quid mandavit, studiosè consideremus, fratres; diligenter commendemus memoriæ hoc tam grande mandatum.* El que envía es Dios, sér soberanamente libre que se basta á sí propio; aquellos á quienes envía son sus ángeles, espíritus puros, santos, superiores en poder á todos los reyes de la tierra. *Angelis suis.* No es una invitación, es un mandato que les impone: *mandavit.* ¿Y qué cosa les manda? No sólo velar por la salvación de los imperios, sino también por la conservación de cada uno de nosotros individualmente: *De te;* les manda que nos protejan á nosotros que somos polvo y nada á nosotros pecadores, pérfidos é ingratos! ¿Y hasta dónde deben extenderse sus cuidados? A todas las posiciones, á todas las circunstancias de nuestra vida y de nuestra muerte: ellos serán nuestros amigos aún más allá del sepulcro.... Quiere Dios que nos guarden en todos nuestros caminos. *Ut custodiant te in omnibus viis tuis,* y que cuando sea necesario nos lleven en sus brazos. *In manibus portabunt te;* como se conduce á niño se le quiere preservar de todo peligro. *Ne forte offendas ad lapidem pedem tuum.* ¡Cuán consoladora es esa divina previsión! *Adsunt igitur,* añade San Bernardo, *et adsunt ut protegant, adsunt ut prosint* (2). ¿Quién es pues, el hombre, oh Dios mío, para que Vos le consagréis con tanta ternura vuestro Corazón; para que destinéis un príncipe de vuestra corte á su cuidado, con orden de encargarse de todos sus intereses?

(1) Heb., I, 14.

(2) In. Ps. *Qui habitat*

PUNTO II

Cómo desempeñan los ángeles de la guarda ministerio tan conmovedor

Sin ocuparnos de los servicios que nos hacen en el orden temporal; ¡cuán solícita es su actividad ayudándonos á alcanzar los bienes espirituales! Nos muestran los caminos para llegar á ellos, alejan los obstáculos y nos procuran los medios. ¿Cómo se explica entonces que haya tan poca correspondencia á su generosa abnegación?

1.º La providencia tiene trazada una carrera que cada uno de nosotros tiene que seguir, y un sitio que conquistar en el Reino de los Cielos. «Ved, dice el Señor, que yo envío á mi ángel, irá delante de vosotros, os protegerá y os introducirá en el lugar que os he preparado» (1).

No de otra suerte que los espíritus bienaventurados de los primeros órdenes transmiten luz y amor á los órdenes inferiores, así los ángeles de la guarda nos hacen conocer el verdadero bien y nos conducen á él. Cuando nos sentimos impulsados á desprendernos de todo, de entregarnos de veras á Dios, es nuestro caritativo guía quien nos lo inspira. Nada hay más ingenioso que su celo para santificarnos. Nos propone á veces el ejemplo de Jesucristo, ó de los Santos cuyo carácter se adapta al nuestro; ya nos pinta con viveza la brevedad de la vida, la hora de la muerte, la eternidad...; ya hace pasar á nuestra vista las bellezas de la virtud, los atractivos de la gracia, los frutos de la buena conciencia, las coronas prometidas á la fidelidad constante.. San Bernardo nos representa á este príncipe del Cielo convertido en paje de nuestra alma, siguiéndola paso á paso,

(1) *Ecce ego mittam angelum meum, qui præcedat te et custodiat in via, introducat in locum quem paravi.* (Exod. XXXIII, 20.)

á fin de advertirle y exhortarle sin cesar (1). Fray Luis de Granada ve en nuestros ángeles custodios padres llenos de ternura que se consagran por completo al bien de sus hijos, ricos que sirven á los pobres, doctores que enseñan á los ignorantes (2).

2.º El ángel de la guarda aleja los obstáculos que se encuentran en el camino de la salvación. ¿Se trata de una ocasión peligrosa? Nos impulsa á salir de ella y nos sujeta para eso, como á Loth, á una especie de violencia: *Apprehenderunt manum ejus, educaeruntque eum* (3). ¿Nos abate el espíritu de la tristeza ó del desaliento? El ángel de la guarda nos consuela, nos fortalece y derrama en nuestra alma una secreta unción que la cura. Pero el más formidable obstáculo para nuestra felicidad eterna, es la guerra encarnizada que nos mueven los espíritus de las tinieblas. No puede perdonarnos su envidia el amor que Dios nos tiene y la gloria á que nos destina: *Ardens invidia pellere nititur quos celo Deus advocat*. Confiemos sin embargo; nuestro amigo celestial emplea en defendernos el celo que no tienen para perdernos los esfuerzos de nuestros enemigos. Hace por sus defendidos lo que Rafael por Tobías: encadena á los demonios, ó los lanza lejos de nosotros. Y es por esto que cuando el profeta dijo, *Angelis suis mandavit de te*, añade también para confirmar nuestro aliento: *Super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem et draconem*. El león, el dragón, el áspid y el basilisco son las potestades infernales que pisoteamos con el socorro de nuestros ángeles custodios.

3.º Concurrén más directamente aún á nuestra salvación por los medios de santificación que nos procuran, principalmente orando por nosotros y ofreciendo á Dios nuestras oraciones.

(1) *Ipsé est qui in omni loco, sedulus quidam pedissequus animæ, non cessat sollicitare eam et assiduis suggestionibus monere.* (Serm. 3. in Cant.)

(2) Tratado de la oración.

(3) Gen., XIX, 16.

Los demás ángeles sólo interceden por nosotros por el efecto de una caridad común que une entre sí á todos los hijos de Dios; mientras que nuestros ángeles de la guarda tienen, para interesarse por nosotros, el motivo de una obligación inherente á su ministerio, y el celo ardiente con que el Señor los abrasó cuando nos confió á sus cuidados. Dice la Escritura que al establecerlos ministros suyos les dió la actividad de la llama: *Qui facit angelos suos spiritus et ministros suos flammam ignis* (1). Se hallan cerca de Dios, gozando la bienaventuranza de poseerlo y al propio tiempo cerca de nosotros presenciando nuestros peligros y miserias, para ayudarnos y auxiliarnos, por lo que no cesan de pedir nuevas bendiciones para nosotros.

Ofrecen también nuestras oraciones. «Y hé aquí que un ángel, dice San Juan, vino á colocarse delante del altar. Tenía en la mano un incensario de oro, y le fueron dados muchos perfumes: eran las oraciones de los santos que consumió luego en el incensario: y el humo de estos perfumes se levantó de manos del ángel hasta Dios» (2). Rafael hace á Tobías la siguiente declaración: «Cuando mezclabas con lágrimas tus oraciones, dejando aún de comer y de dormir para enterrar á los muertos, yo lo ofrecía todo al Soberano Señor» (3). ¡Cuán felices somos, exclama Bossuet, porque tenemos amigos tan íntimos y abnegados delante del Señor! No se contentan con llevar nuestros ruegos al pie de su trono, llevan también nuestras buenas obras; presentan allí la caridad ejercida con los pobres y los enfermos, la limosna escondida, la injuria perdonada, aquel ayuno, aquella mortificación... Recogen aun nuestros deseos y nuestros pensamientos que hacen valer delante de Dios. ¡Ah! ¿quién podría decir, sobre todo, con qué alegría le presentan las lágrimas de arrepentimiento, los

(1) Hebr. I, 7.

(2) Apoc., VIII, 3, 4.

(3) Tob., XII, 12.

sufrimientos sobrellevados por amor á El con humildad y paciencia?

Finalmente al acercarse la muerte, en esos últimos combates en que va á decidirse nuestra suerte eterna, redoblan su vigilancia y solicitud para reprimir el furor de nuestros enemigos, y para animar en nosotros el espíritu de confusión, de penitencia y de fervor. Prosigue su ministerio aun más allá del sepulcro. Si quedamos condenados á las últimas y terribles expiaciones en las llamas del Purgatorio, nos visitan y nos consuelan. Solicitan Sufragios en favor nuestro, inspiran á las almas fervorosas el pensamiento de ayudarnos eficazmente y negocian delante de Dios el importante asunto de nuestra liberación. ¿Qué hemos hecho hasta ahora para reconocer esta bondad del Señor, ese celo tan puro, tan tierno y constante del ángel que nos ha dado para custodiarnos? Lloremos nuestra ingratitude y comencemos á repararla hoy mismo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Con qué bondad nos confió Dios á la guarda de los ángeles.*—La Iglesia llama hoy nuestra atención hacia un favor divino que califica de inefable... *Deus, qui ineffabili providentia...* ¡Oh caridad incomprensible! No se ha contentado Dios con enviarnos á su Hijo y á su Espíritu Santo, nos envía también á sus ángeles para servirnos: *Angelis suis mandavit de te.* Quién envía es Dios, aquellos que envía son príncipes de su corte; pero á quién y para qué los envía? Es preciso que pensemos en cada uno de estos argumentos.

PUNTO SEGUNDO.—*Con cuánta caridad se emplean los ángeles en nuestra guarda.*—Sin hablar del orden temporal pensamos sólo en la salvación: mostrarnos su camino, alejar los obstáculos, darnos los medios de caminar hacia ella: hé aquí lo que hacen por nosotros los ángeles custodios. Nos desvían del mal, nos descubren los lazos, nos fortalecen en nuestras debilidades, nos consuelan en nuestras penas y nos defien-

den del demonio... Concurren aun más directamente á nuestra salvación rogando por nosotros y ofreciendo nuestras oraciones. Cuando llega la muerte aumentan su vigilancia y solicitud para asegurarnos la victoria en los últimos combates. Su caridad nos acompaña más allá del sepulcro: nos visitan y consuelan en el purgatorio, piden sufragios para nosotros; y, por todos los medios posibles, aceleran nuestra entrada en la morada de la gloria.

MEDITACIÓN CXXXVI

Continuación del mismo asunto.—Nuestros deberes para con los santos ángeles de la Guarda.

- I. Deberes generales comunes á todos los fieles.
- II. Deberes particulares propios de los Sacerdotes y pastores.

PUNTO I

Deberes generales de todos los fieles respecto de los santos ángeles de la guarda.

A tres los reduce San Bernardo: respeto, reconocimiento y confianza. La presencia de nuestro buen ángel pide que le respetemos; que estimemos sus servicios y que pongamos nuestra confianza en su poderosa y eficaz protección: *Reverentiam pro præsentia, devotionem pro benevolentia, fiduciam pro custodia.*

1.º Respeto. Es Dios mismo quien nos lo destina: *Observa eum*, nos dice, *nec contemnendum putes.* Y da como sublime razón, que su nombre está en él: *Est nomen meum in illo* (1). Tal es, en efecto, la excelencia y dignidad del ángel que es la expresión más noble y viva de la divinidad. Es el primer resplandor de su belleza, la obra primera de sus ma-

(1) Exod., XXIII, 21.

sufrimientos sobrellevados por amor á El con humildad y paciencia?

Finalmente al acercarse la muerte, en esos últimos combates en que va á decidirse nuestra suerte eterna, redoblan su vigilancia y solicitud para reprimir el furor de nuestros enemigos, y para animar en nosotros el espíritu de confusión, de penitencia y de fervor. Prosigue su ministerio aun más allá del sepulcro. Si quedamos condenados á las últimas y terribles expiaciones en las llamas del Purgatorio, nos visitan y nos consuelan. Solicitan Sufragios en favor nuestro, inspiran á las almas fervorosas el pensamiento de ayudarnos eficazmente y negocian delante de Dios el importante asunto de nuestra liberación. ¿Qué hemos hecho hasta ahora para reconocer esta bondad del Señor, ese celo tan puro, tan tierno y constante del ángel que nos ha dado para custodiarnos? Lloremos nuestra ingratitude y comencemos á repararla hoy mismo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Con qué bondad nos confió Dios á la guarda de los ángeles.*—La Iglesia llama hoy nuestra atención hacia un favor divino que califica de inefable... *Deus, qui ineffabili providentia...* ¡Oh caridad incomprensible! No se ha contentado Dios con enviarnos á su Hijo y á su Espíritu Santo, nos envía también á sus ángeles para servirnos: *Angelis suis mandavit de te.* Quién envía es Dios, aquellos que envía son príncipes de su corte; pero á quién y para qué los envía? Es preciso que pensemos en cada uno de estos argumentos.

PUNTO SEGUNDO.—*Con cuánta caridad se emplean los ángeles en nuestra guarda.*—Sin hablar del orden temporal pensamos sólo en la salvación: mostrarnos su camino, alejar los obstáculos, darnos los medios de caminar hacia ella: hé aquí lo que hacen por nosotros los ángeles custodios. Nos desvían del mal, nos descubren los lazos, nos fortalecen en nuestras debilidades, nos consuelan en nuestras penas y nos defien-

den del demonio... Concurren aun más directamente á nuestra salvación rogando por nosotros y ofreciendo nuestras oraciones. Cuando llega la muerte aumentan su vigilancia y solicitud para asegurarnos la victoria en los últimos combates. Su caridad nos acompaña más allá del sepulcro: nos visitan y consuelan en el purgatorio, piden sufragios para nosotros; y, por todos los medios posibles, aceleran nuestra entrada en la morada de la gloria.

MEDITACIÓN CXXXVI

Continuación del mismo asunto.—Nuestros deberes para con los santos ángeles de la Guarda.

- I. Deberes generales comunes á todos los fieles.
- II. Deberes particulares propios de los Sacerdotes y pastores.

PUNTO I

Deberes generales de todos los fieles respecto de los santos ángeles de la guarda.

A tres los reduce San Bernardo: respeto, reconocimiento y confianza. La presencia de nuestro buen ángel pide que le respetemos; que estimemos sus servicios y que pongamos nuestra confianza en su poderosa y eficaz protección: *Reverentiam pro præsentia, devotionem pro benevolentia, fiduciam pro custodia.*

1.º Respeto. Es Dios mismo quien nos lo destina: *Observa eum*, nos dice, *nec contemnendum putes.* Y da como sublime razón, que su nombre está en él: *Est nomen meum in illo* (1). Tal es, en efecto, la excelencia y dignidad del ángel que es la expresión más noble y viva de la divinidad. Es el primer resplandor de su belleza, la obra primera de sus ma-

(1) Exod., XXIII, 21.

nos, el primer trabajo de su omnipotencia, la obra maestra primaria de su sabiduría. San Juan, creyéndole el propio Hijo de Dios se prosternó para adorarle, delante de Aquel que le había revelado tantos misterios. San Anselmo asegura que si un ángel se hiciera visible en toda su gloria en lugar del sol, borrraría con su luz tantos soles, si existiesen, como hay estrellas en el firmamento. La majestad de un rey mortal imprime respeto á todos los que se le acercan; ¿de cuánta veneración debemos, pues, estar penetrados en presencia de este príncipe del Cielo, tan superior á todos los poderosos de la tierra? «Porque, dice San Bernardo, que donde quiera que estéis, en la iglesia ó en la casa, en el camino ó en las plazas públicas, solo ó en compañía, vuestro ángel está siempre con vosotros. No hagáis delante de él lo que no os atreveríais á hacer delante de mí: *Tu ne audeas, illo presente, quod, vidente me, non auderes.* ¿Dudáis acaso de que esté á vuestro lado porque no le veís? Pero el testimonio de la vista no es ni el solo, ni el más propio para juzgar de la presencia de las cosas. Este sentido no alcanza á los objetos espirituales, y aún muchos de los corporales no están sometidos á su dominio. ¿Es acaso posible ver los sonidos? ¿Podemos ver los olores? Y ¿á quién se le ocurrirá negarlos so pretexto de que no los ve? *Vide quia non solo visu rerum presentia comprobatur.* La vista de nuestra fe bien vale más que la de nuestros ojos. Andad, pues, con cuidado, que vuestro ángel de guarda os mira: *Caute ambula, ut videlicet cui adsunt angeli* (1).»

2.º Al respeto unid el reconocimiento y el amor: Cuando el ángel del pueblo hebreo hubo dividido las aguas del Mar Rojo y precipitado en sus abismos á los Egipcios, continuó asistiéndole por orden del Señor, hasta que le hubo establecido en la tierra prometida. Así nuestro buen ángel nos gobierna después que por el sacramento del Bautismo nos hemos librado del poder del infierno. Ese protector

(1) In Ps. *Qui habitat.*

celosísimo nos acompaña en el desierto de la vida que debemos atravesar para llegar al Cielo. Ora como nube misteriosa tempera el ardor de las pasiones; ora como fuego brillantísimo nos ilumina en la noche de nuestra ignorancia. Hace caer para nosotros, cuando conviene, el maná de los celestiales consuelos, y endulza las aguas amargas de la penitencia... Nos hace entender la ley de Dios, y se esfuerza en grabarla sobre la tabla viviente de nuestros corazones.

Es cierto que es al Señor á quien soy deudor de todos estos bienes. *Quid retribuam Domino?* No tendría yo un ángel bondadoso para que me sirviese si ese caritativo Dueño no me lo hubiese dado: *Angelis suis mandavit de te.* ¡Gloria, pues, á Dios, autor de este mandamiento! Pero ¿no deberé también algo á aquel que lo ejecuta con tanta caridad? Por imitación á la divina bondad los ángeles tienen para con nosotros benévolas inclinaciones que nacen de la clarísima contemplación de los adorables misterios de la Encarnación, de la Redención, y todo lo que á ellos se relaciona.

¡Ah, si tuviesen una vida que ofrecer y sangre que derramar por nuestra salvación! ¡Cuán voluntariamente darían la una y la otra! No, no podemos ser desagradecidos con tan generosos amigos!

El joven Tobías no sabe qué testimonio de reconocimiento dar á su caritativo guía: *Pater, quam mercedem dabimus ei? aut quid dignum poterit esse beneficiis ejus? Me duxit et reduxit sanum... Bonis omnibus per eum repleti sumus...* Y yo ¿qué haré para reconocer los beneficios de que soy deudor á mi ángel de la guarda? Le amaré con ternura, escucharé su palabra, seré dócil á sus inspiraciones, evitaré lo que pudiera ofender la santidad de sus miradas; practicaré las virtudes que le son amadas: pureza, humildad, celo, conformidad con la voluntad del Señor.

3. Finalmente pondré en él mi confianza: *Fiduciam pro custodia.* Si tuviera yo un amigo que me pareciese con razón el más ilustrado y fiel, el más

poderoso de todos los hombres. ¿Con cuánta seguridad no me fiaría de él? Tales son nuestros ángeles custodios, dice San Bernardo: *Prudentes sunt, fideles sunt, potentes sunt*. No pueden engañarse, puesto que beben sus luces de la fuente misma de la verdad: *Semper vident faciem Patris*. Menos aún querrían engañarnos, ya que son á toda prueba nuestros verdaderos amigos. Pensemos en el triple lazo que á ellos nos unen: nos aman por Dios, porque saben que El nos ama entrañablemente; nos aman por nosotros, en quienes encuentran la imagen de la divinidad; nos aman por ellos mismos, porque nos miran como á sus hermanos y á sus futuros cooperadores de la dicha eterna. Por otra parte, no les falta ni el poder, ni la ciencia, ni el amor; con la virtud que de lo alto reciben, uno sólo de entre ellos es más fuerte para salvarnos, que todos los demonios reunidos para perdernos; por esto pudo decir Tertuliano que, por el poder de los santos ángeles, el poder del demonio está sometido al del hombre. Pero escuchemos todavía á San Bernardo: *Quid sub tantis custodibus timeamus?.. Tantum sequamur eos, adhæreamus eis, et in protectione Dei cæli commoremur. Quoties ergo gravissima cernitur urgere tentatio, et tribulatio vehemens imminere, invoca custodem tuum, ductorem tuum, adjutorem tuum..... inclama eum, et dic: Domine, salva nos, perimus* (1).

PUNTO III

Deberes especiales de los Sacerdotes y de los pastores de almas hacia los ángeles custodios

¿De dónde nos vienen, y cuáles son estos deberes?

1.º Las relaciones tan honrosas como abundantes que tenemos con esos espíritus bienaventurados, los grandes socorros que, como Sacerdotes y como pastores recibimos de su celo: hé ahí los motivos de

(1) In Psalm. *Qui habitat*.

particular devoción que á nosotros nos obligan para con ellos de una manera particular.

La milicia del Cielo casi se confunde con la de la tierra. ¿Cuántas semejanzas entre el Sacerdote pastor y el ángel de la guarda! El mismo nombre: *Labra sacerdotis custodient scientiam... quia angelus Domini exercituum est*; idéntica misión: en orden á Dios, cantar sus alabanzas, propagar, sostener su culto, respecto de los hombres, purificarlos, alumbrarlos; defenderlos; hasta cierto punto, el mismo ministerio: ministerio de amor, de reconciliación y paz. Es cierto que los ángeles no obran por medios sensibles; pero es indudable que el sacerdocio católico es el que dispensa visiblemente los misterios de Dios, secundando la operación invisible de los ángeles de la guarda. El Sacerdote habla al oído, el ángel opera inmediatamente sobre el entendimiento y el corazón; y la obra de la santificación se completa por el mutuo concurso del Sacerdote y del ángel.

Hé aquí por qué los ministros del Señor son objeto especial de la protección de los ángeles. Su celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas les interesa vivamente en nuestros trabajos. ¡Ah, cuán útil nos es su auxilio cuando anunciamos la palabra divina, cuando estamos en el altar, en el confesonario, ó á la cabeza de los moribundos! ¿Cuántas gracias de preservación hemos recibido cuando corríamos los mayores peligros? ¿Cuántas luces oportunas en medio de dificultades y dudas? ¿Cuántas veces nos hemos preguntado con ansiedad y acaso con desaliento ¿qué hacer? ¿cómo salir del paso? y nuestro buen ángel nos libertaba como á San Pedro de su prisión. Si los beneficios son para el amor lo que para el fuego la leña, nadie debe amar á los ángeles custodios como los Sacerdotes y los pastores. ¿Y cómo les probaremos que los amamos?

2.º Sin hablar de los deberes generales que acabamos de meditar, ni de ese culto de imitación que les sería tan agradable, puesto que nos ofrecen acabado modelo de las virtudes sacerdotales y pastora-

les: recogimiento en la acción, dulzura, paciencia, abnegación... nos toca además enseñar á los fieles á honrarlos y suplir la indiferencia casi general con que se ven pagados sus caritativos cuidados. Quien conoce á los santos angeles, ¿puede acaso apreciar la dicha de tener uno por custodio? Al menos ¿quién se ocupa de ellos? ¿Habláis á menudo de tan importante asunto? ¿Recomendáis esta devoción á la niñez, á la juventud, á todas las edades, sobre todo en los momentos de tentaciones? Recorred mentalmente los países de heréticos é infieles y las grandes ciudades; atravesad por entre esas muchedumbres inmensas... ¿Cuántos millares de ángeles custodios ignorados y olvidados! Rendidles algún homenaje, pero tributad un culto particular á aquellos de vuestra parroquia y de las almas que os están encomendadas. Como pastor rogadles que vigilen con vos sobre el rebaño, y que os llamen á tiempo cerca de las ovejas enfermas.... El Sacerdote virtuoso acostumbra á saludar en el confesonario á los ángeles custodios de sus penitentes; y á los de sus oyentes, en el púlpito y catecismo. Oraciones, oficio, administración de sacramentos, visitas... nada hace sino de acuerdo y en unión con esos poderosos auxiliares. Por él y por las personas á quienes dirige es repetida constantemente la piadosa invocación: *Angele Dei, qui custos es mei, me tibi commissum pietate superna illumina, custodi, rege et gubernas* (1). Preguntad en qué habéis faltado á lo que debéis á los santos ángeles custodios y tomad vuestras resoluciones.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Deberes generales de todos los fieles respecto de sus ángeles custodios.* A tres los reduce San Bernardo: *Reverentiam pro presentia, devotionem pro benevolentia, fidu-*

(1). Indulgencia de 100 días por cada vez que se recita esta oración y una plenaria al mes, cuando la recitación ha sido diaria.

ciam pro custodia. 1.º *Respeto.* Es Dios quien nos lo destina *observa eum, nec contemnendum putes; est nomen meum in illo.* No hagáis delante de él, afirma San Bernardo, lo que no os atreveríais á hacer delante de mí. 2.º *Reconocimiento.* Nos hace tan grandes servicios, y con tan grande caridad... No sabe el joven Tobías qué muestra de gratitud darle á su guía; y ¿qué haré yo por mi ángel bondadoso? 3.º *Confianza.* El es prudente é ilustrado; es fiel y abnegado; es poderoso.... ¿Qué puedo temer yo, guiado por él, con tal que le sea dócil?

PUNTO SEGUNDO.—*Deberes particulares de los Sacerdotes y de los pastores hacia los ángeles custodios.* Tenemos las más honrosas relaciones con ellos: en orden á Dios la misma misión; idéntico ministerio respecto de los hombres.... El Sacerdote habla al oído, el ángel obra en el entendimiento y en el corazón. Cúmplase la obra de la santificación por el concurso mutuo del uno y del otro.... Somos objeto especial de la protección de los santos ángeles: su celo les hace interesarse con empeño en el éxito de nuestros trabajos. Si los beneficios para el amor, son lo que el combustible para el fuego debe amar á los ángeles como nadie los Sacerdotes y los pastores de almas. Imitémoslos tanto cuanto nos sea posible; enseñemos á los fieles que los honren y supliremos la indiferencia demasiado frecuente con que se ven correspondidos sus caritativos cuidados.

MEDITACIÓN CXXXVII

4 de Octubre.—SAN FRANCISCO DE ASÍS

Nació San Francisco en Asís, ciudad de Umbría, el año de 1182. Mostróse al principio apasionado por las riquezas y los placeres; pero inspiróle Dios, para contrarrestar el efecto de estas funestas inclinaciones, un afecto entrañable hacia los pobres, y sus limosnas le merecieron la gracia de triunfar sobre el mundo y sobre sí mismo. Tenía cerca de veinte y cinco años, cuando un acto heroico le hizo entrar en las vías de la más sublime perfección.

Su padre que era comerciante y muy apegado á los bienes de la tierra no pudiendo comprender ni sufrir sus liberalidades con los indiferentes, le propuso que renunciase su herencia delante del Obispo. Consintió en ello Francisco, y llevado de su fervor, despojándose de sus vestidos, los arrojó á los pies de su padre, diciéndole con tanta calma como suavidad: «Os he llamado hasta hoy mi padre; en adelante repetiré con más ánimo y con mayor confianza. ¡Padre nuestro que estás en los cielos! Desde entonces comenzó para él una transformación completa, y todo llegó á ser prodigioso en su vida. Reunióse con algunos compañeros de pobreza, con los cuales fundó la Orden de los Hermanos Menores. Diez años después celebró el famoso capítulo de las esteras (1), en el cual se contaron cinco mil religiosos, aunque en cada convento tuvieron que quedarse algunos. Murió el 4 de Octubre de 1226, á los cuarenta y cinco años de edad, y fué canonizado el 16 de Julio de 1228.

Renunciar á todo para unirse á Jesucristo, hé ahí el sabio y generoso sacrificio que al entrar en su ministerio hace un buen Sacerdote; la primera recompensa prometida á ese sacrificio, es el encontrar en Jesucristo el ciento tanto más de lo que dejó por El. San Francisco de Asís nos lo pone á la vista.

I. El consejo de la abnegación apostólica practicado en toda su perfección.

II. La promesa del céntuplo cumplida en toda su extensión.

PUNTO I

San Francisco practica la abnegación evangélica en toda su perfección

Ayudado de tres pasiones, el amor de las riquezas, de las honras y de los placeres, Satanás destruye el

(1) Llamóse así este capítulo, porque los religiosos que á él acudieron, se alojaron bajo tiendas formadas con esteras.

mundo, ultraja á Dios, pierde las almas; por el contrario, con el auxilio de tres virtudes, la abnegación evangélica, el amor de la pobreza y del desprecio de los sufrimientos, Jesucristo y sus santos glorifican á Dios, destruyen la obra de Satanás y salvan á las almas. Estas virtudes! brillaron de una manera admirable en San Francisco de Asís.

1.º Amor de la pobreza. Ha dicho Bossuet de nuestro Santo que fué el más ardiente, el más arrebatado, y, si es posible hablar así, el amador más desesperado de la pobreza. La amó y supo hacerla amar.

Se le había distinguido entre los jóvenes de su edad por el lujo y por su magnificencia. Se le ve abandonar el estado de opulencia para reducirse á la más completa desnudez: ¡qué sacrificio! Para determinarse á ello le era preciso combatir aún el placer santísimo que experimentaba socorriendo á los indigentes. La dicha de comer con Jesucristo el pan de la limosna, le parece preferible aún á la de alimentar á Jesucristo en la persona de los pobres. Parece oírsele exclamar: «Un hombre Dios ha nacido, ha vivido y muerto desnudo de todo, sin tener en dónde reclinar su cabezal; ¡Oh pobreza santa; oh tesoro inapreciable! No, no existen riquezas que puedan compararse contigo (1)»!

Llamaba á la pobreza su dama, su reina, su esposa y se la pedía con instancias al Señor. Ved su oración favorita: «Señor Jesús, mostradme los caminos de la pobreza; esta virtud tan querida de tu Corazón ¿no lo sería para el mío? Tened piedad de mí porque la amo con tanta pasión que ya no puedo vivir sin ella.... Marcadme con su sello; que sea privilegio mío y de los míos el no poseer nada, vivir sólo de limosnas, y el usar de ellas con tanta reserva que no dejemos de sentir jamás algunos efectos de la santa pobreza.»

«Si las virtudes tuviesen forma humana, dice el Padre Novet, habría tomado la pobreza evangélica el

(2) *Divitias nihil esse duxi in comparatione illius.* (Sap. VII, 8).

cuerpo, el espíritu, el nacimiento, la vida y la muerte de San Francisco; su nacimiento, puesto que nació en un establo; su muerte, por cuanto quiso que antes de expirar se le extendiese sobre la ceniza, después de haberle quitado sus vestidos para darle de limosna un hábito en girones; su vida, porque después de haber renunciado á la herencia paterna, nada tuvo ya propio sobre la tierra; su cuerpo, pues, le trataba como á esclavo, al cual rehusaba todo cuanto no fuese absolutamente necesario para su subsistencia; y su espíritu, como que estaba en oposición directa con el espíritu de la avaricia. El avaro se muestra celoso del hombre que es más rico que él, Francisco no tiene más celo que el que le inspira el pobre que sobrepuja á su indigencia... Nunca se halla satisfecho el avaro; y Francisco se queja siempre de poseer mucho; cuanto más pobre se mira, más contento está.» Amó la pobreza y tuvo el don de hacerla amar.

Recorrió las ciudades y los campos repitiendo en todas partes el primer oráculo de Jesucristo en él sermón de la montaña. «Bienaventurados los pobres; dichoso aquel que nada ama en el mundo sino por Dios, y más dichoso aún el que nada posee en él.» ¡Causan tanta impresión su palabra y su ejemplo que acude á rodearle presuroso todo un pueblo de pobres voluntarios. Forma una sociedad á la cual pone por fundamento la nobleza de Jesucristo; prometiéndole el apoyo del Cielo y abundantes bendiciones por todo el tiempo que esa virtud floresca en ella. ¡Qué precauciones toma para que se mantenga indefectible entre los suyos el perfecto desprendimiento de todos los bienes de la tierra! Hasta en los templos que se levantan á la gloria del Señor quiere que todo respire modestia, pobreza y sencillez. Siempre dulce, paciente siempre, sólo se muestra severo para fulminar anatemas contra aquellos que pretenden debilitar en su familia religiosa el espíritu de la santa pobreza.

2.º Amor de los desprecios. Dice San Agustín que en la perfección de la humildad es en lo que con-

siste principalmente la pobreza espiritual. San Francisco no podía ignorar que abrazar un género de vida del todo opuesto á la sabiduría del mundo, era aceptar de una vez todos sus desprecios. Viéndole, en efecto, el pueblo de Asís tan desfigurado, vestido de tan extraña manera, le sigue por las calles y se burla de él como de un insensato; su padre le hace aprisionar y cargar de cadenas como á un loco peligroso... A ejemplo de Jesucristo tenía hambre de oprobios; y como El pudo verse harto de ellos. Cuando más tarde, á causa de sus milagros, se vió trocado en objeto de universal admiración, no hizo más que empequeñecerse á sus propios ojos. ¿Se le habla de los portentos que opera? responde como María á Isabel: *Respexit humilitatem*; si Dios se sirve de él es, porque entre los hombres no encuentra nada más débil, ni más propio, por consiguiente, para poner en evidencia el mérito del obrero por la inutilidad del instrumento que emplea.» Se abate y se tiene en menos que la misma nada, considerándose como un gran pecador, capaz de todos los crímenes si la mano paternal de Dios no le detuviese. Cuanto mayores son las gracias que recibe, llora más su ingratitud, persuadido de que cualquiera usaría mejor de ellos.

3.º Amor al sufrimiento. La caridad había abrasado de tal modo su corazón desde que se convirtió, que la Pasión de Jesucristo era el objeto ordinario de sus pensamientos. Ardía en el deseo de devolverle vida por vida. En tres ocasiones busca el martirio entre los infieles; pero siempre le es rehusado ese favor. Y sólo se consuela haciendo de su cuerpo víctima de penitencia. ¿Hay algún linaje de suplicios que él no invente para crucificar su carne? Se acuesta sobre piedras duras, como si la tierra fuese demasiado blanda para él; no deja nunca un áspero cilicio; se arrastra sobre hielos y zarzales, ayuna cada año cuatro rigurosas cuaresmas, alimentándose con los más groseros alimentos mezclados á menudo con ceniza... Murmuren los sentidos, quéjese la naturaleza, no importa: Francisco piensa únicamente

en imitar á Jesucristo. Vive sólo para la cruz contemplando al Salvador constantemente cubierto de heridas, no puede acomodarse á vivir sin ellas (1). Se verá satisfecho. Mientras se queja en un desierto de que los hombres que han derramado la Sangre del Maestro se obstinan en perdonar la del siervo, recibe en su cuerpo la impresión de las cinco llagas de Jesucristo que le transforman en hostia viva y hacen de él la más perfecta imagen del Hombre de dolores. ¿Vióse jamás la abnegación evangélica practicada con mayor perfección? ¿Pero vióse la tampoco más generosamente recompensada aún aquí en la tierra?

PUNTO II

La promesa del céntuplo admirablemente cumplida en favor de San Francisco

Fué rico en la indigencia, feliz en los sufrimientos, y vivió honrado en las humillaciones.

1.º San Francisco encontró la abundancia en la escasez. Jesucristo preguntaba á los apóstoles la víspera de su muerte: «Cuántas veces os mandé sin bolsa, sin saco y sin calzado, ¿os faltó por ventura cosa alguna? La respuesta fué unánime: «nada, Señor.» Francisco es sólo un pobre desconocido, sin crédito, sin autoridad; mas como es pobre, de Jesucristo, su pobreza será fecunda y le proveerá de un caudal mucho más seguro que todos los tesoros del mundo. Se le construyen conventos, se le lleva provisiones para que alimente á su numerosa familia. Más que de buscar lo necesario se ocupa de rechazar lo superfluo; y el defender á sus hijos del atractivo de las riquezas que se le ofrecen, más que el suavisar los rigores de la pobreza que han abrazado. El pobre de Jesucristo, dice San Bernardo, es tanto más rico, cuanto la Providencia le da todo lo que necesita, y El no desea otra cosa fuera de eso.

(1) S. Bern.

2.º Encontró en los sufrimientos el manantial de las verdaderas delicias. Créese que la cruz de Jesucristo no produce más que la santidad: error grosero; porque produce también la felicidad. El corazón, dice Salvino, es el asiento de la dicha: el hombre es feliz tan pronto como él lo quiera ser (1). Y así, nunca el placer tuvo mayores atractivos para un corazón mundano como encantos tuvo el sufrimiento para el corazón de Francisco de Asís. ¿Podía encontrarse sobre la tierra un hombre más contento con su suerte que este pobre que, en el desierto, sobre las rocas, en medio de todas sus penas, embriagado de júbilo y como fuera de sí mismo, pasaba noches enteras en repetir: *Deus meus et omnia?* Buscaba la felicidad en lo que le separaba más de las criaturas y le unía más estrechamente á Dios. Le hallaba, porque allí estaba en aquellas palabras que no se cansaba de repetir: Dios mío y todas las cosas y al pedir las estallaba su corazón en suspiros, corrían de sus ojos raudales de lágrimas, de esas lágrimas que el Espíritu Consolador hace correr cuando se entrega á una alma por íntimas comunicaciones. En la contemplación y en el trabajo, á todas horas, en todo lugar y siempre en nuevos transportes y delirios, le decía: ¡Oh Dios mío y todas mis cosas!

3.º Encontró finalmente en las humillaciones el colmo de la gloria. Se ha dicho de Salomón que fué glorificado sobre todos los reyes por su sabiduría y por sus riquezas (2). Francisco de Asís fué glorificado entre todos los Santos por su aparente locura y por su amor á la pobreza. Cuanto él más se empeña en concitarse el desprecio del mundo, más se apresura el mundo para honrarlo. ¿Qué es lo que va á pedir al bárbaro sultán de Egipto, enemigo jurado del nombre cristiano? Lo menos que de él espera es el ser tratado como Jesús lo fué por Herodes.... Pero lejos de eso, y en vez de oprobios es

(1) *Nulli beatiores sunt, quam qui hoc sunt quod volunt.*

(2) *Magnificatus est rex Salomon super omnes reges terrarum divitiis et sapientia (II Reg., VIII).*

objeto de admiración, y se le rinden homenajes. Ya de regreso á su patria, qué movimientos, qué aclamaciones á su entrada en las ciudades! ¡Qué concurso de clero y pueblo, y qué cánticos de alegría! Se ambiciona con locura tocar sus vestidos, besar sus pies..... Sus compañeros participaban de estos honores, y á ejemplo de su maestro, mientras más se afanaban en buscar los desprecios del mundo, más aumentaba el mundo sus testimonios de veneración y estima. ¿Podía acaso suceder de otra manera ante los extraordinarios dones que ostentaba el Cielo en el padre y en sus hijos? Así os complacéis, oh Dios mío, en recompensar presuroso á las almas generosas; ellas no ponen límites á sus sacrificios, y Vos tampoco limitáis vuestro amor para con ellas. Quitad de nuestro corazón, oh Dios mío, todo afecto hacia las cosas terrenas; desprendednos de nosotros mismos. ¡Que os amemos, Señor, y que sólo amemos á Vos! y que á ejemplo de San Francisco, descansemos en Vos y repitamos felices: ¡Oh Dios mío y todas mis cosas!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*San Francisco practicó la abnegación evangélica en toda su perfección.*—La renuncia perfecta contiene la perfección de tres virtudes. 1.º Amor á la pobreza. Fué tanto en Francisco de Asís, que sacrificó hasta el santo placer de socorrer á los pobres; prefirió comer con Jesucristo el pan de los pobres que alimentar á Cristo en la persona de ellos. Su oración favorita era: «Mostradme, Señor, los caminos de la pobreza..... La amo de tal modo, que no puedo vivir sin ella. Amando la pobreza tuvo también el don de hacerla amar. 2.º Amor de los desprecios. Consiste en ella la perfección de la humildad. A ejemplo de su divino Maestro, San Francisco tenía sed de oprobios, y como El fué harto de ellos. Burlado é insultado, siente en su corazón el colmo de la alegría. ¿Qué género de sufrimientos hay que no inventara para crucificar su carne? Podrá decir con San

Pablo que lleva impresas en su cuerpo las llagas de Nuestro Señor Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.—*La promesa del céntuplo admirablemente cumplida en San Francisco.*—Halló la abundancia en la escasez. Fué su pobreza caudal más seguro que todos los tesoros del mundo; y debió ocuparse más en rechazar lo superfluo que en buscar lo necesario. Halló delicias en los sufrimientos. En el fondo del desierto y sobre las rocas pasaba noches enteras repitiendo: *Dios mío y todas mis cosas!* y al repetirlo sentía inundado su corazón de alegría. Halló la gloria en las humillaciones, ¿y qué hombre fué jamás honrado como él? Cuanto más él se empeñaba en buscar el desprecio del mundo, redoblaba el mundo sus testimonios de amor y veneración para con él.

MEDITACIÓN CXXXVIII

15 de Octubre.—SANTA TERESA.

Nació esta ilustre Santa en Avila, ciudad de España, el 28 de Marzo de 1515. La lectura de la vida de los santos que se hacía todos los días en familia en casa de sus virtuosos padres, le inspiró un ardiente deseo de morir por Jesucristo. Habiendo intentado inútilmente encontrar el martirio entre los Moros, resolvió llevar una vida solitaria en casa de sus padres, hasta que se le ofreciera la ocasión de conseguirlo. Perdió á su madre á la edad de doce años, y poco tiempo después comenzó á tomar gusto á lecturas frívolas, que hubieran podido llegar á serle funestas, si no la hubieran puesto á pensión en un convento. Allí Dios le dió á conocer de qué precipicio la había salvado, y le inspiró el pensamiento de retirarse entre las Carmelitas de Avila, donde tomó el hábito el 21 de Noviembre de 1536, á los 21 años de edad... La orden del Carmelo había ya perdido mucho de su primitivo fervor; Teresa recibió del Cielo la misión de reformarla. Comenzó por las religiosas, y animada después por los felices resultados obtenidos, con la ayuda de San Juan de la Cruz

objeto de admiración, y se le rinden homenajes. Ya de regreso á su patria, qué movimientos, qué aclamaciones á su entrada en las ciudades! ¡Qué concurso de clero y pueblo, y qué cánticos de alegría! Se ambiciona con locura tocar sus vestidos, besar sus pies..... Sus compañeros participaban de estos honores, y á ejemplo de su maestro, mientras más se afanaban en buscar los desprecios del mundo, más aumentaba el mundo sus testimonios de veneración y estima. ¿Podía acaso suceder de otra manera ante los extraordinarios dones que ostentaba el Cielo en el padre y en sus hijos? Así os complacéis, oh Dios mío, en recompensar presuroso á las almas generosas; ellas no ponen límites á su sacrificios, y Vos tampoco limitáis vuestro amor para con ellas. Quietad de nuestro corazón, oh Dios mío, todo afecto hacia las cosas terrenas; desprendednos de nosotros mismos. ¡Que os amemos, Señor, y que sólo amemos á Vos! y que á ejemplo de San Francisco, descansemos en Vos y repitamos felices: ¡Oh Dios mío y todas mis cosas!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*San Francisco practicó la abnegación evangélica en toda su perfección.*—La renuncia perfecta contiene la perfección de tres virtudes. 1.º Amor á la pobreza. Fué tanto en Francisco de Asís, que sacrificó hasta el santo placer de socorrer á los pobres; prefirió comer con Jesucristo el pan de los pobres que alimentar á Cristo en la persona de ellos. Su oración favorita era: «Mostradme, Señor, los caminos de la pobreza..... La amo de tal modo, que no puedo vivir sin ella. Amando la pobreza tuvo también el don de hacerla amar. 2.º Amor de los desprecios. Consiste en ella la perfección de la humildad. A ejemplo de su divino Maestro, San Francisco tenía sed de oprobios, y como El fué harto de ellos. Burlado é insultado, siente en su corazón el colmo de la alegría. ¿Qué género de sufrimientos hay que no inventara para crucificar su carne? Podrá decir con San

Pablo que lleva impresas en su cuerpo las llagas de Nuestro Señor Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.—*La promesa del céntuplo admirablemente cumplida en San Francisco.*—Halló la abundancia en la escasez. Fué su pobreza caudal más seguro que todos los tesoros del mundo; y debió ocuparse más en rechazar lo superfluo que en buscar lo necesario. Halló delicias en los sufrimientos. En el fondo del desierto y sobre las rocas pasaba noches enteras repitiendo: *Dios mío y todas mis cosas!* y al repetirlo sentía inundado su corazón de alegría. Halló la gloria en las humillaciones, ¿y qué hombre fué jamás honrado como él? Cuanto más él se empeñaba en buscar el desprecio del mundo, redoblaba el mundo sus testimonios de amor y veneración para con él.

MEDITACIÓN CXXXVIII

15 de Octubre.—SANTA TERESA.

Nació esta ilustre Santa en Avila, ciudad de España, el 28 de Marzo de 1515. La lectura de la vida de los santos que se hacía todos los días en familia en casa de sus virtuosos padres, le inspiró un ardiente deseo de morir por Jesucristo. Habiendo intentado inútilmente encontrar el martirio entre los Moros, resolvió llevar una vida solitaria en casa de sus padres, hasta que se le ofreciera la ocasión de conseguirlo. Perdió á su madre á la edad de doce años, y poco tiempo después comenzó á tomar gusto á lecturas frívolas, que hubieran podido llegar á serle funestas, si no la hubieran puesto á pensión en un convento. Allí Dios le dió á conocer de qué precipicio la había salvado, y le inspiró el pensamiento de retirarse entre las Carmelitas de Avila, donde tomó el hábito el 21 de Noviembre de 1536, á los 21 años de edad... La orden del Carmelo había ya perdido mucho de su primitivo fervor; Teresa recibió del Cielo la misión de reformarla. Comenzó por las religiosas, y animada después por los felices resultados obtenidos, con la ayuda de San Juan de la Cruz

emprendió la misma reforma en los conventos de varones. Dios bendijo sus esfuerzos y después de mil contrariedades, tuvo el consuelo de ver treinta y dos monasterios que habiendo abrazado su regla, esparcían el suave olor de las más puras virtudes. Murió el 1582, y fué canonizada en 1621.

Aplicuémosle estas palabras de Isaías: «obraré confiadamente y nada tendré que temer, porque el Señor es mi fortaleza y mi alabanza» (1).

I Su fortaleza confunde nuestra flojedad.

II El éxito que obtiene confunde nuestra desconfianza.

PUNTO I

El valor de Santa Teresa confunde nuestra flojedad

El valor se mide por la grandeza de las empresas y por las dificultades de que triunfa. Teresa de Jesús se propone alcanzar una eminente santidad y guiar á ella un gran número de almas, pero para realizar estos dos generosos fines ¡cuántos obstáculos que parecían insuperables se le ofrecen! En sí misma, inclinaciones capaces de quitarle hasta la esperanza de poder alcanzar la santidad á que aspiraba; por parte de los demás contradicciones capaces de hacerle abandonar la obra de su propia santificación. Con la gracia de Dios y su constancia logró triunfar de todo.

1.º Ya desde su infancia sentía un vehemente deseo de sacrificar su vida por aquel Dios que la ha amado hasta morir por ella... Pero ¡oh, mezcla de fuerza y debilidad! tenía valor para arrostrar el martirio y no lo tenía para vivir una vida de sacrificio. Estaba pronta á derramar su sangre por Jesucristo y rehusa privarse por su amor de ciertas afecciones demasiado humanas. Si estas afecciones hubieran sido duraderas, habría puesto en gran pe-

(1) *Fiducialiter agam et non timebo, quia fortitudo mea et laus mea Dominus.* (XII, 2).

ligro su salvación: su corazón, que había de engrandecer tanto el amor divino, que le había de merecer el sobrenombre de seráfica, hubiera venido á ser esclavo de su miserable vanidad. Pero vuestros ojos, Dios mío, velaban sobre ella! Estas caídas pasajeras no sirvieron sino para hacer brillar más el poder de nuestra gracia y la paciencia de vuestro amor.

Su vocación á la vida religiosa le ocasionó terribles combates. Abandonarlo todo y para siempre, qué sacrificio! Vivir en perpetua dependencia bajo una regla austera, qué tormento!; pero exponerse por otra parte á condenarse... qué temeridad! Ser toda de Dios, qué gloria! sacrificarse á sí misma, qué suplicio!.. Jesús le presenta su cruz y ella la acepta. Esta determinación le es tan penosa que para expresarse sirve ella misma de estos términos: fué, dice, como si me desgarrasen los huesos y me arrancasen los miembros con violencia. Sin embargo, nada le amedrenta, y apura hasta las heces cáliz tan amargo, porque así alcanzará mayor mérito. Y aún después de la emisión de sus bodas, el esposo celestial exige de ella mayores sacrificios, obligándola á renunciar por El á las conversaciones demasiado frecuentes é íntimas con personas de fuera. «Dios, dice ella misma, me llamaba por una parte, y el mundo me arrastraba por otra. Mi alma se hallaba en continuo desasosiego.» Veinte años pasé en esta lucha! Mis caídas eran numerosas y no me levantaba de ellas sino á medias.

Es, pues, cierto que los santos no son de una naturaleza distinta de la nuestra ni están exentos de defectos; que algunos han permanecido mucho tiempo en el estado de languidez antes de aspirar á una sólida perfección; por qué pues, desalentarnos? Pero Teresa no se contentaba con su propia santificación.

2.º Celo ardiente por la gloria de Dios y la salvación de sus hermanos la devora. El pensamiento de tantas almas que se pierden la llena de amargura. No cesa de rogar por la conversión de los pecadores, por los misioneros que van á llevar la fe á las nacio-

nes extranjeras... Más aún, se siente inspirada para; trabajar ella misma en la salvación de las religiosas con estas miras emprende la reforma del Carmelo. Bien vislumbra ella las tempestades que su obra va á levantar; pero Dios es su fortaleza, y nada teme.

En efecto, apenas conocieron sus intenciones, cuando se levantó contra ella en toda España el espíritu de contradicción y animosidad. Fué una protesta universal. Orgullo, hipocresía, espíritu de mandar en religión, para sobresalir en ella por sus brillantes empresas, tales son los deseos que se le imputan; todo el mundo se opone á sus deseos. Los más moderados la compadecen cómo á quien es juguete de una imaginación exaltada y de un celo indiscreto ¡Cuántos sinsabores no hubo de soportar durante los veinte años que consagró á la ejecución de esta empresa! Pero ella lejos de desanimarse, vió en esa oposición de los hombres una garantía segura del socorro de lo alto. Lo único que le arredra es el temor de mostrarse pusilánime en sostener los intereses de Dios.

Las virtudes que fueron fruto de tantas pruebas nos fuerzan á reconocer que fué, sin embargo, más glorioso para ella y más infructuoso para nosotros el haber encontrado semejantes obstáculos en sus proyectos. Más glorioso para ella, porque en su firmeza podemos mirar el heroísmo de una alma cuyo único patrimonio parece debía ser la debilidad. De mayor instrucción para nosotros, pues á la vista de su valor nos avergonzamos de nuestra cobardía incapaz de grandes empresas, amedrentándonos la más insignificante dificultad. Humillémonos profundamente y hagamos un acto de fe sobre estas palabras: *Todo lo puedo en Aquel que es mi fortaleza* (1).

PUNTO II

El buen éxito de Teresa confunde nuestra desconfianza

Ella es débil, sus planes grandiosos, las dificultades parecen insuperables; y sin embargo, de todo sale

(1) *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Philip., VI, 13).

airosa: el secreto de tan prósperos resultados está únicamente en su confianza en Dios. Acrisolada en los sinsabores y tedios de la vida espiritual, sube á la más eminente santidad. Contrariada por todos en la empresa de su reforma, logra verla florecer y extenderse prodigiosamente.

Todo cristiano, todo Sacerdote tiene su gracia particular, y sus progresos en la perfección dependen de su fidelidad en seguirla. La gracia de Teresa fué la oración. «Un día, dice ella misma, en que de orden de mi confesor pedía con instancia á Dios que me diera á conocer su voluntad en un arrobamiento de éxtasis oí distintamente estas palabras: *Quiero que de hoy en adelante tu conversación sea con los ángeles.*» Esta fué para ella la época de un cambio radical. Renunció para siempre á sus antiguas amistades y se entregó por completo á las más íntimas comunicaciones con Dios. Desde entonces fué favorecida con un género de oración extraordinario. En esos coloquios celestiales recibía ella aquellas luces que han hecho de sus escritos uno de los más ricos tesoros de la ciencia de los santos. Allí fué donde se engolfó en ese piélago de amor divino que fué después la guía de todos sus pasos, y que la consoló en sus tribulaciones.

Dos amores hay por los cuales Dios conduce á las almas al más alto grado de perfección: el del sufrimiento y el del gozo, y estos dos amores los poseía Teresa en igual grado: amor al sufrimiento. Sus ayunos perpetuos, sus sangrientas disciplinas con las cuales dilacereba sus inocentes carnes, sus enfermedades, tentaciones, sequedades interiores, todo ese cúmulo de trabajos que hubo de sobrellevar, sobrepujan lo que se puede decir, pero no lo que ella hubiera deseado. Cuantas más cruces Dios le envía, tantas más desea: sólo el sufrimiento ó la muerte pueden saciar su amor: *aut pati aut mori.* Amor de regocijo. ¿Quién podrá expresar las delicias de que el Salvador inundaría su alma, en éxtasis y apariciones, en los que le descubría las maravillas de su misericordia para con ella, como cuando le decía que si no hubie-

ra criado el Cielo, lo criaría para ella... Por estos dos caminos tan opuestos alcanzó tan elevada santidad.

No obtuvo menos éxito en la reforma del Carmelo. Después de la pertinaz resistencia, aun por parte de las autoridades eclesiásticas, y de sus prevenciones contra ella, permitidas por la divina Providencia, vió pronto cumplidos sus deseos. Despojada de todo socorro humano, apoyada tan sólo en Dios, llevó á feliz término su piadoso proyecto. La gloria de todo ello redunda á gloria del Señor, porque su poderoso brazo es el que lo ha ejecutado: *Fortitudo mea et laus mea Dominus.*

Demos gracias á Dios por los favores que concedió á Santa Teresa, y por ella á toda la Iglesia. Imitémosla en su fortaleza y confianza en Dios, y en nosotros, lo mismo que en ella, se cumplirán las palabras del Espíritu Santo: *Los que esperan en el Señor cada día recibirán nuevas fuerzas; tomarán alas y volarán como águilas; correrán sin fatiga; marcharán sin desfallecer por el camino* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La fortaleza de Santa Teresa confunde nuestra flojedad.*—Sus grandiosas empresas; se propone llegar á una eminente santidad y guiar á ella gran número de almas. ¡Cuántos obstáculos tiene que superar, ora en sí misma, ora por parte de los demás! ¡Cuántos combates hubo de sostener y aún librar cuando se trató de abrazar el estado religioso! Por una parte la llamaba Dios y por otra el mundo. Prevé las tormentas cuando emprende la reforma del Carmelo; pero Dios será su fortaleza.

PUNTO SEGUNDO.—*El éxito de Santa Teresa confunde nuestra desconfianza.*—Purificada durante largo tiempo por los sinsabores de la vida espiritual, le fué dado alcanzar una eminente santidad. Contrariada por todos lados cuando trató de su reforma, tuvo el consuelo de verla florecer y extenderse por todas partes. Todas las almas tienen su gra-

(1). Is., XL, 31.

cia particular; la gracia de Teresa fué la oración. En ella como de fuente inagotable bebió los dos amores divinos que en ella fueron tan singulares: el amor del sufrimiento y el amor del regocijo.

MEDITACIÓN CXXXIX

1.º de Noviembre.—FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

La Iglesia nos ofrece en esta solemnidad tres grandes motivos de gozo y de edificación: la felicidad, el ejemplo y la intercesión de los santos.

I. Su felicidad nos hace presentir la nuestra y reanima nuestros deseos.

II. Su ejemplo nos enseña el camino que conduce á esa felicidad y nos allana las dificultades.

III. Su intercesión nos ayuda á caminar por él con ardor y perseverancia.

PRIMER PRELUDIO.—Me figuraré ver el Cielo abierto sobre mi cabeza, y en él á los santos que me tienden sus brazos y me invitan á participar de su felicidad. Escuchémosles repetir, como en un alegre cántico, el Evangelio de las bienaventuranzas: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum..... Beati mites..... Beati mundo corde..... Beati qui lugent, etc.*

SEGUNDO PRELUDIO.—Obtenedme, oh bienaventurados amigos de Dios, la gracia de imitaros fielmente en el camino de abnegación y caridad que abrazasteis con tanto acierto, y continuasteis con tanta perseverancia y firmeza.

PUNTO I

La felicidad de los Santos nos debe hacer esperar en la nuestra: infama nuestros deseos

El Cielo ha sido también conquistado para nosotros lo mismo que para esa multitud inmensa de

bienaventurados cuyas palmas y coronas la Iglesia presenta hoy á nuestra vista: *Vidi turbam magnam quam dinumerare nemo poterat... Et palmae in manibus eorum* (1). La Sangre de Jesucristo nos da los mismos derechos que tuvieron los santos; sólo se trata de alcanzar su posesión.

¡Oh alma mía! olvida por un momento este valle de lágrimas: *Sursum corda*. Entra en el palacio de los elegidos, cuyo arquitecto es el mismo Dios y en cuya ejecución ha agotado toda su magnificencia. Contempla á tu placer esta augusta y brillante corte entre la cual podrás también ocupar un puesto á menos que seas tan insensato que quieras tú mismo excluirte de él. Mira el coro de los ángeles, arcángeles, tronos y dominaciones..., la venerable asamblea de los patriarcas, profetas, apóstoles y el escuadrón triunfante de mártires..., el imponente senado de pontífices y doctores..., la armada victoriosa de todos los buenos Sacerdotes que con tanto valor se batieron en las filas de Jesucristo por las almas. Por unos momentos de ligera tribulación míralos ahora coronados para siempre de gloria y como embriagados en un mar de delicias (2).

El objeto de su felicidad es el mismo Dios, Dios, manantial inagotable de felicidad, esencia de toda perfección. El ilumina su inteligencia con los vivos resplandores de su luz, su voluntad con la abundancia de su paz y todas las potencias de su alma con la inmensidad de sus bienes. Lo ven, lo aman y lo alaban; ven la suprema bondad, y su vista eleva su espíritu; aman la bondad esencial y su gozo inunda su corazón... Gozo apacible cuyo patrimonio no les será disputado jamás. Alaban á Dios; y sus cánticos que son la expresión de su gozo, de su admiración, gratitud y amor serán eternos como los sentimientos que los inspiran. ¡Oh ciudad de Dios, mansión de los bienaventurados donde todo dura

(1) Apoc., VII, 9.

(2) *Momentaneum et leve tribulationis nostrae... aeternum gloriae pondus operatur in nobis.* (II Cor., VI, 17.)

y nada pasa, donde todo se encuentra y nada falta, donde todo es apacible y dulce sin mezcla de agitación y amargura! ¡Oh hermoso Cielo, si no puedo llegar á comprenderte al menos pueda lograr merecerte! Oh alma mía, escucha á Jesús que te dice: *Fili, non te frangant labores quos assumpsisti propter me, nec tribulationes te abiciant usquequaque; sed mea promissio in omni eventu te roborat et consoletur... Leva faciem tuam in caelum; ecce ego et omnes sancti mei mecum, qui in hoc saeculo magnum habuerunt certamen, modo gaudent, modo consolantur, modo securi sunt, modo requiescunt, et sine fide mecum in regno Patris mei permanebunt* (1).

PUNTO II

El ejemplo de los Santos nos enseña el camino del Cielo y nos allana las dificultades

Ellos siguieron el buen camino, pues llegaron al término dichoso. Meditemos el pensamiento de Bourdaloue (2): ¿Qué es un santo?... Es una idea real, visible, palpable y sustancial de la perfección evangélica. Cuando Dios nos enseña un santo nos dice como en otro tiempo á Moisés enseñándole la figura del tabernáculo: *Inspice, et fac secundum exemplar...* Hé ahí lo que debemos ser: ese vivo retrato.... El ejemplo de este predestinado te enseñará lo que debes á tu Dios, á tu prójimo y á ti mismo: *Inspice et fac...* La vida de un santo es una lección que está al alcance de todos. Al mismo tiempo que nos ilumina, nos alienta disipando nuestras ilusiones y nuestros vanos recelos.

Ilusión sobre la naturaleza del verdadero mérito. Sucede á menudo que solemos considerar como grandes virtudes únicamente los grandes dones de Dios, el don de la contemplación, el don de lágrimas... Pero ¡de cuántos santos sabemos que no han

(1) Imit., l. III, c. XLVII.

(2) Sermón para la fiesta de Todos los Santos.

recibido ninguno de estos favores! ¡Cuántos ha habido que los temían más que desearlos! San Bernardo exclamaba: «Menos unción, Señor, y más fuerza en mis cruces; menos dulzuras y más caridad, menos deleites y más fervor: *His contentus ero, caetera derelinquo!*» San Francisco Javier se quejaba en su interior de la abundancia de consolaciones: *Satis est, Domine, satis est.*

Ilusión sobre lo que constituye el valor de las obras. ¿Es por ventura su mayor ó menor brillo? Un incalculable número de santos y santas de primer orden han llenado sus días con las acciones más ordinarias. ¿Qué es lo que ha hecho María Santísima? ¿Qué obras de esplendor ha ejecutado el Santo de los santos durante la totalidad del tiempo que vivió entre los hombres? Entre los que contemplamos en el Cielo sentados en sus tronos; cuántos hay que han vivido en el mundo como solitarios, cuántos celosos de la fe sin que la hayan llevado al través de los mares, cuántos entregados á la penitencia sin que hayan tomado cilicios!

Ilusión sobre los obstáculos que uno cree encontrar en sí mismo para la santidad. Pasiones violentas y desarrolladas por medio de numerosas caídas.... ¿Acaso los elegidos no han tenido pasiones? ¿no les hemos oído quejarse alguna vez de que su carne se revelaba contra el espíritu: *Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus?* (1) ¿No son acaso las grandes pasiones sabiamente dirigidas las que han formado los más grandes santos? La gloria de que disfrutan se mide en proporción á las victorias que han alcanzado; luego estamos convencidos de que se vieron obligados á combatir lo mismo que nosotros... En cuanto á las caídas y á la fuerza del hábito que resulta de ellas, ¿cuántos santos muy ilustres no han sido también grandes pecadores? Su ejemplo será siempre una prueba evidente de que la santidad no es cosa imposible; más aún, que con la gracia que nunca falta y que tiene atractivos más verdaderos é

(1) Rom., VII, 32.

infinitamente más puros que los del mundo, se nos hace muy fácil. En fin, estos gloriosos amigos de Dios, modelos de fortaleza, son también nuestros poderosos protectores. Podemos decir de todos lo que San Bernardo decía de uno de ellos: *In terris visus est, ut esset exemplo, in caelum levatus est, ut sit patrocinio* (1).

PUNTO III

La intercesión de los Santos nos ayuda á alcanzar el término dichoso que ellos alcanzaron

Ellos ruegan por nosotros; este es un dogma de fe. «¿Quién podrá dudar, dice Bourdaloue que su intercesión contribuye á nuestra salvación mejor que nuestras propias oraciones?» Y da la razón de ello: «Nosotros pedimos según los deseos de nuestro corazón que á veces son injustos y desordenados... No pedimos lo que debe proporcionarnos el soberano bien. Pero los santos que ven en la claridad de Dios nuestros propios intereses piden para nosotros tan sólo aquello que más nos conviene. Sus oraciones tienen que ser eficaces, pues todas ellas están conformes al orden de los decretos de Dios y según sus planes. Habiéndose Jesucristo obligado en el Evangelio (2) á concedernos todo lo que le pidiéramos, y previendo que íbamos á abusar de esta promesa pidiéndole falsos favores que podrían causar nuestra ruina, ha hecho intervenir á los santos para que pidan con nosotros contra nosotros mismos: cuando el fin de nuestras oraciones no es el que debe ser, sin faltar á su palabra no las oye; porque El escucha á aquellos que puestos ante El abogan en favor de nuestros intereses.»

Y en otro lugar «La oración de un santo es de sí más poderosa que la nuestra, porque la dignidad de la persona que pide sube el mérito de la oración.

(2) Serm., II, de S. Vict.

(1) *Quodcumque volueritis petetis, et fiet vobis.* (Joan., XV, 7.)

Conviene añadir que los santos por su completo desinterés, ruegan por nosotros con caridad más pura y que la presencia y visión de Dios hacen que sus oraciones sean más atentas, así como también el ejercicio de su amor las hace más fervorosas (1).»

Es por consiguiente muy cierto que los bienaventurados no se olvidan de nuestras miserias. Cuanta mayor seguridad tienen de su felicidad, tanta mayor solicitud tienen por nuestra salvación: *Jam de sua immortalitate securi, et de nostra salute solliciti.* ¡Cuánta confianza y cuánta alegría no debe inspirarnos esta reflexión: Todos los santos del Cielo son para mí amigos afectuosísimos que gozan de gran crédito para con Dios, pues que el poder que les ha dado de asistirme es una parte de su recompensa. Todos me ofrecen sus sufragios! Tengo si quiero á los apóstoles que me ofrecen el celo, los mártires la fortaleza, los doctores sus luces, las vírgenes una pureza sin mancilla.... Lo único que me piden en cambio de todo esto es que piense en ellos, sobre todo en la oblación del divino sacrificio, dando gracias por ellos y con ellos á Aquel que coronando sus méritos tejió también hermosa corona á sus propios dones: *Ut illis proficiat ad honorem, nobis autem ad salutem; et illi pro nobis intercedere dignentur in caelis, quorum memoriam agimus in terris.* Esforcémonos en repetir especialmente hoy y durante toda la octava esta oración jaculatoria: *Sancta Maria et omnes Sancti intercedant pro nobis ad Dominum: ut nos mereamur ab eo adjuvari, et salvari, qui vivit et regnat in saecula saeculorum. Amen.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La felicidad de los santos nos hace inferir la nuestra y enciende nuestros deseos.*—El Cielo ha sido conquistado para nosotros; la Sangre de Jesucristo nos da á él derechos muy legítimos; sólo se trata de alcanzar

(1) Sermón para la fiesta de Todos los Santos.

su posesión. Contemplemos á nuestro placer la deslumbrante corte de los elegidos. Ellos ven, aman y alaban á Dios: sus cánticos serán eternos como los sentimientos que los inspiran.... ¡Oh Cielo hermoso! si no te puedo comprender, al menos que llegue á poseerte.

PUNTO SEGUNDO.—*El ejemplo de los santos nos enseña el camino del Cielo y nos allana las dificultades.*—La vida de un santo es una lección inteligible para todos. Disipa nuestras ilusiones iluminándonos:—1.º Sobre la naturaleza del verdadero mérito. No consiste en los favores extraordinarios; ¡Cuántos santos los temían más que deseárselos!—2.º Sobre lo que constituye el valor de las obras. La mayor parte de los santos han llenado sus días con las acciones más ordinarias; la mujer fuerte ha manejado el huso.—3.º Sobre los obstáculos que uno cree encontrar en sí mismo para la santidad. Los santos han tenido también sus pasiones; muchos han sido grandes pecadores.

PUNTO TERCERO.—*La intercesión de los santos nos ayuda á alcanzar la misma felicidad de que ellos gozan.*—Ellos ruegan por nosotros y su intercesión contribuye á nuestra salvación más que nuestras propias oraciones. Ellos ven en la claridad de Dios nuestros verdaderos intereses y piden por nosotros lo que realmente necesitamos. La eficacia de sus oraciones es mayor por la dignidad de su persona como por el desinterés de su caridad. ¡Cuánta confianza no nos debe inspirar esta reflexión: Todos los santos del Cielo son mis amigos afectísimos que gozan de gran crédito delante de Dios. Felicitémoslos por su dicha y hagamos por merecerla, para gozarla con ellos un día, invocándolos y haciendo esfuerzos por imitarlos

MEDITACIÓN CXL

2 de Noviembre.—DÍA DE DIFUNTOS (1).—Devoción al alivio de las almas del Purgatorio

Lo que no está presente se olvida, dice en otras palabras el autor de la Imitación. La mayor parte de los difuntos quedarían en completo olvido si la

- (1) **Sociedad de San José para los Sacerdotes difuntos**
Objeto, Constituciones, Ventajas, Condiciones, Progresos de la obra.

I. OBJETO.—Esta asociación exclusivamente sacerdotal tiene por principal objeto asegurar una eficaz asistencia después de su muerte á los Sacerdotes que la forman; y por objeto secundario implorar la bendición de Dios sobre los Sacerdotes de la Iglesia militante. Se invita á los asociados á rogar por la santificación del clero en general y en particular por los asociados vivos y difuntos en los dos *Mementos* de la Santa Misa.

II. CONSTITUCIÓN.—Fundada en Angers por mandato episcopal del 18 de Enero de 1861, la Sociedad de San José se halla regida por un consejo de 11 miembros, y administrada por una junta de cinco de ellos escogidos en el consejo.

El producto de las suscripciones forma un capital cuya renta se emplea en hacer celebrar misas por los Sacerdotes difuntos. Una cuarta parte de dichas misas se aplica á todos los Sacerdotes difuntos. Las otras tres cuartas partes se reservan para los asociados difuntos. A fin de cada año se hacen celebrar un gran número determinado por el Consejo, para los Asociados muertos durante el mismo año. Más aún: cuando por correspondencia nos hacen sabedores de la defunción de un Asociado, hacemos celebrar nominalmente por el reposo de su alma, un número proporcionado á su ofrenda: una por 5 francos., dos por cada 10 francos., tres por cada 15., veinte por cada 100 francos.

III. VENTAJAS.—1.º En vida practican los Asociados la caridad para con sus compañeros difuntos, y se preparan asimismo un juicio misericordioso de Dios en atención á la que ellos ejercen no de manera pasajera sino perpetuamente en favor de aquellas almas tan particularmente amadas por Jesucristo.

Iglesia no hubiera instituido esta fúnebre solemnidad para traérmolos á la memoria: *Commemoratio omnium fidelium defunctorum*. La devoción al alivio y liberación de las almas del Purgatorio está fundada en uno de los dogmas más consoladores de nuestra fe, la Comunión de los Santos (2). El Sacer-

2.º Concurren á la santificación del clero y al bien inmenso que de ahí resulta, pues este es uno de los fines de la Asociación.

3.º Por rescripto de 9 de Febrero 1863 *manu Sanctissimi exaratum*, todos los Asociados *adscripti aut adscribendi*, tienen altar privilegiado personal tres veces por semana.

4.º Después de su muerte gozan de todas las ventajas mencionadas en el Artículo II.

5.º Indulgencias concedidas á las obras:—Plenarias:

1.º En el día de entrada en la Asociación. 2.º En las fiestas de la Asunción de la Santísima Virgen y en las dos de San José, el 19 de Marzo y el tercer Domingo después de Pascua, y en punto de muerte. 3.º En el aniversario de su bautismo, del subdiaconado, diaconado, presbiterado y en el día de la Commemoración de los fieles difuntos.—Parciales: 7 años y 7 cuarentenas en las fiestas de San Juan Evangelista, de San Pedro, los lunes de Pascua y de Pentecostés.

Todas las misas que la Sociedad hace celebrar tienen indulgencia plenaria y altar privilegiado. (Indulto del 31 de Mayo de 1861).

IV. CONDICIONES.—Enviar al Presidente ó Vice-Presidente la ofrenda que se quiera consagrar á esta buena obra, cuyo minimum es 5 fr. con la dirección claramente determinada. Cuando quiere aumentar su suscripción para tener mayores derechos á los beneficios de la obra, conviene que haga observar que es una nueva ofrenda. Puede uno mandarse suscribir pagando las misas.

V. PROGRESOS.—La sociedad de San José ha hecho celebrar 40 misas por semana en 1861, 53 en 1862. Ha hecho celebrar otras ciento cinco, sin contar las que se dicen al fin de cada año para los Asociados muertos durante el mismo, ni las que se celebran nominalmente en favor de cada Asociado después que se tiene noticia de su muerte. Cuenta presentemente con más de 12.000 Asociados, entre quienes se cuentan 43 cardenales, arzobispos ú obispos. (1875).

Junta: MM. Menard prelado romano, vic. gen., presidente. Chaignon S. J. vice-presidente. Loupil, chan., secretario. Sécher, Superior de Saint-Charles, pro-notario. Pasquier, chan., Doctor en Letras, tesorero.

(2) ¡Qué cuadro tan admirable el que ofrece esa inmensa ciudad de los espíritus con sus tres órdenes siempre en re-

dote fervoroso la practica con gusto y la propaga con celo. No pudiendo hacer á los vivos todo el bien que desearía, lo suple por el que hace á los muertos: con ellos al menos obra la caridad sin obstáculos. Estas almas afligidas bien merecen nuestra compasión: nos es fácil endulzar y abreviar sus penas; con esta obra de misericordia procuramos al Cielo una gran alegría, y por otra parte nos proporcionamos grandes ventajas: estos son los motivos sobre que se funda la verdadera caridad para con los difuntos. Meditemos hoy los dos primeros y mañana los otros.

I. Las almas del Purgatorio son dignas bajo todos conceptos de nuestra compasión.

II. Podemos aliviarlas con la mayor eficacia y facilidad.

PUNTO I

Las almas del Purgatorio son dignas de nuestras mayores consideraciones

Considérese lo que son, lo que sufren, y su impotencia para procurarse por sí mismas socorro alguno.

1.º ¿En favor de quién solicita hoy la Iglesia nuestra conmiseración, reanimando nuestra fe y despertando estos recuerdos. *Commemoratio?* Para unas almas santas, á quienes está asegurada la posesión de la gloria eterna. Pacientes y resignadas bendicen á Dios como el más tierno de los padres, si bien las trata como juez justo; reconociendo que realmente han merecido esos castigos: *Justus es, Domine, et rectum judicium tuum.* Estas almas tienen además con nosotros relaciones de naturaleza y gracia que nos obligan á no permanecer insensibles á la consi-

lación unos con otros! La Iglesia *militante* tiende una mano á la *purgante*, que á la vez se ase de la *Iglesia triunfante*. (Tardes de San Petersburgo, 10.^a plática).

deración de sus sufrimientos. ¿No habrá acaso en esa mansión de tristeza ovejas de nuestro rebaño, hijos de nuestra familia, penitentes que nos hicieron la confesión de sus faltas? ¿Quién sabe si somos del todo extraños á la causa de sus sufrimientos? Quizás un celo más vigilante y activo de nuestra parte hubiera disminuido el número de sus infidelidades y obtenido en vida su completa reparación!

2.º Y ¿mientras tanto qué es lo que sufren para expiarlas? Privación del gozo de su Señor, suplicio de fuego, pena de daño, pena de sentido.... Nobles y santas víctimas ¿quién no se compadecerá de vuestros sufrimientos?

Para tener una idea de la primera de estas dos penas, notemos que la privación de un bien es tanto más valerosa, cuanto más excelente es el bien en sí mismo, ó mejor se conocen los derechos que se tienen á él, y cuanta mayor inclinación sentimos á desear su posesión. El bien de que se ven privadas las almas del Purgatorio es el mismo Dios, centro y plenitud de todo bien; Dios, á quien tienen derecho de poseer, en virtud de los méritos de Jesucristo. Han visto su hermosura, lo aman más intensamente que lo que pudieron amarle sobre la tierra.... ¿Quién podrá comprender los vehementes deseos de que estarán poseídas de llegarse á El y lo que sentirán al verse rechazadas? El amor que es lo que constituye las delicias de los elegidos en el Cielo, forman su tormento en el Purgatorio. Ningún obstáculo encuentran que las aparte de Dios, su principio y su fin, y le buscan con un ardor tal, cual la imaginación no es capaz de concebir.

Quando se reza el oficio de difuntos, parece que se oyen los lamentos de estas pobres almas, atraídas hacia Dios por los carismas de su amor, y rechazadas por El como indignas de su presencia. Ora dirigen á El mismo sus quejas y suspiros: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus* (1).— *Ubi sunt misericordie tue*

(1) Ps. XLI, 2.

antiquæ? (1). *Clamo ad te, et non exaudis me. Sto, et non respicis me. Mutatus es mihi in crudelem, et in duritia manus tuæ adversaris mihi* (2). Ora deploran la prolongación de su destierro: *Heu mihi! quia incolatus meus prolongatus est* (3).—*Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?* (4). Con frecuencia se dirigen amargos reproches á sí mismas: «¿Dónde está tu Dios, oh alma insensata? *Ubi est Deus tuus?* ¿Por qué no disfrutas de su posesión? Un poco de vigilancia que hubiera ejercido sobre mí, ligeros sacrificios que me hubiera impuesto, ¡cuán atroces tormentos me hubieran evitado!.. ¡Oh crueles miramientos! ¡oh funesta pereza, cuán cara me cuestas, pues me privas del gozo de mi Señor!»

Al tormento de esta privación se añade el suplicio del fuego. Sobre su naturaleza y los sufrimientos que ocasiona, meditemos lo que dicen los Santos Padres. «Me preguntáis, dice Santo Tomás, qué es este fuego. Yo os respondo que es el mismo que el del infierno. Aquí devora la paja, allí purifica el oro (5). S. Antonino no ve otra diferencia entre el uno y el otro que la duración (6). S. Gregorio cree que este fuego es más intolerable que todas las tribulaciones de la vida presente (7). San Agustín expresa la misma opinión en términos más enérgicos todavía. Combate la ceguera de aquellos que dicen: después de todo, este fuego se apagará y alcanzaré la gloria eterna: poco me importa que sea un poco antes ó un poco después. «No habléis de ese modo, contesta el santo Doctor, porque el suplicio que causa este fuego sobrepuja cuanto se puede ver, sentir é imaginar de

(1) Ps. LXXXVIII, 50.

(2) Job, XXX, 20, 21.

(3) Ps. CXIX, 5.

(4) Ps. XLI, 3.

(5) *Idem est ignis qui damnatos cruciat in inferno, et qui justos in purgatorio purgat.* (In. 4 dist, 20, a. 1. ad. 2, 9).

(6) *Idem ignis in substantia cruciat purgandos et damnatos: sed primos ad tempus, secundos in perpetuum.* (P. IV, Tract. 14, c. X).

(7) *Illum transitorium ignem omni tribulatione castimo presentí intolerabiliorem.* (Comment. in Ps. IV).

más doloroso sobre la tierra (9). Santo Tomás llega hasta decir: *Minima poena purgatorii est maxima poena hujus mundi.*

2.º Finalmente lo que hace á las almas del Purgatorio más dignas de nuestra compasión, es que, en su extrema pobreza, no tienen otra esperanza que en nosotros. Un pobre con su trabajo puede remediar su indigencia; si no puede trabajar pide limosna, conmueve los corazones con el relato de sus miserias. Hay también otros desgraciados; pero siempre les queda algún recurso: el más seguro es levantar los ojos al Cielo que jamás permanece sordo á sus súplicas. Pero á las almas del Purgatorio todo les viene á faltar si les falta nuestra ayuda. ¿A quién recurrirán? ¿A la misericordia del Señor? su reino ha pasado ya y ahora se les exige que paguen toda la deuda, *usque ad novissimum quadrantem*; ¿adquirirán allí nuevos méritos? en el otro mundo no se siembra; se acabó el día y ha sucedido la noche en que nada se puede hacer (1). ¿Podrán recurrir á sus compañeras de expiación? No: ellas también están en la misma impotencia de socorrerse mutuamente. Sólo nosotros podemos serle de algún provecho si nos interesáramos por ellas en sus dolores; pero ¡ay! nosotros no podemos ver correr sus lágrimas ni escuchar sus gemidos. Escuchemos al menos las palabras que la Iglesia pone en su boca en este día, y si meditándolas se ablanda nuestro corazón, no queramos endurcerle; *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei, quia manus Domini tegit me* (2). Y ¿seremos nosotros con nuestro olvido é indiferencia tan severos como el justo Dios que las castiga? *Quare me persequimini sicut Deus?* (3). Nuestra insensibili-

(9) *Dicit aliquis: non pertinet ad me quamdiu moras habeant, si tamen ad vitam eternam perrexero. Nemo hoc dicat, carissimi, quia ille purgatorius ignis durior est quam quidquid potest in hoc sæculo penarum videri aut sentiri.* (Serm. 40, de Sanctis. Et Enarrat. in Ps. 37).

(1) *Venit nox, quando nemo potent operari.* (Joan., IX, 4).

(2) Job, XIV, 21.

(3) Hid.

dad sería tanto más cruel cuanto que está en nuestra mano el aliviarlas, costándonos tan poco un consuelo inmenso.

PUNTO II

Podemos con facilidad aliviar y librar á las almas del Purgatorio

Está en nuestras manos: es un artículo de fe. «No nos mostraríamos, dice el Catecismo romano, bastante reconocidos al Señor que dió á los hombres poder para satisfacer los unos por los otros, si no procuramos satisfacer de algún modo las deudas que han contraído para con la divina Justicia.» Podemos hacerlo con eficacia, pues la religión nos proporciona medios tan fáciles como multiplicados. Los principales son tres, el santo sacrificio de la Misa, la oración, la limosna y las indulgencias.

El principal medio de socorrer á las almas del Purgatorio está en el altar. El Concilio de Trento ha definido: *Purgatorium esse, animasque ibi detentas fidelium suffragiis, potissimum vero acceptabili altaris sacrificio juvari* (1). «No en vano, dice San Juan Crisóstomo, que los apóstoles hayan recomendado que se hiciera especial mención de los difuntos en el momento que se inmola la sagrada Víctima; bien sabían que ellas participan en gran manera de los frutos de esta inmolación.» La santa Misa es, en efecto, de un valor infinito. Es la Sangre de Jesucristo que allí habla, que pide justicia y misericordia: justicia para el Salvador que reclama el precio de sus padecimientos; misericordia en favor de estas almas cautivas, porque El tiene derecho á aplicarles sus méritos. Se renueva allí místicamente su muerte para proporcionarles una vida gloriosa: son sus padecimientos: sus tormentos... Cuando Santa Mónica, estando á punto de morir, hablaba de su sepultura:

(1) Sess., 25.

«No os preocupe, decía, la suerte de mi cuerpo, haced de él lo que queráis. Pero lo que sí os pido es que os acordéis de mí en el altar del Señor (1).»

Bajo el nombre de oración van comprendidos los varios ejercicios de piedad que se practican por el eterno descanso de las almas del Purgatorio; y bajo el de *limosna*, las obras de misericordia: socorrer al necesitado, visitar á los enfermos..... aplicándoles oraciones, ayunos, mortificaciones..... Por la aplicación de las *indulgencias* nos servimos de los tesoros de la Iglesia en favor de los difuntos y de la superabundante satisfacción de Jesucristo y de los santos. Qué cosa más fácil que cumplir las obligaciones que se nos imponen para alcanzar estos inapreciables tesoros?

¡Oh buen Jesús, bendito seáis mil veces por habernos querido confiar el alivio y libertad de esas santas almas que tantos títulos tienen á nuestra compasión! ¡Cuán dulce es para nosotros el poder enjugar sus lágrimas y poder ser sus bienhechores! Os ofrecemos por ellas todas nuestras obras y sufrimientos hasta el fin de nuestra vida. Pero de un modo especial en este día, ¡oh Dios mío! derramad á torrentes vuestra Sangre sobre las llamas del Purgatorio. Vos habéis prometido atender las súplicas de vuestro pueblo; dejaos conmover por los clamores y oraciones que hoy resuenan en todos los templos y que penetren hasta en el santuario de vuestro corazón adorable! *Pie Jesu, Domine, dona eis requiem.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Cuánto merecen las almas del Purgatorio nuestra compasión.*—Lo que son, lo que sufren, la impotencia en que se hallan de aliviarse á sí mismas. 1.º Son almas santas que tienen derecho á la gloria. Ellas bendicen á Dios cuya justicia acatan. No son para nosotros extrañas, ¿cuántos lazos

(2) *Tantum illud vos rogo, ut ad Domini altare memineritis mei.* (Conf., l. IX., c. XI.)

unen á ellas? 2.º Sus penas sobrepujan á cuanto podemos imaginar: privación del gozo de su Señor, y de un Señor conocido y amado más de lo que se puede conocer y amar en la tierra; suplicio de fuego, y ¿qué fuego? Santo Tomás dice que es igual al del Infierno. 3.º Ninguna esperanza les queda á estas pobres almas cuando les falta nuestra caridad. La Iglesia nos hace oír sus gemidos y clamores, ¿seremos insensibles á ellos?

PUNTO SEGUNDO.— *Cuán fácil nos sea aliviar y librar á las almas del Purgatorio.*—El principal medio es el sacrificio de la Misa. Así nos lo enseña el Concilio de Trento. La oración, la limosna, las varias obras de misericordia y de penitencia; pero de un modo especial las indulgencias ganadas en sufragio suyo son cosas que alivian en gran manera sus sufrimientos y les abren las puertas de la Gloria. *Pie Jesu, Domine, dona eis requiem.*

MEDITACIÓN CXLI

*Devoción á las Almas del Purgatorio.
(continuación).*

- I. Cuán agradable sea esta devoción al Cielo.
- II. Cuán ventajosa resulta para los que la practican.

PUNTO I

La devoción que tiene por objeto el alivio y liberación de las almas del Purgatorio es muy agradable al Cielo

Complace á Dios en gran manera, no solamente porque le agrada ver en nosotros la caridad fraterna que El practica tan admirablemente, sino también por la gloria que de ello le resulta. De este modo glorifica esta devoción su providencia que ha sabido de tal manera proveer al bien de todos sus hijos: de los muertos por medio de los vivos, y de los vivos por medio de los muertos que vienen á

ser para ellos en el Cielo celosos intercesores. Glorifica su santidad de la cual el Purgatorio nos da una sublime idea; su justicia, que de este modo recibe una entera satisfacción por la aplicación de los méritos del Redentor; pero sobre todo, glorifica su bondad, su misericordia y su amor que resplandecen allí en todo su brillo, y que entre sus atributos desea que más se manifiesten. Meditemos en las sólidas enseñanzas de Bourdaloue que en resumen vienen á ser éstas: «Descuidar la devoción á las almas de los difuntos, equivale á no tener celo alguno por Dios, quien, encontrando su gloria en la libertad de estas almas justas, quiere procurársela por nuestro medio y tiene derecho á castigarnos cuando por nuestra culpa quedan frustrados sus intentos. Admiramos con justicia á esos varones apostólicos que atraviesan los mares y van á los países bárbaros á ganar infieles para Dios... Pero debemos reconocer también que la devoción á las almas del purgatorio es una especie de celo que por razón de su objeto no cede á la conversión de los paganos; y aún en cierto modo la sobrepuja..., porque siendo estas almas santas predestinadas, confirmadas en gracia, son incomparablemente más nobles delante de Dios, más queridas de El; y en estado más propio para glorificarle que el de los paganos. Adviértase además que el Purgatorio es un estado de violencia no solamente para las almas que sufren en él, sino para Dios mismo; y da esta razón: «En el Purgatorio Dios ve almas á las que ama con amor ningún bien; almas llenas de méritos, de santidad, á las que no puede todavía recompensar..., á quienes se ve obligado á castigar. ¿Puede darse cosa más opuesta á las inclinaciones de un Dios misericordioso y caritativo?... A nosotros toca hacer, que cese esta violencia librando á estas almas de su prisión y abriéndoles la gloria. Dios, por decirlo así, se ha atado las manos y espera que nosotros se las desatemos. No nos dice como á Moisés: *Dimitte me, ut irascatur furor meus*; sino que al contrario nos dice: «oponeos

á mi venganza; no dejéis abandonadas á mi cólera, á estas almas á quienes amo y á las que vosotros también debéis amar.» ¿Qué haremos pues, nosotros? ¿Dejaremos que Dios continúe en la dura necesidad de descargar su brazo sobre aquellos á quienes está impaciente de coronar? No dejemos de tomar parte en sus deseos.

El menor alivio que prestemos á las almas del Purgatorio, es también un acrecentamiento de gloria para la santa Humanidad de Jesucristo por el honor que se hace á su preciosa sangre, cuyo alivio alcanzan en razón de sus méritos. Cuanto más tardan en salir de esta triste mansión, tanto más tarda el Salvador en recoger el fruto de todo lo que ha hecho y sufrido por su salvación; hasta entonces no participan de la redención en la plenitud de la medida que les está reservada. María madre de misericordia, consuelo de los afligidos; los ángeles de la guarda de los fieles difuntos; los santos sus intercesores y patronos; toda la corte celestial que se regocija tanto con la conversión de un pecador, gozan mucho más aún cuando una de estas almas entra triunfante en el Cielo. ¡Oh Sacerdotes! uníos á una devoción tan agradable á Dios y á sus amigos.

PUNTO II

La devoción á las almas del purgatorio nos procura á nosotros mismos grandes ventajas

Las virtudes que nos hace practicar, las gracias que nos obtiene y las lecciones que nos da: he aquí lo que hace de esta devoción un medio poderoso para nuestra santificación.

1.º Esta devoción bien entendida es un perfecto ejercicio de las virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad. Ejercitamos en ella la fe porque nos hace penetrar en un mundo invisible y trabajar en

favor de ese mundo con tanta energía y convicción como si lo tuviéramos delante de nuestros ojos.... fe en la Comunión de los santos, en los efectos del santo Sacrificio, en el poder de la Iglesia, en la dispensación de los méritos superabundantes de que es depositaria. Ejercemos la esperanza persuadidos de que estas almas que sufren recibirán las bendiciones de la divina Sangre, y nosotros la recompensa de nuestro celo en socorrerlas. Cediéndoles la satisfacción de mis obras de mérito en lugar de guardarla para mí ¿no es por ventura un acto de heroica esperanza? Ejercitamos en ella la caridad no solamente para con nuestros hermanos, sí que también para con Dios; las amamos porque El las ama, procuramos su libertad para aumentar su gloria.

San Francisco de Sales hace notar que en esta devoción practicamos todas las obras de misericordia recomendadas en la Escritura: la limosna, el cuidado de los enfermos, la visita á los presos, etc. En efecto, en razón de nuestra piedad para con los muertos, saciamos el hambre, apagamos la sed de estas almas santamente impacientes de ver á Dios y gozarle. Pagando sus deudas con nuestras obras satisfactorias, nos despojamos en cierto modo de nosotros mismos para revestirlas de la gloria inmortal; las libramos de un cautiverio más duro que la misma muerte; damos posada al peregrino hospedándolo en el mismo Cielo... Cuando llegue el día en que Jesús, nuestro Juez, dirigiéndose á nosotros nos diga: «Tuve hambre, y me disteis de comer, estuve enfermo y encarcelado, y me visitasteis...» Dichoso el cristiano, bienaventurado el Sacerdote que tenga en su favor un sin número de almas que tomen su defensa y respondan por él: «Sí, Señor, lo ha hecho: éramos vuestros miembros y sufríamos en el Purgatorio y él bajó con su caridad á socorrerlos prestándonos así á Vos mismo los oficios que hemos recibido de él.»

2.º Pensemos también en el cúmulo de gracias que esta consoladora devoción derrama sobre nosotros. Dios ha prometido conformar su misericordia con la nuestra y derramar sus dones con abundancia en

aquellos que socorren al indigente (1). Si El pudiera olvidarse de esta promesa se la recordarian todos esos cautivos, cuyas cadenas hemos roto, y cuyo reconocimiento será para nosotros durante la vida como en cualquier circunstancia en que tengamos necesidad de sus socorros, una fuente poderosa de valiosos recursos: *Amicus fidelis protectio fortis* (2). Cuando José hubo predicho al copero del rey de Egipto que sería restituido á su empleo, le conjuró que se acordara é intercediera por él cuando viera á Faraón (3). Súplica inútil, porque José permaneció olvidado. No sucederá así por cierto si libramos á las almas del Purgatorio; en el Cielo no hay ingratos. Estas almas bienaventuradas cuyos sufrimientos hemos abreviado y cuya felicidad hemos apresurado, aunque no sea más que de un día ó una hora, nos considerarán siempre como á sus insignes bienhechores.

Ellas pedirán y nos obtendrán todo lo que nos sea realmente útil ó necesario. Aunque al fin de nuestra vida nos encontráramos en grave peligro de perdernos, ellas rogarían á Dios por nosotros con tantas instancias que Dios se dejaría vencer. Jonatás, después de haber salvado al ejército de Israel, es condenado á muerte por haber hecho transgresión á un mandato de su padre. Mil veces se levantan en favor suyo y se oye exclamar por todas partes: *Ergone Jonathas morietur qui fecit salutem hanc magnam in Israël?* (4) Saúl, no pudiendo resistir, otorga gracia á su hijo. Del mismo modo intercederán por mí cerca de Dios estas almas que yo hubiere salvado del Purgatorio si eso llegara á suceder, y le dirán: ¡Ah Señor, ¿permitiréis que se pierda esa alma que tanto nos ha consolado en nuestra profunda aflicción? Rehusaréis hacer misericordia á quien con tanta

(1) Math., VII, 2. Luc., VI, 34.

(2) Eccli., VI, 38.

(3) *Tantum memento mei, cum tibi bene fuerit, et facias mecum misericordiam.* (Gen., XL, 14).

(4) Reg., XIV, 45.

caridad la practicó con nosotros? *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur.* La verdadera compasión por las almas del Purgatorio es señal de predestinación; tanto más cuanto que contribuye á nuestra santificación por las santas reflexiones que nos inspira.

3.º Al meditar en los fieles difuntos aprendemos á temer la justicia divina tal vez más que meditando en el Infierno. ¿Sobre quién descarga los golpes de su cólera? Sobre enemigos obstinados que han rechazado hasta el último instante la influencia de su gracia; sobre pecadores impenitentes que lo serán para siempre jamás.....; pero los habitantes del Purgatorio son justos que se durmieron en las dulzuras de la paz, elegidos que la Corte celestial está aguardando, y los cuales lejos de murmurar contra el Dios que los castiga, sólo tienen palabras para bendecirlo por haberlos salvado. Sus penas no menguan su amor; por su parte Dios los ama con ternura; y sin embargo, ¡con cuánto rigor los castiga!.... Y ¿qué es lo que castiga en ellos?... *Qui non timebit te, o rex gentium?* Si soy fiel á la gracia que acompaña á estas reflexiones, huiré el mal y aun la sombra del mal; me entregaré con todo ardor á la penitencia, persuadido de que Dios castigará en mí todo aquello que yo no quiera castigar por mí mismo, y que la satisfacción con la cual yo deje á Dios vengado, no podrá asemejarse á los castigos con que quiera El vengarse. Oh alma mía, sigue el consejo que da San Agustín: *Studeat ergo quisque sic delicta corrigere, ut post mortem non oporteat pœnam tolerare.* Digamos á menudo con él á Dios: *In hac vita purges me, et talem me reddas cui jam emendatorio igne non opus sit.* (R)

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La devoción á las almas del Purgatorio es cosa muy agradable al Cielo.*—Es del agrado de Dios porque glorifica su providencia, su santidad, su justicia, pero sobre todo, su misericordia. Es, con relación á su objeto, una especie de celo que no cede á la conversión de los paganos, y hasta en cierto modo le sobrepuja. No nos dice Dios como á Moisés: «Dejadme ejecutar mis amenazas» sino que al contrario nos dice: «Libradme de la necesidad en que me encuentro de castigar estas almas que me son tan queridas.» María, los ángeles, los santos, toda la corte celestial se alegra de su libertad.

PUNTO SEGUNDO.—*La devoción á las almas del Purgatorio es muy ventajosa para nosotros mismos.*—1.º Porque ejercitamos en ella la fe, la esperanza y la caridad. San Francisco de Sales hace notar que esta devoción abarca todas las obras de misericordia tan recomendadas en la Escritura: la limosna, la visita á los presos, el cuidado de los enfermos, etc.—2.º Es para nosotros fuente de gracias muy abundantes: Dios ha prometido conformar su misericordia á la nuestra. ¿Podrán por ventura olvidarnos en el Cielo aquellos á quienes se lo hemos proporcionado?—3.º Aprendamos también á temer á la Justicia divina, á huir hasta la sombra de pecado, á castigar en nosotros mismos y sin tardanza lo que Dios castiga con tanto rigor en las llamas del Purgatorio.

MEDITACIÓN CXLII

21 de Noviembre.—*LA PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.*—*Renovación de las promesas clericales.* Cave ne quando obliviscaris pacti Domini quod pepigit tecum. (Deut., IV, 23).

I Jesucristo dándose al Sacerdote para ser la porción de su herencia.

II El buen Sacerdote renovando la entrega que hizo de sí mismo á Jesucristo.

PUNTO I

Jesucristo se da al Sacerdote por su porción y herencia

El Salvador es el tesoro de todos los fieles; pero lo es de un modo especial de sus ministros. ¿He meditado bastante esa prerrogativa del cristiano y del Sacerdote?

1.º Nada más cierto que todos los fieles tienen derechos sagrados en la persona de Jesucristo; todo cristiano puede decir del modo más consolador: El Salvador me pertenece; su Padre me lo ha dado, El se me ha dado á sí mismo, he tomado posesión de él por el Bautismo, y puedo gozar de El por la fe (1). Esta hermosa donación de Dios á los hombres ha sido predicha por los profetas (2), publicada por los ángeles en el día del nacimiento del Redentor (3), consignada en el Evangelio (4), anunciada á toda la tierra por los apóstoles (5) y sus sucesores; la Iglesia la hace objeto de sus más armoniosos y solemnes cantos: *Nobis datus, nobis natus.*—*Se nascens dedit socium convescens in edulium, se moriens in pretium, se regnans dat in premium.* ¿Quién podrá poner en duda una verdad apoyada por tan fidedignos testimonios?

¡Oh Cristiano, Jesús os pertenece! ¿Qué más podéis desear si sabéis apreciar en su justo valor esta dicha? Las lágrimas que derramara su penitencia, la muerte que sufriera, sus virtudes, sus méritos... todo lo que pertenece á Jesús os pertenece á vos también, y

(1) Puede verse la exposición de esta doctrina en una obra de Bernardino de Pycquigni: *Verdadera manera de santificar su vida por la preparación á la muerte.*

(2) *Pavulus natus est nobis, et Filius datus est nobis.* (Is., IX, 6).

(3) *Natus est vobis hodie Salvator.* (Luc., II, 11).

(4) *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* (Joan., III, 16).

(5) *Tradidit semetipsum pro me.* (Gal., II, 120).—*Dedit semetipsum pro nobis.* (Tit., II, 16).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La devoción á las almas del Purgatorio es cosa muy agradable al Cielo.*—Es del agrado de Dios porque glorifica su providencia, su santidad, su justicia, pero sobre todo, su misericordia. Es, con relación á su objeto, una especie de celo que no cede á la conversión de los paganos, y hasta en cierto modo le sobrepuja. No nos dice Dios como á Moisés: «Dejadme ejecutar mis amenazas» sino que al contrario nos dice: «Libradme de la necesidad en que me encuentro de castigar estas almas que me son tan queridas.» María, los ángeles, los santos, toda la corte celestial se alegra de su libertad.

PUNTO SEGUNDO.—*La devoción á las almas del Purgatorio es muy ventajosa para nosotros mismos.*—1.º Porque ejercitamos en ella la fe, la esperanza y la caridad. San Francisco de Sales hace notar que esta devoción abarca todas las obras de misericordia tan recomendadas en la Escritura: la limosna, la visita á los presos, el cuidado de los enfermos, etc.—2.º Es para nosotros fuente de gracias muy abundantes: Dios ha prometido conformar su misericordia á la nuestra. ¿Podrán por ventura olvidarnos en el Cielo aquellos á quienes se lo hemos proporcionado?—3.º Aprendamos también á temer á la Justicia divina, á huir hasta la sombra de pecado, á castigar en nosotros mismos y sin tardanza lo que Dios castiga con tanto rigor en las llamas del Purgatorio.

MEDITACIÓN CXLII

21 de Noviembre.—*LA PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.*—*Renovación de las promesas clericales.* Cave ne quando obliviscaris pacti Domini quod pepigit tecum. (Deut., IV, 23).

I Jesucristo dándose al Sacerdote para ser la porción de su herencia.

II El buen Sacerdote renovando la entrega que hizo de sí mismo á Jesucristo.

PUNTO I

Jesucristo se da al Sacerdote por su porción y herencia

El Salvador es el tesoro de todos los fieles; pero lo es de un modo especial de sus ministros. ¿He meditado bastante esa prerrogativa del cristiano y del Sacerdote?

1.º Nada más cierto que todos los fieles tienen derechos sagrados en la persona de Jesucristo; todo cristiano puede decir del modo más consolador: El Salvador me pertenece; su Padre me lo ha dado, El se me ha dado á sí mismo, he tomado posesión de él por el Bautismo, y puedo gozar de El por la fe (1). Esta hermosa donación de Dios á los hombres ha sido predicha por los profetas (2), publicada por los ángeles en el día del nacimiento del Redentor (3), consignada en el Evangelio (4), anunciada á toda la tierra por los apóstoles (5) y sus sucesores; la Iglesia la hace objeto de sus más armoniosos y solemnes cantos: *Nobis datus, nobis natus.*—*Se nascens dedit socium convescens in edulium, se moriens in pretium, se regnans dat in premium.* ¿Quién podrá poner en duda una verdad apoyada por tan fidedignos testimonios?

¡Oh Cristiano, Jesús os pertenece! ¿Qué más podéis desear si sabéis apreciar en su justo valor esta dicha? Las lágrimas que derramara su penitencia, la muerte que sufriera, sus virtudes, sus méritos... todo lo que pertenece á Jesús os pertenece á vos también, y

(1) Puede verse la exposición de esta doctrina en una obra de Bernardino de Pycquigni: *Verdadera manera de santificar su vida por la preparación á la muerte.*

(2) *Pavulus natus est nobis, et Filius datus est nobis.* (Is., IX, 6).

(3) *Natus est vobis hodie Salvator.* (Luc., II, 11).

(4) *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* (Joan., III, 16).

(5) *Tradidit semetipsum pro me.* (Gal., II, 120).—*Dedit semetipsum pro nobis.* (Tit., II, 16).

podéis decirle en cierto modo lo que El decía á su Padre: *Omnia tua mea sunt*. Aceptad sin reserva un don que abraza todos los demás dones; servíos de él para aquello que lo habéis recibido: *ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam* (1). Uníos á Jesucristo por la fe, la esperanza y el amor. Ofrecedlo á Dios como complemento de lo que á vos falta; ofrecedle su vida sin mancilla para cubrir y borrar las iniquidades de la vuestra; sus virtudes por vuestros vicios, su corazón ardiente en caridad en lugar de vuestro corazón frío y sin vida... En él y por él cumpliréis toda justicia.

2.º Pero si Jesucristo está en mí como cristiano, lo está más particularmente por mi calidad de Sacerdote. «No participaréis del patrimonio de vuestros hermanos, había dicho el Señor á los hijos de Levi; Yo seré vuestra herencia en medio de los hijos de Israel: *Ego pars et hæreditas tua in medio filiorum Israël* (2).» Lo que para el primer sacerdocio no fué más que una figura, es una admirable realidad para el segundo. ¡Oh palabras que ninguna boca humana se hubiera atrevido á pronunciar si á ello no la hubiera autorizado la verdad misma: *Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei!* El mismo Dios es mi herencia y mi bien! La parte que no quiso darme entre los hijos del siglo, porque no era digna de su munificencia, ni del celestial ministerio á que me había llamado, me la da todos los días en la posesión real, personal y sustancial de sí mismo. Cuando bajo del altar, ¿no está acaso Jesucristo todo en mí?

Cuando considero la dignidad á que me ha elevado en su Iglesia, las funciones que allí cumplo, me explico fácilmente por qué la tribu sacerdotal es la que exclusivamente puede apropiarse de ese hermoso canto: *Dominus pars hæreditatis meæ*. Como Sacerdote que soy, Jesús me pertenece de tal suerte, que puedo repartirlo á los demás y disponer de El á mi antojo. No solamente me pertenece, sino que

(1) Joan., III, 16.

(2) Num., XVIII, 20.

está en mí, distribuyendo sus gracias, ejerciendo sus poderes, continuando su obra de redención. Quiere que en mi voz reconozca yo la suya: *Qui vos audit me audit*; faltarme á mí al respeto, sería faltarle á El: *Qui vos spernit, me spernit*. Todo Sacerdote es un hombre divino, que obra maravillas reservadas tan sólo á la divinidad: ved sino lo que hace en el confesonario y en el altar. ¡Oh rica dotación del Sacerdocio católico!

Es sin duda cierto que entre Jesús y sus ministros existen obligaciones recíprocas. El es la porción de su herencia, pero tan sólo á título de cambio; es todo para mí á condición de que yo sea todo para él. Entrando á formar parte de la santa milicia, he renunciado no sólo á la parte de los bienes, deleites y honores que el mundo podía prometer, si que también á mi libertad, á mis gustos y aun á mi propia vida; el carácter que me confirió el poder asombroso de inmolar á un Dios víctima, me ha inmolado también á mí mismo. Si, el Sacerdote está muerto y como sepultado con el Salvador en un nuevo bautismo; está muerto al mundo, á las pasiones que lo puedan turbar, á los temores que lo agiten, á las esperanzas que lo engañen... ¡Oh muerte preciosa á los ojos del Señor, pues en eso consiste la muerte de sus santos: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus!* Ella nos da una vida oculta á los ojos del mundo, vida del espíritu de Dios, vida de la fe, adornada de todas las virtudes que nos hace imágenes vivas de Jesucristo: *Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo* (1). Hé ahí, pues, lo que yo hubiera debido ser una vez consagrado al Hijo de Dios en calidad de ministro suyo; hé ahí lo que fui hasta cierto punto al comenzar mi carrera sacerdotal.... Pero ¡ay! cuán fácil es dejar enfriarse este primer fervor; por esto S. Pablo recomendaba á Timoteo que resucitara en él la gracia que había recibido por la imposición de las ma-

(1) Col., III, 3.

nos. A esto también me invita la fiesta de este día y el conmovedor ejemplo de la Santísima Virgen, dada al clero como Madre, Reina y modelo.

PUNTO II

El buen Sacerdote renueva frecuentemente el don que de sí mismo ha hecho á Jesucristo

María, joven aún, va al templo, pero no para consagrarse á Dios: su consagración irrevocable data desde el momento de su concepción inmaculada; no iba á entregarse sino á *presentarse* al Señor para reconocer por un acto exterior y solemne que El tenía el más completo dominio sobre Ella; iba á ofrecerse de nuevo al perfecto cumplimiento de sus designios; esto es precisamente lo que procura en este día imitar el buen Sacerdote. No se le oculta que ya no se pertenece más á sí mismo, y que así como es Sacerdote eterno, también se ha entregado á Jesucristo por toda una eternidad. ¿Qué hace pues? Trae á la memoria la misericordia del Señor para consigo, y á fin de darle un testimonio de reconocimiento que le sea agradable, confirma renovando los votos que le ha hecho.

1.º La vida de la Santísima Virgen no fué, por decirlo así, más que una continua acción de gracias. El mismo sentimiento que le ha de inspirar en casa de Isabel el sublime cántico *Magnificat anima mea Dominum*, es el que dirige sus pasos infantiles hacia el templo; si el Todopoderoso la tiene predestinada á grandes cosas, ¡qué prodigio de amor no ha obrado ya con su milagrosa é inmaculada Concepción! *Fecit mihi magna qui potens est*. Se halla tanto más confundida por los beneficios divinos, cuanto más indigna se reconoce de ellos: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ*; ¡Oh Sacerdote, ¿seréis ingrato? No sois vos quien habéis escogido al Señor, sino el Señor que os ha elegido á vos: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos*. ¡Qué bella es la misión á que os ha asocia-

do! *Sicut misit me vivens Pater, et ego mitto vos?* Quiere hacer de vos el compañero de sus trabajos en esta vida, donde todo pasa con asombrosa rapidez, para compartir con vos su gloria en el reino donde todo es estable y duradero. Habéis merecido Vos ser objeto de elección tan gloriosa? Buscad, pues, con el Profeta Rey, lo que podréis ofrecer á Aquel que todo os lo ha dado: *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?* y respondió con él: *Vota mea Domino reddam*.

2.º Contemplad á María postrada delante del altar y encontraréis en su sacrificio tres méritos diferentes que realzan su valor á los ojos del Señor: mérito en su prontitud, mérito en su generosidad, mérito en su fidelidad. Va á presentarse á Dios desde su más tierna edad. Otros hijos hubo, que fueron ofrecidos también en temprana edad por sus padres; pero la gloria de María está en haberse ofrecido á sí misma, sin otro impulso que el libre movimiento de su corazón. Lamentad el tiempo perdido y reparadlo con el fervor que debe acompañar la renovación de vuestros votos. Revestíos al menos en el día de hoy de aquellas santas disposiciones que tenía David, cuando exclamaba: *Dixi, nunc cæpi*. (1). Lo dije, y pongo manos á la obra: sí, ¡oh Dios mío! mil veces he rechazado ú olvidado vuestra gracia..., ahora cedo finalmente á sus atractivos. Lo dije muchas veces, y siempre mis palabras fueron vanas; pero ahora lo repito y á mis promesas veréis pronto seguirse la obra. Sacrificio generoso. Renuncia á las más legítimas y halagüeñas esperanzas, renuncia á todo para pertenecer más enteramente á Dios, y semejante ofrenda la hace con gozo, en la simplicidad de su corazón; nos parece oír todavía la voz de su ilustre abuelo que decía: *Scio, Deus meus, quod probes corda et simplicitatem diligas, unde et ego in simplicitate cordis mei lætus obtuli universa* (2). María se entrega para siempre. Lo que prometió lo cumple

(1) Ps., LXXVI, 11.

(2) 1 Paral., XXIX, 17.

con inviolable fidelidad. Una vez consumado su sacrificio, lo continúa; y si vuelve á sus compromisos es para confirmarlos con nuevos actos de consagración y ofrenda de sí misma. Subirá de virtud en virtud, de perfección en perfección hasta que su santidad y su gloria vayan á perderse y á engolfarse en la gloria y santidad del mismo Dios.

¡Oh Dios mío! demasiado reconozco mi inconstancia para que pueda descansar tranquilo sobre mis más sinceras resoluciones; pero á Vos me dirijo, Vos que tenéis los corazones en vuestras manos, compadeceos de mí os lo suplico, y confirmad las resoluciones que tome. Sean vuestros socorros proporcionados á mi debilidad, sostenedme en mis pruebas; haced que salga victorioso de mis combates, con aumento de fortaleza y de vigor (1). ¡Oh cielos, escuchad lo que voy á deciros; ¡oh María! que vuestra protección sea la garantía de mis promesas. No sólo con la boca sino con mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas renuevo esta profesión de mi fe, esta protesta de mi desprendimiento, este reconocimiento de mis deberes: *Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei; tu es qui restitues hæreditatem meam mihi.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Jesucristo dándose al Sacerdote para ser la porción de su herencia.*—El Salvador es el tesoro de todos los fieles, pero en modo particular de los Sacerdotes. 1.º Todo cristiano puede decir: Jesucristo me pertenece; el Padre eterno me lo ha dado; El se me ha dado á sí mismo, *Nobis natus, nobis datus.*—*Se nascens dedit socium...* 2.º Pero si yo lo poseo como cristiano, lo poseo mejor aún como Sacerdote. Lo que para el sacerdocio levítico no fué más que una figu-

(1) *Faciet etiam cum tentatione proventum.* (I. Cor., X, 13).

ra, es para nosotros la pura realidad: *Ego pars et hæreditas tua in medio florum Israël.* Desde el momento que soy Sacerdote, puedo disponer de Cristo á mi albedrío. Me pertenece y está conmigo: *qui vos audit, me audit.* Pero estas promesas entre Jesús y su ministro, son promesas recíprocas.

PUNTO SEGUNDO.—*El buen Sacerdote renovando la entrega de sí mismo que hizo á Jesucristo.*—María no va al templo para entregarse; esto lo hizo en el momento de su Concepción; va para presentarse solamente. Esto es lo que hace el Sacerdote en el día de hoy. Es un acto de reconocimiento. El sacrificio de María tiene tres méritos distintos: es pronto, generoso y constante. ¿Cómo podré yo imitarla?

ORACIONES

que se acostumbra rezar después de la meditación

I

O JESU, vivens in MARIA, veni, et vive in famulis tuis, in spiritu sanctitatis tuæ, in plenitudine virtutis tuæ, in perfectione viarum tuarum, in veritate virtutum tuarum, in communiōne mysteriorum tuorum: dominare omni adversæ potestati in Spiritu tuo, ad gloriam Patris. Amen.

II

Anima Christi, sanctifica me.
Corpus Christi, salva me.
Sanguis Christi, inebria me.
Aqua lateris Christi, lava me.
Passio Christi, conforta me.
O bone Jesu! exaudi me:
Intra tua vulnera absconde me.
Ne permittas me separari a te.
Ab hoste maligno defende me.
In hora mortis meæ, voca me
Et jube venire ad te,
Ut cum sanctis tuis laudem te,
In sæcula sæculorum. Amen.

III

Suscipe, Domine, universam meam libertatem. Accipe memoriam, intellectum, atque voluntatem omnem. Quidquid habeo, vel possideo, mihi largitus es: tibi totum id restituo, ac tuæ prorsus voluntati subjicio. Amorem tui solum cum gratia tua mihi dones, et dives sum satis, nec aliud quidquam ultra posco.

DIRECTIO INTENTIONIS ANTE MISSAM

1. OFFERTUR CUM PURISSIMA INTENTIONE.

Domine Deus, ego intendo, hoc mane, quam maximo possum amoris, reverentiæ, et devotionis affectu, sanctissimum missæ sacrificium majestati tuæ, cui soli debetur, offerre juxta ritum sanctæ Romanæ Ecclesiæ, et ex nunc offerre illud una cum omnibus sacrificiis tibi gratissimis, simulque pretium sanguinis Jesu Christi, merita beatæ Virginis et omnium sanctorum, totiusque Ecclesiæ preces et laudes in unione illius sacrificii, quod Christus in ultima cœna instituit et in cruce consummavit, factus ipse sacerdos et victima, affectu et nomine ejusdem Domini nostri Jesu Christi, totiusque Ecclesiæ, ex puro tui amore ac desiderio tui beneplaciti semper et in omnibus perficiendi.

2. PRO GLORIA DEI ET SANCTORUM.

Offero tibi illud in protestationem supremæ ac increatæ tuæ excellentiæ, domini tui in omnes creaturas, et nostræ subjectionis et dependentiæ a te; in gratiarum actionem omnium beneficiorum ulli unquam creaturæ collatorum et conferendorum; in plenam abolitionem omnis injuriæ ab ullo unquam tibi irrogatæ vel inferendæ, ac in cultum latræ tibi soli debitum, cum omnibus adorationibus Christi, beatæ Virginis, ac omnium angelorum et sanctorum, item in augmentum gaudii humanitatis Domini nostri Jesu Christi, in memoriam vitæ et passionis ejusdem, et in augmentum gloriæ ac beatitudinis immaculatissimæ Virginis, omniumque angelorum et sanctorum.

3. PRO IP SO CELEBRANTE

Offero etiam illud in gratiarum actionem pro omnibus beneficiis mihi collatis, in satisfactionem pro peccatis meis, de quibus summopere doleo, propter offensam et injuriam, quam tibi irrogavi, cum firmo emendationis proposito, et pro omnibus meis præsentibus et futuris animæ et corporis necessitatibus.

4. PRO OMNIBUS ALIIS

Offero demum pro omnibus vivis atque defunctis, pro quibus Dominus noster Jesus Christus et Virgo Maria sciunt et volunt ut sacrificem; pro parentibus, amicis, consanguineis atque benefactoribus meis; pro omni gradu sanctæ catholicæ Ecclesiæ, christianorum principum unione, hæresum et schismatum extirpatione, omnium infidelium nationum conversione; pro totius cleri et omnium religiosorum statuum conservatione et augmento, et pro animarum in purgatorio existentium liberatione, maxime autem pro N. N. qui eleemosynam dederunt et reliquerunt ut secundum eorum voluntatem hanc missam celebrarem, quibus intendo hunc fructum applicare quantum seis me posse vel debere.

5. CONCLUSIO ET SUPPLICATIO

Respice ergo me, indignissimum famulum tuum, quem pro vivis et defunctis legatione apud te fungi voluisti, ut defunctis requiem indulgeas, et vivis veniam gratiamque concedas tibi recte fideliterque serviendi, et in amore tuo usque in finem perseverandi. Amen.

Oratio Sancti Ambrosii

Ad mensam dulcissimi convivii tui, pie Domine Jesu Christe, ego peccator, de propriis meritis nihil præsumens, sed de tua confidens misericordia et bonitate, accedere vereor et contremisco. Nam cor et corpus habeo multis criminibus maculatum; mentem et linguam non caute custoditam. Ergo, o pia Deitas! o tremenda Majestas! ego miser inter angustias deprehensus, ad te, fontem misericordiæ, recurro, ad te festino sanandus; sub tuam protectionem fugio, et quem judicem sustinere nequeo, Salvatorem habere suspiro. Tibi, Domine, plagas meas ostendo; tibi verecundiam meam detego. Scio peccata mea multa et magna, pro quibus timeo. Spero in misericordias tuas quarum non est numerus. Respice ergo in me oculis misericordiæ tuæ, Domine Jesu Christe, Rex æternæ, Deus et Homo, crucifixus propter hominem. Exaudi me sperantem in te; miserere mei, pleni miseriis et peccatis, tu

qui fontem miserationis nunquam manare cessabis. Salve, salutaris Victima, pro me et omni humano genere in patibulo crucis oblata. Salve, nobilis et pretiose sanguis, de vulneribus crucifixi Domini mei Jesu Christi profluens, et peccata totius mundi abluens. Recordare, Domine, creaturæ tuæ, quam tuo sanguine redemisti. Pœnitet me peccasse; cupio emendare quod feci; aufer a me, quæso clementissime Pater, omnes iniquitates et peccata mea, ut purificatus mente et corpore digne degustare merear sancta sanctorum; et concede ut sancta prælibatio corporis et sanguinis tui, quam ego indignus sumere intendo, sit peccatorum meorum remissio, sit delictorum perfecta purgatio, sit turpium cogitationum effugatio, ac bonorum sensuum regeneratio, operumque tibi placentium salubris efficacia, animæ quoque et corporis contra inimicorum meorum insidias firmissima tuitio. Amen.

Oratio Sancti Thomæ Aquinatis.

Omnipotens sempiternæ Deus, ecce accedo ad sacramentum unigeniti Filii tui Domini nostri Jesu Christi; accedo tanquam infirmus ad medicum vitæ, immundus ad fontem misericordiæ, cæcus ad lumen claritatis æternæ, pauper et egenus ad Dominum cœli et terræ. Rogo ergo immensæ largitatis tuæ abundantiam, quatenus meam curare digneris infirmitatem, lavare fœditatem, illuminare cæcitatem, ditare paupertatem, vestire nuditatem, ut panem angelorum, Regem regum, Dominum dominantium, tanta suscipiam reverentia et humilitate, tanta contritione et devotione, tanta puritate et fide, tali proposito et intentione, sicut expedit salutem animæ meæ. Da mihi, quæso, Domini corporis et sanguinis non solum suscipere sacramentum, sed etiam rem et virtutem sacramenti. O mitissime Deus! da mihi corpus unigeniti Filii tui, Domini nostri Jesu Christi, quod traxit de Virgine Maria, sic suscipere, ut corpore suo mystico merear incorporari, et inter ejus membra connumerari. O amantissime Pater! concede mihi dilectum Filium tuum, quem nunc velatum in via suscipere propono, revelata tandem facio perpetuo contemplari. Qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus sancti, Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen.

Oratio ad Spiritum Sanctum

Veni, sancte Spiritus, amor Patris et Filii, mundator scelerum, curator vulnerum, fortitudo fragilium, merentium consolator, fulgor intellectus, et vindex libertatis. Veni e patria felicitatis, et cordis mei penetralibus tam potenter illabere ut vitia omnia et defectus tuo igne consumas et omnia peccata mea remittas. Emitte in animam meam lucis tuæ radium, quo illuminante intellectum, quæ tibi sunt placita videam; quo affectum inflammante, ad ea prosequenda tota virtute incumbam. Fac me dignum sacris altaribus ministrum; meque torrente tuæ voluptatis inebria, ut cœlesti suavitate in hac divinissima mensa degustata, nihil venenatæ mundi dulcedinis libeat amplius degustare. Imbuat me et perficiat septiformis Spiritus tuus, et ad illum scientiæ gradum fac me pertingere, ad quem pervenit apostolus tuus cum dicebat se nihil scire, nisi *Jesum Christum et hunc crucifixum*. Roboretur infirmitas mea fortitudine tua, vincat bonitas tua malitiam meam, et deformitas mea tua pulchritudine decoretur. Sursum erige me per æternorum affectionem, copula tecum per amoris unitatem, conserva per finalem perseverantiam, ut tuo ductu revolet anima mea ad te pricipium et finem suum a quo nunquam separetur. Amen.

Gregorius XIII, Pontifex Maximus, concessit cuilibet Sacerdoti dicenti ante celebrationem quæ sequuntur, quinquaginta annorum indulgentiam (1).

Ego volo celebrare Missam et conficere Corpus et Sanguinem Domini nostri Jesu Christi juxta ritum sanctæ Romanæ Ecclesiæ, ad laudem omnipotentis Dei totiusque curiæ triumphantis, ad utilitatem meam totiusque curiæ militantis, pro omnibus qui se commendaverunt orationibus meis, in genere, et in specie, et pro felici statu sanctæ Romanæ Ecclesiæ. Amen.

(1) Los autores varían acerca de la interpretación de estas indulgencias. Mgr. Bouvier y algunos otros ponen 50 días; pero parece ser que no se equivocan los que consignan 50 años, pues M. de Sambucy, en su *Manuel des Dévotions et Indulgences approuvées par le Saint-Siège; le Recueil de prières et de pratiques, etc.*, traducido de las 7.^a edición italiana, publicada en Roma y aprobada por la Santa Sede opina esto mismo y también el P. Mauré. S. J. en su libro titulado *Le chrétien éclairé sur la nature des indulgences*.

GRATIARUM ACTIO POST MISSAM

Antiphona.

Trium puerorum cantemus hymnum, quem cantabant sancti in camino ignis, benedicentes Dominum. *Tempore Paschali*. Alleluja.

Canticum trium Puerorum.

Benedicite, omnia opera Domini, Domino: laudate et superexaltate eum in sæcula.

Benedicite, angeli Domini, Domino: benedicite, cœli, Domino.

Benedicite, aquæ omnes quæ super cœlos sunt, Domino: benedicite, omnes virtutes Domini, Domino.

Benedicite, sol et luna, Domino: benedicite, stellæ cœli Domino.

Benedicite, omnis imber et ros, Domino: benedicite, omnes spiritus Dei, Domino.

Benedicite, ignis et æstus, Domino: benedicite, frigus et æstus, Domino.

Benedicite, rores et pruina, Domino: benedicite, gelu et frigus, Domino.

Benedicite, glacies et nives, Domino: benedicite, noctes et dies, Domino.

Benedicite, lux et tenebræ, Domino: benedicite, fulgura et nubes, Domino.

Benedicat terra Dominum: laudet et superexaltet eum in sæcula.

Benedicite, montes et colles, Domino: benedicite, universa germinantia in terra, Domino.

Benedicite, fontes, Domino: benedicite, maria et flumina, Domino.

Benedicite, cete, et omnia quæ moventur in aquis, Domino: benedicite, omnes volucres cœli Domino.

Benedicite, omnes bestiæ et pecora, Domino: benedicite, filii hominum, Domino.

Benedicat Israël Dominum: laudet et superexaltet eum in sæcula.

Benedicite, sacerdotes Domini, Domino: benedicite, servi Domini, Domino.

Benedicite, spiritus et animæ justorum, Domino: benedicite, sancti et humiles corde, Domino.

Benedicite, Anania, Azaria, Misaël Domino: laudate et superexaltate eum in sæcula.

Benedicamus Patrem et Filium cum Sancto Spiritu: laudemus et superexaltemus eum in sæcula.

Benedictus es, Domine, in firmamento cœli: et laudabilis et gloriosus, et superexaltatus in sæcula.

PSALMUS 150

Laudate Dominum in sanctis ejus: laudate eum in firmamento virtutis ejus.

Laudate eum in virtutibus ejus: laudate eum secundum multitudinem magnitudinis ejus.

Laudate eum in sono tubæ: laudate eum in psalterio et cithara.

Laudate eum in tympano et choro: laudate eum in chordis et organo.

Laudate eum in cymbalis benesonantibus, laudate eum in cymbalis jubilationis: omnis spiritus laudet Dominum.

Gloria Patri, etc.

Ant. Trium puerorum, etc.

Hyrie, eleison, etc.

Pater noster, *secreto*.

v. Et ne nos inducas in tentationem.

r. Sed libera nos a malo.

v. Confiteantur tibi, Domine, omnia opera tua.

r. Et sancti tui benedicant tibi.

v. Exultabunt sancti in gloria.

r. Lætabuntur in cubilibus suis.

v. Non nobis, Domine, non nobis.

r. Sed nomini tuo da gloriam.

v. Domine, exaudi orationem meam.

r. Et clamor meus ad te veniat.

v. Dominus vobiscum.

r. Et cum spiritu tuo.

OREMUS

Deus, qui tribus pueris mitigasti flammam ignium, concede propitius, ut nos famulos tuos non exurat flamma vitiorum.

Actiones nostras quæsumus, Domine, aspirando præveni, et adjuvando proseguere, ut cuncta nostra oratio et operatio a te semper incipiat, et per te cœpta finiatur.

Da nobis, quæsumus, Domine, vitiorum nostrorum flammam extinguere, qui beato Laurentio tribuisti tormentorum suorum incendia superare. Per Christum Dominum nostrum.

ORATIO SANCTI THOMÆ AQUINATIS

Gratias tibi ago, Domine sancte, Pater omnipotens, æternæ Deus, qui me peccatorem, indignum famulum tuum, nullis meis meritis, sed sola dignatione misericordiæ tuæ satiare dignatus es pretioso Corpore et Sanguine Filii tui Domini nostri Jesu Christi. Te deprecor, ut hæc sancta communio nonsit mihi reatus ad penam, sed intercessio salutaris ad veniam: sit mihi armatura fidei, et scutum bonæ voluntatis: sit vitiorum meorum evacuatio; concupiscentiæ et libidinis exterminatio; charitatis et patientiæ, humilitatis et obedientiæ, omniumque virtutum augmentatio; contra insidias inimicorum omnium, tam visibilium quam invisibilium firma defensio; motuum meorum, tam carnalium quam spiritualium, perfecta quietatio, in te uno ac vero Deo firma adhæsiō, atque mei finis felix consummatio. Et precor te, ut ad illud ineffabile convivium me peccatorem perducere digneris, ubi tu cum Filio tuo et Spiritu Sancto, sanctis tuis es lux vera, satiety plena, gaudium sempiternum, jucunditas consummata, et felicitas perfecta. Per eundem Christum Dominum nostrum.

Actus amoris post Missam

Amo te, Domine Jesu, jucunditas mea et requies mea; amo te, summum et unicum bonum meum, ex toto corde, ex tota mente, ex tota anima, ex totis viribus meis; et si tu vides me in hoc deficere, saltem desidero amare te, et si satis id non opto, saltem desidero id multum desiderare. Succen-

de, Domine, igne tuo ardentissimo viscera mea, et quandoquidem non nisi amorem petis a me, da quod jubes, et jube quod vis. Nisi enim dederis mihi velle et perficere, peribo utique in infirmitate mea. Sonet vox tua in auribus meis, vox illa dulcissima et efficacissima: *Volo*. Nam si vis, potes me mundare et illuminare; potes me ad supremum amoris gradum elevare. Sicut voluisti pro me pati et mori, ita etiam velis ut appareat in me fructus passionis et mortis tuæ. Memento verbi tui servo tuo, in quo mihi spem dedisti; tu enim dixisti: *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in eo*. O dulcissimum verbum. Tu in me et ego in te! O quantus amor, tu in me vilissimo peccatore, et ego in te, Deus meus, cujus majestas incomprehensibilis est! Unum est mihi necessarium, et hoc solum quæro, in te vivere, in te quiescere, a te nunquam separari. Felix est qui te quærit, felicior qui te possidet, felicissimus qui in hac possessione perseverat et moritur. O dies infelices, quos turpiter transegi diligens vanitatem, et recedens a te! Et nunc, Domine, qui venisti in hunc mundum, ut peccatores salvos faceres, redime animam meam in sola fiducia miserationum tuarum respirantem, et aufer a me omnia amoris tui impedimenta. Procul sit a me omnis terrena delectatio; nihil sapiat mihi, nihil me alliciat nisi tu. Vive et regna semper in me, fidelissime amator animæ meæ: in te enim sunt omnia bona, et jam deinceps paratus sum omnia potius mala perpeti quam ut unquam cessem amare te. O corpus sacratissimum, quinque vulneribus sauciatum, pone te ut signaculum super cor meum et imprime illi charitatem tuam. Obsigna pedes meos, ut sequar vestigia tua: obsigna manus, ut bona semper opera exerceam; obsigna latus, ut ferventissimos amoris tui actus proferam in æternum. O sanguis pretiosissime, qui omnem hominem abluis et purificas, lava animam meam, et pone signum in faciem meam, ut nullum præter te amorem admittam! O dulcedo cordis mei et vita animæ meæ, sicut tu in Patre, et Pater in te est, ita ego per gratiam tuam unus tecum sim amore et voluntate, mihi que mundus crucifixus sit, et ego mundo! Amen.

Oblatio post Missam.

Servus tuus ego sum, Domine Deus meus, et pro tributo servitutis meæ aliquid tibi offerre vellem, quod majestate tua dignum et acceptabile foret; sed excedit omnem facultatem meam debitum meum, quia tantum tibi debeo, quanti tu vales, qui infinitus es, me et ex me quidem nihil possum, nihil sum; habeo tamen ex gratia tua donum præclarissimum, quod nullo modo recusare potes; habeo dilectissimum Filium tuum Dominum meum Jesum Christum, qui ita se mihi communicavit, ut ego in illo, et ille in me sit. Quare verba prophetæ tui aptissime usurpabo, et dicam: *Benedic, anima mea, Domino, et omnia quæ intra me sunt nomini sancti ejus*. Ipse enim Filius tuus digne pro me nomini tuo benedicet, teque amabit, et glorificabit, nam intra me sacramentaliter existens factus est unum mecum, et ego unum cum illo. Ipsum igitur offero tibi velut thymiana suavissimi odoris ad maximam tui gloriam et honorem; in gratiarum actionem pro universis beneficiis tuis; in remissionem peccatorum meorum et totius mundi; ad impetrandum mihi et omnibus pro quibus oravi et orare debeo, omnia subsidia vitæ temporalis et æternæ, et pro animabus omnium fidelium defunctorum. Suscipe, Domine, cum hac sacratissima oblatione, animam meam et corpus meum, omnes vires et affectus meos, ut sim perpetuum holocaustum jugiter ardens majestatis tuæ. Præsta ut deinceps nec membra, nec sensus, nec potentias, nec vitam habeam, nisi ut et amem et serviam tibi. Tu sapientia mea, tu lux mea es, tu fortitudo mea et robur meum: doce me, illumina me, corrobora me, ut cognoscam et faciam voluntatem tuam. Offero me tibi in servum perpetuum, meque totum signo in beneplacitum tuum, abjecta de me omni cura et sollicitudine. Quidquid mihi evenire permiseris a divina manu tua et amantissime suscipiam. In tempore et in æternitate id volo, quod tu ab æterno de me decrevistis, sive prosperum illud sit, sive adversum. Vivat semper et regnet super me beneplacitum tuum, quod in omni verbo, actione, cogitatione, et levissimo quoque motu implere desidero. Domine: ante te omne desiderium meum, et gemitus meus a te non est absconditus. Desunt enim mihi verba, quibus, explicem affectum meum sed projicio me in ardentissimam forn-

cem amoris tui, quo succensus ad me venire dignatus es, et mansionem apud me facere. Succende me, Domine, inflamma cor meum, viscera combure, ut jugiter tibi ardeam, in te vivam, et in te moriar. Amen.

Petitiones post Missam.

Dulcissime amator, Domine Jesu Christe, qui me corpore tuo immaculato et pretiosissimo sanguine refecisti, ignosce, obsecro, indignitati meæ, et quidquid deliqui in hujus missæ celebratione misericorditer indulge. Agnosco enim et confiteor præsumptionem meam, quia ad hoc tremendum mysterium accedere ausus sum sine debita præparatione, reverentia, humilitate et charitate. Respice in me oculis misericordiæ tuæ, et supple excessu meritorum tuorum meam nimiam imperfectionem. Heu! quoties venisti ad me ut pauperrimam animam meam donis tuis locupletares? Ego autem contempsi te, et abii in regionem dissimilitudinis post prava desideria cordis mei. Cumque inutiliter dissipata omni substantia, ad te nudus et fame consumptus reversus sum, tu suscepisti me, et omnium iniquitatum mearum oblitus es. Bonum mihi quod amasti me amore æterno et infinito: nisi enim infinita esset bonitas tua, nullo modo posses tolerare miseriam meam. Vincat igitur et absorbeat bonitas tua malitiam meam. Riga me lacrymis, quas fudisti pro me; unge me myrrha doloris tui, astringe vinculis, ablue sanguine, cruce erige, morte vivifica. Penetret amor tuus viscera mea, et omnem alienum amorem expellat. Abscedat phantasmatum multitudo; meque totum in te transforma, ut in te pereat omnis substantia mea, meque amplius non inveniam nisi in te. Imprime cordi meo amorem crucis et humiliationis, qui, ut me redimeres, nec uno quidem momento sine cruce esse voluisti. Ne patiaris me sine fructu a te recedere, sed operare mecum mirabilia tua, sicut cum sanctis tuis operatus es: et fac me ambulare in fortitudine cibi istius usque ad montem perfectionis. Succende me ignita vi amoris tui, ut sim tecum consummatus in unum omnino abstractus a me ipso, et ab omni creatura. Omnibus quoque famulis tuis, pro quibus obtuli hoc sacrificium, et pro quibus orare debeo, seu tu rogari vis, da pacem, salutem, et tuam benedictionem. Convertite miseros peccatores ad te, revoca hæreticos atque schismaticos, illu-

mina infideles et ignorantes. Adesto omnibus qui in aliqua necessitate et tribulatione constituti sunt. Esto propitius propinquis et benefactoribus meis. Miserere omnium adversantium mihi, vel qui me aliqua molestia affecerunt. Succurre illis qui se meis præcibus commendarunt. Da vivis veniam et gratiam, da fidelibus defunctis lucem et requiem sempiternam. Amen.

Oratio Sancti Bonaventurae.

Transfige, dulcissime Domine Jesu, medullas et viscera animæ meæ suavissimo ac saluberrimo amoris tui vulnere, vera, serenaque et apostolica sanctissima charitate; ut langueat te liquefiat anima mea solo semper amore et desiderio tui; te concupiscat et deficiat in atria tua; cupiat dissolvi et esse tecum. Da ut anima mea te esuriat, panem angelorum refectionem animarum sanctarum, panem nostrum quotidianum, supersubstantialem, habentem omnem dulcedinem et saporem, et omne delectamentum suavitatis; te in quem desiderant angeli prospicere, semper esuriat et comedat cor meum, et dulcedine saporis tui repleantur viscera animæ meæ; te semper sitiât fontem vitæ, fontem sapientiæ et scientiæ, fontem æterni luminis, torrentem voluptatis, ubertatem domus Dei; te semper ambiat, te quærat, te inveniat, ad te tendat, ad te perveniat, te meditetur, te loquatur, et omnia operetur in laudem et gloriam nominis tui, cum humilitate et discretione, cum dilectione et delectatione, cum facilitate et affectu, cum perseverantia usque in finem; et tu sis solus semper spes mea, salus mea, tota fiducia mea, divitiæ meæ, delectatio mea, jucunditas mea, gaudium meum, quies et tranquillitas mea, pax mea, suavitas mea, odor meus, dulcedo mea, cibus meus, refectio mea, refugium meum, auxilium meum, sapientia mea, portio mea et possessio mea, thesaurus meus in quo fixa, et firma, et immobiliter sit radicata mens mea et cor meum. Amen.

Formula gratiarum actionis.

O dulcedo cordis mei, et vita animæ meæ, et jucunda requies spiritus mei, dulcis Jesu! immortales tibi ago gratias pro omnibus beneficiis mihi collatis; signanter vero, quia

hodie me dignum fecisti, verum et immaculatum corpus et sanguinem tuum pretiosum consecrare, pertractare, illudque tibi offerre in memoriam tuarum mirabilium, ad tuam gloriam et in remissionem omnium peccatorum, tam meorum quam illorum pro quibus orare offerre proposui, illoque in salutem et consolationem animæ meæ cibari et nutrir. Quapropter vere dicere audeo: Cibus meus Christus, et ego ejus. Multiplico ergo, et quotiescumque respiro, multiplicare intendo meam voluntatem in infinitum in tuis laudibus; precorque beatissimam Virginem, angelos, sanctos, sanctas, et creaturas universas, pro me immensas tibi referre gratias. Imo quia ista minime sufficiunt, te supplico ut tibi ipsi gratias agere, te laudare et glorificare complaceas: et qui dignatus es istam indignam, tuam tamen facere habitationem, dignare quoque apud ipsam perpetuam facere mansionem. Effice me hominem secundum cor tuum. Une me tibi intime, et totum transforma, ac transmuta in te. Salva me Jesu, Christe; et cunctam a me hostis antiqui depelle nequitiam per tuam innocentissimam passionem. Oro, itidem, ut digneris gratias et indulgentias omnes, quas hoc sacrificio vel communione mediante, acquirere et lucrari possum, concedere tam mihi quam aliis vivis et defunctis quibus applicare proposui; quia te ipsum et pro ipsis exoro pro quibus et tu vis, et Sanctissimus Pontifex intendit hac de causa me debere orare. Amen.

Pater et Ave.

A. M. D. G.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
MEDITACIÓN LXXII.—2 de Febrero.— <i>Purificación de la Santísima Virgen.</i> —(Véase el tomo IV, página 83)	5
MEDITACIÓN LXXIII.—10 de Febrero.— <i>Santa Escolástica</i>	5
Punto I.—Amor á la soledad.	
» II.—Ventajas que se originan de los coloquios espirituales.	
» III.—Poder de la inocencia.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	10
MEDITACIÓN LXXIV.—ELECCIÓN DE SAN MATÍAS.— <i>Contemplación</i>	10
Punto I.—Contemplar las personas.	
» II y III Considerar las acciones y escuchar las palabras.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	14
MEDITACIÓN LXXV.—7 de Marzo.— <i>Santo Tomás de Aquino. Estudios eclesiásticos</i>	15
Punto I.—El Sacerdote necesita estudiar continuamente; ya sea para ir adquiriendo nuevos conocimientos, ya sea para conservar los conocimientos adquiridos.	
» II.—Grandes ventajas del estudio eclesiástico.	
» III.—Disposiciones que se requieren para este estudio.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	19

hodie me dignum fecisti, verum et immaculatum corpus et sanguinem tuum pretiosum consecrare, pertractare, illudque tibi offerre in memoriam tuarum mirabilium, ad tuam gloriam et in remissionem omnium peccatorum, tam meorum quam illorum pro quibus orare offerre proposui, illoque in salutem et consolationem animæ meæ cibari et nutrir. Quapropter vere dicere audeo: Cibus meus Christus, et ego ejus. Multiplico ergo, et quotiescumque respiro, multiplicare intendo meam voluntatem in infinitum in tuis laudibus; precorque beatissimam Virginem, angelos, sanctos, sanctas, et creaturas universas, pro me immensas tibi referre gratias. Imo quia ista minime sufficiunt, te supplico ut tibi ipsi gratias agere, te laudare et glorificare complaceas: et qui dignatus es istam indignam, tuam tamen facere habitationem, dignare quoque apud ipsam perpetuam facere mansionem. Effice me hominem secundum cor tuum. Une me tibi intime, et totum transforma, ac transmuta in te. Salva me Jesu, Christe; et cunctam a me hostis antiqui depelle nequitiam per tuam innocentissimam passionem. Oro, itidem, ut digneris gratias et indulgentias omnes, quas hoc sacrificio vel communione mediante, acquirere et lucrari possum, concedere tam mihi quam aliis vivis et defunctis quibus applicare proposui; quia te ipsum et pro ipsis exoro pro quibus et tu vis, et Sanctissimus Pontifex intendit hac de causa me debere orare. Amen.

Pater et Ave.

A. M. D. G.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
MEDITACIÓN LXXII.—2 de Febrero.— <i>Purificación de la Santísima Virgen.</i> —(Véase el tomo IV, página 83)	5
MEDITACIÓN LXXIII.—10 de Febrero.— <i>Santa Escolástica</i>	5
Punto I.—Amor á la soledad.	
» II.—Ventajas que se originan de los coloquios espirituales.	
» III.—Poder de la inocencia.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	10
MEDITACIÓN LXXIV.—ELECCIÓN DE SAN MATÍAS.— <i>Contemplación</i>	10
Punto I.—Contemplar las personas.	
» II y III Considerar las acciones y escuchar las palabras.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	14
MEDITACIÓN LXXV.—7 de Marzo.— <i>Santo Tomás de Aquino. Estudios eclesiásticos</i>	15
Punto I.—El Sacerdote necesita estudiar continuamente; ya sea para ir adquiriendo nuevos conocimientos, ya sea para conservar los conocimientos adquiridos.	
» II.—Grandes ventajas del estudio eclesiástico.	
» III.—Disposiciones que se requieren para este estudio.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	19

MEDITACIÓN LXXVI.—19 de Marzo.—SAN JOSÉ.—*Sus privilegios y grandezas.* 20

Punto I.—Privilegios de San José como esposo de María: Virum Mariæ

» II.—Privilegios de San José como padre de Jesús.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN 26

MEDITACIÓN LXXVII.—*Tres virtudes de San José propuestas particularmente á la imitación de los Sacerdotes.* 27

Punto I.—Fe viva de San José.

» II.—Humildad de San José

» III.—Esperanza de San José.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN 32

MEDITACIÓN LXXVIII.—21 de Marzo.—SAN BENITO. 33

Punto I.—Prodigios de la gracia para San Benito que halla la vida en la muerte.

» II.—Prodigios de la gracia para con San Benito el cual halla la riqueza en la pobreza.

» III.—Prodigios de la gracia para con San Benito, el cual encuentra gloria incomparable en la más profunda oscuridad

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN 33

MEDITACIÓN LXXIX.—25 de Marzo, LA ANUNCIACIÓN. 39

Punto I.—El Cielo envía una embajada á la Virgen.

» II.—María recibe la embajada celestial y el honor de la divina maternidad.

» III.—Grandeza del alma de María en el misterio de la Anunciación.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN 43

MEDITACIÓN LXXX.—*El mismo día.—El Ave María.* 45

Punto I.—Aprendamos del Espíritu Santo cómo debemos alabar y honrar á María.

» II.—Aprendamos de la Iglesia cómo debemos invocar á María.

MEDITACIÓN LXXXI.—1.º de Mayo.—*El mes de María del buen Pastor.* 51

PUNTO I.—El mes de María es para el buen Sacerdote un mes lleno de alegría.

» II.—¿Qué debe hacer el buen pastor para ver realizadas las esperanzas que acaricia en este mes?

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN 56

MEDITACIÓN LXXXII.—3 de Mayo.—*El Misterio de la Cruz considerado con relación á nosotros y á nuestra propia santificación.* 56

PUNTO I.—La meditación de los sufrimientos de Jesucristo nos asegura el Corazón de Dios, porque este le agrada de una manera singular.

» II.—La meditación de los dolores de Jesucristo asegura á Dios nuestro corazón.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 61

Sección tercera

MEDITACIÓN LXXXIII.—*Domingo de la Santísima Trinidad.* 62

PUNTO I.—El buen Sacerdote honra el misterio de la Santísima Trinidad ofreciéndole el triple homenaje de su espíritu, de su corazón y de su imitación

» II.—El buen Sacerdote procura hacer honrar el misterio de la Santísima Trinidad. 67

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN 67

MEDITACIÓN LXXXIV.—*La fiesta del Santísimo Sacramento.* 68

PUNTO I.—Dos fines que se propuso la Iglesia al instituir la solemnidad del Santísimo Sacramento.

II.—¿Qué debe hacer el Sacerdote para conformarse con el espíritu de esta solemnidad?

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 74

MEDITACIÓN LXXXV.—*Preparación para la Santa Misa*

PUNTO I.—Necesidad de preparación al Divino Sacrificio

» II.—Jesucristo con su ejemplo nos enseña esta preparación.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 79

	<u>Páginas</u>
MEDITACIÓN LXXXVI.— <i>La acción de gracias después de la Misa. Su obligación</i>	80
Punto I.—La acción de gracias después de la Misa es un deber del más justo reconocimiento.	
» II.—La acción de gracias después de la Misa es un deber del cual podemos sacar inapreciables frutos.	
» III.—La acción de gracias después de la Misa es un deber cuya omisión sería causa de una muy culpable irreverencia.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	85
MEDITACIÓN LXXXVII.— <i>La acción de gracias después de la Misa: su práctica</i>	86
Punto I.—Se entra en el santo ejercicio de la acción de gracias.	
» II.—El cuerpo de la acción de gracias.	
» III.—Conclusión de la acción de gracias.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	92
MEDITACIÓN LXXXVIII.— <i>Lunes de la Octava del Santísimo Sacramento</i> .—Las santas alegrías que procura la comunión bien hecha.	93
Punto I.—Es propio de la Comunión producir alegrías espirituales.	
» II.—En qué consiste los santos placeres que produce la Eucaristía en las almas.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	97
MEDITACIÓN LXXXIX.— <i>Martes de la octava del Santísimo Sacramento. Disposiciones necesarias para la Misa Eucarística</i>	98
Punto I.—Ardiente deseo de comulgar.	
» II.—Recogerse en profunda calma.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	102
MEDITACIÓN XC.— <i>Miércoles de la Octava</i> .— <i>Visitas al Santísimo Sacramento</i>	103
Punto I.—El buen Sacerdote desea ardentemente visitar á Nuestro Señor en el santuario.	
» II.—Lo que hace el buen Sacerdote en sus visitas al Santísimo Sacramento.	

	<u>Páginas</u>
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	109
MEDITACIÓN XCI.— <i>Aplicaciones de los sentidos al misterio de la Eucaristía</i>	109
Punto I.—Aplicación de la vista.	
» II.—Aplicación del oído.	
» III.—Aplicación del olfato.	
» IV.—Aplicación del gusto.	
» V.—Aplicación del tacto.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	115
MEDITACIÓN XCII.— <i>La Fiesta del Sagrado Corazón</i> .— <i>El Corazón de Jesucristo hablando al corazón de los Sacerdotes</i>	116
Punto I.—Las quejas del adorable Corazón de Jesús.	
» II.—Las peticiones del Corazón de Jesús.	
» III.—Las promesas del Corazón de Jesús.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	122
MEDITACIÓN XCIII.— <i>TERCERA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS</i> .— <i>Hic peccatores recipit</i> . (Tom. II, página 84.)	123
MEDITACIÓN XCIV.— <i>CUARTA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS</i> .— <i>Ex hoc jam homines eris capiens</i> . (Tomo III, p. 138.)	123
MEDITACIÓN XCV.— <i>QUINTA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS</i> .— <i>Nisi abundaverit justitia vestra plus quam Scribarum et Phariseorum, non intrabitis in regnum caelorum</i> . (Matth., V, 20.)	123
Punto I.—Dios quiere que la justicia de los Sacerdotes sea abundante.	
» II.—Cómo los Sacerdotes pueden merecer los reproches hechos á los Escribas y Fariseos.	
RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	127
MEDITACIÓN XCVI.— <i>SEXTA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS</i> .— <i>Multiplicación de los panes</i> . (Tom. IV, pág. 230.)	127
MEDITACIÓN XCVII.— <i>SEPTIMA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS</i> .—(Tom. III, p. 345.)	127
MEDITACIÓN XCVIII.— <i>OCTAVA DOMÍNICA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS</i> .— <i>El ecónomo infiel, pero prudente</i> . PREL. SACERDOTE, V.	24

paración al juicio de Dios 128

Punto I.—Exige la prudencia que yo me prepare al juicio de Dios.

» II.—Cómo debo prepararme para el juicio de Dios.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 133

MEDITACIÓN XCIX.—DOMÍNICA IX DE PENTECOSTÉS.—*Las lágrimas de Jesús.* (Tom. IV, p. 258.) 133

MEDITACIÓN C.—DOMÍNICA X DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*El fariseo y el publicano.—El orgullo.* 134

Punto I.—Carácter particular del orgullo.

» II.—Inconsecuencia y locura del orgullo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 139

MEDITACIÓN CI.—DOMÍNICA XI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Bene omnia fecit.* (Tom. II, p. 366.) 140

MEDITACIÓN CII.—DOMÍNICA XII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*El buen Samaritano.* 140

Punto I.—Jesucristo es el buen Samaritano de que nos habla el Evangelio.

» II.—Jesús quiere que sus discípulos, y sobre todo sus Sacerdotes imiten su caridad para con el prójimo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 145

MEDITACIÓN CIII.—DOMÍNICA XII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Ingratitud hacia Dios.* 149

Punto I.—En qué consiste la ingratitud hacia Dios.

» II.—Cuáles en sí el crimen de la ingratitud hacia Dios?

» III.—Funestos resultados de la ingratitud hacia Dios.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 151

MEDITACIÓN CIV.—DOMÍNICA XIV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*El buen Sacerdote honra á la Providencia.*—(T. II, pág. 307). 152

MEDITACIÓN CV.—DOMÍNICA XV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*La Muerte.*—(T. I, pág. 328). 151

MEDITACIÓN CVI.—DOMÍNICA XVI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*La humildad le es sumamente necesaria al varón apostólico.*—(T. II, pág. 231). 152

MEDITACIÓN CVII.—DOMÍNICA XVII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*El amor de Dios.*—(T. III, pág. 351). 153

MEDITACIÓN CVIII.—DOMÍNICA XVIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Cuidados de los enfermos.*—(T. III, pág. 190). 153

MEDITACIÓN CIX.—DOMÍNICA XIX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*El banquete Eucarístico.* 153

Punto I.—El banquete Eucarístico es infinitamente preferible á todos los banquetes del mundo.

» II.—Cuál es la vestidura nupcial que el Sacerdote debe llevar al banquete eucarístico?

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 158

MEDITACIÓN CX.—DOMÍNICA XX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*El poder de la fe.*—(T. II, pág. 138). 159

MEDITACIÓN CXI.—DOMÍNICA XXI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Uso del talento sacerdotal.* 159

Punto I.—Qué talento me ha sido confiado en el día de mi ordenación.

» II.—Dicha del Sacerdote fiel en hacer valer sus talentos.

» III.—Desgracia del Sacerdote que deja improductivos los dones recibidos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 164

MEDITACIÓN CXII.—DOMÍNICA XXII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Deberes del Clero para con los poderes temporales.* 165

Punto I.—El clero debe enseñar á los fieles sus obligaciones para con los gobernantes.

» II.—El clero debe dar ejemplo de fidelidad en dar lo que es debido á los poderes de la tierra.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 170

MEDITACIÓN CXIII.—DOMÍNICA XXIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Muerte y resurrección de la hija de Faíro: muerte y resurrección de las almas, gran objeto de la solicitud pastoral.* 171

Punto I.—Muerte del alma por el pecado.

» II.—Resurrección del alma por la gracia de la justificación.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 175

MEDITACIÓN CXIV.—Dominga XXIV después de Pentecostés.
—Gloria y felicidad del buen Sacerdote en los preparativos del juicio final.—(T. II, pág. 38). . . 176

MEDITACIÓN CXV.—Dominga XXV después de Pentecostés.
—Dedicación de las Iglesias. Honor que les es debido. 176

Punto I.—Nuestras iglesias son la casa de Dios: respetémoslas.

» II.—Nuestras iglesias son las puertas del cielo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 179

MEDITACIÓN CXVI.—El celo de la casa de Dios en el corazón del buen Sacerdote es un fuego que le devora. Zelus domus tuæ comedit me. (Joan., II, 17.) . . 181

Punto I.—Motivos que deben inflamar nuestro celo por el honor de nuestras iglesias.

» II.—Cualidades del celo Sacerdotal por el honor de la iglesia

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 185

Sección segunda

MEDITACIÓN CXVII.—16 de Junio.—S. Juan Francisco Regis. 186

Punto I.—Caridad ardiente de San Francisco Regis.

» II.—Paciencia invencible de San Francisco Regis.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 191

MEDITACIÓN CXVIII.—21 de Junio.—San Luis Gonzaga. . 192

Punto I.—Inocencia de San Luis Gonzaga. Cuál fué su perfección y cuál su recompensa.

» II.—Penitencia de Luis Gonzaga.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 197

MEDITACIÓN CXIX.—24 de Junio.—Natividad de San Juan Bautista. 198

Punto I.—En la persona de San Juan Bautista todo es para Jesucristo: el ministerio que se le ha confiado, y las gracias que recibe.

» II.—En la persona de San Juan Bautista todo es de Jesucristo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 203

MEDITACIÓN CXX.—19 de Junio.—San Pedro es elegido jefe de la Iglesia. Contemplación.

Punto I.—Contemplar las personas.

» II y III.—Escuchar las palabras: considerar las acciones.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 208

MEDITACIÓN CXXI.—2 de Julio.—La Visitación de la Santísima Virgen. 209

Punto I.—La caridad es el motivo único que determinó al Hijo de Dios visitar al género humano. Este mismo motivo decidió á María Santísima ir á visitar á Santa Isabel.

» II.—Humildad del Hijo de Dios visitando á los hombres por la Encarnación: humildad de María visitando á Isabel.

» III.—La santificación de las almas es el fin único de la encarnación de Jesús y de la visita de María.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 211

MEDITACIÓN CXXII.—16 de Julio.—Nuestra Señora del Carmen. El escapulario de la Santísima Virgen. 215

Punto I.—Excelencia de la devoción del escapulario considerada en sí misma.

» II.—La excelencia de la devoción al escapulario y los privilegios que le son anejos.

» III.—Práctica de la devoción del escapulario. ®

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 222

MEDITACIÓN CXXIII.—18 de Julio.—San Vicente de Paúl. Pater eram pauperum. Job, XXIX, 16. 222

Punto I.—Amor de San Vicente por los pobres.

» II.—Celo de Vicente de Paúl por la salvación de los pobres.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 225

MEDITACIÓN CXXIV.—25 de Julio.—Santiago el Mayor. 229

Punto I.—Santiago honró el ministerio apostólico por las cualidades que aportó á su desempeño.

» II.—Forma en que Santiago ejerce este sublime y divino ministerio.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 235

MEDITACIÓN CXXV.—30 de Julio.—*San Ignacio de Loyola.* 236

Punto I.—San Ignacio buscó en todas las cosas la gloria de Dios.

» II.—San Ignacio sólo buscó la gloria de Dios.

» III.—San Ignacio sólo buscó la mayor gloria de Dios.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 241

MEDITACIÓN CXXVI.—4 de Agosto.—*Santo Domingo.* 242

Punto I.—La devoción á María es un poderoso auxilio del celo sacerdotal.

» II.—Razones de esta poderosa eficacia.

» III.—Cómo podemos interesar más y más á la Madre de Dios en el feliz éxito de nuestros trabajos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 249

MEDITACIÓN CXXVII.—6 de Agosto.—*La Transfiguración. Contemplación* 250

Punto I.—Contemplar las personas.

» II y III.—Escuchar las palabras y considerar las acciones.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 254

MEDITACIÓN CXXVIII.—7 de Agosto.—*San Cayetano, Fundador de los Clérigos Regulares Teatinos.*—*Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam meam faciet (1. Reg., II, 35).* 255

Punto I.—San Cayetano, con relación á Dios, practicó en grado eminente la virtud de la religión.

Punto II.—San Cayetano fué con relación al prójimo modelo de virtud.

» III.—San Cayetano fué con relación á sí

mismo modelo perfecto de desprendimiento y de confianza en Dios.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 261

MEDITACIÓN CXXIX.—15 de Agosto.—*LA ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN* 262

Punto I.—La glorificación de María en su muerte, resurrección y asunción es sólo consecuencia de su santidad.

» II.—María ha sobrepujado á todos los santos en gloria, porque los ha sobrepujado en santidad.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 267

MEDITACIÓN CXXX.—20 de Agosto.—*SAN BERNARDO.* 267

Punto I.—San Bernardo unió una austera penitencia á una perfecta inocencia.

» II.—Vida interior de San Bernardo unida á una vida de trabajos interiores.

» III.—Menosprecio de San Bernardo para consigo mismo en medio de la admiración de que es objeto.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 273

MEDITACIÓN CXXXI.—28 de Agosto.—*SAN AGUSTÍN.* 274

Punto I.—Triunfo de la gracia en la conversión de Agustín.

» II.—Triunfos de la Iglesia, preciosos frutos de la conversión de San Agustín.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 279

MEDITACIÓN CXXXII.—8 de Septiembre.—*LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.*—*Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulcra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata (Cant., VI, 9).* 280

Punto I.—Esta fiesta nos recuerda el insigne beneficio de nuestra vocación.

» II.—Esta fiesta nos anima á llenar los deberes de nuestra vocación.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 284

MEDITACIÓN CXXXIII.—14 de Septiembre.—*EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ.* 285

Punto I.—Nada tan recomendable ni tan in-

dispensable al Sacerdote como meditar á menudo la Pasión de Jesucristo.

- » II.—¡Cuán pocos cristianos y Sacerdotes comprenden la ciencia de la Cruz.

RESUMEN DE LA MEDITACION. 289

MEDITACIÓN CXXXIV.—29 de Septiembre.—*San Miguel Arcángel. Factum est praelium magnum in caelo: Micha l et ángeli ejus praeliabuntur cum dracone.— (Apoc., XII, 7).* 290

- Punto I.—El orgullo de Lucifer castigado; la humildad de San Miguel recompensada.
- » II.—Cómo el orgullo prepara la caída y la humildad la exaltación.
- » III.—Cómo podremos evitar los castigos del orgulloso, y merecer la recompensa destinada á los humildes.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 295

MEDITACIÓN CXXXV.—2 de Octubre.—*Los Angeles de la Guarda.* 296

- Punto I.—La bondad de Dios al confiarnos á los ángeles de la guarda.
- » II.—Cómo desempeñan los ángeles de la guarda ministerio tan conmovedor.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 302

MEDITACIÓN CXXXVI.—*Continuación del mismo asunto. —Nuestros deberes para con los santos ángeles de la guarda.* 303

- Punto I.—Deberes generales de todos los fieles fieles respecto de los santos ángeles de la guarda.
- » II.—Deberes especiales de los Sacerdotes y de los pastores del alma hacia los ángeles custodios.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 308

MEDITACIÓN CXXXVII.—4 de Octubre.—*San Francisco de Asís.* 30

- Punto I.—San Francisco practica la abnegación evangélica en toda su perfección.
- » II.—La promesa del céntuplo admirablemente cumplida en favor de San Francisco.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 316

MEDITACIÓN CXXXVIII.—15 de Octubre.—*Santa Teresa.* 317

- Punto I.—El valor de Santa Teresa confunde nuestra flojedad.
- Punto II.—El buen éxito de Teresa confunde nuestra desconfianza.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 322

MEDITACIÓN CXXXIX.—1.º de Noviembre.—*FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.* 323

- Punto I.—La felicidad de los Santos nos debe hacer esperar en la nuestra; inflama nuestros deseos.
- » II.—El ejemplo de los Santos nos enseña el camino del Cielo y nos allana las dificultades.
- » III.—La intercesión de los Santos nos ayuda á alcanzar el término dichoso que ellos alcanzaron.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 328

MEDITACIÓN CXL.—2 de Noviembre.—*Día de Difuntos —Devoción al alivio de las almas del Purgatorio.* 330

- Punto I.—Las almas del Purgatorio son dignas de nuestras mayores consideraciones.
- Punto II.—Podemos con facilidad aliviar y librar á las almas del Purgatorio.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 337

MEDITACIÓN CXLI.—*Devoción á las almas del Purgatorio. (continuación).* 338

- Punto I.—La devoción que tiene por objeto el alivio y liberación de las almas del Purgatorio es muy agradable al Cielo.
- » II.—La devoción á las almas del Purgatorio nos procura á nosotros mismos grandes ventajas.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN. 344

MEDITACIÓN CXLII.—21 de Noviembre.—*La presentación de la Santísima Virgen.—Renovación de las promesas clericales. Cave ne quando obliviscaris pacti Domini quod pepigit tecum. (Deut., IV, 23).* 344

Punto 1.—Jesucristo se da al Sacerdote por su porción y herencia.

* El buen Sacerdote renueva frecuentemente el don que de sí mismo ha hecho a Jesucristo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.	350
Oraciones que se acostumbran rezar después de la meditación.	352

Directio intentionis ante Missam

1. Offertur cum purissima intentione	353
2. Pro gloria Dei et Sanctorum.	353
3. Pro ipso celebrante.	353
4. Pro omnibus aliis.	354
5. Conclusio et supplicatio.	354
Oratio Sancti Ambrosii.	354
Oratio Sancti Thomæ Aquinatis.	355
Oratio ad Spiritum Sanctum.	356

Gratiarum actio post Missam

Antiphona.—Canticum trium puerorum.	357
Oratio Sancti Thomæ Aquinatis.	359
Actus amoris post Missam.	359
Oblatio post Missam.	361
Petitiones post Missam.	362
Oratio Sancti Bonaventuræ.	363
Formula gratiarum actionis.	363

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



